

LU SAL

SONRIÉ

PARA

W

SONRÍE PARA MÍ

Lu Sal

Libro 1 de la saga #Sonríe

Dedicatoria

Para Giullian, un amor inexplicable e incondicional.

Para Exequiel, el amigo que no pude disfrutar.

Para César, un padre en el más allá.

Para Matías, en tu eterna paz.

Síntesis

Nicholas.

Mi vida era, sorprendentemente casi perfecta, padres comprensivos, mejor amiga incondicional, una carrera universitaria esperada y una vida llena de cosas buenas. No conocía otra cosa más que la plenitud. Tampoco era consciente de que allí afuera existía la clase de dolor profundo que te hace querer gritarle al universo por tanta crueldad. Quiero decir, lo supe cuando lo conocí.

Zac.

No me gusta decir que estoy roto, porque todos lo estamos. Estoy desgarrado, liquidado, el tipo de destrucción que si miras atrás, no encontrarás más que piezas desechas que no podrás reparar, ni siquiera un chiquillo metiche con complejo de acosador y sonrisa estúpidamente atractiva.

Advertencia: este libro menciona temas como la pérdida, ataques de ansiedad, soledad, suicidio, entre otros. Por favor, si eres sensible no continúes.

©Todos los derechos reservados.

Prohibida la copia y/o difusión parcial o total sin permiso de la autora.

Nich

Existen pocas cosas que me molestan en mi vida, pero el sonido incipiente del despertador por la mañana es un tema con el que podría tener un problema, pero mientras me estiro para apagar el aparato, mis párpados se abren por impulso al visualizar una mochila perfectamente acomodada en la silla al lado izquierdo de mi habitación.

Una sonrisa se extiende por mi rostro y de repente el sueño queda en el olvido.

Es mi primer día de clases y la felicidad y el entusiasmo no me caben en el cuerpo. Realmente he esperado con impaciencia durante las vacaciones hasta este momento. Me hace mucha ilusión, no solo porque la carrera de Trabajo Social ha sido mi elección desde siempre, sino también porque la idea de una nueva etapa me emociona hasta el punto de la exageración.

Me levanto de un salto, con más energía de la que debería tener un recién despertado, me meto en la ducha y minutos después salgo saltando con una toalla colgada en mis caderas. Voy directamente a mi armario, dónde he escogido mi atuendo con demasiado esmero y anticipación, una camiseta gris con un dibujo de Bob esponja, unos vaqueros negros y un par de Converse amarillas. Oye, ni siquiera intentes decirme que lo de arriba no se combina con lo de abajo, eso es para los que no tienen sentido de la moda.

Me doy un rápido vistazo y salgo disparado de mi habitación. Mientras bajo las escaleras, puedo sentir el aroma a café recién hecho acompañado de waffles con frutas y miel. Cuando entro en la cocina, me encuentro con un plato perfectamente decorado junto a mi taza favorita. Mamá es una pastelera que ama lo que hace, lleva a cuesta una cafetería que construyó desde un pequeño lugar, hasta lo que es ahora.

Lili, mi madre, se ríe a carcajadas sobre algo que le susurra papá. Sonrío sin poder evitarlo, como lo hago cada vez que los veo demostrarse el amor que se tienen y no puedo anhelar, algún día, encontrar algo similar.

—Hola, bebé, ¿dormiste bien? —para Alan Brown, yo siempre seré su bebé, no importa cuántas veces le haya marcado mi edad, tampoco influye las veces que me ha hecho pasar vergüenza, al final de la historia, he terminado por rendirme y llevar el mote con orgullo.

—En realidad, no pude pegar un ojo en toda la noche y cuando logré hacerlo, ya era hora de levantarme —no es real, he dormido como un condenado toda la bendita noche, pero no hay nada más placentero que hacerse la víctima.

—Mi niño... seguro estás nervioso por el comienzo de clase —me consuela, dándome un beso en el cabello.

—Sí —digo poniendo los ojos de borrego a medio morir.

Mamá resopla mientras mueve la cabeza, toma un sorbo de café y me da una mirada conocedora.

—Te tiene enredado alrededor de su dedo meñique —le dice a mi progenitor, él me mira como si estuviera comprobando si lo que dice mi madre es cierto, pero cuando le sonrío grande, sus gestos se suavizan—, y tú, cariño, no puedes andar por ahí comprando a la gente con esa sonrisa y esos ojos.

—¿Por qué no?

—Porque no todos van a caer, cielo, va a llegar alguien que no podrás derribar con esa sonrisa espléndida que tienes.

Frunzo el ceño sin entender a qué se refiere, aunque no le doy importancia. Toda mi vida he sido así y, lo siento, pero no me puedo quejar, nunca han fallado. Son como mi haz bajo la manga. Es parte de mi encanto.

Ni siquiera mis padres son inmunes, quiero decir, cuando eres amable y simpático, puedes obtener lo que desees, ¿cierto?

Vuelvo mi atención a ellos, dejando en el olvido la pequeña advertencia de mamá.

Mi vida es buena, tengo lo que quiero y no me refiero a las cosas materiales que una persona puede querer o necesitar, es lo otro, el cariño, la familia, la amistad, la honestidad, la plenitud, el acompañamiento.

Sé que soy un suertudo, puedo entender que no todas las familias son como la mía. Comprendo que me ha tocado el lado bueno de la vida y no puedo estar más que agradecido por eso, sobre todo por mis padres, siempre me han apoyado en cualquier locura que se me ocurriera y cuando digo cualquiera, es realmente cualquier. Hubo un tiempo en el que quise experimentar con el ballet, desde luego que no salió como pensaba, ya que en lugar de salir bailarín, terminé como bambi recién nacido.

Además, he tenido más mascotas de las que recuerdo, desde una serpiente hasta un conejo y aunque la mayoría terminaron en la Santa gloria y enterradas en el patio trasero de casa, fueron lindas experiencias.

Por otro lado, estaba el tema de mi orientación sexual, desde pequeño supe que me gustan los chicos, pero lo más sorprendente es que mis padres nunca preguntaron por ello y yo tampoco sentí la necesidad de aclararlo. Simplemente, se dieron cuenta y lo tomaron normal, permitiéndome el espacio para crecer en un lugar donde ese tema no era un tabú.

Hasta el día de hoy me pregunto: ¿por qué las personas homosexuales tienen que contar o comunicar que se sienten atraídos por alguien de su mismo sexo? ¿Acaso los heterosexuales también lo hacen? ¿También reúnen a sus padres y les dicen "soy hetero"? Es totalmente ridículo anunciar aquello como si fuera una mala noticia, como si en lugar de decir "soy gay", estuvieras diciendo "tengo cáncer". Por Dios, es ridículo.

Cosas como esas me enojan, es injusto y frustrante, incluso aunque la sociedad

avance, allí afuera hay personas ideando un discurso para vivir sin secretos, pero la sociedad no está preparada para tener ese debate. Realmente estoy agradecido por los padres que me tocaron, a pesar de sus defectos, claro.

Un bocinazo suena afuera y me bajo rápidamente del taburete.

—Isa está aquí—les doy un beso a mis padres y tomo la mochila para dirigirme a la puerta principal—. ¡Los amo! —grito al mismo tiempo que cruzo la puerta y escucho un "te amamos" como respuesta.

Me subo al mini Cooper de mi amiga con todo el entusiasmo que poseo. Isabella es mi vecina y mejor amiga desde siempre, sus mamás y la mía son amigas desde la adolescencia. Observo su cabello rosa con una sonrisa, siempre lo lleva de colores distintos, es como su marca personal.

—Ese color te sienta estupendo —me inclino para darle un beso en la frente.

—Dices lo mismo de todos ellos —pone los ojos en blanco y me mira sin emoción—. Y por qué demonios estás tan excitado.

—Estoy emocionado, he esperado este día por mucho tiempo —doy saltitos en el asiento—. Vamos, no seas aguafiestas y conduce.

—Creo que eres la única persona en el planeta que se entusiasma con su primer día de clases —suelta un gemido lastimero antes de poner el coche en marcha.

Sus quejas no tardan en llegar, sin embargo, mi ilusión por esta nueva etapa no disminuye.

El viaje fue corto, ya que el campus no está lejos de casa.

—Maldición, es grande —miro alrededor por la ventanilla.

La universidad es enorme y está dividida por sectores según el tipo de carrera que desees.

Tardamos en encontrar estacionamiento, al ser el primer día, todo está saturado, sumándose los miles de estudiantes que se dispersan por todos lados.

—Esto es una locura, si va a ser así todos los días, entonces prefiero quedarme en casa —espeta frustrada—. No importa si mis madres me mandan a vivir bajo un puente.

—Estoy de muy buen humor, no voy a dejar que tu negatividad me afecte —le hago un gesto sin importancia antes de salir del coche sonriendo por el dramatismo de mi amiga.

—Siempre lo estás —musita.

Entramos al campus un poco perdidos, he estado aquí un par de veces y todavía no puedo ubicarme lo suficiente, pero nos la arreglamos para encontrar el sector

administrativo, dejar unos documentos que nos faltaban presentar y retirar nuestros respectivos horarios de clases. La mayoría nos toca juntos, pero en otras no coincidimos.

La mañana transcurrió demasiado tranquila para mi gusto, fue más bien como un día de Bienvenida a los alumnos y profesores, un mero protocolo para dictaminar reglas y escuchar el extenso discurso del Director Jhonson.

—Ni mi excesiva energía soporta un discurso tan largo —suspiro resignado mientras recuesto la cabeza en el hombro de Isa—. Hemos estado de pie por casi una hora.

—Al menos ya sé que hay una persona en el mundo que logra bajarte la intensidad —comenta apuntando al escenario donde el hombre no deja de hablar.

—Jesús, nunca he oído un discurso tan largo, mis pies están entumecidos —cambio mi peso a la pierna derecha.

Bueno, quizás debería guardar la ilusión y el entusiasmo por el momento y ponerme en modo "odio la vida universitaria".

El Director parece darse cuenta de que su charla está haciendo dormir tanto a los alumnos como a los profesores porque se detiene en cuanto escucha un fuerte bostezo involuntario proveniente de una de las profesoras a su lado.

Unas cuantas, muchas, frases más y con la ayuda de alguna plegaria que mi amiga lanza, el hombre termina el discurso.

Más tarde en la noche, en la oscuridad de mi habitación, pienso que en la vida estamos obligados a pasar por ciertas decisiones y algunas de ellas se convierten en etapas que nos van a acompañar por un tiempo, elegir tu carrera es una de esas decisiones que, si eliges como el culo, vas a ser infeliz por el resto de los años, pero si escoges lo que verdaderamente te apasiona, vas a llegar como yo, ilusionado y con una sonrisa satisfecha, me meto a la cama.

Para ser el primer día, no estuvo tan mal. No fue tan aventurero como me lo había imaginado, pero tampoco me estoy quejando.

No es como si en el fondo sintiera que mi vida va a cambiar por completo y eso me asuste hasta la médula. Claro que no.

Nich

Bajo las escaleras tarareando una canción, al entrar en la cocina, me encuentro con mi madre preparando el desayuno. Mi padre seguramente ya se fue a trabajar, él es un maestro en un Instituto privado, reparte clases a niños menores de 11 años, tal vez ese sea el motivo por el cual aún me llama "bebé".

Me parezco mucho a mi padre, quizás en lo físico no tanto, ya que solo tenemos en común el cabello castaño que a veces parece oscuro, pero con los reflejos del sol se vuelven un poco más claros.

Detalles que nadie me pidió.

—Buenos días, cielo, el desayuno ya casi está listo. —Liliana Brown me regala una mirada dulce, pero no te dejes engañar, yo más que nadie sé que detrás de esa mujer tan cariñosa, existe otra y es jodidamente aterradora cuando se lo propone.

Mis ojos son azules como los de mi madre y en cuanto a personalidad, compartimos el temperamento justiciero. Es que, sencillamente, odio las injusticias, a menudo termino metiéndome en problemas por tratar de defender algo o alguien. Lo siento, no puedo evitarlo, es mi naturaleza, parte de mi esencia, que es más un defecto que una virtud.

Tengo en claro que si mejoro mi temperamento, podría evitarme unos cuantos problemas y unos pocos momentos de tranquilidad a mis padres, aunque eso sería demasiado aburrido para mi propio bienestar.

—Muero de hambre —beso su mejilla.

—Cuando salgas de tus clases, ¿puedes pasarte por la cafetería, cielo? —pregunta—. Es que necesito ordenar unas cajas.

—Claro, ma —murmuro con una tostada en la boca—. Sabes que voy a ayudarte siempre que pueda.

—Gracias, con toda la mudanza aún no termino de acomodar unas cuantas cosas —suspira frustrada.

—No te preocupes. Luego de clases paso a darte una mano —sonríe tranquilizándola.

Mi mamá solía tener una cafetería que quedaba un poco alejada de casa, así que se mudó a una que es mucho más grande y que queda a dos cuadras de la Universidad. Suelo ayudarla con la atención, quizás ahora no podré hacerlo tanto como antes, pero estaré pendiente de todas formas.

Luego de desayunar, subo a mi habitación para lavarme los dientes y buscar la mochila. Afuera está esperando Isa.

El viaje transcurre tranquilo, en esta ocasión, pudimos estacionar sin problemas.

—Esto es enorme, de verdad enorme —comenta Isa y no puedo evitar estar de acuerdo.

—Tan jodidamente gigante que está al límite de lo innecesario —conuerdo mientras comienzo a caminar en reversa de manera apresurada—. Pero me agrada, no puedo esperar para comenzar las clases —doy un giro demasiado rápido, lo que provoca que mis piernas se enreden.

Lo sé. Antes de que lo pienses, sé perfectamente que es un típico cliché, pero oye, no es mi culpa.

—¡Cuidado vas a...! —grita Isa, pero ya es demasiado tarde.

Tal parece que tengo dos piernas que no sirven para mucho cuando se trata de la torpeza.

Isa estira su brazo en un gracioso intento por agarrar mi codo, no llega a tiempo para estabilizarme y cuando giro abruptamente, pierdo el poco equilibrio que poseo y termino chocando con alguien, haciéndolo tirar los libros que esta persona tiene en sus manos.

¡Por Alá!

Los libros están esparcidos a mis pies y de inmediato me pongo en cuclillas para recogerlos y poder dárselos a la persona en cuestión.

—De verdad lo siento muchísimo —comienzo a disculparme apenado al mismo tiempo que apilo los libros y como no podía ser de otra manera, estos caen nuevamente en un intento fallido de reparar mi error—. ¡Ah! Maldición —no sé cuanto tiempo estoy recogiendo los benditos libros, pero cuando logro dominarlos, me enderezo con la poca dignidad que me queda—. Lo lamento tanto, a veces soy muy torpe, pero te prometo que no rompí ninguno, solo los tiré unas cuantas veces, aunque puedes verificarlos y si crees que alguno se dañó, prometo pagarlo y además... —cualquier cosa ridícula que estoy diciendo queda estancada en mi garganta al momento en el que levanto la vista y veo lo que veo—. Mmm... Hola, guapo.

Mi pena se esfuma y mi lado galanteador hace acto de presencia cuando veo al culpable de este encuentro telenovelesco. Un suspiro para nada moderado se me escapa de los labios, como quinceañera que acaba de conocer a su príncipe azul.

Lo primero que mi neurona y media logra procesar es: precioso.

Es alto, su cabello es castaño oscuro, su ceño fruncido como si me lanzara dagas en mi entrecejo, está vestido con ropa negra y aun así se pueden notar sus definidos músculos, sus labios son finos y no esboza una pizca de simpatía. Sin embargo, lo que me tiene realmente alucinando (además de lo sexy que se ve) es su rostro. Demonios, he conocido a unas cuantas personas hermosas en mi vida, pero este chico es ridículamente bonito.

Tiene que ser un pecado que una sola persona haya sido bendecida con tanta belleza.

Y me acabo de convertir en un jodido poeta.

El chico precioso me mira sin expresión alguna y justo en este preciso instante, me detengo en sus ojos, son de un color extraño, entre verde y gris, no puedo definirlo, aunque no es solo su belleza la que me tiene helado, sino también la mirada apagada y llena de tristeza que transmite a simple vista, como si tuviera un océano en esos orbes claros, un océano visto de noche, hermoso pero melancólico. Por unos segundos, me quedo descolocado.

Isa me vuelve a la realidad cuando sus dedos pinchan mis costillas.

—Me estás avergonzado —dice con pudor—. Cierra la boca al menos.

Dejando de lado el impacto, pongo mi mejor personalidad encantadora y lo miro fijamente.

—Estoy seguro de que está acostumbrado a causar impacto por dónde quiera que vaya —mi sonrisa socarrona me curva los labios.

Una risa baja se escucha detrás del chico precioso y recién entonces, me percató del otro chico que está al lado. Es alto, pelinegro, pero en las puntas tiene pintado de dorado, ojos color miel, lleva un piercing en la nariz, un par de aretes y un corte un una de sus cejas.

—¿Son de primer año? —pregunta amablemente mientras agarra los libros de mis manos.

—Así es —afirma mi amiga y luego me apunta—. Discúlpelo, suele ser un poco torpe, despistado, catastrófico, zopenco, desmañado...

—Bueno, no creo que sea estratégico revelar todos mis encantos en el primer encuentro —interrumpo girando la cabeza en su dirección—. Lo siento de nuevo, venía distraído y no te vi —digo mirando directo al chico de ojos tristes, dejando la coquetería de lado.

Pero nuevamente, no obtengo respuesta de su parte.

—No te preocupes, fue un accidente —responde de manera amigable el pelinegro—. Bueno, nosotros nos marchamos o llegaremos tarde a clases, fue un gusto conocerlos —se despide antes de rodear con un brazo los hombros de su amigo para luego alejarse.

Apenas me da tiempo de levantar la mano y agitarla en su dirección.

Me quedo mirando el lugar por donde se marchan. Estoy intrigado, al parecer el chico precioso no solo es caliente como el infierno, sino también un misterio que pide ser revelado.

—¿Te diste cuenta de que el chico precioso no mencionó ni una palabra? —le pregunto

a Isa mientras retomamos el camino a nuestra primera clase del día que, por suerte, nos toca juntos.

—¿Chico precioso? —pregunta confundida—. Segundo día y ya estás llamándole precioso a un desconocido —mi amiga mueve la cabeza divertida.

—¿Vas a decirme que no lo es? —enarco una ceja.

—Ja, como si pudiera, casi pierdo mis bragas con solo mirarlo —suspira soñadora—. Tal vez es mudo y por eso no respondió —dice, encogiéndose de hombros.

—Puede ser —digo dudoso.

Nos dirigimos a clases en silencio.

Sin dejar de pensar en la mirada de aquel chico, sigo creyendo que se veía triste, puede que sean suposiciones mías porque no creo que de la noche a la mañana me haya vuelto un experto en leer a las personas, pero en el fondo siento que no es así, que no estoy equivocado.

Estoy tan metido en mis pensamientos que cuando vuelvo a la realidad ya nos encontramos en el salón de clases y es enorme, como todo en esta universidad. Algunos alumnos charlan animadamente entre sí mientras que otros permanecen sentados, también están los que no conocen a nadie porque sus miradas cautelosas los delatan.

Nos acomodamos casi al fondo. El profesor Müller no tarda en llegar, un hombre bajito de unos 60 años que parece bastante amigable. La clase estuvo entretenida, aunque un pequeño lugar de mi mente sigue pensando en un particular chico con ojos de color que aún no defino.

Tiempo después, la clase termina, por lo tanto, guardamos nuestras cosas mientras nos encaminamos a la siguiente.

Pero, ¡infiernos! Tengo una duda y no pienso quedarme con ella.

—Oye, Isa... Necesito preguntarte algo —empiezo mientras subimos las escaleras que nos llevaría a la próxima clase.

—¿Qué pasó? Lucas extraño, has estado un poco distraído al final de la clase —menciona un poco preocupada.

Trato de formular la pregunta en mi mente para no parecer paranoico.

—¿Tú notaste algo extraño en la mirada de ese chico? —ella me mira sin entender—. El chico con el que choqué.

—Al que chocaste querrás decir —puntualiza.

—Ese no es el punto —agito la mano con desdén, ella se ríe antes de ponerse seria.

—La verdad es que no, pero... —levanta un dedo como si estuviera reflexionando y dice—: no me digas que es bizco.

—¿Qué?! —exclamo.

—Pero no tiene nada de malo ser bizco, hasta puede ser ventajoso —lo dice como quien quiere la cosa.

—Por supuesto que no tiene nada de malo, pero no me refería a eso.

—¿Entonces qué es lo que quieres decir? Porque yo no noté nada más que sus llamativos par de ojos —pregunta un tanto curiosa por saber a qué me refiero.

—Lo sé... tiene los ojos más bonitos que he visto en toda mi vida —conuerdo. Para ese momento ya llegamos al nuevo salón y mientras nos sentamos, retomamos la charla—. Su mirada se veía, no lo sé, ¿apagada?

Mi amiga parece analizar mis palabras.

—Pues no lo he notado —disiente—. ¿Qué quieres decir exactamente?

Me quedo en silencio unos segundos mientras cierro mis ojos y vuelvo, una vez más, al encuentro de hace un par de horas.

—Sus ojos, a pesar de ser claros, lucían raros y cuando me miró fijamente su tristeza caló mis huesos, no sé explicarlo con exactitud, como si pudiera ver más allá de su mirada, un poco más profundo —me explayo confundido con mis propias palabras.

Nuevamente, me pierdo en mis pensamientos hasta que mi amiga dice:

—Oh no... conozco esa mirada.

—Necesito saber más. La tristeza que carga ese chico debe tener un motivo.

—Nich, acabas de conocerlo. ¿Cómo piensas hacer eso cuando ni siquiera sabes su nombre?

—Lo averiguaré —digo en un tono obvio.

—No lo sé, no me parece una buena idea —trata de detenerme.

Entiendo la preocupación de mi amiga teniendo en cuenta lo propenso que soy a meterme en problemas por querer ayudar a los demás y por metiche.

—Confía en mí, Isa —paso un brazo por sus delicados hombros—. Prometo no meterme en problemas.

Es difícil creer algo como eso. Ni yo mismo lo hago, pero ella no tiene que saber la poca fe que ambos tenemos en mí.

—Está bien —acepta con algo de duda.

Espero no meterme en tantos problemas en el intento.

....

Al entrar en la cafetería, doy un vistazo alrededor, en comparación con el anterior lugar, este es malditamente grande, suelto un gemido lastimero al imaginarme todo lo que tendré que limpiar en los días libres que tenga para trabajar. El lugar es llamativo, las paredes son blancas, pero tiene tantos adornos que realzan aún más, arañas coloridas cuelgan del techo, cuadros de todos los tamaños en las paredes, las mesas son nude, elegantes pero juveniles. Mi madre se lució.

—Por fin llegas, cielo, necesito una mano para atender. Estamos un poco atareadas —dice mamá, señalando a Trid, su ayudante, mientras se desplaza de manera magistral entre las mesas cargando una bandeja repleta de batidos.

—Voy a ponerme el uniforme —sonríe para tranquilizarla y luego le doy un beso en la mejilla antes de rodear el mostrador donde yacen los pasteles, postres y tartas.

Entro en la parte trasera a una habitación donde guardan los uniformes, no son formales, consisten en una remera blanca con el logo de la cafetería, unos jeans oscuros, una gorra negra también con el logo y un delantal en la cintura.

Después de cambiarme me encuentro con Astrid, ella trabajó con mi madre en la cafetería anterior y al mudarse no dudó en seguirla.

—¡Nich! Qué alegría verte —me regala un abrazo fugaz y continúa rellenando la bandeja.

—Lo mismo digo, Trid —sonríe—. Por lo que veo hay mucho trabajo hoy.

—Ni que lo digas —suelta un bufido, se ve algo cansada.

—Mamá debería contratar a alguien más —pienso en voz alta.

—Oh, no te preocupes, ya tenemos otro ayudante —comenta Trid con una sonrisa mientras mira la hora en su móvil—. En unos minutos estará aquí para la entrevista.

—Eso es genial, ahora vámonos a trabajar antes de que mamá nos grite en frente de todos —guio a la chica afuera del mostrador al mismo tiempo que ella suelta una risita.

Media hora después, me pongo a hacer cálculos en el ordenador de la cafetería, mamá está en la cocina terminando de hacer unas tartas y Trid atendiendo las pocas mesas que quedan ocupadas. El lugar se tranquilizó notablemente.

El sonido de la puerta abriéndose llama mi atención y al levantar la vista, mi quijada cae, prácticamente, hasta el suelo. El primero en entrar es un sonriente chico con cabello blanco quien mira alrededor con entusiasmo, el segundo es un particular chico con un piercing en la nariz que se me hace muy familiar y, por último, entra él.

El chico con el que tuve el encuentro teatral pocas horas antes.

¡Bendito seas Jesús por estos milagros!

El de cabello blanco se acerca al mostrador, mientras que los otros dos chicos se ubican en una mesa al fondo del lugar. Y sí... Puede que esté observando más de la cuenta cada movimiento de ese chico de ojos peculiares porque no me percaté de que el chico que tengo frente a mí, me está llamando hasta que lo veo agitar una mano para llamar mi atención.

—Lo siento... —susurro un poco apenado conmigo mismo por ser tan obvio—. Bienvenido a Delicias, ¿en qué puedo ayudarte?

—Descuida —agita la mano restando importancia—. Mi nombre es Thomas Miller y vengo por la entrevista de trabajo —informa el simpático chico.

—¡Genial! —exclamo—. Dame un minuto así voy por mi madre para avisarle que estás aquí... —no logro terminar la oración cuando una asombrosa idea cruza por mi astuta cabeza—. Estás contratado —digo sin más.

—¿Cómo? Pero... —el peliblanco me contempla con algo de duda.

—Únicamente necesitas contestar lo que voy a preguntarte y el puesto es tuyo. No tenemos que hacer una cosa seria de esto, simplemente vamos a obviar algunas formalidades y ambos saldremos victoriosos, así que dime... —el chico me mira levantando una de sus cejas de manera interrogativa. Y se sorprende cuando le pregunto—: ¿Cuál es el nombre de tu amigo?

Thomas abre la boca como si fuera a decir algo, pero automáticamente la cierra de golpe, lo miro expectante, estoy seguro de que no podrá rechazar esta oferta. Él necesita el empleo y yo algo a cambio, nada más brillante que dar y recibir a lo fácil. Después de lo que parece una eternidad, el entendimiento cruza por su pálido rostro y pone una expresión... ¿Maliciosa?

—De acuerdo, creo que es un trato justo, solo debes decirme a cuál de los dos te refieres —pregunta con una mirada confidente.

¡Ja, lo tengo!

—¡Nicholas Brown, deja de sobornar a ese chico! —exclama mi madre un tanto enojada, dándome un golpe en la nuca.

—¡Joder, mamá! Eso dolió —me quejo sobándome el lugar maltratado.

—Cuida tu vocabulario, jovencito —me mira con reproche, luego planta una sonrisa dulce en su rostro y enfoca la mirada en el chico que parece disfrutar la escena—. Hola, cariño, disculpa a mi hijo y, por favor, ven conmigo para que charlemos.

Ambos caminan en dirección a la parte trasera, dejándome solo. Trid se acerca para dejar su bandeja y así poder ir a tomar la orden de los nuevos clientes.

—Yo me encargo, tú quédate aquí.

Prácticamente, arrastro a la chica a mi lugar y salgo disparado hacia la dichosa mesa.

A medida que avanzo, tomo una respiración profunda para calmar mi interés y no mostrarme tan desesperado como me siento.

—Bienvenidos a Delicias, ¿qué puedo traerles? —pregunto directamente al chico precioso y cuando este me mira, casi me convierte en un charco de baba, ¡maldita sea! Es real y demasiado hermoso.

Pero él no responde, simplemente desvía la vista hacia la ventana que tiene al lado.

—Eh... —el chico de los piercing hace un sonidito para llamar mi atención que al parecer, nuevamente, me quedo viendo más de la cuenta—. Hola de nuevo —dice con una sonrisa amable—. Queremos dos submarinos, por favor.

—Oh, claro —digo un poco desanimado por no recibir respuesta del otro chico—. Denme unos minutos.

Pongo una sonrisa forzada y me doy la vuelta cabizbajo.

Mientras preparo las bebidas, no puedo evitar pensar que tal vez mi amiga tiene razón y efectivamente es mudo.

Luego de unos veinte minutos, mamá y Thomas salen charlando animadamente.

—Estoy orgulloso de poder decir que el empleo es mío sin sobornos de por medio —se regocija enfatizando la palabra "soborno".

—Bueno, sin rencores, ¿verdad, Thomi? —le ofrezco la mano fingiendo una mirada inocente.

—Por supuesto —el chico acepta, tira de mí y me susurra al oído—: Pero no te diré su nombre —cuando me suelta, me da una mirada de falsa inocencia y lo miro enfurruñado.

—¡Mamá, dile algo! Está burlándose de tu hijo —exclamo con dramatismo.

—Tú te lo buscaste, cielo —se encoge de hombros en clara señal de que no va a meterse en esto. Luego se gira hacia Thomas—. Te espero mañana, cariño.

—Claro que sí, Lili —le da un beso en la mejilla y cuando pasa por mi lado me da una palmada en el hombro a modo de despedida.

Lo veo alejarse mientras sus amigos se ponen de pie y se encaminan a la salida, el último en abandonar la cafetería es el chico precioso y antes de salir se gira sobre su eje y me mira directamente, me quedo paralizado unos segundos, conteniendo la respiración y evitando pestañear.

Sin más, se marcha, dejándome desconcertado.

Solo entonces logro entender ese presentimiento de la noche anterior. Y eso es emocionante y aterrador en partes iguales.

Estoy convencido de que aquella mirada grita algo.

Pide algo.

Necesita ayuda y, no me la ha pedido, pero que me condenen al infierno si no lo hago.

Zac

Sucede gradualmente, como si fuera algún tipo de escena puesta en cámara lenta.

La oscuridad me atrapa y el silencio reina.

Me quedo estático, estancado sin mover un músculo, deseando que el peso plomo en mi pecho me permita tomar una bocanada de aire, un suspiro, un algo.

La realidad cae como un balde de agua fría.

Los gritos estallan y mi infierno se desata.

¡Maldición!

Despierto sobresaltado, me siento tan rápido que casi caigo fuera de la cama, estoy completamente sudado. Joder, otra vez esa maldita pesadilla. Este es mi despertar de todos los días y aun así duele tan jodidamente tanto.

He llegado a un punto en el que me obligo a acostumbrarme, todas las noches antes de dormir me preparo mentalmente para lo que sé que va a pasar, aunque después de un año, toda esta mierda es la misma, algo cotidiano en mi día a día.

¿En algún momento voy a lograr dormir en paz?

Menuda pregunta sin respuesta.

Estoy cansado y cuando pienso que un día será mejor que otro, la realidad me golpea duro y sin piedad. Me siento perdido, en un callejón sin una puta salida, mirando alrededor en busca de un atisbo de esperanza, algo que todavía no he encontrado.

Me frote la cara con las manos, el incipiente dolor de cabeza comienza a molestarme.

Necesito una ducha fría.

Tiempo después, cuando estoy listo para salir a clases, bajo hasta la cocina en busca de algo ligero para desayunar y como es de esperarse, me encuentro solo. No hay señales de que mi padre esté presente. Siempre es lo mismo, son raras las veces que nos cruzamos. Tal vez dos o tres veces a la semana.

Y eso está bien, no me molesta la ausencia de mi padre, entiendo perfectamente lo que estamos haciendo; lidiando cada uno por su lado con nuestra propia mierda, no sé si es lo correcto, no es como si me importara tampoco. Cada uno ha tomado su camino y no voy a juzgar a mi padre por sobrevivir tal como lo estoy haciendo. Las cosas son de este modo y punto.

Preparo un cuenco de cereales con leche y me dispongo a comer aunque el apetito no esté presente.

El nudo en la garganta juega con la comida que logro tragar, mientras que mi mente me

juega una mala pasada y vuelve a la maldita pesadilla.

Un enredo se me forma en la boca del estómago y termina convirtiéndose en una arcada. ¡Infiernos! Salgo disparado en dirección al pequeño baño que se encuentra en la cocina, llegando justo a tiempo para inclinarme sobre el retrete y expulsar lo poco que he consumido.

Mierda, tiene que ser una broma.

El escaso apetito se esfuma por completo, así que no me queda más que subir a lavarme los dientes y recoger las cosas para marcharme.

Cuando voy saliendo de casa, el móvil timbra anunciando la llegada de un mensaje, me detengo al lado del Jeep mientras reviso la notificación, es de Samuel, mi mejor amigo avisándome que ya va de camino a la universidad, guardo el aparato sin enviar una respuesta y me monto al vehículo.

Minutos después, me encuentro con Samuel en la entrada del edificio.

—¡Oye! —saluda cuando llego a su lado, Sam arruga la frente al mismo tiempo que me examina—. Joder, luces como la mierda, debo suponer que no has desayunado —muevo la cabeza de manera negativa—. Ve al salón de clases, voy por algo de comer —me da una palmada en el hombro cuando pasa por mi lado para dirigirse a la cafetería.

No me da tiempo a negarme, tampoco es que mi rechazo fuera a funcionar, Samuel es casi tan terco como yo.

Samuel es mi mejor amigo desde que somos muy pequeños, siempre hemos sido muy unidos. Es un dolor en el culo cuidándome todo el tiempo, haciéndome ver sentir como un niño pequeño al que su padre le muestra el mundo, pero siendo honesto, si no fuera por él, ya habría dejado los estudios hace un tiempo.

Camino por los pasillos poblados. Es grande, pero hay que tener en cuenta de que muchas carreras se dictan en esta universidad que está dividida por edificios y sectores.

Estoy en Arquitectura. Siempre me ha gustado esa carrera, además, mi padre posee una empresa familiar. Hamilton & Asoc.

Cuando llego, entro al salón y me acomodo en los últimos asientos. Poco después aparece Samuel, quien me encuentra con los ojos y comienza a caminar en mi dirección con una mirada cargada de desaprobación.

—No vuelvas a salir de tu casa sin haber desayunado, no sé cuántas veces tengo que repetirlo —me advierte con reproche, asimismo, se sienta a mi lado y deposita un café con una barrita de cereal sobre la mesa.

Lo acepto a regañadientes, sé que no tiene sentido negarme porque si lo hago, va a obligarme de todas formas.

La mañana estaba transcurriendo demasiado lenta, estamos a mitad de la segunda clase cuando el sueño empieza a invadirme, bostezo disimuladamente, pero él me mira con recelo.

—Duérmete un rato, Zac —susurra suavemente. Niego automáticamente, ¿qué se supone que voy a hacer si tengo una pesadilla en medio de la clase? Joder no, no quiero ni pensarlo. Samuel parece adivinar lo que cruza por mi cabeza porque dice—: si te pones inquieto mientras duermes, prometo despertarte.

Sopeso la propuesta, aunque termino aceptando porque realmente ya no puedo mantenerme despierto y, por otro lado, confío en él y sé que si una pesadilla se hace presente, él me despertaría de inmediato. No sería la primera vez que interviene.

Apoyo los brazos sobre la mesa y me inclino para que la cabeza quede apoyada entre ellos y luego la giro en dirección a Sam. Cierro los ojos y deseo con todas las fuerzas poder descansar aunque sea unos minutos.

Me despierto con un toque en el hombro, abro los ojos con un poco de pereza y suelto el aire con alivio. Sam me sonrío con alegría.

—Vámonos, Thom nos encontrará de camino al comedor —anuncia guardando sus cosas, por lo que no me queda de otra más que seguir sus pasos.

Samuel estudia Arquitectura, al igual que yo, es una de las tantas cosas que tenemos en común. Desde pequeños decidimos que es algo que nos apasiona, así que no nos fue difícil a la hora de elegir.

Salimos por el pasillo para bajar las escaleras que nos llevarían al comedor.

—Hola, mis simpáticas dulzuras —Thomas se posiciona en medio de ambos mientras enrolla un brazo sobre nuestros hombros—. Bueno... excepto tú —dice en mi dirección.

Imbécil.

—Thom —advierte Samuel.

—Ya, ya... Zac sabe que solo estoy molestándolo —curva los labios con inocencia y como respuesta me limito a ignorarlo.

Thomas es otro de mis amigos, a veces se convierte en un dolor en el trasero, su personalidad es bastante revoltosa y no es compatible con la mía. Físicamente, se ve muy pálido, delgado y con el cabello blanco.

Estudia gastronomía en el edificio del lado. Nos hemos conocido a mediados del año pasado. Aún no entiendo cómo es que llegamos a convertirnos en amigos.

Es extraño porque a diferencia de Sam, con el peliblanco no tenemos nada en común... bueno, casi nada.

La cuestión es que un día, a la hora del almuerzo, nos encontrábamos con Samuel

sentados en una mesa apartada del resto, el peliblanco simplemente se acercó a nosotros y se sentó sin ningún permiso.

—Este lugar es tranquilo —mencionó mirando a la multitud que estaba apartada de nosotros, volvió su mirada azul y nos dijo—: Por cierto, soy Thomas —sonrió con alegría.

Y eso fue todo. Desde allí, no nos hemos separado. No me molesta y con Samuel se lleva de maravillas.

Otra cosa que rescato del chico es su discreción, no me mira como si fuera un bicho raro, tampoco se ve incómodo o intimidado. Prueba de ello es una pequeña charla que tuvimos una semana después de habernos conocido.

—¿Por qué no sonríes? —preguntó directamente Thomas.

Esa pregunta se metió bajo mi piel porque ni siquiera Samuel era tan espontáneo. Sin embargo, el que no me mirase con lástima ayudó a darle una respuesta sin tener que esconder mis palabras.

—Porque no puedo.

Un silencio sepulcral se había formado entre nosotros.

Thomas me sostuvo la mirada por unos segundos, el tiempo suficiente para darme cuenta de que en las profundidades de sus orbes azules, yacía algo mucho más intenso que su usual mirada juguetona. Plantó una sonrisa cargada de melancolía y dijo:

—Entiendo —luego bajó la cabeza y se concentró en su plato. Thomas no mencionó nada después de eso.

Y en ese momento, me pregunté si qué era lo que realmente entendía, ¿el porqué de mi inexistente sonrisa o algo más profundo que no sabía que compartíamos? No estaba del todo seguro, pero tampoco iba a preguntar.

Recogimos las bandejas de comida y nos dirigimos a la habitual mesa alejada del resto. El comedor está repleto de estudiantes, empiezo a irritarme por la bulla. Demonios, hasta prefiero estar en mi silenciosa casa.

Thomas carraspea para llamar mi atención.

—Amorcito, deja de jugar y come algo, por favor —dice mirándome con súplica.

El mote cariñoso que acaba de usar me hace poner los ojos en blanco.

—Come, Hamilton —dictamina solemne Samuel. Lo miro hostil—. ¿Quieres que te tumbe sobre la mesa para meterte la comida a la fuerza? —pregunta desafiante, pues cuando pierde la paciencia se vuelve un poco rudo.

—¿Alguien mencionó la palabra "meter"? —pregunta Thom moviendo las cejas de la

forma que él supone que es sugerente, pero no lo es—. Yo me ofrezco como tributo.

Samuel lo mira como si fuera una abominación.

—Eres un ridículo —escupe queriéndolo agarrar, pero Thomas lo esquivo con agilidad.

—Tranquilo, cielito —levanta las manos en señal de paz—. Aunque te ves sexy en tu faceta de chico rudo, se necesita más que un par de aretes para tener este cuerpo escultural —una discusión se forma en la mesa sobre ser sexy estando enojado y sobre ser insoportable.

Me limito a comer algo mientras ellos siguen discutiendo porque sé que tienen para rato.

Estoy perdido en mis pensamientos cuando dos personas interrumpen nuestro almuerzo, sentándose en los lugares libres sin ningún tipo de pudor. ¿Qué mierda? Levanto la vista para saber quiénes son los intrusos y termino topándome con unos intensos ojos azules que me miran de una manera que no logro descifrar. Lo recuerdo perfectamente, el chico con el que choqué unos días atrás.

—Hola, lamentamos interrumpir —por la manera en la que habla y sonrío, apuesto a que no lo siente en absoluto—. Solo pasaba para avisarle a Thomi que mamá dijo que lo esperaba en la cafetería cuando termine sus clases —menciona mirándome.

—¡Qué comedido! —exclama con sorna el peliblanco—. Pero eso ya lo sabía, por si lo olvidas, hace días que trabajo en la cafetería y, por lo tanto, tengo en claro cuál es mi horario de trabajo —comenta maliciosamente.

—Lo que sea —fulmina con la mirada a Thomas y luego me encara—. Por cierto, no nos hemos presentado adecuadamente, soy Nicholas Brown, pero pueden llamarme Nich y ella es mi amiga Isabella Foster.

—Un placer conocerlos, chicos —la chica de cabello rosa parece amigable.

Si piensa que voy a presentarme, está equivocado, no lo haré ni aunque me mire esperanzado. Me limito a examinarlo, cabello castaño oscuro, ¿o es claro? No puedo definirlo con exactitud, mandíbula marcada y unos impresionantes ojos azules que parecen llenos de vida y alegría.

¡Putita ironía de la vida! De un lado de la mesa se encuentra la soledad, la tristeza y el dolor. Del otro lado, puedo distinguir la alegría, la simpatía y la felicidad. Sentimientos tan lejanos y si lo pienso de esta manera es bastante impactante y quizá fue ese pensamiento el que me hizo levantar las barreras apartando la vista del chico.

—Yo soy Samuel Clarson —se presenta mientras estira la mano para saludarlos—. Y él es...

—Anacleto Hamilton —interrumpe el peliblanco con una sonrisa perversa.

Lo miro estupefacto ante aquella descabellada mentira.

Samuel estalla en carcajadas al mismo tiempo que la chica de cabello rosa se cubre la boca.

Clavo los ojos en Nicholas que en este momento tiene dibujada una mueca de incredulidad en el rostro.

—¿A-anacleto? —tartamudea dudoso, lo que provoca que Sam se ría aún más.

—Anacleto —afirma el astuto Thomas.

—Bien, eso no me lo esperaba —el chico trata de recomponerse para volver a mirarme fijamente—. Quiero decir... no tengo nada en contra de los Anacletos, es solo que... ese nombre no pega con todo... —me examina sin pudor—: tú —confiesa.

—¿Y cómo es él? —pregunta malignamente Thomas.

—Caliente como agua hirviendo —declara descaradamente dándome una mirada coqueta.

Este chico, que se hace llamar Nich, no conoce el pudor y es bastante entrometido.

—Alto ahí —interviene la chica—. Compórtate.

Sam llora a causa de la risa y Thomas no para de sonreír. No entiendo por qué el peliblanco ha mentido sobre mi nombre, pero tampoco es que vaya a desmentirlo. Simplemente no me importa.

—Lo siento... es solo que no me esperaba ese nombre, es un poco antiguo —más risas por parte de los chicos y esta vez se les une la chica—. Tus padres debieron esforzarse un poco más en buscar tu nombre —comenta al pasar.

Y para cuando el chico entrometido termina de decir lo último, siento la furia correr por mi torrente sanguíneo y de repente, lo único que veo es rojo. ¿Quién carajos se cree para entrometerse en mis cosas sin que nadie le haya dado el maldito permiso?

Me pongo de pie de manera precipitada, haciendo que la silla caiga hacia atrás, planto las manos sobre la mesa con un golpe seco y luego miro a Nicholas tan furiosamente, que lo noto encogerse en su lugar.

Respiro entrecortado antes de dar un paso fuera del lugar.

Me marchó sin mirar, soy consciente de que si me quedo un segundo más, voy a terminar soltándole un puñetazo al chico sinvergüenza.

¡Demonios! No soy ningún violento, nunca lo he sido.

Salgo disparado del comedor para dirigirme a los jardines traseros de la universidad donde hay un sitio privado. En el camino me encargo de maldecir al chico metiche.

Nich

Estupefacto.

Así me siento luego de que el chico se marcha épicamente. Y es que... joder... Nunca nadie me ha mirado tan duramente, ni siquiera mi mamá cuando se enoja y esa es una comparación abismal.

Trato de repasar detalladamente la situación para saber qué fue lo que hice o dije para ganarme aquella reacción por parte del castaño. ¿Tal vez fue por el desconcierto al saber su nombre? ¿Lo tomó como un insulto? Espero que no porque realmente esa no fue mi intención. Tampoco pueden culparme por reaccionar así porque, vamos... el nombre es horrible.

Quizás esperaba un "Christian" o incluso un "Patch". No es que sea fan de Cincuenta sombras de Grey o de Hush Hush, pero si vamos a soñar, hagámoslo a lo grande.

En fin, planto los ojos en los chicos que tengo al frente que, cabe resaltar, tienen una expresión un tanto preocupada en sus rostros.

—¿Dije algo malo? —pregunto asustado—. Si fue así, verdaderamente no era mi intención.

—Oh, no te preocupes, no es contigo —me tranquiliza Sam—. Él solo no está teniendo un buen día.

—Eso es. Ya te acostumbrarás a sus desplantes, es que nuestro amorcito es algo quisquilloso —menciona Thom.

—Oh créeme, lo hemos notado —recalca Isa antes de enfrentarme—. Tú tampoco debiste ser tan intenso con lo de su nombre. Se llama Anacleto y hay que aceptarlo. ¡Diablos! Pobre chico —exclama escandalizada.

—Nosotros vamos por la novia fugitiva —informa Thom poniéndose de pie para recoger sus cosas—. Nos vemos luego, dulzuras —choca los puños con nosotros.

—Adiós, chicos —se despide Sam—. Y no te preocupes, Nich, tú no has dicho nada malo, al menos no conscientemente —trata de tranquilizarme, no obstante, se marchan dejándome más confundido que antes.

Resoplo frustrado.

—Todo eso ha sido sospechosamente extraño —añade Isa mientras mira en dirección por donde se marcharon los chicos segundos antes.

—Ni que lo digas.

En los últimos días, he tratado de coincidir con el castaño, pero por alguna razón no logré encontrarlo hasta hoy cuando entré al comedor y de casualidad vi a Thomas.

Por supuesto, no tardé en poner una excusa patética para acercarme a ellos, en mi defensa, solo quería hablar con él sin importar quedar en evidencia con una pésima mentira mal formulada.

Los últimos días estuve yendo a ayudar a mi madre en la cafetería, por lo tanto, no dudé al momento de hostigar al peliblanco para tratar de sacarle información del chico precioso, pero por más insistente que fui, nunca logré obtener nada.

Asimismo, estoy desconcertado por la reciente reacción del castaño. Aunque trato de pensar que ha sido algún tipo de malentendido.

Maldita sea, tengo que solucionarlo.

.....

Demonios, parezco un jodido acosador permaneciendo pegado contra la pared en un escondite cerca del comedor. Dicho de otro modo, hace dos días que intento hablar con Anacleto y todavía no pude dar con él. El chico parece un misterio andante.

Tampoco ayuda el hecho de que Samuel y Thomas no quieren colaborar con la causa, se niegan a darme algún tipo de indicio sobre dónde podría encontrarlo, cada vez que les pregunto, simplemente contestan que no saben dónde está, lo cual es una completa mentira teniendo en cuenta lo malos que son en el rubro. A Thomas le da un tic en el ojo izquierdo y Samuel se frota la nariz furiosamente cuando evitan decirme la verdad.

Así que sí. Aquí me encuentro siendo un acosador de primera, obligado por la circunstancia y, por supuesto, no estoy solo, he arrastrado a Isa conmigo, motivo por el cual la chica no deja de quejarse.

—Me voy —sentencia, por lo consiguiente se gira para tratar de escapar, pero por enésima vez no puede lograrlo, ya que la arrastro de nuevo a su lugar.

—No puedes dejarme solo —lloriqueo.

—Nich, hace dos días que hemos estado jugando a ser Sherlock Holmes y ni siquiera ha funcionado porque Hamilton brilla por su ausencia —conozco lo suficiente a mi amiga para saber que está llegando al límite de tolerancia, tampoco es que tuviera tanta.

—Lo sé, pero en algún momento tendrá que entrar al comedor por algo de comida.

—O puede que no, sigo pensando que esperarlo en la entrada principal es la mejor opción.

—Y yo sigo creyendo que no. Puede irse por las otras dos salidas.

—Ni siquiera somos buenos para espiar —se queja dando pisotones en el lugar.

La universidad cuenta con una entrada/salida que es la principal y luego hay otras dos, una da al comedor, pero para salir por ella tienes que cruzar por todo el lugar y la

segunda es una trasera que da con el estacionamiento.

Así que, implementando mis habilidades de acosador, deduje que estar vigilando cerca del comedor es la mejor idea.

—De todos modos, no sé por qué me quieres aquí —protesta cruzándose de brazos con el ceño fruncido.

—Apoyo moral —digo como si fuera algo obvio.

—Y eso es una completa mentira. Lo que tú quieres es convertirme en tu cómplice.

—Claro que no.

—Claro que sí.

—Que no.

—Que sí.

—Que no.

—Lo que sea —bufa resignada—. ¿Al menos ya sabes lo que vas a decirle si por algún milagro logramos verlo?

No me puse a pensar en qué es lo que le voy a decir si me topo con él. Pero disculparme por lo que sea que haya dicho para molestarlo, es una buena opción.

—Voy a disculparme —anuncio.

—Me parece correcto que lo hagas porque no estuvo bien que te horrorizaras al saber su peculiar nombre. —Ja. Como si ella no lo hubiera hecho, apoya la espalda de manera perezosa contra la pared mientras me mira de costado—. Pero... ¿No crees que su reacción fue un tanto exagerada? —pregunta pensativa.

—También lo he creído —me encojo de hombros—. Pero tal vez es un tema delicado para él, ya sabes que no todos reaccionamos de la misma manera ante diferentes situaciones.

—En eso tienes razón —estuvo de acuerdo.

Nos quedamos en silencio esperando poder dar con el castaño, como halcones acechando a su presa y tal parece que este es mi día de suerte.

El chico sale por uno de los pasillos donde están algunos salones de clases, vestido completamente de negro con una gorra en conjunto, ¿cómo logro identificarlo? No tengo la más mínima idea. Al pasar por la entrada del comedor no se detiene, solo sigue de largo.

No voy a permitir que pase un día más sin hablar con él, así que no lo pienso dos veces antes de enderezarme y empezar a seguirlo a pasos apresurados. A lo lejos escucho

que Isa me llama, pero no volteo a verla, mis ojos están puestos en cierto chico que se dirige a lo que parece ser un jardín trasero apartado del resto.

Zac

Recojo mis cosas y salgo del salón apresuradamente, mis compañeros me miran de reojo. No entiendo por qué hacen eso... joder, que tampoco soy un monstruo para que me miren como un bicho raro y tampoco tengo una enfermedad contagiosa como para que se alejen cada vez que paso.

Mayormente, esquivo este tipo de reacciones por parte de las demás personas, pero hay otras veces que me irritan al punto de fulminarlos con la mirada.

Paso por el comedor, pero no me detengo, no tengo apetito, esta mañana logré desayunar, así que mi estómago aún está lleno. Voy directo a mi lugar, un jardín trasero prácticamente abandonado. Son muy pocas las personas que saben de este sitio.

Cuando logro llegar, al igual que siempre, me acomodo en uno de los ultrajados asientos de cemento. Me agrada este lugar porque es silencioso y se puede apreciar la vista hacia el cielo.

Es como una manera de conectarme.

Dejo la mochila a un lado, me pongo la capucha de la sudadera y luego alzo la vista al cielo despejado. A veces me quedo por horas, tratando de descifrar el rumbo de mi vida o, simplemente, atormentándome con pensamientos.

Mi vida es una mierda.

Me enfurece no saber apreciarla y aprovecharla. Soy consciente de que muchas personas allí afuera están luchando por vivir y suplican poder tener esa oportunidad, mientras que yo me la paso maldiciendo al Dios que alguna vez le tuve tanta fe y, aun así, no me ha escuchado. Sí, es malditamente injusto estar aquí sin apreciarlo. Sin embargo, no he tenido las agallas para hacer algo al respecto.

Creo en Dios, sé que está en algún lugar, es solo que me encuentro tan malditamente enojado y dolido con él. Dios es injusto muchas veces, le otorga vida a quien no la desea y se las quita a quienes sí. Entonces... ¿Cómo tener fe en alguien que hace y deshace sin piedad? No lo entiendo y probablemente nunca lo haré.

Pero maldición, dejando el enojo de lado y siendo un poco racional, sé que no puedo culparlo por mi miserable vida. Solamente necesito desquitarme con alguien, por lo tanto, levanto la vista al cielo y le recrimino un par de cosas.

Una solitaria lágrima rueda por mi mejilla mientras mi pecho se comprime a causa del asfixiante dolor.

—Um... —carraspea alguien a mi espalda—. Hola —me limpio rápidamente la mejilla y giro el rostro para saber quién es el intruso.

Unos cálidos ojos azules me devuelven la mirada de manera expectante. Lo miro sin

expresión y él se limita a sentarse a mi lado. Estuve tan ensimismado que no lo oí llegar.

Al verlo después de unos días, tengo una mezcla de sentimientos encontrados, por un lado; el enojo y la frustración. Vamos, el chico no tenía ningún tipo de derecho de mencionar a mis padres, para empezar, ni siquiera le había dado la jodida confianza para que llegara y se comportara como si fuéramos amigos de toda la vida.

Me frustra ver lo entrometido que es. No necesito lidiar con un chiquillo metiche. ¡Con un demonio! Suficiente drama reina en mi jodida vida como para tener que agregarle uno más, porque sí... una alarma me advierte que aquel chico puede presentar algún tipo de problema y no sería capaz de soportar un peso más.

Por otro lado, haciendo media culpa, sé que estoy siendo un imbécil exagerado. Puedo apostar a que el chiquillo no tuvo ninguna mala intención al respecto. Él no tiene una puta idea del infierno en el que vivo. No puedo culparlo por una ridiculez que ni siquiera es cierta. Pero eso no quiere decir que voy a revelar este lado en voz alta.

¡Condenado Thomas por hacer de las suyas!

—Estuve buscándote por dos días —me mira dubitativo y luego baja la cabeza a su regazo, al tiempo que juguetea con sus manos en señal de nerviosismo, hace un breve silencio como si tratara de buscar las palabras correctas. Unos segundos después, suspira y levanta la vista encarándome. Esta vez, más decidido—. Quiero pedirte disculpas si te he ofendido con mi comportamiento anterior... realmente no fue mi intención, de verdad lo siento, a veces soy un poco directo y no mido mis palabras. Ni siquiera nos conocemos bien y ya debes tener una mala impresión de mí, no quiero qu...

Sigue dándome miles de pretextos por su "fatal comportamiento", también se toma la libertad de contarme sus ¡oh maravillosas cualidades! Y me lanza una lista, interminable, de motivos por los cuales no debería pensar en él como una mala persona, sino como una genial.

Sus palabras, no las mías.

Jesús, como si no fuera lo suficientemente metiche, también es un hablador de primera.

Me duele bastante la cabeza y la verdad es que preciso un poco de silencio, pero el chiquillo no acaba de parlotear, así que con toda la renuencia que poseo, lo enfrento.

—¿Puedes callarte un momento? —pregunto al borde de la irritación.

El chiquillo hablador guarda silencio abruptamente mientras me mira exageradamente sorprendido.

—¿T-tú acabas de hablar? —lo escrutino como diciendo "¿no es obvio?"—. Creí que eras mudo.

¿Qué mierda de imaginación tiene?

—No lo soy —me limito a decir para luego clavar la vista al frente, dejándole en claro que no pretendo entablar una conversación.

—¡Eso es genial! Quiero decir, no tengo nada en contra de los mudos... olvídalo —me imita enfocando la vista al frente y luego apoya la espalda en el espaldar del asiento—. Tu voz es sexy —susurra, pero logro escucharlo.

Estuvimos unos minutos en silencio, no sé exactamente cuanto, pero logro relajarme un momento, lo que no me sucede a menudo.

Sin embargo, como no puede durar para siempre, el chiquillo se endereza, gira su torso en mi dirección y sube una rodilla flexionada sobre el asiento.

—No me agrada tu nombre —sentencia. Arrugo el ceño. Suelto un suspiro cansado como diciendo "y aquí vamos otra vez". El hablador me mira con una sonrisa de falsa inocencia—. ¿Puedo llamarte como a mí me gusta?

—No.

—Eso es genial, tengo el mote perfecto para ti —exclama sonriendo alegremente. Mierda, acabo de negarme y le importa tres pepinos. ¿Para qué me ha preguntado si de todos modos hará lo que le dé en gana?—. ¿Quieres que te lo diga ahora?

—La verdad es que no.

—Chico precioso —anuncia felizmente, como si fuera el mote más genial y mejor pensado del mundo.

Lo miro horrorizado.

—No me llamarás así —dictamino con voz arisca, no obstante, soy ignorado olímpicamente.

—Oh, por supuesto que lo haré... —Se pone un dedo en la barbilla, fingiendo estar reflexionando, sonrío soñador antes de hablar—. De hecho, ya lo hacía. Desde la primera vez que te vi unos días atrás, no sabía tu nombre y ese fue el primer mote que vino a mi cabeza.

Lo inmovilizo con los ojos, no puedo decirlo a ciencia cierta, pero este chico no parece intimidado con mi presencia, también está el hecho de que ignora cada negativa que le doy, entonces, ¿es astuto pedirle que no me llame por ese ridículo mote? Probablemente, no lo sea, ya que no valdría la pena gastar mi tiempo cuando sé que no seré escuchado.

Nicholas curva los labios brillante, me pregunto si es que acaso no le duelen las mejillas por sonreír de aquella manera todo el santo tiempo.

No recuerdo cuándo fue la última vez que una sonrisa se apoderó de mi rostro, ha pasado un tiempo largo desde que sucedió.

Un gruñido en las tripas me saca de mis pensamientos, el apetito me invade. Escucho una risita por parte del hablador quien comienza a hurgar en su mochila para luego tenderme una barrita de cereal.

—Ten, no has comido nada —¿Cómo sabe que no he comido nada? Nicholas extiende su mano más cerca de mi pecho, insistiendo. Dudo un momento, pero termino aceptándola.

Abro la envoltura de la barrita justo cuando mi móvil comienza a timbrar, lo saco del bolsillo de la sudadera y miro la pantalla, es Samuel, él y el condenado Thomas han estado bombardeando mi casilla de mensajes. Entiendo que ellos se preocupan por mí y, realmente, no deseo ponerlos así, pero últimamente prefiero estar solo.

No es que me desagrade su compañía, pero de nuevo, necesito convivir con la jodida soledad.

La soledad, a veces, es buena. Te conecta contigo mismo, te hace pensar o replantearte algunas cosas, ya sea pensamientos o decisiones. Pero la soledad en personas rotas, es una jodida hija de perra. Conviven obligadamente, no por elección.

El móvil comienza otra ronda de timbreo, así que decido no preocupar más a mis amigos y responder. Medio segundo después de descolgar la llamada, la voz de Samuel me invade.

—*¿Dónde demonios te metiste, Hamilton?* —bufo frustrado, cuando Samuel pierde la paciencia y se enoja, se convierte en un infierno de amigo. Giro la cabeza para mirar al chico a mi lado, el cual parece curioso.

—*Hemos estado buscándote para que almorzaras con nosotros* —la voz de Thomas suena agobiada, me maldigo mentalmente por hacerlos preocupar tanto.

—Estoy en casa —miento para no dar explicaciones.

Se escucha un murmullo al otro lado de la línea.

—*¿Es muy difícil para ti responder el puto móvil?!* —inquieta tajante Samuel.

Escucho a Thomas diciéndole que se tranquilice. Por otro lado, Nicholas me mira expectante.

—Lo siento —susurró finalmente.

La línea queda en silencio para posteriormente oírse un suspiro resignado.

—*Descuida, amorcito, ¿has comido?* —Observo el cereal a medio comer en mi mano y emito un sonido con la garganta a modo de afirmación—. *De acuerdo, descansa y nos vemos mañana.*

—Está bien.

Estoy a punto de colgar cuando Samuel dice mi nombre.

—*Siento haberme alterado, estábamos preocupados por ti* —un nudo se aferra a mi garganta.

—Yo... siento preocuparlos —balbuceo.

—*Bien, te veré mañana* —y sin más, cuelga.

Guardo el móvil en el bolsillo y agarro la mochila para comenzar a caminar fuera del lugar. El chiquillo me imita posicionándose a mi lado.

—¿Podemos ser amigos? —pregunta directamente. Lo miro por el rabillo del ojo, en su rostro se dibuja una sonrisa esperanzadora.

—No.

—Sabía que dirías eso —ríe satisfecho—. Pero tarde o temprano me aceptarás, incluso por cansancio. De igual manera, hasta que eso suceda me voy a encargar de ti y como tu "casi amigo" tendrás que soportar que esté pendiente de tu almuerzo, así que no trates de saltarlo o me enfadaré contigo —bueno, no es algo que me importe—. También tienes que darme tu número de teléfono —camina dando saltitos como si tuviera 6 años.

—No lo haré —sentencio contundente.

—Pero... eres muy malo —planta un puchero infantil que lo hace ver ridículamente tierno... ¿Qué mierda? ¿Tierno aquel chiquillo? No, claro que no—. Está bien, hazte el difícil, lo conseguiré de todos modos —me guiña coquetamente antes de posicionarse al frente para impedirme el paso—. Ahora debo irme a la cafetería, pero me alegra haber arreglado las cosas contigo.

Tampoco es que tuviera otra opción.

—Vete —ordeno.

Nicholas eleva las comisuras de sus labios para eventualmente comenzar a caminar en reversa. Agita una mano mientras me guiña un ojo y luego se voltea para caminar de manera correcta.

Genial, apuesto a que a partir de este momento no podré sacármelo de encima.

Intentaré soportar.

Nich

Suspiro por enésima vez en menos de quince minutos. Me encuentro un tanto desanimado, estamos en el comedor del campus junto a Isa, Sam y Thomi. Me tomé el atrevimiento de sentarme junto a los chicos.

Isa y los demás se llevan increíble, como si fueran amigos de toda la vida y aunque charlamos de diferentes temas, me doy cuenta de que no estoy siendo muy participativo. En mi defensa, se debe a la ausencia de cierto chico precioso.

Ingenuamente, tuve las esperanzas de topármelo a la hora del almuerzo, no obstante, por lo poco que he llegado a conocerlo, me doy cuenta de que quizá no le agrada estar en el comedor junto al resto de los estudiantes. Aun sabiendo que es una posibilidad, me siento un poco desanimado, como si me hubieran dejado plantado en una cita inexistente.

—Dios. ¡Deja de suspirar tanto! —exclama Thomi con una expresión cansada.

—¿Qué sucede? —indaga mi amiga frunciendo el ceño, la miro de manera confusa.

—No es nada —respondo sin entender a qué se refiere. Decido terminar con esta curiosidad y encaro a los chicos que están sentados frente a mí—. ¿Dónde está Anacleto?

Ellos me miran con lástima.

—No suele almorzar aquí, son pocas las veces que lo hace —explica Sam de manera tranquila, pausadamente.

—Mi amorcito gruñón no es fan del bullicio —concierda Thomas.

No es la primera vez que Thom lo llama "amorcito". Una duda desagradable cruza por mi cabeza, así que no lo pienso dos veces antes de sacarme la espinilla.

—¿Anacleto y tú están saliendo? —cuestiono directamente al chico, el cual me mira con incredulidad para luego empezar a reírse escandalosamente. Sam lo sigue, mientras que Isa mira a Thomas esperando expectante su respuesta.

—¿Por qué piensas algo como eso? —pregunta aún con la risa filtrándose en su voz.

—Porque no es la primera vez que te oigo llamarlo "amorcito" —puntualizo sarcásticamente.

—No están juntos —aclara Sam con una sonrisa divertida, dejándome respirar—. Lo que pasa es que Thom es un cargoso encimoso que se cree con el derecho de ponernos apodos ridículamente románticos —bufa molesto.

—¡Oye! Di lo que quieras, pero sé que te encanta que sea encimoso contigo, cielito —ronronea para posteriormente llevar una mano al perfecto peinado de Sam y revolverlo.

ganándose un manotazo por parte del chico.

—¡Joder, Miller! Me lleva media hora dejarlo así para que tú vengas y lo estropees —se queja tratando de acomodárselo, cosa que es en vano, ya que el peliblanco decide revolverlo nuevamente.

Una mini pelea se instala en la mesa, por un lado, un enojado Sam que despotricaba en contra de Thomi y, por otro, un peliblanco que ríe a más no poder, parece que nada puede afectar a este último.

—Basta, parecen unos niños —los reprende Isa y por increíble que parezca, ellos le hacen caso—. Nos estamos desviando del tema.

Le agradezco mentalmente por retomar el hilo de la conversación.

—Está bien, me calmo —acepta Thom mientras se acomoda en su silla plantando los antebrazos sobre la mesa y mirándome directo a los ojos—. No somos pareja, solo me gusta ser cariñoso con mis chicos —se encoge de hombros.

—No somos tus chicos —aclara Sam.

—Lo son —sentencia Thom.

Decido intervenir antes de que una nueva ronda de insultos se desate.

—De acuerdo. Lo preguntaba por curiosidad —cosa que no es del todo mentira.

Los chicos asienten para luego ponerse serios de manera instantánea, poniéndome en alerta.

—Eres un chico muy simpático, Nich, pero... —Sam duda un momento—, Hamilton necesita un poco de tiempo.

Eso es algo que he notado el día anterior cuando se negó rotundamente a aceptar ser mi amigo. No soy un experto en leer a las personas ni mucho menos, pero estoy casi seguro de que el chico precioso había alzado un extenso muro a su alrededor, un muro tan alto que va a ser difícil derribarlo hasta llegar a él y si ponerme intenso y volverme entrometido hará canalizar sus sentimientos a otro lugar, estoy dispuesto a hacerlo.

—Lo entiendo, sé que a veces soy un poco insistente e impaciente —sonríe en dirección a los chicos—. Por eso voy a darle tiempo, pero eso no significa que no vaya a insistir, quiero ser su amigo y voy a lograrlo. Siento que vale la pena —sentencio con convicción.

—No vamos a impedirlo ni a decirte que no lo hagas, simplemente queremos que estés preparado porque Hamilton puede ser un poco malhumorado algunas veces —agrega Thomi.

—No se preocupen, Nich puede llegar a ser muy convincente —los tranquiliza Isa, cosa que agradezco en silencio.

Los chicos comparten una mirada un par de segundos, como si se estuvieran comunicando telepáticamente. Luego giran el rostro para mirarme antes de que Sam diga:

—Está bien, tal vez le haga bien un amigo como tú.

Esa pequeña y simple respuesta me hizo entender que Anacleto no se encuentra bien. Recibiendo el mensaje fuerte y claro.

Charlamos un poco más para conocernos. Sam, al igual que el chico precioso, estudia Arquitectura, lo cual es increíble y ya están en su segundo año. Thomas está en Gastronomía en el edificio de al lado. Soy un completo desastre en la cocina, una vez intenté prepararle un desayuno sorpresa de cumpleaños a mi madre y todo terminó en una catástrofe. En resumen, una cocina incendiada y los bomberos en mi casa. Por suerte, solo unas cuantas cosas se quemaron.

Luego de eso, nunca más volví a incursionar en el arte culinario.

Al terminar de almorzar, nos despedimos de los chicos tomando rumbos diferentes para nuestras últimas clases del día.

En esta ocasión, no tuve tanta suerte porque no logré toparme con el castaño.

....

Estamos esparcidos en la alfombra de la sala, libros, hojas y marcadores sobre la mesita del centro. Al salir de la universidad vinimos directo a casa de Isa, tenemos un trabajo de investigación por comenzar cuanto antes.

Me encanta estudiar y aprender cosas nuevas, pero... existe una materia en particular que detesto profundamente.

Historia.

Es malditamente cansador tener que memorizar extensos párrafos aburridos, por no mencionar las fechas que debemos recordar y nombres raros. Digan lo que digan, siempre voy a pensar que es acumular información innecesaria sin sentido. Pero bueno, tendré que hacerlo de todos modos si no quiero reprobar en mis primeras semanas de clases, luego me encargaré de enviar esa información a la papelera de reciclaje.

Pues así terminé de este modo, con un libro en las manos, tratando de concentrarme en la dichosa lectura, cosa que se está complicando más de la cuenta.

Desde ayer, un remolino de sentimientos se instalaron en mi pecho y estoy cagado en las patas porque a pesar de que nunca antes los he sentido, puedo reconocerlos a la perfección.

Y eso asusta como el infierno.

—¿Cómo vas con la lectura? —pregunta mi amiga, trayéndome de vuelta a la realidad.

—Muy bien, es interesante —miento.

Isa arquea una de sus perfectas cejas al tiempo que mueve la cabeza de forma negativa.

—Vaya, no pensé que fueras mega inteligente —alardea con sarcasmo—. Deberías enseñarme a leer al revés —apunta hacia el libro en mis manos que, en efecto, está dado vuelta.

Maldigo por lo bajo para posteriormente acomodarlo como debe ser.

—Es uno de mis muchos dones —digo casual.

—Claro que sí —hace un ademán con la mano—. Ahora dime qué es lo que te pasa —ella estira la mano sobre la mesa para tomar la mía en señal de apoyo.

—No es nada —digo, listo para derramar mis tripas, aunque trato de hacerme el interesante—. Sabes que nunca me ha gustado esta asignatura.

Después de todo, no sé cómo empezar a relatarle sobre el revoltijo que siento en el pecho.

—Ni lo intentes —advierte de manera contundente—. Te conozco lo suficiente como para saber que no estás diciéndome la verdad. Dime que sucede, Nich —me aprieta la mano alentándome a hablar.

Dios, este no soy yo.

Siempre he sido sincero con ella y, maldición, nunca he sido indeciso y mucho menos introvertido. Sin rodeos, trato de buscar las palabras correctas para comenzar a hablar.

—¿Crees en el amor a primera vista?

Si hubiera sido en otra situación, me estaría descostillando de la risa por la forma en la que mi amiga abre los ojos graciosamente. Una pequeña risa escapa de mis labios. Isa me mira confusa. Solo a mí se me ocurre preguntarle algo como esto a la persona menos romántica que conozco.

Isa se acomoda en el lugar mientras sustituye su cara desorientada por una pensativa. Espero unos segundos hasta que sacude la cabeza volviendo en sí.

—Sí, lo hago —dice confiada.

—¿Lo dices en serio? —me acerco más a la mesita y me inclino con curiosidad—. Pero tú nunca me habías contado.

—Oh no, no —se apresura a aclarar—. No me ha pasado nunca.

—¿Entonces cómo sabes que existe?

—Mis mamás lo tuvieron —sonríe orgullosa.

—Oh, escuché una vez a mamá decir que Tía Sof y Tía Ash, se enamoraron automáticamente, pero nunca oí la historia completa.

—Es tan hermosa y cada vez que se presenta la oportunidad, les pido que me la cuenten. —Y apuesto a que ellas nunca se niegan, aman profundamente a Isa.

—En cuanto las encuentre juntas voy a pedirles que me hablen sobre eso —digo entusiasmado.

—Ellas dicen que fue amor a primera vista, bastó con mirarse a los ojos y ya tenían sentimientos románticos la una por la otra. Una cosa extraña si me lo preguntas, pero siendo testigo de su amor, estoy convencida de que existe.

Suelto su mano y apoyo la espalda en el sofá detrás de mí. Dejo escapar un suspiro antes de levantar la vista, Isa me mira expectante.

—Nich, tú no te ahogas en un vaso de agua —me recuerda.

—Lo sé —porque malditamente lo sé, ese es uno de mis lemas y aun así, estoy ahogándome en uno.

—Habla conmigo —insiste.

—Si lo digo en voz alta, estaré admitiéndolo y eso me asusta. Por primera vez en mi vida estoy asustado por lo que tengo que decir. ¿No es esa una señal de que quizás no es una buena idea exponerlo?

—Por supuesto que no. Uno debe decir lo que piensa y siente. Si es algo malo, podemos buscar la forma de resolverlo. Pero si lo que sientes es algo bueno, no hay forma de que puedas ocultarlo, Nich. Estoy segura de que no puedes guardar algo malo dentro de ti. Sea lo que sea, no lo hagas, eso no es bueno.

Isa me regala una mirada comprensiva. Sé que mi amiga tiene razón. Pero una cosa es decirlo y otra muy distinta es hacerlo.

Alcanzo el vaso de zumo, lo bebo hasta la última gota tratando de juntar coraje en el proceso.

—Nunca he reflexionado demasiado en el amor a primera vista, quiero decir, he leído incontables libros de romance dónde dejan por sentado que, cuando conoces a la persona indicada, lo sabes. Quiero decir, se sentía un poco cliché y no hacía más que reírme cada vez que el protagonista mencionaba el tirón en su pecho, pero ahora me siento ridículo porque soy uno más del montón, porque cuando vi por primera vez sus ojos claros, sentí ese estúpido tirón que me da escalofríos y eso me asusta. Ridículo, ¿no? —le doy una mirada vulnerable a la chica.

—No es para nada ridículo, Nich, los sentimientos no tienen explicación alguna y

mucho menos un cronograma que te informa cuando llegan y cuando se van —suelto una risita carente de humor—. Sucede y ya, no lo pienses tanto, estás asustado y lo entiendo, pero no trates de buscar el motivo porque no vas a encontrarlo.

—Sé que tienes razón, pero no solo estoy asustado por los sentimientos en sí, sino porque estoy seguro de que no sería correspondido.

—¿Crees que no podrías llegar a gustarle a tu chico precioso? —pregunta, es gracioso que ella se haya dado cuenta de que se trata de él sin que tenga que decírselo.

Soy demasiado obvio, o ella me conoce muy bien.

—Sí, pero también me he dado cuenta de que algo pasa con él —Isa me hace una seña indicándome que continúe—. ¿Recuerdas el día que lo conocimos? Te pregunté si habías notado su mirada triste y tú me dijiste que no.

—Sí.

—Pues estoy convencido de que algo lo tiene así y que la está pasando mal y soy un chico insistente, aunque también soy lo suficientemente consciente para entender que Anacleto no necesita mi trasero jodido detrás del suyo.

—De acuerdo, pero dijiste que ibas a ayudarlo y hoy mencionaste delante de los chicos que estabas decidido a convertirte en su amigo. Esa es una buena idea para acercarte a él y, quien sabe, tal vez seas correspondido en un futuro—me dice de forma alentadora.

—Ojalá fuera así de fácil —digo suspirando.

—Inténtalo, Nich, hazlo con calma.

—Voy a intentar acercarme a él —esquivo su mirada—. Pero no voy a involucrar mis sentimientos, Isa. Ese chico no parece querer algo amoroso en estos momentos.

—No creo que sea una buena idea, estarías dejando en segundo plano lo que sientes —ella se cruza de brazos.

—No, claro que no. Solo los mantendría alejados por un tiempo, al menos hasta que sepa que Anacleto está mejor. Luego me encargaré de ellos.

Sí, se escucha como un jodido buen plan. Otra vez, espero que sea así de simple aplicarlo.

A juzgar por lo poco que llevo conociéndolo, apuesto mi sudadera favorita de Bob esponja que meterse en algo amoroso es lo último que el castaño necesita. A eso sumándole que ni siquiera sé si le gustan los hombres. Son muchos los factores a tener en cuenta.

Por eso decido no ser egoísta, esta vez no voy a pensar en mí mismo. Esta vez voy a pensar en aquel chico de ojos hermosos que me tiene suspirando todo el tiempo.

—No estoy de acuerdo, pero sabes que siempre te apoyaré —mi amiga se levanta, rodea la mesa y se deja caer a mi lado mientras me abraza.

—Gracias, eres la mejor —le devuelvo el abrazo antes de plantarle un beso en la frente.

—Solo te pido algo —dice separándose un poco.

—Dime.

—Que hables conmigo siempre. No quiero que te cierres y tengas que lidiar solo con tus sentimientos.

—No tienes porqué preocuparte, sabes que siempre te cuento todo. Que esta sea la primera vez que no voy a decir lo que siento, no significa que a partir de ahora no vaya a hacerlo nunca. Esta es una excepción —le aparto un mechón de su rostro.

—¡Ah! Lo sé. Pero aun así promételo —pide extendiendo su dedo meñique.

—Eres tan intensa —digo divertido.

—Nicholas.

—Está bien, lo prometo —anco el dedo con el de ella sellando la promesa.

Luego de aquella charla con mi mejor amiga, me siento mucho más relajado. Las cosas están un poco más claras y ahora tengo un plan en mente.

Pretendo hacer lo posible para que las cosas salgan bien.

.....

Por la noche, ya en casa. Me dirijo a la puerta que da salida al pequeño balcón de mi habitación. La noche está un poco fría, por lo que no pienso quedarme mucho tiempo. Mamá va a matarme si llego a enfermar. Me acomodo en el diminuto sillón. El espacio no es grande, pero sí lo suficientemente cómodo para sentarme a pensar o simplemente tomar aire fresco. En este momento, estoy aquí por la primera opción.

Me envuelvo con una frazada mientras me acurruco mejor. Levanto la vista al cielo. Nunca he sido muy religioso, mi familia tampoco lo es. Quiero decir, creo en Dios o alguna entidad celestial sin ser un fanático y tampoco recuerdo cuando fue la última vez que dije una oración.

Sin nada que perder y mucho por ganar, con la vista fija al cielo nocturno, me tomo el atrevimiento de pedir algo por primera vez en mi vida.

Quita su tristeza, devuélvele la sonrisa.

Repito esa frase una y otra vez por si no me escucharon a la primera.

Zac

Suspiro frustrado mientras cruzo el campus en dirección a la biblioteca. Es el único lugar en el que puedo concentrarme en otra cosa que no sea mi miserable existencia. Al cruzar la amplia puerta, miro a la bibliotecaria y realizo una inclinación de cabeza a modo de saludo. Le muestro el pase de estudiante y me pierdo en el lugar.

Siento vibrar el móvil, lo saco de uno de los bolsillos delanteros del pantalón para ponerlo en silencio, pero al mirar la pantalla me encuentro con una notificación del grupo de chat que comparto con los chicos.

GRUPO: MIS AMORES

Está de más aclarar quién fue el creador.

THOMAS: Amorcito, te estaremos esperando en el comedor a la hora del almuerzo.

SAMUEL: Y ni se te ocurra faltar, Hamilton, o voy a patear tu trasero.

THOMAS: Cielito, deja de ser tan rudo, déjalo para otra ocasión.

SAMUEL: ¿Quieres una paliza, Miller?

THOMAS: Solo si prometes besar mis heridas luego.

SAMUEL: ¡Eres un idiota!

Infierno, puedo escucharlos discutir hasta por mensajes de textos.

ZAC: Ok.

Envío una corta respuesta para dejar que sigan discutiendo entre sí. Silencio el aparato porque no deja de vibrar, lo empujo dentro del bolsillo y retomo el camino.

Son tan infantiles, todo el tiempo molestándose por cualquier ridiculez, su corta relación de amistad siempre ha sido así, pero también son muy unidos, tanto que al principio, cuando Thomas se unió, creí que tal vez él y Samuel podrían llegar a ser algo más que amigos. Pero eso nunca pasó y lo descarté rápidamente.

Es más bien una relación de hermandad, así que no fue difícil darme cuenta de que no están hechos el uno para el otro románticamente hablando.

El día anterior no los he visto. No fui al comedor por dos motivos: el primero es porque no me agrada estar allí, es un lugar demasiado ruidoso para mi inquieta mente. Y el segundo motivo es porque no quería encontrarme con cierto chiquillo que, claramente, estaría sentado con mis amigos.

Nicholas Brown, me pone en alerta total y me enoja malditamente demasiado no saber el porqué. Vamos, que el chico es unos centímetros más bajo que yo, físicamente se ve atlético, pero delgado y expresa una mirada que no puede matar a una jodida mosca.

No es que lo haya examinado ni nada por el estilo. El punto es que no tengo motivos concisos que me expliquen la razón de mi comportamiento patéticamente alarmante.

Quizás es porque se ha autoproclamado mi casi amigo sin permiso, aunque si lo pienso de esta manera no tiene sentido, ya que Thomas ha hecho exactamente lo mismo en su momento y aun así, aquella vez no me puso histérico.

Toda esta situación es confusa.

No obstante, no pretendo ignorar a mis amigos por tratar de evitar al chiquillo. Al diablo, ni loco voy a dejar de hacer algo por su culpa.

Camino por el sector dónde están los libros de poesía, pero ninguno llama mi atención. Giro en el sector de ficción, avanzo lentamente al mismo tiempo que leo los títulos plasmados en las portadas de cada libro. Se ven interesantes teniendo en cuenta que no es un género que suelo leer.

Me detengo cuando un título llama mi atención.

"Donde habitan los ángeles" se lee en la portada. Tomo el libro del estante para examinarlo lentamente y al voltearlo, leo una pregunta que comprime mi corazón, siento como mi pecho se hunde.

¿Por qué todos aquellos a los que amamos tienen que desaparecer?

Buena maldita pregunta y, ¿yo? Necesito saber la respuesta. Decido quedarme con el libro, soy consciente de que será como echarle alcohol a una herida profunda, pero tal vez puedo obtener algunas respuestas.

Lo más fácil y sano sería hablar con mis amigos, poder desahogarme, entiendo que ellos me escucharán sin dudarlo, simplemente no puedo hacerlo.

Soy de esas personas que se guardan todo. No es fácil ventilar tus sentimientos, tus secretos, tus miedos. Eso te deja totalmente vulnerable y propenso a recibir más dolor porque cuando lo hayas dicho en voz alta, vas a romperte y luego tienes que lidiar con el desastre que dejará tu mierda expuesta.

Prefiero guardar silencio. Prefiero alzar un muro para no dejar que nadie lo atraviere. Prefiero manejarlo por mi cuenta y que el caos se convierta en una puta mierda incontrolable.

La biblioteca está prácticamente vacía, es de suponer, ya que la mayoría deben estar en sus respectivas clases a esta hora. Visualizo una pequeña mesa con dos sillas al final del sector exclusivo para leer y no lo pienso dos veces antes de dirigirme hacia allí.

Nich

Camino tranquilamente por el sector de descanso que se encuentra en el centro del campus, es como un enorme jardín con mesas y bancos de concreto para que los estudiantes podamos estudiar, almorzar o descansar cómodamente al aire libre.

Pienso en sentarme un rato para hacer tiempo hasta que sea la hora del almuerzo, pero lo descarto al instante, no quiero aburrirme solo y mi amiga sigue en clases. Continuo caminando hasta que diviso la biblioteca, tal vez puedo aprovechar para devolver los libros de historia que ya no nos sirven y tomar otros.

Sí, es una buena idea para matar el tiempo. Me dirijo al lugar y cuando atravieso la amplia puerta, la bibliotecaria me recibe con una sonrisa.

—Buenos días, vine a entregar estos y buscar otros —anuncio con una sonrisa colocando los libros sobre el mostrador, la mujer me mira amablemente.

—Buenos días a ti. Claro, deja que los anote como entregados —revisa los libros para luego teclear algo en su computadora—. Muy bien, ve a buscar lo que necesites, cariño, y si necesitas ayuda, me llamas.

—Gracias —sonríó antes de avanzar hacia el sector del sufrimiento.

Diablos, nunca me va a gustar la historia, quiero y necesito terminar cuanto antes este bendito trabajo.

Según mis cálculos, llevo más de diez minutos en el mismo pasillo, maldiciendo a todos los libros de historia que descansan cómodamente en los estantes. Bien, no tendría que haber venido solo.

Resoplo frustrado y termino por rendirme, fulmino con la mirada a los libros y me giro para ir en busca de la bibliotecaria, es mi única salvación en este momento.

Estoy al final del pasillo cuando lo veo...

Mis pies quedan anclados al reluciente piso, emitiendo un sonido ruidoso. El chico precioso está sentado al final del sector de lectura, se encuentra inclinado sobre la mesa con un libro en sus manos. Lleva puesta la capucha de la sudadera, pero de todas formas logro reconocerlo, ¿cómo? Ventajas de ser un acosador.

Acabo de ser bendecido por Aristóteles. Tenía planeado buscarlo a la hora del almuerzo, pero... no pienso desaprovechar esta perfecta oportunidad. Ni que estuviera loco.

Me acerco tranquilamente, sin embargo, mi corazón late de manera frenética. Me tomo el pecho con la mano, ¿acaso me va a dar un infarto en este preciso instante? Por Dios, espero que no porque sería demasiado vergonzoso.

Cuando me posiciono frente a la mesa, dejo caer la mochila del hombro para dejarla

apoyada en el piso y luego me siento en la silla libre que está frente al chico, el cual levanta la vista cuando se percata de mi presencia. Su barba de unos dos días lo hacen ver sexy como el pecado.

—Hola —saludo con una enorme sonrisa. El castaño frunce el ceño, me mira unos segundos y vuelve a bajar la vista al libro que tiene en sus manos. Joder, es tan hermoso, incluso cuando parece molesto—. ¿Qué haces? —insisto.

—Juego al ping pong —su respuesta no ha sido para nada amable, pero no pudo evitar soltar una risita.

—Ya veo, ¿puedo jugar contigo? —pregunto entre divertido y coqueto. El castaño alza la vista nuevamente, inmovilizándome con sus cautivadores ojos.

—No.

Mi sonrisa disminuye mientras me mira fijamente, el remolino de sentimientos hace acto de presencia en este momento, asustándome un poco.

¡Maldición, ahora no! Estoy jodido.

Vuelvo a plantar una sonrisa y trato de recuperarme

—Cuéntame, ¿qué estás leyendo? —apoyo los antebrazos sobre la mesa y me impulso hacia arriba para tratar de leer el título, cosa que no consigo porque el castaño lo cubre con sus brazos.

—¿Qué haces aquí? —cuestiona.

—Es de mala educación responder una pregunta con otra —reprendo con falso enojo mientras me acomodo en la silla.

—Es de mala educación sentarte donde no te invitan —contraataca el chico.

—Si me invitaras, podría sentarme donde tú quisieras —le guiño un ojo para darle más énfasis a la propuesta, luego muevo las cejas sugerentemente.

Por otro lado, el chico abre tan grande los ojos que por poco y no se le salen. Sonrío satisfecho, es agradable conocer otro tipo de reacción de su parte y se siente aún mejor saber que soy el que las provoca.

Anacleto se recompone lo más rápido que puede, luego me fulmina con la mirada.

—Estás loco —dice moviendo la cabeza.

Curvo los labios ante semejante cumplido.

—¿Te cuento un secreto? —susurro. El castaño eleva una ceja—. Las mejores personas lo están.

Me queda mirando por un momento.

—Alicia en el país de las maravillas —agrega.

Un silencio se instala en la mesa. Nuestras miradas se conectan. Mi pecho se comprime un poco y contengo la respiración, quiero tomar su mano, quiero estar un poquito más cerca. Sin embargo, no puedo hacerlo, así que me limito a deleitarme con su precioso rostro que en este momento, milagrosamente, ha dejado de fruncir el ceño.

—Así que... te gusta leer —balbuceo, terminando con la extraña atmósfera que se formó, el chico desvía la vista unos segundos.

Cuando me mira nuevamente, sus ojos lucen distintos, un poco más apagados que antes.

—Sí —afirma.

—¿Qué tipo de género? —indago, queriendo hablar con él tanto como me sea posible.

—Eres un metiche.

—Dime —insisto sonriendo.

—¿Por qué?

—Porque soy tu casi amigo y porque no voy a dejarte tranquilo hasta que me lo digas —aviso y él sabe que voy a cumplirlo.

El castaño parece meditarlo por unos segundos, después suelta un bufido molesto y dice:

—Poesía.

Bueno, eso no me lo esperaba. Creí que tal vez le gustaría más del tipo crímenes y detectives. Aunque parece ser todo un romántico. Cabe resaltar que soy un romántico empedernido.

—¿Cuál es tu libro favorito? —pregunto dulcemente.

—No es asunto tuyo. —Dios, es tan caliente así todo hostil.

—Cuéntame, por favor —hago un puchero mientras junto las manos a modo de súplica —. De eso se trata una amistad, de saber cosas del otro.

—No somos amigos —toma el libro en sus manos y alcanza su mochila en clara señal de que piensa marcharse. Pero no voy a dejarlo ir tan fácilmente.

—También me gusta leer. "Orgullo y prejuicio" es uno de mis libros favoritos. ¡Santo cielo! El señor Darcy es tan perfecto —me apresuro a comentar. El chico frente a mí detiene sus movimientos y me mira atentamente como si lo que acabo de decir le interesara—. Bueno, la perfección no existe, pero creo que si lo hiciera, se llamaría Darcy —y tú, pienso, más no lo digo.

El castaño me observa de una manera que no puedo descifrar. Sus ojos se tornan un tanto brillantes y su ceño se relaja una milésima de segundos antes de volver a fruncirlo.

—¿Alguna vez lo has leído? —pregunto sonriente.

—No lo creo.

—Oh, es una pena —suspiro lamentándome porque quien no haya leído "Orgullo y prejuicio" no sabe de lo que se pierde—. Puedo prestártelo si quieres.

—No quiero y deja de ser tan hablador —gruñe.

—Pues tienes que acostumbrarte, precioso, y más cuando se trata de libros. Me apasiona hablar sobre ellos —suelto una risita.

—No a todos les gustan los libros —murmura.

Asiento estando de acuerdo con él.

—Las personas suponen que leer es aburrido y tedioso, pero se equivocan. Leer es vida, es arte, es perderte en un mundo imaginario donde se viven cosas increíbles, es explorar sentimientos que ni siquiera sabías que tenías dentro, es sentirte pleno y cálido con cada letra, con cada párrafo que está plasmado en él. Leer es tener la certeza de que allí afuera, hay un mundo mejor y puedes tomarte el atrevimiento de elevar tus estándares a ese nivel que jodidamente te mereces.

Sí, puede que me haya apasionado más de la cuenta, pero no puedo evitarlo. El castaño me mira dubitativo. Luego deja escapar un suspiro y sorprendiéndome, dice:

—Leer te hace querer cosas que no sabías que querías. Antes de perderte entre las páginas eres una persona y al cerrar un libro te conviertes en otra.

Tan cierto que los vellos de mi piel se erizan. Elevo los labios satisfecho por haber coincidido en algo con él.

—¿Lo ves, precioso? No era tan complicado ser amable —alardeo orgulloso.

Anacleto no responde, solo levanta sus cosas y empieza a caminar. Por supuesto que no dudo en recoger la mochila para seguirlo. Lo alcanzo justo cuando está en el mostrador de la librería firmando lo que parece ser el permiso para llevarse el libro que estaba leyendo minutos antes de que yo llegara. Toma el libro y se marcha.

Saludo simpático a la mujer antes de salir detrás de él, cuando estoy cerca, me posiciono a su lado mientras camino dando saltitos alegres, sintiéndome contento, acaba de pasar un pequeño avance entre nosotros.

—Vamos al comedor, precioso —anuncio.

—Deja de llamarme así —gruñe el castaño al tiempo que me regala una mirada gélida.

—¿Cómo? ¿Precioso? —pregunto juguetón, sé que estoy siendo un poco intenso y que quizás estoy presionando más de la cuenta, pero algo en mi interior me dice que es la única forma en la que puedo llegar al castaño.

El chico no responde, caminamos en silencio hasta el comedor, una vez dentro, tomamos nuestras respectivas comidas que consistían en hamburguesas de carne o vegetarianas, patatas fritas y soda o zumo.

Dios, amo la comida chatarra.

Nos dirigimos a la mesa apartada donde ya se encuentran los chicos. Cuando llegamos ellos nos miran con total sorpresa por llegar juntos. Mi amiga me da una mirada interrogativa a lo que le respondo con un gesto de "luego te cuento".

—Hola, chicos —saludo sentándome frente a ellos.

—Hola a los dos —contesta Thomi con una sonrisa burlona—. ¿Cómo has estado, amorcito? Sam, estaba a punto de ir a traerte de las orejas —le chismosea.

—Estoy bien —responde tajante.

—Es bueno saberlo —dice Sam—. Estaba dándote unos minutos más antes de ir a buscarte —confirma. El castaño solo mueve la cabeza ante el comentario de su amigo.

Luego de eso, charlamos de cosas al azar, es fácil encontrar un tema de conversación con estos chicos.

Giro el rostro en dirección al chico que tengo sentado a mi lado, solamente le ha dado unos bocados a su hamburguesa y sus patatas están intactas. Parece más apagado que cuando lo encontré en la biblioteca. No me gusta verlo así, mi corazón se llena de tristeza al verlo tan ido.

—Come, precioso —susurro.

El chico voltea la cabeza en mi dirección y me observa fijamente. Santo infierno, podría perderme en esta mirada por días, por semanas e incluso por años. Podría quedarme allí toda una vida entera.

Termino el contacto visual por el bien de mi loco corazón que parece a punto de explotar. Tomo una papa frita del plato del chico y luego la levanto.

—Aquí va el avión —canturreo mientras agito la patata cerca de su perfecta boca.

Escucho las risas provenientes de los chicos. Por supuesto que el chico no toma la comida de mi mano, en cambio, agarra una con la suya y se la lleva a la boca. Bien, eso es mucho mejor que nada.

El horario del almuerzo termina y me siento desilusionado porque tengo que separarme de él, pues no tengo otra opción, ya que Isa y yo debemos ir a la última clase del día.

Mientras que Isa se despide de los chicos, tomo la mochila sobre mi regazo y encaro por última vez en el día al castaño.

—Me voy, pero antes... —junto coraje y me inclino hacia su oído, inhalo profundamente su aroma antes de pedir—: regálame una sonrisa.

El universo sabe cuánto anhelo verlo sonreír aunque sea una sola vez.

El chico clava los ojos en mí, me examina un momento antes de alejarse.

—No —dice rotundamente.

Le regalo una sonrisa comprensiva.

—Está bien, sé que en algún momento lo harás —lo que hago a continuación es algo bastante arriesgado, pero vamos, no sería yo si no fuese de este modo.

Me pongo de pie, cuelgo la mochila al hombro y luego me inclino para depositar un dulce beso en la frente del chico que abre los ojos desconcertado. Me alejo sintiéndome triunfal por dejarlo descolocado.

—Adiós, chicos —saludo a Sam y a Thom que me ven como si tuviera tres cabezas.

Tomo a mi amiga por los hombros para empezar a caminar fuera del lugar. Mis piernas parecen gelatina, pero trato de verme superado.

—¡Joder! —Exclamo una vez en los pasillos, me toco los labios. Pican de una manera tan agradable que me tuvo suspirando el resto del día y la noche.

Zac

Insufrible chiquillo del demonio. ¿Cómo se atreve a darme un beso tan malditamente dulce? ¿Y por qué mierda no lo aparté antes de que lo hiciera? Me siento un idiota por haberme quedado inmóvil mientras, inconscientemente, me estoy tocando la zona donde he sido besado.

—Maldita sea —vocifero quitando la mano de un tirón.

—Así que... ¿Ya son amigos? —pregunta maliciosamente el condenado Thomas.

—Ahora no, Miller —lo amenazo fulminándolo con la mirada.

—Pues a mí me agrada —informa Samuel sin que nadie le haya preguntado—. Isa es como una hermanita menor que siempre quise.

—Hirminiti minir —imita Thomas.

—¿Estás celoso? —el pelinegro se burla.

Luego de eso se desata una pelea que no logro entender el motivo. Mi mente se pierde en cierto chiquillo de intensos ojos azules.

No tengo que bajar la guardia con él. La próxima vez que me lo encuentre, me voy a asegurar de ponerlo en su lugar y dejarle en claro que no somos amigos y que mucho menos tiene permitido tocarme.

De antemano, sé que voy a ser ignorado olímpicamente.

Nicholas, hace lo que quiere.

.....

—Podemos ir el viernes. Es el día libre de Thomi —propone Isabella.

—Oh, es cierto, ¿qué dices, Thom? —pregunta el chiquillo sentado a mi lado.

—No lo sé, no creo que pueda —dice dudoso el peliblanco, lo que es raro porque él nunca rechaza una propuesta.

—Deja de hacerte de rogar —demanda Samuel dándole un empujón.

Todos miramos a Thomas, esperando una respuesta. Al chico se lo nota algo indeciso y esa sí que es una actitud extraña en él.

—Está bien —acepta luego de unos segundos. No luce convencido.

—¡Será divertido! —exclama el hablador para luego girar a verme—. Vas a ir con nosotros, ¿cierto?

—No.

—Genial —ensancha su sonrisa ignorando mi negativa—. Voy a esperarte a la salida de tu clase entonces.

—No iré —repito con la esperanza de ser escuchado.

—Sí sí, lo que sea —curva los labios brillante como si le hubiese dicho algo bueno, luego agita la mano restándole importancia.

Momentos como estos son los que vienen pasando desde hace una semana. Trato de darle una respuesta contundente o ponerlo en su lugar, en cambio, el chiquillo se limita a poner ojos de cachorro a medio morir y mis respuestas no suenan tan concisas cómo deseo.

Me intercepta en todos lados, en la biblioteca, en los pasillos y, a veces, hasta me espera afuera de mis clases, ¿cómo mierda obtuvo el horario? Ni puta idea. Y ni hablar de que, religiosamente, todos los días me arrastra al comedor y me obliga a alimentarme.

La verdad no sé cómo sentirme al respecto. Tampoco ayuda el hecho de que mis supuestos amigos se lleven bien con los nuevos intrusos.

Deseo decirle que me deje en paz. De hecho, lo hice un millón de veces. Puede que no esté siendo lo suficientemente firme en mi petición. De lo contrario, estoy seguro de que ya hubiera dejado de perseguirme.

¿Y por qué no lo mando al diablo de una jodida vez? No lo entiendo, por lo tanto, aquí me encuentro debatiendo qué rayos hacer y tratando de aclarar mi cabeza.

—Supongo que vamos a ver una de terror —deduce el peliblanco antes de darle un sorbo a su lata de soda.

—Claro que no, no vamos a ver esa mierda —escupe Samuel con cara alarmante.

—Oh... ¿Tienes miedo, cielito? —Thomas lo abraza.

—No, pero no me gustan esas cosas —miente tratando de quitárselo de encima—. Quítate, Miller, no seas cargoso.

—Déjame darte amor —besa la mejilla del pelinegro ganándose un manotazo por parte de este—. ¡Dios! Tú y Hamilton son tan hoscos, no aceptan el amor que tengo para darles. —El chico se queja cruzándose de brazos.

—Lo que pasa es que Hamilton ya tiene alguien que le dé amor —informa tranquilamente Isabella.

¿Yo?

Y sí, fue desconsiderado de su parte que lo haya dicho justo en el momento que estoy llevándome la botella de jugo a la boca porque termino ahogándome ruidosamente. El

chiquillo golpea mi espalda, pero no quita la jodida sonrisa de sus labios. Mis amigos ríen sin tratar de disimularlo.

Maldita sea, ¿por qué ha dicho algo como eso? ¿A quién se refiere después de todo?

Cuando puedo recuperar el aliento, miro a los chicos y en ese instante me percato de que esto no ha acabado aún.

—¿Sí? —pregunta un malicioso Thomas.

—Por supuesto —afirma la chica rosada—. ¿Quieren saber su nombre?

—¡Infiernos sí! —se une Samuel.

—Ya que insisten... —se encoge de hombros. No voy a decirlo en voz alta, pero mis oídos están atentos para escuchar el nombre—. Es...

—¡Basta, Isabella! —brama el chiquillo para sorpresa de todos, incluyéndome. Mira a su amiga con desaprobación, a lo que ella le responde mirándolo de la misma manera.

¿Qué mierda?

Eso ha sido curioso, desde que conozco al chiquillo, no lo he visto reaccionar de esta manera. Siempre es todo risas, coquetería y amabilidad.

—Solo bromeaba —dice la chica.

Luego de ese pequeño percance, retomamos la charla, evitando el tema anterior como si nunca hubiera sido sacado a colación.

Acabo la ensalada para luego hacer a un lado la bandeja vacía. Demonios, necesito un poco de descanso, así que cruzo los brazos sobre la mesa y luego apoyo la cabeza sobre ellos. Es de mala educación hacer esto mientras los demás siguen comiendo, pero de verdad lo necesito.

Poso los ojos sobre el chiquillo que me regala una mirada preocupada.

—Luces cansado, precioso —susurra inclinándose sobre la mesa.

—Deja de llamarme así.

—A estas alturas, ya deberías resignarte. Si no lo he cambiado antes, no lo haré ahora —dice divertido.

Y sí, debería resignarme, pero siendo sincero, es un poco satisfactorio no hacerlo.

—Ni siquiera sé por qué elegiste ese ridículo mote —gruño molesto.

—¿Bromeas? —pregunta indignado—. Eres el chico más precioso que he conocido hasta ahora.

Mierda.

Mi corazón se salta un latido y un cosquilleo se instala en el fondo de mi estómago. Contengo la respiración unos segundos y mi cerebro hace un corto circuito mientras miro como Nicholas Brown sonrío altivo después de haberme dicho algo tan malditamente dulce.

El rostro del chico pasa de fanfarrón a alarmado, se aclara la garganta antes de decirme:

—Lo siento, no quise incomodarte. Es decir, no es que lo sienta por haberte dicho que eres precioso, o sea si lo siento, pero no... ¡Ah! Quiero decir, lo lamento por ser tan directo, pero no lo hago porque sí eres precioso...

—Lo entendí —lo interrumpo antes de que se quede sin aire por darme una explicación sin sentido—. Entendí lo que quisiste decir.

Diablos, este chico es todo un caso.

—Está bien. Ahora descansa —murmura para posteriormente tomarse el atrevimiento de apartar un mechón de cabello que cae por mi frente, provocando que aquel mínimo toque, me haga estremecer de manera agradable.

El chiquillo enfoca la vista en dirección a los chicos y se une a la conversación que están manteniendo.

Por mi parte, me quedo quieto mirando su perfil. Tratando de pensar qué hacer. Pues soy de esas personas que; o piensan mucho en las cosas, ya sea a la hora de actuar, tomar una decisión o dar una opinión, o actúo impulsivamente. La segunda opción nunca trae buenos resultados, aunque tampoco me hace bien sobre analizar todo lo que ronda en mi cabeza.

Antes muerto que decírselo, pero tenerlo cerca, inexplicablemente, me tranquiliza.

Suspiró antes de cerrar los ojos.

Nich

—¡Oh por Dios! —grita emocionada mi amiga mientras mira la pantalla de su móvil.

—Isa, no grites que Anacleto está descansando —la reprendo.

Los chicos sueltan risas burlonas.

—Ah, lo siento, es que mira... —me muestra la pantalla de su teléfono donde se ve la publicidad de una película que hemos estado esperando que salga desde que vimos el tráiler.

—Oh, genial. Me encantaría ver esa —digo entusiasmado. Tomo el aparato para tendérselo a los chicos—. Isa y yo hemos estado esperando por esta peli desde hace un tiempo.

—A ver, amo a los animales, pero parece muy aburrida —se queja Sam devolviéndole el móvil a ella.

—Pues a mí me parece interesante —acepta Thomi—. Vamos cielito, ¿o es que acaso tu lado rudo no te permite ver ese tipo de películas? —le pregunta burlonamente antes de revolverle el cabello.

—¡Maldita seas, Thomas Miller! Juro que un día de estos voy a darte un puñetazo —amenaza enojado el de los piercings, mientras que con una mano empuja el rostro de Thom que ríe a más no poder.

Muevo la cabeza divertido. Giro el rostro cuando siento que el chico precioso se endereza en su lugar, mira a sus amigos y rueda los ojos.

Dejo escapar un suspiro mirándolo de reojo, cada día que pasa se lo ve más cansado que el anterior, sus ojeras pronunciadas y su pálido rostro lo delatan. Me siento tan impotente al no saber qué hacer para ayudarlo.

Planto una mueca y desvío la vista al frente. Entonces me detengo en una escena entre la multitud.

Un chico bajito camina por el centro del jardín, lleva una mochila al hombro y muchos libros en sus manos, parece que se dirige a la biblioteca. Agacha la cabeza cuando pasa cerca de una mesa donde se encuentran varios chicos ruidosos que no hacen más que hablar fuerte y reírse a carcajadas, a simple vista, tienen pintas de ser unos idiotas.

De repente, uno de ellos, que es bastante alto y con aparente fachada de chico malo, visualiza al chico bajito, una sonrisa malvada se instala en su patético rostro.

Esto huele mal.

Segundos después, se le ocurre la estúpida idea de estirar el pie, provocando que el

chico caiga desparramado, esparciendo los libros por todos lados.

Las carcajadas se hacen presente en aquella mesa y en algunas otras. El chico trata de levantar los libros con las manos temblorosas. Esta es mi señal, no lo pienso dos veces antes de levantarme precipitadamente para comenzar a caminar en dirección al caos, escucho a los chicos llamándome, pero no volteo a verlos.

Cuando estoy cerca, veo como el patético imbécil pisa uno de los libros evitando que el chico pueda levantarlo.

—Déjalo en paz —gruño mirando fijamente al imbécil, este se percata de mi presencia y me mira fríamente esbozando la típica sonrisa comemierda.

—Vaya, tenemos un defensor por aquí —se mofa—. Dime, ¿piensas golpearme para defender a tu amiguito? —me reta dando un paso al frente.

Por supuesto que no voy a echarme para atrás, ni aunque este chico sea ridículamente alto y asuste como el infierno.

—¿Acaso tienes 14 años para comportarte como lo haces? Intimidando a las personas. ¿No te da vergüenza? Estás en la universidad, amigo, madura. —Digo tranquilamente mientras veo como el estúpido chico borra su sonrisa comemierda para reemplazarla por una mueca de furia.

Sí.

Es oficial.

Estoy en problemas.

—Voy a darte dos jodidos segundos para que tú y la niñita... —escupe señalando al chico bajito que se ha posicionado detrás de mí—, se larguen.

—¿O qué? —replico, algo muy estúpido de hacer, pero no puedo evitarlo.

—Voy a molerte a golpes —avisa con la ira filtrándose en su voz.

—¿Por qué no me sorprende? Si tienes escrito en toda tu patética cara un cartel imaginario con la palabra "imbécil".

Bueno.

Es mi fin.

Lo sé cuando el imbécil arremete contra mí dándome un empujón que me hace trastabillar, choco la espalda con el cuerpo del chico, provocando que tire los libros nuevamente. Trato de recuperar el equilibrio lo más rápido que puedo y me preparo, pues sé que la pelea no termina aquí.

El imbécil vuelve a abalanzarse en mi dirección cuando, de repente, es interceptado por un sólido cuerpo que lo empuja tan fuerte, que cae sentado en el césped.

—Vuelve a ponerle un puto dedo encima y será lo último que hagas en tu jodida vida —amenaza el chico precioso, dejándome con la boca abierta a causa del asombro.

El chico bravucón se pone de pie rápidamente con intención de devolver el ataque, pero se frena en seco cuando Sam y Thomi se colocan a la par del castaño en clara señal de apoyo. El imbécil mira en dirección a su mesa buscando algún respaldo, pero sus amigos bajan la cabeza, dejándolo totalmente solo en la casi pelea.

—Esto no se va a quedar así —advierte para eventualmente marcharse.

—Isti ni si vi qiidir isi —imita graciosamente Thomi.

Anacleto se posiciona a mi lado. La furia está latente en su rostro.

—¿Estás bien? —mentiría si dijese que esa pregunta no me sorprendió. Y se siente tan, pero tan bien saber que se preocupa por mí.

—Sí, solo fue un empujón —le resto importancia.

El castaño asiente comenzando a caminar hacia nuestra mesa, por lo que no me queda más que seguirlo. El resto ya se encuentran sentados, incluyendo al chico bajito.

—¿Seguro que estás bien? —le pregunta un preocupado Sam.

—S-sí —susurra sonrojándose. Luego me mira—. Muchas gracias por defenderme —dice algo apenado.

—Oh, no te preocupes...

—Jerry, mi nombre es Jerry Wilson —se presenta. El chico tiene unos impresionantes ojos grises y unos rizos dorados que te incitan a tocarlos.

—Jerry, como decía, descuida. Ese chico fue un imbécil —digo todavía enojado.

—Sí, pero no me conoces y aun así me has defendido —vuelve a decir apenado.

—Así es él, siempre defendiendo a los demás —dice Isa mientras toma mi mano—. Pero no debiste hacer eso, pudo terminar mal si Hamilton no llega a tiempo, el tipo parecía peligroso —me reprende

—Lo sé, pero ya me conoces. No puedo evitarlo —le doy una mirada de disculpa a mi amiga.

—No lo hagas de nuevo —decreta el castaño para sorpresa de todos.

Mi pecho se infla y no puedo evitar sonreír tontamente.

—No prometo nada, pero lo intentaré —le regalo una mirada tranquilizadora.

—Lo importante es que ambos están bien y que no pasó a mayores —termina Thom. Todos estamos de acuerdo—. Ahora cuéntanos de ti, Jerry —pide amablemente.

Todos los ojos se posan en el chico nuevo. Se remueve un poco incómodo, al parecer es un poco tímido.

—Miller, no lo presiones —dice Sam moviendo la cabeza negativamente.

—E-está bien... —acepta Jerry sonrojándose nuevamente cuando Sam le da una sonrisa simpática—. Estoy en primer año de Psicología.

—Oh, eso es genial —dice la rosada—. ¿Ya hiciste amigos?

—No, aún no —susurra desilusionado.

—¿Cómo que no? ¿Y nosotros qué somos? —pregunto con un falso enojo.

—Oh... —Jerry abre grandes los ojos como si no hubiese esperado eso.

—Deja y nos presento —le dice Sam.

El pelinegro siempre es amable, pero en este momento está dando todo de él, lo que es interesante de ver. El peliblanco también se da cuenta de eso porque suelta una risita mirando a su amigo.

—Puedo presentarme solo —opina Thomi burlonamente.

—Cállate —dice tajante el pelinegro—. Él es Nicholas Brown, pero le decimos Nich —agito la mano para saludar a Jerry—. Ella es Isabella Foster, pero le decimos Isa —le guiña un ojo—. Él es... Anacleto Hamilton, pero le decimos Hamilton porque Anacleto es horrible —el castaño voltea los ojos—. Y este de aquí es Thomas Miller, pero le decimos encimoso, cargoso o dolor en el culo.

—¡Oye! —se queja el peliblanco.

—Y yo soy Samuel Clarson y puedes llamarme como tú quieras —termina con una sonrisa dulce.

Nos miramos entre todos tratando de contener la risa.

Luego de las presentaciones, charlamos un rato hasta despedirnos. Camino por los extensos pasillos junto al castaño hasta llegar al estacionamiento donde nos detenemos frente a frente, nos miramos por un momento y decido romper el silencio antes de que mi corazón entre en paro cardíaco.

—Gracias por defenderme hace un rato —añado agradecido.

—No te estaba defendiendo —protesta frunciendo el ceño.

—Lo hiciste.

—No lo hice.

—Sí.

—No.

—Seguro —el castaño pone cara de póquer y cruza los brazos sobre su pecho como si estuviera aburrido o algo similar. Me pongo sospechosamente serio cuando doy un paso adelante, quedando demasiado cerca. Es imposible quitar la vista de esos orbes verdes grisáceos—. Me gustaría verte sonreír —digo genuinamente.

El castaño me mira de una manera confusa porque sus ojos brillan, pero a la vez lucen distantes.

Pestaño pesadamente, me acerco un poco hasta inhalar profundamente su delicioso perfume. La idea de abrazarlo y esconder mi rostro en su cuello me invade.

—Nos vemos mañana, precioso —me apresuro a decir antes de hablar más de la cuenta.

Acorto la poca distancia que nos separa antes de elevarme sobre mis pies y deposito un casto beso en su frente. Me alejo sin mirarlo y salgo disparado del estacionamiento.

Una vez fuera de la universidad, me llevo los dedos a los labios. Puedo sentir un cosquilleo por el reciente contacto. Puedo sentir su colonia en mis fosas nasales. Suspiro dejándome llevar unos minutos por la ilusión que me hace algún día poder besar los labios de aquel, no tan perfecto, chico.

Porque sí, puede que me haya dicho a mí mismo no involucrar mis sentimientos, pero acabo de comprobar que no soy capaz de hacerlo. En conclusión, únicamente puedo darle rienda libre a mi imaginación y por el momento, puedo permitirme creer que, tal vez y solo tal vez, algún día podré confesar mis sentimientos.

Espero.

Samuel

Me dirijo rápidamente hacia el estacionamiento. La pila de tareas por hacer me tienen maldiciendo por ser tan holgazán y dejarme atrasar.

Sí, soy un poco despistado en algunas ocasiones y en otras, simplemente me gusta trabajar bajo presión. En eso me parezco a mi padre.

Cuando llego al estacionamiento, me monto en el reciente regalo de mi progenitor, una camioneta de última generación, la cual, siento que un gasto innecesario de dinero. No obstante, él no piensa lo mismo, es todo exageración y ostentosa por donde lo mires.

Hace menos de un mes que tengo este vehículo, mi padre decidió cambiarlo alegando que el anterior ya era un modelo viejo, lo que es una estupidez teniendo en cuenta que, para el mayor, antiguo, es un par de meses atrás.

A veces no sé qué carajo hacer con él. Que sí, que es mi padre y después de muchos años ya debería resignarme. Somos tan diferentes en algunas cuestiones, quiero decir, no niego que me gusta el lujo y las cosas caras, sin embargo, cuando se tornan en exceso, comienza a irritarme.

Pongo en marcha la camioneta para salir del lugar, dos cuadras después, diviso una inconfundible cabellera dorada repleta de rizos. Plato una sonrisa a medida que disminuyo la velocidad del vehículo. Me pregunto si acaso todos los libros no le caben en la mochila, ya que siempre está con ellos en sus brazos.

—Hola, Jerry —saludo apoyando un brazo en la ventanilla.

El chico me mira sorprendido.

—Uh, hola —responde dubitativo.

—¿Estás yendo a tu casa? —pregunto, queriendo hablar un poco más con él.

—S-sí... estoy esperando el autobús.

—Oh, déjame darte un aventón —digo inmediatamente al mismo tiempo que me quito el cinturón.

—N-no, gracias. El autobús no tarda en llegar y no quiero ser una molestia —dice en voz baja mientras se sonroja. Se ve muy tierno cuando lo hace.

—Pero qué dices, no es una molestia para mí. Además, somos amigos, ¿lo recuerdas?
—pregunto bajando de la camioneta para quedar frente a Jerry, el chico levanta la cabeza, sus mejillas están rojas como un tomate.

—Claro —balbucea.

—Bien, entonces vámonos —paso un brazo sobre sus hombros y lo siento estremecerse.

Rodeamos el vehículo, le abro la puerta del copiloto y lo ayudo a subir. Creo que es demasiado bajito o quizás soy muy alto.

—Gracias —susurra luego de inclinarme sobre él para abrochar el cinturón de seguridad.

—De nada —le guiño.

Cierro la puerta, rodeo nuevamente la camioneta y me subo al asiento del piloto.

Jerry me da la dirección de su casa, la cual queda un poco retirada de la universidad. El chico parece ser tímido con algunas personas porque ayer lo he visto socializar desinhibidamente con los chicos, incluso con Zac, aunque este último no le diera mucha charla.

Además, cada vez que le pregunto algo, se ruboriza por completo, haciéndolo ver dulce. Tampoco quiero que se sienta incómodo a mi alrededor. Tal vez sea por mi apariencia "ruda" como suele decirme Miller, cosa que es una reverenda estupidez porque no lo soy, puede que mi apariencia física diga lo contrario, lástima que está lejos de la realidad.

Detesto eso, cuando se dejan influenciar por cómo se ven las personas. Si tienes tatuajes o piercing, eres un desviado del señor. Si una chica usa ropa ajustada y corta, eres una puta. Y si un chico es femenino, automáticamente asumen que es gay. Las personas se dejan guiar por los estereotipos de mierda.

Quiero creer que Jerry no es así.

Creo que lo mejor es preguntárselo directamente. Quiero decir, estamos iniciando una amistad, no sería bueno que haya confusiones.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —indago sin quitar la vista de la carretera.

El rizado se acomoda en el asiento.

—Por supuesto —acepta.

—¿Te intimidó? —pregunto finalmente cuando nos detenemos en un semáforo en rojo.

El chico gira la cabeza hasta mirarme. Su rostro luce indeciso, como si no estuviera seguro sobre qué responderme.

—Tal vez un poco —murmura. A continuación, deja caer la cabeza y juguetea con sus manos en el regazo, una clara señal de nerviosismo.

Mentiría si dijera que no me sentí desilusionado con esa respuesta. Jerry me parece un chico genial, solamente no pensé que fuera un tanto prejuicioso.

—Entiendo —acepto desganado, pongo la camioneta en marcha—. Es una pena porque creí que podíamos llevarnos bien, pero tampoco tengo intenciones de ser amigo de una persona que se intimida con mi apariencia física o por...

—¿De qué estás hablando? —pregunta con desconcierto en su voz. Le doy un rápido vistazo, su ceño se frunce y pone una mueca molesta—. No me refería a eso, yo no soy una persona que se guía por esas cosas.

Detengo el vehículo en la dirección que Jerry me dio, aprovechando que ya no estoy conduciendo, me pongo de costado hasta tener una vista directa del chico que, en este momento, me mira enfurruñado. Y sí, se ve malditamente tierno hasta cuando se enfada.

—Pensé que te referías a eso —comento un tanto apenado por sacar conclusiones antes de tiempo—. Lo siento.

El chico esboza una mueca graciosa, intentando permanecer enojado por más tiempo, pero cuando sus ojos se detienen en los míos, su rostro se suaviza para sustituirlo por una expresión cohibida.

—Sí, me siento intimidado y nervioso a tu lado, pero no de la manera en la que piensas.

—¿Cómo? —inquiero de manera curiosa.

—E-es que... e-eres guapo y eso —balbucea sonrojándose.

Vaya.

El chico se siente intimidado a mi lado porque le parezco guapo. Bueno, eso no me lo esperaba. Siento como mis mejillas se vuelven calientes. Maldición. Jerry esboza una risita entre tímida y divertida.

—Em... de acuerdo. Lo lamento por sacar conclusiones precipitadas —me aclaro la garganta para poder terminar de hablar.

—No te preocupes, Sami —me dedica una mirada dulce.

Nunca nadie me había llamado Sami. No es cierto, el cargoso de Thomas lo ha intentado una vez, pero por supuesto, lo mandé a la mierda, amenazándolo con que si volvía a llamarme así, cortaría su ridículo cabello blanco. Me parece un diminutivo demasiado meloso. Pero "Sami", dicho por Jerry Wilson, suena malditamente bien.

—Bien, entonces... ¿Amigos? —propongo tendiéndole la mano.

—Amigos —acepta con una sonrisa tímida, alarga la mano para tomar la mía. En cuanto nuestras pieles entran en contacto, una gratificante sensación me recorre el cuerpo.

Corto la conexión para poder salir del vehículo, lo rodeo hasta llegar a la puerta del copiloto.

—Gracias —susurra sonrojándose cuando abro su puerta.

Nos miramos por un momento, no pudiendo cortar el contacto visual.

Lo que sucede a continuación, transcurre en cámara lenta, rompiendo el momento romántico. Una mujer de estatura baja y cabello rizado, llega apresuradamente para tomar a Jerry del brazo y colocarlo a su lado. Lo siguiente que sé es que estoy siendo golpeado con las bolsas que la mujer trae en sus manos. Manzanas, bananas, kiwis y otras frutas están siendo arrojadas en mi dirección. Trato de cubrirme como puedo mientras proceso qué mierda está pasando.

—¡Mamá! Tranquilízate.

¿Mamá?

El rizado trata de agarrar a la mujer.

—¡Déjame, tesoro! Estoy resguardando tu inocencia y virtud, ¿estás bien? ¿Este delincuente te hizo daño? —pregunta apresuradamente mientras comienza a inspeccionar su cuerpo, dejando olvidado el ataque en mi contra, cosa que agradezco, ya que las frutas duelen como el infierno.

—Estoy bien, mamá —asegura el chico, un poco pálido—. Estás haciendo un escándalo sin motivo alguno.

—¿Qué dices?! —pregunta enojándose de nuevo—. Este malhechor estaba bajándote de su camioneta —me acusa con el dedo—. Oh, hijo... ¿No me digas que te obligó a subirte prometiéndote dulces!?

—¡Mamá, por favor! —exclama el rizado tapándose la cara con ambas manos.

Genial, ahora sí. Sin duda alguna, estoy siendo juzgado por mi apariencia física. Sin embargo, no puedo enojarme con esta mujer que solo quiere proteger a su hijo.

—Señora, no es lo que parece. Si me permite, puedo explicárselo —intento explicar de manera calmada, ganándome una mirada furiosa por parte de la mujer.

Más allá, el rizado se da un golpe en la frente con la palma de la mano.

—Tú no acabas de llamarme señora —gruñe entre dientes.

¿Cómo voy a saber que era una mala idea llamarla señora?

—Cálmate, por favor —el chico toma de la mano a su madre—. Él es Samuel Clarson,

uno de los chicos que me ayudaron ayer —comenta pausadamente como si le estuviera hablando a una niña pequeña.

El entendimiento cruza por el rostro de la mujer mientras me examina por unos minutos. Luego su rostro cambia de enojado a agradecido como por arte de magia.

—Oh, cariño, muchas gracias por ayudar a mi tesoro —dice al tiempo que avanza para darme un abrazo.

¿Qué demonios? Hasta me da escalofríos por su cambio de humor. Por supuesto que acepto el abrazo, no quiero volver a ser el blanco de la furia de esta mujer. Se aparta regalándome una mirada apreciativa.

—Mamá, discúlpate por tu comportamiento anterior —pide amablemente el chico.

—Lo siento, cariño, pensé que eras un roba chicos.

—Mamá, por Dios.

—No se preocupe, señ... —no termino de completar la oración sin que la mujer mueva la cabeza negativamente.

—Renata, mi nombre es Renata —dice volviendo a su faceta dulce—. ¿Quieres pasar a tomar una chocolatada?

—No hace falta, tal vez sea mejor que me marche —comento señalando la camioneta.

—Claro que no, cariño. Es lo mínimo que puedo hacer por ti. Tómallo como agradecimiento por ayudar a mi tesoro —insiste.

—Quédate, Sami —pide el rizado.

Claramente, no puedo decirle que no. Acepto sin dudarlo, dejando en el olvido la montaña de tareas por hacer.

Nos encaminamos por el corto camino del patio delantero que consiste en un pequeño jardín repleto de flores. La casa de los Wilson es pequeña, pero sumamente bonita y delicada. Una vez dentro, Renata va por las chocolatadas.

—Lo siento por lo de hace un momento. Mamá es un tanto... protectora —dice Jerry sentándose a mi lado.

—No tienes que disculparte, principito —agito la mano restándole importancia.

—¿P-principito? —pregunta ruborizándose.

—¿Alguna vez has leído El Principito de Antoine De Saint-Exupéry? —me pongo de costado para mirarlo mejor.

—Sí. Es un gran libro infantil, aunque siempre he pensado que no es tan infantil como dice ser, no es un libro que le recomendaría a un niño o una niña —expresa arrugando

el ceño. Se coloca de lado.

—¿De verdad? —el rizado asiente—. Por fin encuentro a alguien que supone lo mismo que yo. Zac cree que es totalmente anñado y Thomas, pues ni siquiera sabe quién es El Principito.

—¿Quién es Zac?

Mierda, acabo de meter la pata.

Mentir no se me da bien, nunca pude hacerlo y cuando lo hago, termino soltando la verdad de alguna manera. No entiendo como es que hace el estúpido de Miller para mentir tan bien.

—Hamilton —confieso.

—¿Se llama Anacleto Zac Hamilton? —abre grande los ojos—. Ese nombre no pega —murmura pensativo.

Dejo escapar una risa divertida. Jerry me transmite confianza, así que decido decirle la verdad, de todos modos, no voy a poder mentirle.

—En realidad, es Zac Hamilton, pero Thomas decidió jugarle una broma a Nich mintiéndole que se llama Anacleto.

—Eso tiene sentido, es algo que Thomi podría hacer sin dudarlo —alega divertido.

—Como no tienes idea —agrego resignado—. La cuestión es que tú me recuerdas al Principito, con todo ese cabello dorado que tienes —confieso sintiendo mis mejillas arder.

¿Qué demonios me pasa? Yo nunca me sonrojo.

El rizado me mira enternecido al mismo tiempo que sonrío tímidamente.

Renata vuelve con una bandeja repleta de cookies y dos tazas humeantes de chocolate caliente. Se despide de nosotros diciendo que debe volver al trabajo. La mujer tiene una florería cerca de su casa, eso explica el jardín repleto de plantas de todo tipo y color.

—Vuelvo en unas horas, tesoro —besa la frente del chico.

—Nos vemos pronto, mamá.

—Fue un gusto conocerte, cariño —sí claro, no dijo lo mismo al principio, lo pienso más no lo digo. También obtengo un beso en la frente.

—Igualmente, Renata —recibo una sonrisa de aprobación al ser tuteada.

—Bien, me voy y se comportan —me da una mirada de advertencia—. No toques a mi niño —sentencia antes de salir dejándonos completamente rojos.

Nos quedamos en silencio por unos minutos. Supuestamente, he salido apresurado de la universidad para poder llegar pronto a casa y ponerme al día con las tareas, sin embargo, me encuentro aquí, coqueteando. Probablemente, tendré que quedarme despierto hasta tarde para poder terminarla.

Pero eso no importa porque vale totalmente la pena estar en compañía de este dulce chico.

—¿Quieres ver una película mientras tomamos el chocolate? —propone entusiasmado el rizado.

Sus bonitos ojos grises brillan con emoción y es imposible decir la palabra "no".

—Claro que sí.

—¡Genial! ¿Qué tipo de películas prefieres? —pregunta poniéndose de pie, toma el control y enciende la televisión.

—La que tú quieras.

—¿Seguro? —asiento con aprobación. El chico navega en Netflix hasta que selecciona una película que se llama "Siempre a tu lado". Y sí, es de un perro—. Es una de mis favoritas.

—Nunca la he visto, pero parece interesante —miento y ruego no delatarme en un futuro cercano.

Tomamos nuestras respectivas tazas antes de darle play a la película.

Una hora y media después, los créditos aparecen en la pantalla. Quito las lágrimas disimuladamente, pero apuesto a que es en vano, ya que mis ojos hinchados me delatan. Por otro lado, el rizado solloza sin reparo.

—Joder, eso fue muy triste —comento tratando de recuperarme.

—Así es, siempre que la veo termino llorando —sorbe por la nariz—. ¿Te ha gustado? —pregunta extendiéndome un pañuelo descartable.

—Sorprendentemente sí, me gustó mucho, principito —y esta vez no miento.

—Es bueno saberlo —sonríe alegre, aunque sus ojos lucen llorosos.

—¿Por qué lo dices?

—Son pocas las personas que aprecian y sienten lo que transmite una película. Algunas simplemente dicen que es ridículo emocionarse por algo que "no es real". Por mi parte, pienso que es increíble cuando dejas que esas emociones te atrapen, se siente como si lo estuvieras viviendo en carne propia.

Me quedo mirándolo unos minutos, empiezo a conocerlo mejor y podría asegurar que

Jerry es una persona increíble. Me siento muy afortunado por estar compartiendo este momento con él, porque algo me dice que el rizado no le regala estos momentos a cualquiera.

—Eso es algo muy bonito para decir, principito —estiro la mano para acariciar su mejilla, ganándome un suspiro de su parte—. Ahora si debería irme, ya es tarde.

Me pongo de pie para empezar a recoger el resto de las cosas que habíamos comido.

—Oh no, vete tranquilo, yo recogeré todo esto —dice mientras trata de quitarme la bandeja de las manos.

—Eso no está pasando, voy a ayudarte a recoger esto y luego me iré —sentencio suavemente. Jerry mueve la cabeza sin objetar.

Ambos llevamos las cosas a la cocina y me encargo de dejar todo reluciente. Luego me encamino hacia la salida en compañía del rizado. Cuando abro la puerta me percató de que ya casi oscurece. Dios, el tiempo pasó volando.

—¿Me darías tu número? —pregunto tendiéndole el teléfono. El chico asiente tomando el aparato.

—Listo —me devuelve el móvil y cuando lo tomo, toco su mano.

—Los chicos y yo vamos a ir al cine mañana, ¿quieres venir con nosotros? —pregunto esperanzado.

—No lo sé. ¿No tendrán problema con eso? —pone una mueca dudosa.

Me pregunto si acaso Jerry no tiene amigos. Parece perturbado ante la idea de tenerlos. Es como si no supiera qué hacer.

—Claro que no, ya te lo había dicho antes. Ahora somos todos amigos —lo tranquilizo con una sonrisa—. Aparte veremos esta película "La razón de estar contigo", estoy seguro de que te gustará.

Su rostro se ilumina.

—¿Bromeas? He estado esperando que se estrene para poder ir a verla, pero no tenía con quién —dice cabizbajo

—Pues ahora tienes —puntualizo.

—Está bien —acepta más animado que antes—. Envíame un mensaje para saber dónde encontrarlos.

—Cuenta con ello. Ahora me voy —me acerco para apartar un rizo dorado que cae de su frente, luego deposito un suave beso en su mejilla—. Adiós, principito.

—A-adiós —susurra.

Me alejo del chico para montarme en la camioneta. Durante el viaje a casa, curvo los labios bobamente, he pasado uno de los mejores días en mucho tiempo. Jerry Wilson me agrada. Se siente realmente bien su compañía.

Dejo escapar una carcajada al caer en cuenta de que las películas sobre animales, acaban de convertirse en mis favoritas.

Nich

Me encuentro apoyado en la pared con los brazos cruzados y una pierna por encima de la otra. Según el reloj, faltan unos cinco minutos para que el chico precioso salga de su clase. Desde luego que estoy esperándolo para que no trate de escapar.

Comienzo a mover una pierna un poco nervioso. No es habitual en mí sentirme de este modo, pero es la primera vez que voy a compartir con el castaño en un lugar que no sea el campus.

Me enderezo cuando la puerta es abierta y por ella empiezan a salir varios estudiantes, algunos me saludan al reconocermelo, ya que no es la primera vez que espero al chico en alguna de sus clases.

El castaño sale al último, encarando en dirección contraria de donde me encuentro, soy más rápido y me planto frente a él provocando que frene de golpe.

—¿Dónde ibas, guapo? —pregunto con coquetería.

—Lejos de ti —contraataca frunciendo el ceño.

—Oh, hieres mis sentimientos, precioso —dramatizo llevándome una mano al pecho.

—Lo que sea —da un paso al costado y empieza a caminar.

No dudo en seguirlo hasta posicionarme a su lado.

—Por cierto, te ves sumamente guapo hoy, bueno... eso no quiere decir que las veces anteriores no lo estabas, porque también lo estabas, de hecho, siempre lo estás. Pero hoy luces extremadamente apuesto. Aunque si me pongo a pensar, ayer te veías el triple de guapo cuando me defendiste. A lo que voy es que...

—Cállate, mi cabeza va a explotar —brama con voz baja antes de detenerse y encararme.

Solo entonces lo miro detenidamente y me doy cuenta de que el chico se ve más pálido de lo normal. Maldición. La culpa crece en mi pecho por estar hostigando siempre.

—Yo... lo siento —susurro arrepentido.

El castaño me escrutina unos segundos y luego me mira con lo que parece ser... ¿Arrepentimiento? Pues no sé decirlo con seguridad. Retomamos el camino en silencio

—Vete a casa, precioso. Voy a dejarte tranquilo, sé que no quieres ir y estoy seguro de que los chicos lo entenderán —propongo cuando llegamos a la entrada de la universidad.

Me hace mucha ilusión pasar la tarde con él, pero también lo noto cansado y por supuesto que jamás lo voy a forzar a nada.

—Quiero ir —bueno, eso si me sorprende—. Solo me duele la cabeza porque no he almorzado.

—Dios, ¿qué voy a hacer contigo? —cuestiono dulcemente, siendo imposible enojarme cuando me mira de esta manera tan extraña, pero reconfortante—. Espérame en el estacionamiento, los chicos están allí. Voy a buscarte algo de comer.

—No hace falta —dice de manera apresurada.

—¿Tengo pinta de que voy a hacerte caso? —pregunto divertido.

—No —niega haciendo una mueca.

—Exacto. Te veo en unos minutos.

No espero respuesta, simplemente me giro y comienzo a correr por los pasillos en busca de una máquina expendedora, cuando consigo una, saco dos barras de cereal, unas galletas sabor a queso y un jugo de durazno. Luego vuelvo corriendo al estacionamiento.

Santo cielo. ¡Por la Virgen de los abdominales!

El chico precioso realmente luce guapo con esos jeans negros, camiseta negra, chaqueta negra y un gorro de lana también negro, pero lo que le da el toque perfecto es un arete que cuelga de su oreja izquierda.

—¿Dónde te metiste? —pregunta mi amiga que está apoyada sobre el capó de la camioneta de Sam. A su lado se encuentra Jerry, Isa le agarra el brazo.

—Fui por algo de comer, tengo hambre —levanto las manos mostrando los snacks—. ¿Nos vamos?

—Sí, vámonos, mis amores —ordena Thomi subiéndose a la parte trasera del vehículo de Sam. Isa lo sigue.

Sam, por su lado, le abre la puerta del copiloto para Jerry, el chico se sonroja automáticamente. Vaya, ese gesto es tan dulce. Luego escucho a Thomi molestarlo.

Suspiro girándome para encarar al castaño.

—Bueno, precioso, vas a tener el honor de llevarme —comento como quien quiere la cosa—. El auto de Isa se averió, por lo tanto, Sam la lleva a ella y tú a mí.

Cuando creo que el castaño va a negarse rotundamente, me sorprende lanzando la siguiente pregunta:

—¿Sabes conducir?

Lo miro confuso.

—Sí.

El chico precioso desbloquea las puertas para luego acercarse, tomar mi mano y depositar la llave en mi palma.

Bueno, mi cerebro hace corto circuito, no solo por el efímero contacto físico sino también porque un sentimiento de complicidad me invade, es decir, no es que nos vayamos a convertir en mejores amigos por el hecho de que me deje conducir su Jeep. Infiernos, esto se trata de confianza.

Nos separamos cuando el castaño se aleja para subirse al asiento del copiloto, por consiguiente, lo imito acomodándome en el del piloto. Una vez dentro, veo la camioneta de Sam salir del estacionamiento.

—Vas a comer todo esto —digo de manera autoritaria poniendo los alimentos en su regazo.

—¿Si no lo hago qué? —me reta. Una mirada un tanto juguetona se instala en su rostro.

Después de ver sus ojos desafiantes, estoy listo para ver a mi creador. Anacleto Hamilton puede pedirme lo que sea, maldición, se lo daré.

—Créeme, lo harás, precioso —afirmo antes de poner en marcha el vehículo.

Zac

¿Quién se cree el chiquillo metiche para tener el derecho de decirme lo que tengo que hacer? Demonios, ni siquiera sé qué hago aquí para empezar.

Arrugo la frente y comienzo a comer lo que el chico ha conseguido para mí. Solamente lo hago porque tengo hambre, no tiene que ver con su estúpida orden.

Luego de acabar la comida, me acomodo en el asiento para estar más cómodo, apuesto a que el viaje durará un buen tiempo, ya que el tráfico es una mierda.

Volteo la cabeza para observar el perfil de Nicholas Brown, en este día va vestido con un jeans verde militar, una remera blanca con el logo de alguna animación que desconozco, una chaqueta negra de mezclilla. Su manera de vestir no es tan catastrófica como su personalidad. Posee un estilo juvenil y desenfrenado, algo de lo que carezco.

Siempre me he vestido con colores neutros, tampoco es que en algún momento haya tenido un estilo propio. Sin embargo, el negro se ha vuelto mi color preferido.

Pestañeo rápidamente tratando de evitar los pensamientos traicioneros que no me llevan a nada bueno. En su lugar, me concentro en el hablador a mi lado.

Su mandíbula es marcada, su nariz respingona, su cabello luce tan desordenado como si no hubiera visto un peine en años y sus labios rellenos. Se ve como un modelo de revista, pero a la vez un animador de fiestas infantiles. Soy consciente de que mis pensamientos no deben ir por este lado, pero no puedo evitarlo. El chiquillo es atractivo y soy lo suficientemente valiente para aceptarlo. Lo veo morderse el labio inferior, siempre hace eso cuando se concentra en algo.

Un habitual cosquilleo se apresa de mi estómago. ¡Jodidas mariposas! No dejan de molestarme desde que el chiquillo se ha metido en mi vida.

—¿Por qué me miras, precioso? —indaga dibujando una sonrisa coqueta—. ¿Acaso te gusto?

Buena jodida pregunta. Y no soy tonto, sé perfectamente la respuesta, pero no voy a meterme en ese rollo.

—Ya quisieras.

Lo escucho reírse, ese agradable sonido que últimamente se ha convertido en mi melodía favorita.

¿Qué mierda me pasa?

El chiquillo entra en el estacionamiento del centro comercial. Nuestros amigos ya están esperándonos frente a la camioneta de Samuel.

—Vamos —dice al quitarse el cinturón.

Bajamos en silencio al encuentro del resto.

—Entonces... ¿Ya sabemos qué película vamos a ver? —pregunta el peliblanco mientras rodea los hombros de Nich con un brazo.

¿Por qué mierda tiene que ser tan encimoso siempre? Condenado Thomas.

—Pues la del perrito —dice en tono obvio el pelinegro cruzándose de brazos.

—Pero a ti no te gu... —Samuel le da un golpe en la nuca antes de que pueda terminar la frase—. Auch. ¿Por qué me pegas, cielito?

—Te lo mereces. Ya escogimos la del perro —recalca antes de mirar a Jerry, quien le devuelve una mirada dulce.

Muy obvios.

—Oh... Ahora entiendo de qué va esto —canturrea maliciosamente el peliblanco.

—Y yo —está de acuerdo la rosada.

—Yo igual —se les une el chiquillo.

—C-creo que deberíamos ir por las entradas... ¡-la película está por empezar —sugiere nerviosamente el nuevo integrante.

Isa toma a Jerry del brazo para empezar a arrastrarlo dentro del centro comercial, seguido por Samuel que va quejándose de que hay otra encimosa en el grupo. Thomas no duda en seguirlo prometiendo no darle tanto amor porque ya tiene a alguien que ocupará su lugar.

—Vamos, precioso —Nicholas se acerca a mi lado mientras ríe divertido por las tonterías de los demás.

—Deja de ordenarme que hacer —protesto.

—No lo hago, nunca lo haría —me mira inocentemente—. Ahora sé un buen chico precioso y vámonos.

Suspiro irritado. Pero hago lo que me pide, hoy no tengo ganas de discutir. Seguimos a nuestros amigos. Samuel compra las entradas. Intentamos darle el dinero, pero este se niega rotundamente.

Compramos suministros para poder ver tranquilamente la dichosa película. La sala uno es bastante amplia, no hay muchas personas, por lo tanto, escogemos lugar libremente, quedando de este modo: Isa, Thomas, Samuel y Jerry se sentaron en una fila en el centro. Por mi parte, elijo la fila detrás de ellos, el chiquillo no duda en seguirme hasta sentarse a mi lado, trayendo una gran porción de palomitas.

Dejo las bebidas en los posavasos de los asientos. Abro la de Nicholas, le pongo un sorbete y la dejo lista para que pueda beberla tranquilamente. Conociendo lo torpe que es, es mejor darle una mano. Levanto la vista para encontrarme con unos hermosos ojos azules que me miran con gratitud, como si lo que acabo de hacer me hubiera convertido en su maldito superhéroe.

Pongo los ojos en blanco por lo exagerado que es.

El sonido que nos indica el comienzo de la película me hace poner la vista al frente, la verdad es que no me entusiasma este tipo de film. Solo he aceptado salir porque, en el fondo, quiero compartir tiempo con mis amigos. Y con el chiquillo también. Para qué negarlo.

Ha pasado un tiempo y tengo que aceptar que la película es entretenida, pero poco más de la mitad, cuando me doy cuenta de que el chico a mi lado no para de sollozar producto de la escena depresiva, lo tomo como una luz verde para dejar fluir mis lágrimas.

Me permito llorar con libertad, frente a las demás personas. Fingiendo hacerlo por la melancólica película cuando la realidad es otra, lloro por lo que no poseo y deseo, lloro de tristeza, lloro de anhelo, lloro de desesperación y lloro por la vida.

Me aferro a la tristeza porque es más fácil sentirla que dejarla ir.

No puedo ver, mi vista se nubla, intento parpadear seguido para despejar las lágrimas, aunque es en vano y cuando siento una mano sostener la mía con un apretón de apoyo, es todo lo que necesito para sobrellevar el intenso momento.

Nich

Acaricio con el pulgar la mano del castaño. Cierro los ojos antes de echar la cabeza hacia atrás, apoyándola en el respaldo del asiento.

"Quita su tristeza, devuélvele la sonrisa" pido a la nada. Mi corazón se estruja, no soporto verlo así.

Es malditamente doloroso ver sufrir a una persona que quieres y es agonizante no poder hacer nada más que tomar su mano y permanecer en silencio mientras sientes como su corazón se rompe en partículas diminutas que jamás serán juntadas.

No sé por cuánto tiempo permanecemos tomados de la mano, la película queda en el olvido y abro los ojos cuando escucho movimientos dándome a entender que ha terminado.

Muevo la cabeza para chequear cómo se siente el chico precioso, pero me evita la mirada. Puede que mi presencia no haya servido de mucho desde que nos conocemos, pero de una cosa estoy seguro... no voy a detenerme hasta verlo bien.

Sin pensarlo dos veces, levanto su mano hasta la altura de mi boca y deposito un lento beso en sus nudillos. El castaño me da una mirada tan vulnerable, que si las luces no se hubieran encendido, ya estaría abrazándolo. Sin embargo, con mucho pesar, suelto su mano.

Cuando estamos fuera de la sala, desechamos la basura en sus respectivos botes.

—¡Qué hermosa película! —exclama Thomi mientras toma el brazo de mi amiga.

—Sí... ha sido increíble —estuvo de acuerdo Jerry.

—Y un poco triste —susurra Sam, sorbiendo por la nariz.

—Oh, ven para darte amor —dice Thomi, abriendo los brazos.

—Ni que estuviera loco —espeta el pelinegro.

—¿Prefieres que alguien más lo haga? —pregunta malicioso, moviendo las cejas en dirección al rizado, quien se pone completamente rojo.

—Cállate, Miller.

—¿Qué les parece si vamos por algo de comer? —interrumpo antes de que una pelea se desate y para ayudar al pobre Jerry que parece a punto de estallar de lo rojo que está.

—Apoyo eso —concierda Isa llevando al rizado, probablemente para ayudarlo también.

Optamos por comer unas pizzas, la verdad es que no tengo mucho apetito. Ha sido una

tarde agradable y a la vez triste, mi amiga me lanza miradas preocupadas y los chicos no le quitan los ojos de encima al castaño que come cabizbajo.

—Voy a crear un grupo de chat —comenta Isa—. Agreguen sus números, por favor —le doy un guiño cuando la miro. Sí, amo a mi amiga, por fin voy a tener el número del castaño.

Los chicos aceptan el móvil de la chica, agendan sus números (o fingen hacerlo porque ya los tenemos) Doy un grito silencioso cuando el castaño toma el aparato y agrega el suyo.

He rogado para que me lo den, pero por muchos intentos y sobornos, los chicos se negaron diciendo que no les correspondía a ellos.

Ja. Amigos leales.

Me concentro en la comida sin quitar los ojos de Anacleto.

Zac

Estamos saliendo del centro comercial, ya ha oscurecido. Estoy cansado, necesito llegar a casa y dormir, no importa si tengo alguna pesadilla, si con eso descanso un par de horas.

—De verdad, Miller, eres un cargoso de lo peor, pero a Hamilton y a mí no nos cuesta nada llevarte hasta tu casa —insiste Samuel.

—Ah, mis amores se preocupan por mí —el condenado Thomas es un cabezota cuando se lo propone—. Lo sé, cielito, pero ya les dije que el lugar donde vivo es peligroso y en cuanto sus vehículos entren en la zona, van a quitarle hasta las ruedas —sonríe, pero no le llega a los ojos.

—Con más razón, es peligroso que vayas solo a estas horas —dice preocupada Isabella.

—No, siempre voy en autobús y los chicos del barrio ya me conocen, soy inmune —explica mientras mira la hora en el reloj de su muñeca, luce impaciente.

A regañadientes, aceptamos que el peliblanco se marche antes de que se haga más tarde.

—¿Puedes llevarme? —pregunta amablemente Nicholas—. Es que Sam se encargará de llevar a Isa y Jerry, pues sus casas quedan en dirección contraria a la mía.

Lo examino de cerca, piensa que por hablarme dulcemente voy a decirle que sí a todo.

—Vámonos, hablador —el chico sonríe ampliamente.

Encara a los chicos para despedirse.

—¿Quieres que me quede en tu casa para hacerte compañía el fin de semana? —pregunta Sam, poniendo una mano en mi hombro.

Un poco de compañía me vendría bien, pero no pretendo molestarlo. Aparte, he escuchado, sin querer, que él y Jerry van a ir por un helado mañana, así que ni loco pienso ser una piedra en su zapato.

—Estaré bien —aseguro tanto para Samuel como para mí.

El pelinegro me observa por un momento, como si estuviera tratando de descifrar si crearme o no.

—Bien —acepta finalmente—. Pero mañana te llamaré y por lo que más quieras, contesta el jodido teléfono, Hamilton.

—De acuerdo.

Luego de eso nos dirigimos al estacionamiento, una vez frente al Jeep, el chiquillo me

mira esperanzado mientras junta las manos en un gesto de petición que entiendo a la perfección. Le lanzo las llaves del vehículo.

¿Qué más da?

El camino transcurre silencioso, pero para nada incómodo. Luego de unos 20 minutos, nos detenemos frente a una linda casa de dos pisos. Desciendo del Jeep para encontrarme con el castaño que está parado al lado de la puerta del piloto.

Doy un vistazo alrededor, la casa posee un patio despejado y en el porche hay un sillón con varias plantas alrededor.

Agradable.

Giro la cabeza cuando escucho el sonido de una bocina. Una conocida camioneta se estaciona en la casa de al lado y posteriormente una peculiar chica de cabello rosado desciende de ella.

¿Qué diablos?

—¡Te escribo al rato! —grita Isabella.

—¡Está bien! —responde un sonriente Nicholas.

Voy a matarlo.

—¿Por qué Samuel nos siguió? ¿Y por qué Isabella acaba de entrar en esa casa? —gruño entre dientes. Mis ojos lo asesinan de todas las maneras posibles.

—Oh eso, verás... Isa vive en esa casa —agita la mano restándole importancia.

Jodido Nicholas Brown, me ha tendido una trampa y todavía tiene el descaro de mirarme como si no hubiera hecho nada malo.

—Tú... —bramo enfadado.

—¿Yo? —repito batiendo sus pestañas malditamente lindas. Imbécil Nicholas, últimamente me cuesta un infierno enojarme con él—. Fue una mentira piadosa, solo quería estar un rato más contigo.

¿Qué se supone que debo decir luego de eso? Pues nada, ni una mierda sale de mi boca. Por su parte, el chiquillo se acerca quedando a escasos centímetros de distancia, lo más sensato es dar un paso atrás, pero me resulta imposible mover un puto músculo.

—Sonríe, precioso —pide en un susurro.

—No —espeto fríamente, enfadado por su engaño.

Nicholas me mira con ojos calculadores. ¿Qué intenta hacer?

—¿Puedes ser un buen chico precioso y avisarme cuando llegues a casa? —pide suavemente—. Tienes mi número en el grupo que Isa creó hace un rato.

—No lo haré.

—Gracias y no lo olvides —dice burlonamente, Nicholas se acerca lentamente hasta depositar un dulce beso en mi mejilla enviando una agradable sensación, luego retrocede levantando la mano para saludarme—. Adiós, precioso —se gira para entrar en su casa.

Luego de unos minutos de sentir que estoy levitando, me obligo a reaccionar, me monto en el Jeep antes de avanzar rumbo a casa. Por supuesto que de vez en cuando toco mi mejilla.

Nich

ISA: Entonces, ¿valió la pena mentir que mi coche estaba averiado?

Le doy las gracias a mi amiga por ayudarme tanto el día de hoy. Me despido de ella justo cuando entra un nuevo mensaje de texto.

CHICO PRECIOSO: Estoy en casa.

Pataleo hasta desordenar la cama, estoy seguro de que la enorme sonrisa en mi rostro me hace ver como un tonto.

Yo: Descansa, precioso. Dulces sueños.

Me acomodo en la cama abrazando el móvil con añoranza. Cada día que pasa me es más difícil contener mis muestras de cariño.

Esta noche me permito replantear las anteriores decisiones que he tomado y llego a la conclusión de que tal vez no está mal dar muestras de afecto. Demonios, tengo de sobra para mi chico precioso.

Samuel

Mi padre se encuentra en la cabecera de la mesa, con una mano se alimenta y con la otra sostiene el móvil pegado a su oreja.

Carlos Clarson, siempre ha sido así. Un neurocirujano prestigioso con escaso tiempo para su vida personal. Dirige una clínica privada, pero en este momento, Hamilton & Asoc se encarga del proyecto de un hospital en construcción, por ende, mi padre está más adicto que de costumbre.

Mi madre murió cuando tenía diez años, a causa de una enfermedad terminal, ha sido tan repentino y muy duro para los tres, pero cuando ella falleció, poco a poco pudimos salir adelante.

Luego de eso, mi padre no abrió su corazón para nadie, entiendo que mi madre haya sido el amor de su vida, pero muchas veces deseo que algún día pueda encontrar a alguien más. Merece ser feliz nuevamente.

En cuanto al legado familiar, la medicina no es lo mío. Por supuesto que eso trajo conflictos con mi padre, pues él quería que su único hijo siguiera sus pasos. Por un tiempo, traté de convencerme de que quizás estaría bien intentarlo, pero unas cuantas idas a la clínica, me hicieron dar un no rotundo.

Mi sueño siempre ha sido otro, ser arquitecto. Sí, tengo que admitir que el que puso la idea sobre la mesa fue Zac, pero también se debía a que él ya estaba familiarizado con el tema.

Mi padre cuelga el móvil para apoyarlo sobre la mesa del comedor y así continuar con el almuerzo entablando una pequeña charla.

—¿Cómo están los Hamilton? —pregunta preocupado.

Hago una mueca melancólica.

—La verdad es que Zac no está nada bien —confieso cabizbajo.

—Lamento tanto por lo que tuvieron que pasar —menciona con aprensión.

Zac es como una bomba a punto de estallar en mil pedazos, y lo peor de todo es que es algo inevitable. Lo único que podemos hacer es estar allí para cuando eso suceda.

—¿Sabes algo del señor Hamilton? —indago—. La última vez que lo vi fue hace más de un mes.

—El que lleva el proyecto al frente es Bezzechi, uno de sus socios. De hecho, no he visto a Jac en un tiempo, pero se mantiene al tanto —explica mientras se lleva un trozo de carne a la boca.

—¿Estás de acuerdo con eso? —enarca una ceja a modo de pregunta—. Quiero decir,

con lo detallista que eres, me parece raro que permitas tener las reuniones con su socio y no con él.

Mi padre es un hombre sumamente estricto cuando se trata de trabajo, por eso es que me parece raro que haya aceptado trabajar bajo esos términos.

—Al principio no lo estaba —confiesa, poniéndose pensativo—. Pero traté de ser condescendiente y tomar en cuenta la situación por la que está pasando. Además, él es el ingeniero a cargo y para qué negarlo, Bezzechi es tremendamente eficiente.

Eso tiene sentido.

—Bien —miro la hora en el móvil—. ¿Te molesta si te dejo terminar solo? Es que tengo que irme.

—Vete tranquilo —espeta. Asiento agradecido poniéndome de pie—. ¿Tienes una cita?

Me mira expectante.

—Algo así —siento mis mejillas calentarse.

—¿Quién es? —pregunta despreocupado, fingiendo poco interés.

Por Dios, cree que no lo conozco a la perfección.

—Se llama Jerry.

—¿Viene de una buena familia? —cuestiona automáticamente.

—No vayas por ahí, papá —muevo la cabeza.

Joder, siempre soltando algún comentario elitista.

—Solo fue una pregunta al azar —dice con fingida inocencia—. Vete, luego hablaremos.

Bufo cansado, no tengo tiempo para discutir.

—Te veo en la noche.

Abandono el comedor para dirigirme a la entrada de la casa, tomo mi abrigo del armario que está en el recibidor y salgo en busca de un dulce chico de cabello rizado.

Jerry

—Vas a verte hermoso con cualquier atuendo que escojas, tesoro —comenta mi madre desde la puerta de mi habitación.

—Creo que me quedaré con este —me doy un vistazo en el espejo, jeans oscuros, sudadera gris y una campera gruesa encima—. Estoy nervioso.

—Solo debes ser tú mismo. Samuel parece ser un buen chico —me regala una sonrisa tranquilizadora.

—Lo es —conuerdo, esbozando una sonrisa.

Ayer Sami me preguntó si quería salir por un helado. Desde luego que no pude negarme. No es una cita como tal, aunque de igual manera me siento nervioso.

El timbre suena poniéndome un poco más inquieto que antes. Mi madre sale disparada de la habitación para abrir la puerta hasta que me doy un último vistazo.

Me detengo en el pasillo. Sami es realmente guapo por donde lo mires. Mi madre y él charlan animadamente y cuando nuestras miradas se conectan, me sonrío ampliamente.

—Hola, principito —mi madre suelta una risa cómplice.

—Um... h-hola.

—¿Te parece bien si nos vamos? —pregunta.

—Sí, claro —me acerco para despedirme de mi madre—. Te veo más tarde, mamá.

—Tengan cuidado —besa mi mejilla y luego la de Sami—. Y tú, cuídame el niño.

—Mamá... no empieces.

—No se preocupe.... digo, no te preocupes, Renata —se corrige el pelinegro.

Después de eso, nos dirigimos al vehículo de Sami y como viene siendo costumbre, me abre la puerta. En otras circunstancias, un gesto como este me habría sentado mal. Vamos, que yo puedo abrir una puerta por mí mismo, pero con Sami es diferente. Sé que el chico no lo hace con mala intención ni mucho menos porque me cree incapaz. Lo hace como un gesto de caballerosidad.

Emprendemos viaje enfundados en una charla tranquila. Samuel Clarson es un chico increíble, simpático y sencillo.

No recuerdo haber conocido un chico así, es más, estoy seguro de nunca haberlo hecho. Y también soy lo suficientemente valiente para aceptar que el pelinegro me gusta. ¿Cómo podría no hacerlo? Observo su perfil mientras él me habla de algo que no logro escuchar muy bien.

Es guapísimo, su sonrisa, sus ojos amielados, sus piercing y su ceja cortada que le dan un aspecto de chico rudo, pero que está lejos de serlo.

—Principito —veo una mano agitarse frente a mí.

—Lo siento. ¿Decías algo?

—Sí, que ya hemos llegado —el pelinegro señala la heladería.

—Oh, no me he dado cuenta —susurro apenado por quedarme viéndolo más de la cuenta.

—No pasa nada —le resta importancia con una sonrisa. Baja del vehículo para rodearlo y abrir mi puerta antes de tenderme la mano—. Permíteme.

Suelto una risita al mismo tiempo que muevo la cabeza divertido. Quizás exagera en cuanto a la caballerosidad, pero es adorable.

Cuando entramos a la heladería, ordeno un batido gigante de fresa y piña, mientras que el pelinegro opta por uno de vainilla.

—¿Demasiado simple? —pregunta Sami, haciendo referencia al sabor de su propio helado.

Elevo los hombros.

—Lo simple es extraordinario.

Sami se sonroja en menos de un segundo. Es raro ver a un chico que irradia seguridad y confianza, sonrojarse por un simple comentario.

—Uh... —toma una gran cucharada en su boca tratando de recuperar su color habitual—. Por cierto, debiste dejarme pagar, después de todo yo te invité —comenta enfurruñado.

—No, tú has pasado a buscarme cuando te dije que podía venir en autobús —le recuerdo.

—Me gusta pasar por ti. —Se encoge de hombros.

Y sí, esta vez es mi turno de ruborizarme.

Estuvimos un buen rato en la heladería, luego decidimos caminar un poco al mismo tiempo que tenemos un ida y vuelta de preguntas para conocernos en profundidad.

—Entonces... ¿Solo son tu mamá y tú? —indaga mientras nos adentramos en un parque.

—Sí, ni siquiera conozco a mi padre. Él nos abandonó cuando yo era muy pequeño.

—Lo siento —pone una mano en mi hombro para reconfortarme.

—No te preocupes —levanto la cabeza dándole una sonrisa tranquilizadora—. Nunca me he sentido mal por eso, creo que mi madre se encargó de ello.

—Ella parece una mamá genial —comenta melancólico, tal vez recordando a la suya.

—Lo es —esta vez me toca a mí reconfortarlo.

Agarro su mano y lo guio hasta un banco cercano. El pelinegro no se resiste al gesto, al contrario, cuando nos sentamos, no suelta mi mano. Las mariposas en mi estómago revolotean como locas.

—A pesar de que hace tiempo me hice a la idea de no tenerla, muchas veces me hace falta —juguetea con mis dedos—. No me estoy quejando, papá es grandioso, pero siempre ha trabajado tanto que casi no compartimos tiempo y mucho menos ahora con la construcción del hospital —Sami me había contado sobre eso y todavía estoy alucinando—. Dios, me siento como un niño berrinchudo quejándose por atención.

—¿Qué? Claro que no, está perfecto decir lo que sientes y tal vez puedas decírselo al señor Clarson. Estoy seguro de que te escuchará —lo animo.

—Sí, creo que haré eso —me sonrío—. Gracias, principito.

—No hay por qué darlas —le devuelvo el gesto.

Apoyo la cabeza en su hombro. Sami levanta su mano libre para empezar a acariciar mis rizos.

—¿Alguno de tus excompañeros va a la misma universidad que tú? —pregunta al azar.

—No y lo agradezco —contesto tajante.

El pelinegro se remueve incómodo.

—Lo siento. No quise incomodarte —se aparta de mi lado para mirarme a los ojos.

—No, no es eso —lo tranquilizo acariciando su mano—. Es solo que no fueron los mejores años de mi vida.

—No tienes que contarlo si no quieres, principito —se apresura a aclarar.

—Quiero hacerlo —quiero compartirlo con él.

—Entonces te escucharé con gusto.

Tomo una bocanada de aire. No porque sea difícil hablar sobre el tema, sino más bien porque me preocupa la reacción que pueda tener Sami. Aunque también sé que es el momento exacto para saber qué nos depara el futuro en cuanto a nuestra amistad.

—Como verás, soy un poco bajito y delgado. Cuando era más chico, tenía el cabello hasta los hombros, muchos me confundían con una chica y la verdad es que a mí no

me molestaba en lo absoluto, eso hasta que cumplí 12 años y en el instituto empezaron a molestarme. La cosa fue peor cuando se dieron cuenta de que me gustaban los chicos. Sufrí bullying por 4 largos años, por un grupo de cinco chicos homofóbicos hasta los huesos.

Siento como el pelinegro se tensa.

—Al principio eran burlas o pequeñas bromas, yo solo me limitaba a ignorarlos y eso pareció ser peor. Luego se convirtieron en empujones, insultos y unos que otros puñetazos cuando trataba de huir. Hasta ese momento no se lo había dicho a mamá, no quería preocuparla porque fue en una época dónde la estábamos pasando mal económicamente y ella trabajaba duro por sacarnos adelante, así que me dije a mi mismo que debía aguantar. Cuando supe que me gustaban los chicos, me acepté sin problemas, lo tomé normal y mi mamá también. Pero después de haber sufrido tanto a causa de ser homosexual, empecé a odiarme, odiaba ser así, me miraba al espejo y me daba asco. Todas las noches antes de dormir, suplicaba para que me gustaran las chicas y así no tener que sufrir de esa manera.

—Por favor... dime que ahora no piensas eso de ti mismo —suplica el pelinegro no pudiendo evitar interrumpirme.

—No lo hago. Me costó un tiempo aceptarme tal cual soy, pero finalmente lo hice. Cuando cumplí los 16 años, decidí defenderme, pero fue una mala idea porque recibí una paliza que me dejó inconsciente en el baño del instituto. Luego de eso mi madre se enteró, estuve internado varios días y cuando salí me enteré que los chicos habían sido expulsados gracias a que el prefecto los encontró golpeándome. Me salí del instituto, terminé el bachillerato de manera online. Mientras tanto asistía a terapia y gracias a eso y al apoyo de mi madre pude salir adelante.

Termino el relato soltando un suspiro. El pelinegro se pone de costado y me toma en un abrazo.

—Eres muy fuerte y valiente, ¿sabes? —cuando nos separamos, deposita un beso en mi nariz—. No sabes lo orgulloso que estoy de ti porque pudiste salir adelante a pesar de que no te la pusieron fácil. Ya te lo había dicho, pero eres increíble, Jerry, y puede que no sea el momento adecuado para decírtelo, pero me gustaría que me dejaras ser parte de tu vida como algo más que amigos, me encanta pasar tiempo contigo.

Siento mis labios curvarse al mismo tiempo que mi corazón comienza a latir frenéticamente.

—A mí también me gusta pasar tiempo contigo —confieso sintiendo mis mejillas arder.

—Entonces, ¿qué dices si empezamos a conocernos como... algo más que amigos? —pregunta también sonrojándose.

—Me parece perfecto.

—Eso está bien —deposita otro beso en mi nariz. Un gesto sumamente dulce—.

Supongo que por todo lo que has tenido que pasar se debe la elección de ser psicólogo.

—Sí, cuando comencé con las terapias me pareció algo interesante y bastante liberador. Las personas piensan que es algo innecesario y no saben lo equivocados que están porque de verdad ayuda, es sanador poder desahogarse libremente.

—Lo sé, también fui a terapia cuando perdí a mi madre y me ha ayudado muchísimo —concuerta—. ¿Aún asistes a terapia?

—Sí, pero solo una vez al mes.

—Puedo acompañarte cuando tengas que ir —se ofrece amablemente—. Claro, si tú quieres, principito.

—Suenas como un buen plan —sonríe—.

Charlaron un poco más hasta que Sami se disculpa diciendo que tiene que hacer una llamada.

—Es un milagro, no creí que contestaras a la primera —comenta sorprendido con el móvil pegado a la oreja—. ¿Qué has estado haciendo, Hamilton? —el pelinegro hace una mueca—. Está bien, te escribo en la noche y por tu bien, responde mi mensaje, ¿de acuerdo? —dice de manera contundente antes de bajar el móvil y darle un vistazo al mismo tiempo que frunce el ceño—. Me cortó.

Le regalo una mirada de consuelo. Mira el móvil negando con la cabeza. Tal vez voy a parecer un poco entrometido, pero no puedo evitar preguntar:

—Zac no está bien, ¿verdad? —el pelinegro me mira sorprendido por mi repentina pregunta—. Lo lamento, no quise ser entrometido.

—No lo eres, principito —esboza una sonrisa carente de humor—. Zac no está pasando por un buen momento —contesta finalmente. Sus ojos se tornan melancólicos—. Espero que pronto pueda estar mejor.

Asiento pensativo. Lo he notado desde que nos conocimos.

Cuando una persona está rota, sus ojos no mienten, pueden disfrazarlo de mil maneras, pero al final de cuentas, solo debes detenerte un momento y mirar.

—Creo que Nich puede ayudarlo, se han vuelto buenos amigos —comento—.

Estoy seguro de que a Zac le hará bien tener a alguien cuya personalidad sea la contraria a la suya.

—También lo creo, pero aún no es el momento —expresa con seguridad. Después de todo, Sami conoce a Zac desde hace mucho tiempo—. Únicamente me queda estar allí para cuando él me necesite.

—Estaremos para él —digo tranquilizándolo. Sami me da una mirada llena de gratitud—.

Cuando la noche cae y estoy a punto de despedirme del pelinegro, me siento tan feliz que temo que sea irreal. La verdad es que ha sido una salida increíble, hacía tiempo que no me siento tan contento.

Subo un escalón del porche de mi casa para quedar casi a la misma altura del pelinegro.

—Bueno, iré adentro —no quiero hacerlo, pero es inevitable, si por mí fuera, me quedaría todo el tiempo del mundo junto a Sami.

—¿Jerry?

—¿Sí?

Sami me mira como si fuera la cosa más perfecta ante sus ojos. Las mariposas en mi estómago revolotean enloquecidas.

—¿Puedo besarte?

Mi corazón se salta unos cinco latidos y no me explico cómo es que sigo de pie. De mi boca no sale ni una palabra, así que lo único que puedo hacer para darle una respuesta es tomar las solapas de su abrigo y unir nuestros labios.

El pelinegro me sostiene por la cintura acercándose un poco más. Toma el control del beso abriendo los labios, tener la boca del chico frotándose contra la mía, es una sensación irreal, como estar en el cielo. Sami me da unos golpecitos con la lengua pidiendo acceso, me deleito con lo bien que se siente ser besado de esta manera.

Nos separamos por la falta de aire y antes de dejarme ir por completo, Sami succiona mi labio inferior.

—Dios... tus labios son tan dulces —susurra uniendo nuestras frentes.

—No tanto como los tuyos —replico tímido—. Avísame cuando llegues, ¿sí?

—Claro que sí, principito —deja un casto beso en mis labios—. Ve adentro y luego me marchó.

Ahora es mi turno de darle un suave beso antes de darme la vuelta y entrar a casa.

—Adiós, Sami —agito la mano.

Al cerrar la puerta, dejo escapar un suspiro de felicidad, mientras que no puedo borrar la sonrisa en mi rostro, mi madre sale de la cocina dándome una mirada expectante.

—Mamá, me gusta mucho —confieso sin poder ocultarlo.

—Lo sé, tesoro. ¿Sabes una cosa? —pregunta sonriente.

—¿Qué?

—Tú le gustas a él —afirma.

Me quito de la puerta y camino apresurado hasta llegar junto a ella.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto curioso porque si mi mamá afirma algo, es porque está muy segura. La mujer hace una señal como si se estuviera sellando los labios—. Mamá, dime.

No responde, solo sonrío cómplice mientras entra nuevamente a la cocina. Por supuesto que voy detrás de ella para tratar de conseguir información.

Pero no la consigo.

Zac

—Dile a Samuel.

—*No puede, está atascado de tareas y Jerry lo está ayudando. Por favor, amorcito —suplica desesperado—. Prometo que solo es por hoy.*

—No.

—*¡Por favor, por favor, por favor...!* —exclama al otro lado de la línea.

Hace más de diez minutos que me encuentro sentado en mi Jeep con el móvil pegado a la oreja, negándome a la petición del condenado Thomas.

Resulta que el peliblanco no puede asistir al trabajo porque, según él, no se siente bien y le ha prometido a la madre del chiquillo, Lili, que va a mandar a alguien como reemplazo.

Es justo en este momento cuando me pregunto, ¿cómo mierda hago para deshacerme de este ser anormal? La pregunta resuena en mi cabeza como un eco sin respuesta.

—*Lili dijo que está bien, pero no quiero dejarla saturada de trabajo porque hoy es el día libre de Trid. Tú sabes que necesito el empleo, por favor, Zac.*

Lo odio profundamente.

Cuando Thomas me llama por mi nombre, es porque realmente habla en serio. Estoy demasiado cabreado con él como para ponerme a indagar qué bicho le ha picado. Con toda la renuencia del mundo y despotricando en su contra, termino aceptando.

—Bien.

—*Por fav... ¿Qué? ¿En serio lo harás?* —pregunta esperanzado, con una voz tan chillona que tengo que apartar el móvil de mi cara.

—Sí —balbuceo entre dientes.

Únicamente el maldito Lucifer entiende lo que estoy sintiendo por dentro.

—*¡Por Dios! Gracias, amorcito* —grita eufórico—. Prometo devolver el favor —*asegura en tono seductor.*

No estoy dispuesto a seguir escuchando la sarta de estupideces que salen de su boca, así que sin más preámbulos le termino colgando.

Tomo coraje y, a continuación, pongo el vehículo en marcha rumbo a la cafetería. Nunca en mi vida he trabajado, por lo tanto, no tengo ni jodida idea de cómo ser un camarero y mucho menos cocinar. Maldito Thomas por meterme en estas cosas. Por otro lado, puede que quizá sea algo bueno para mantenerme distraído y eso.

Necesito despejar mi mente y dejar los malos pensamientos de lado, aunque sea por unas cuantas horas.

Echo un vistazo a la cafetería, este lugar me agrada, se siente hogareño. No termino de dar dos pasos cuando alguien choca contra mi espalda, me volteo para encontrarme con uno de los motivos por el cual me mantengo despierto durante las últimas noches.

—Lo lamento —Nicholas me mira como si se hubiera ganado la puta lotería—, vaya. Hola, precioso —saluda coqueto—. Esto me resulta familiar.

Se supone que ya es momento de acostumbrarme a su descaro, sin embargo, me rehúso.

—Tú...

—¿Yo? —se apunta el pecho con un dedo—. Sí, soy yo, puedes tocarme todo lo que quieras hasta comprobarlo —sugiere con una sonrisa de esas que te dejan encantado.

Maldición.

—Vengo a reemplazar a Thomas —anuncio rápidamente.

—Vaya, eso no me lo esperaba, pero bendito sea Thomi por enviarte —festeja entusiasmado—. Ven conmigo, precioso —me toma del brazo, seguido me arrastra por el lugar que se ve bastante amplio.

Una mujer se encuentra detrás del mostrador y cuando nos ve, esboza una sonrisa brillante, definitivamente se trata de la madre del chiquillo, ya que son bastante parecidos.

—Mamá, él es Anacleto Hamilton —me presenta—. Pero dile precioso, le pega más. ¿No crees? —pregunta con orgullo.

—Lo creo, cielo —está de acuerdo asintiendo con la cabeza—. Hola, precioso —extiende la mano amablemente.

—Hola, señora Brown.

—Solo llámame Lili, cariño —pide.

Tal parece que la amabilidad es propia de los Brown.

Luego de eso, Nicholas nos guía hasta un cuarto en la parte trasera, me tiende un delantal y una gorra negra.

—Aquí tienes. Esto evitará que manches tu ropa.

Acepto las prendas y luego de alistarme, salimos a la parte delantera del lugar para empezar a trabajar. No me siento nervioso, pero sí ansioso, no pretendo quedar mal frente al chiquillo, no porque quiera impresionar ni mucho menos, simplemente no me gusta mostrar un lado donde no puedo mantener el control.

—Bien, precioso... —empieza a explicar—. Sé amable, toma el pedido y luego me lo das a mí o a mamá, ¿de acuerdo? —cuestiona tendiéndome una libreta con un lápiz.

Esto parece pan comido.

—Está bien —acepto con altanería.

No queriendo perder el tiempo, me giro para dirigirme a la mesa de unas mujeres de edad media que acaban de llegar.

Todo sea por el descerebrado de Miller.

Con la escasa energía que poseo, tomo una bocanada de aire y me dispongo a hacer lo mejor que puedo.

—Hola. ¿Qué quieren? —exijo tajante, mi voz sale más áspera de lo que pretendo y estoy seguro de que no es esto a lo que se refería Nicholas cuando mencionó lo de ser amable.

Ellas levantan el rostro en mi dirección con el ceño fruncido. Seguramente están listas para mandarme a la mierda, pero cuando sus ojos me examinan, sus expresiones cambian a una... ¿Coqueta?

Joder.

—Hola —la voz de la rubia es melosa—. Queremos dos latte de vainilla acompañados con unas rebanadas de tarta de coco.

—Bien.

Me giro más rápido de lo normal. Mierda, este día va a ser largo y tedioso.

Únicamente, una hora después, pierdo por completo mi predisposición cuando me acerco a otra mesa, en ella se encuentran varias chicas que no parecen tener más de 14 o 15 años y son terriblemente ruidosas.

—¿Qué les sirvo? —inquiero hastiado.

Ellas voltean a verme embelesadas, soltando risitas y suspiros enamoradizos. Pongo los ojos en blanco.

—Eres tan lindo —expresa una de ellas, con el pudor que no posee.

—Y guapo —acota una morena.

Se dan la razón entre ellas mientras cuchichean como si yo no estuviera presente.

—¿Puedes darnos tu número? —pregunta valientemente la de cabello corto.

Estoy listo para renunciar cuando siento la presencia del chiquillo posicionándose a mi lado. Lo miro sin entender, pensando que he hecho algo malo, pero me quedo

estupefacto cuando contemplo su expresión estoica. Como si estuviera molesto por algo.

—Lo siento, linduras —dice con falsa amabilidad, luego me apunta con el dedo—. Soy tan buena persona que vengo a ahorrarles todo este momento de coqueteo. Le gustan los hombres.

Giro el rostro bruscamente.

¿Qué demonios?

El chico me mira inocentemente al mismo tiempo que se encoge de hombros.

—Ve a descansar, precioso. Yo me encargo —me da un empujoncito para alejarme de la mesa. Si claro, tan comedido.

No discuto porque la verdad me vendría bien que él se haga cargo de esta mesa tan bulliciosa. Mi cabeza comienza a molestar con el incipiente dolor.

Doy un vistazo alrededor, el lugar está casi vacío, por lo que me acerco al mostrador y me desplomo en una banqueta al lado de la madre de Nicholas. Ella me mira sonriente.

—¿Estás cansado, cariño? —El brillo que emana de sus ojos me resulta familiar. Un nudo se me forma en la garganta cuando la amable mujer me habla dulcemente. Ella parece notarlo y aunque no comenta nada, se acerca para acariciar mi mejilla. Un gesto de compasión que quema—. Iré a traerte algo de comer.

—No tengo hambre. Gracias —susurro desganado.

Se pone de pie negando con la cabeza.

—Eso no está pasando, jovencito. Tienes que alimentarte. Mira lo pálido que luces —sentencia. Continúa regañándose mientras se pierde en la parte trasera del mostrador.

Nicholas se acerca, todavía con el ceño fruncido. Empieza a preparar lo que las niñas ordenaron. Corta una porción de pastel bruscamente. ¿Qué bicho le picó? Soy yo quien debería estar enfadado.

—¿Estás enojado con el pastel? —pregunto, enarcando una ceja.

El chico se percata de mi presencia y sustituye su frente arrugada por una expresión suave.

—No, precioso. Es que esas niñas son molestas —dice enfurruñado.

—¿Por qué les dijiste que me gustan los chicos? —cuestiono curioso, dejando de lado la pizca de enojo que sentí en ese momento.

—¿No es cierto? —pregunta, atento a mi respuesta.

—Sí —respondo sin rodeos, el chico me mira sorprendido. Como si no hubiera

esperado esa respuesta.

—¡Genial! —exclama, llamando la atención de los demás—. Es decir... no quiero decir que esté mal si te gustan las mujeres porque, claramente, no lo está... —empieza a mover las manos para enfatizar su explicación—, pero me refiero a que es genial porque es espléndido que te gusten los chicos, porque yo soy un chico, ¿lo entiendes? Pues... eso es obvio, aunque si lo piensas detenidamente, puede que no sea tan evidente, ya que estamos en el sig...

—¡Cállate, hablador! —me toco el puente de la nariz, cerrando los ojos—. Lo entendí.

Nicholas toma grandes bocanadas de aire hasta recuperarse.

—Bueno, pero, ¿se entiende mi punto? —asiento con paciencia—. El asunto es que les dije eso porque te estaban coqueteando —bufa molesto—. Me atrevo a decir que estaban a punto de secuestrarte para tenerte cautivo por años y adorarte como si fueras su propio Dios griego.

Lo miro con desconcierto. Diablos, este chiquillo es de otro mundo. Sale con cada ocurrencia.

—Qué imaginación tienes.

Sonríe como si le hubiera dicho un cumplido.

—Todos tenemos imaginación —da un paso adelante, quedando cerca—. ¿Sabes qué es lo único que debemos hacer?

Pestañeo pausadamente, perdiéndome en el color de sus ojos.

—¿Qué? —pregunto finalmente.

—Dejarla volar.

Me sonríe mostrando todos sus perfectos y blancos dientes. En este momento, mi corazón hace una triple mortal. Contengo la respiración y me obligo a no perder la compostura.

Para mi suerte, Lili regresa a la escena, consigo trae una jodidamente exagerada bandeja repleta de comida, la deposita frente a mí.

—Te la comes toda —advierde la mujer.

Nicholas carraspea.

—Mamá, esa es mi línea —dice fanfarrón.

Gracias al cielo, no tengo nada en mi boca porque hubiera terminado escupiendo todo. Jodido Nicholas sinvergüenza, me toma siempre con la guardia baja.

—Compórtate, jovencito —lo reprende Lili. El chico solo se ríe antes de guiñarme—.

Quedan un par de horas para cerrar, ¿te encargas tú, cielo? Debo ir a terminar con los últimos papeleos de la cafetería —la pregunta suena más como una orden que una petición.

Lili Brown me agrada, es una mujer amable, directa y simpática.

—Claro, ma. Vete tranquila —besa la mejilla de la mujer.

Luego de eso, ella se despide de mí, haciéndome prometer que un día de estos iré a su casa para que me cocinara algo. No es que haya podido negarme y menos cuando cierto chico me miraba suplicante.

El resto de la tarde transcurre tranquilamente, bueno, en la medida de las posibilidades cuando se tiene la compañía de Nicholas Brown, quien no pierde tiempo en lanzar comentarios coquetos y aturdirme, de manera agradable, comentando sobre cualquier cosa insignificante o alguna anécdota, como la de este momento.

—Ese tipo era un ignorante. Dios, aún me enoja cada vez que lo recuerdo.

El chiquillo tiene apoyada la cadera en el mostrador mientras que cruza sus brazos y frunce el ceño. Por mi parte, permanezco sentado en una banqueta.

—Eso es malditamente ridículo —estoy de acuerdo.

El asunto es que hace unos meses, Nicholas y su padre se encontraban en un supermercado, un chico lo llamó "marica" solo por el hecho de estar usando un conjunto deportivo de color rosa pálido.

—Lo es. Y en ese momento me enojé tanto que lo único que se me ocurrió hacer fue abalanzarme sobre él para soltarle un puñetazo, pero mi padre me detuvo —comenta mirando a la nada, recordando la escena—. Oh, pero papá reaccionó de manera adulta y lo dejó fuera de base con lo que le dijo.

—¿Qué le dijo? —pregunto curioso.

—"Déjame contarte que los colores no tienen género, esto significa que el rosa no identifica a las mujeres ni el azul a los hombres. Deberías informarte antes de atacar a una persona con argumentos carentes de inteligencia" —cita orgullosamente las palabras de su padre—. Hasta el día de hoy recuerdo la cara de vergüenza que puso el chico antes de marcharse —suelta una risa satisfecha.

—Tu padre es un sabio.

—Lo es —concuerta, como todo un hijo presumido.

Conozco el sentimiento. Estoy jodidamente orgulloso de mi padre, siempre lo he estado. Es solo que, en estos momentos, la adoración que siento por él, queda en segundo plano. Mi corazón se aprieta ante el sentimiento, pero trato de recomponerme cuando unos cálidos dedos tocan mi mejilla y una sonrisa luminosa me encandila.

Un tiempo después, la cafetería es cerrada y agradezco mentalmente no haber arruinado el trabajo del estúpido Miller. Salgo del lugar y me dirijo al sitio donde dejé aparcado el Jeep. Por el rabillo del ojo, noto a Nicholas seguir mis pasos.

—Bueno, voy a tomar el autobús en la siguiente cuadra —comenta, como quien quiere la cosa.

—Bien —acepto con poco interés.

Desde luego que esto no termina aquí, lo conozco lo suficiente para saberlo.

—Seguramente se va a tardar —se lamenta.

—No lo creo —quito el seguro del vehículo.

—Y hace mucho frío...

—No tanto —abro la puerta del piloto, fingiendo desinterés.

—Me parece que va a llover y luego de llover va a hacer tanto frío que va a nevar, si el autobús no llega antes de que eso suceda, voy a enfermar y quizá hasta voy a sufrir hipotermia. Pobre de mi madre cuando se entere lo que me pasó y no me quiero imaginar a mi padre cuando se dé cuenta de que su bebé est...

—Sube.

Empieza a dar saltitos mientras aplaude y en menos de lo que pienso, se acomoda en el asiento. Joder, es como un jodido niño. Muevo la cabeza y me subo con resignación. El viaje transcurre tranquilo, cuando me estaciono frente a su casa, el chiquillo se quita el cinturón de seguridad y gira en su lugar para quedar frente a frente.

—El día de hoy fue divertido y entretenido —¿divertido? Yo no veo lo divertido—. ¿No necesitas un empleo? Podría convencer a mi mamá de que te contrate solo para que te sientes detrás del mostrador y así yo poder observarte —dice ocurrente.

—Ese no sería un trabajo —puntualizo.

—Claro que sí, tu trabajo sería deleitarme con tu belleza —sonríe conquistador—. ¿Lo ves? Hasta me vuelves un poeta.

—Eso no fue romántico —espeto, tratando de desanimarlo.

Por supuesto que no funciona, nada parece apagarlo.

—Oh, si quieres algo más romántico, puedo hacerlo por ti —dice convencido, a continuación, centra la vista en mí, arruga la nariz, seguramente pensando que decir, finalmente se aclara la garganta y con voz melódica, dice—: lo escogí a usted porque me di cuenta de que valía la pena, valía los riesgos... valía la vida.

Fijo la mirada en sus ojos, ojos que brillan como una puta estrella. La manera en la que Nicholas me mira es tan gratificante que no creo que una persona como yo sea

merecedora de tal gesto.

—Pablo Neruda —agrego, sin saber qué decir.

Ensancha sus labios, satisfecho con mi respuesta.

—Tu belleza me ilumina, como el brillante sol, y tus ojos me encandilan, como un reluciente girasol.

Arrugo la frente, trato de recordar de quién es.

—No lo conozco —digo con extrañeza.

—Nicholas Brown.

Mi mente queda en blanco. Nicholas tiene tantas facetas, que una es más sorprendente que la otra. Me pregunto si existirá alguna, relativamente, mala. Trato de rescatar algunas palabras para formar una frase coherente, lástima que mi sentido común ha desaparecido. ¿Estoy loco por pensar que estos poemas significan algo más?

Observo esos hermosos ojos azules que en este momento me miran con una mezcla de sentimientos que no logro descifrar. El chico curva un costado de sus labios.

—Sonríe poquito —suplica en un susurro.

—N-no puedo.

¿Desde cuándo tartamudeo?

Mi control se vuelve difícil de manejar cuando soy observado de esta manera tan íntima, tan cálida.

Nicholas inclina su torso, quedando a escasos centímetros de mi rostro, lo más sensato sería alejarme, sin embargo, no lo hago. Me quedo estoico, conteniendo la respiración.

Esperando.

—En un beso sabrás todo lo que he callado —musita.

Posteriormente, unas suaves manos toman mi rostro, sus pupilas se dilatan y su respiración se vuelve pesada, el chico disminuye la poca distancia que nos separa. Aplasta sus labios sobre los míos.

Nunca he tenido sentimientos románticos por otra persona, tampoco lo quise, no obstante, cuando unos suaves y afelpados labios se aferran a mi boca, sé lo que se siente querer a alguien. Las mariposas en mi estómago están teniendo un festín. Nicholas mueve sus labios lentamente, como si estuviera pidiendo permiso. Capturo su rostro hasta profundizar el beso. Escucho un sonido gustoso mientras saboreo sus labios.

Santo y jodido infierno, su boca es la puta gloria. Nos convertimos en uno, nos

fundimos encajando a la perfección. Inclino el rostro para tener un mejor acceso al mismo tiempo que el chiquillo se aferra a mi rostro. No sé por cuánto tiempo permanecemos probándonos, pero cuando logramos separarnos, nuestras respiraciones son entrecortadas.

Sus labios están hinchados y húmedos. Luce pecaminosamente hermoso.

Nicholas evita mi mirada y en un abrir y cerrar de ojos, abre la puerta del vehículo y se despide.

—Adiós —murmura.

Y simplemente se va, sin esperar respuesta, dejándome con un licuado de sentimientos, tocando mis labios y cerrando los ojos para rememorar el momento.

Nich

Me desplomo en las escaleras del porche de la casa de Isa, esperando que salga.

Dejo caer la cabeza entre las rodillas. Mi corazón late desbocado, creo que me va a dar algo. Me llevo una mano al pecho para tratar de calmarme mientras que toco mis labios con los dedos.

¡Lo besé! ¡Nos besamos!

Y fue maravilloso.

Suspiro por milésima vez en menos de cinco minutos. Escucho la puerta siendo abierta y segundos después, Isa se sienta a mi lado con una expresión preocupada.

—¿Qué sucede, Nich? Salí de la cama lo más rápido que pude cuando vi tu mensaje — la chica me observa intranquila.

Su pijama luce bastante calentito, así que me aferro a sus brazos.

—Besé a Anacleto —confieso.

—¿Qué? —ella me aparta bruscamente para mirarme.

—Besé a Anacleto —repito.

—Ya te escuché —rueda los ojos.

—¿Y por qué lo preguntas de nuevo?

—Porque quería que lo repitieras —frunzo el ceño, a lo que ella se encoge de hombros —. ¿Y cuándo pasó?

—Hace un momento —las imágenes llegan a mi cabeza—, y fue el mejor beso que he dado jamás —suspiro.

—¿Entonces por qué actúas como perro sin cola? —La chica me acaricia la mejilla.

—Es que se suponía que iba a ayudarlo sin mezclar mis sentimientos —me lamento—. Últimamente, me es imposible hacer eso.

—Pues no lo hagas —dice fácilmente.

La miro dubitativo.

—¿Sería egoísta de mi parte si trato de ayudarlo expresando mis sentimientos? —inquiero dudoso.

—Claro que no, es más... pienso que es lo mejor, pienso que tu chico precioso necesita eso, necesita un poco de amor. No lo digo por decir, pero estas semanas que han

pasado, lo he visto más a gusto contigo, creo que algo podría surgir y quizás es la oportunidad que tienes para ayudarlo en lo que sea que le esté pasando.

—¿Tú crees? —La miro esperanzado.

—Lo hago.

Lo que dice Isa me hace sentir optimista. ¿Por qué no? Puede que ella tenga razón y el amor sana. Espero que así sea, no quiero salir lastimado, pero por sobre todas las cosas, no pretendo lastimar a Anacleto.

Al parecer, el plan ha cambiado.

Jerry

Son las cuatro de la tarde de un lluvioso sábado. He quedado con Sami, supuestamente ya tendría que haber estado en su casa, pero se me hizo un poco tarde al ayudar a mi madre en la florería.

El pelinegro se ha ofrecido a buscarme, claramente terminé rechazando su oferta. No quiero que piense que lo tomo como un chofer. Suficiente con que me lleve a casa casi todos los días después de clases.

Además, me gusta ser independiente y manejar por mi cuenta. Hemos quedado para hacer nuestras respectivas tareas, ya que el pelinegro es un poco despistado.

Muevo la cabeza al recordar el argumento que me dio ayer para que acepte ir a su casa.

—Si te veo a ti concentrado, se me va a pegar la concentración.

Ese chico es todo un caso.

Me bajo del autobús y camino dos cuadras hasta dar con la dirección que Sami me envió anteriormente. Miro nuevamente el móvil para comprobar si estoy en el lugar correcto.

Al parecer sí. Decido acercarme para tocar el portero automático.

—¿En qué puedo ayudarle? —pregunta una amable voz femenina al otro lado del intercomunicador.

—Mi nombre es Jerry, vengo a ver a Samuel —informo algo dudoso.

—Pase, por favor —el portón se abre automáticamente, entro algo dubitativo.

Agradezco que Sami no esté en estos momentos frente a mí porque estoy seguro de que me veo ridículamente asombrado.

Santo cielo, esto parece más una mansión que una casa. Recorro el patio delantero, es tan enorme y pulcro, no puedo evitar pensar en mamá y lo feliz que sería con un jardín como este. La puerta de la casa/mansión se abre para dejar salir a un sonriente chico.

—Hola, principito —sale a mi encuentro y luego deposita un beso en mi mejilla.

—Hola, Sami —respondo, tratando de recuperarme de la impresión.

Lo que vi hace un momento, no es nada comparado al interior de la casa, mi quijada prácticamente cae al suelo. Además de enorme, es muy elegante y sofisticada. Una gran sala de estar con lo que parecen ser cómodos juegos de sofás, unas cuantas puertas a los costados, paredes pulcras, arañas colgando en el techo y en el centro una escalera caracol.

—¿Demasiado ostentosa? —pregunta el pelinegro, con una mueca en el rostro.

—¿Mmm? —musito volteando a verlo.

—La casa —señala alrededor.

En este momento, me doy cuenta de que quizá no he sido lo suficientemente discreto a la hora de observar.

Sami luce extrañamente incómodo. Me reprendo mentalmente por olvidar mis modales.

—No, claro que no —me apresuro a aclarar—. De hecho, es una casa muy bonita. ¿Por qué piensas eso?

Se encoge de hombros.

—Es que a mi padre le gusta lo extravagante. A veces, me hace sentir incómodo porque siento que gastamos dinero en cosas innecesarias cuando en realidad hay personas que lo necesitan más que nosotros —confiesa apenado.

—Sami —tomo su mano—, no está mal que les gusten las cosas extravagantes, eso no te hace una mala persona y estoy seguro de que tu padre ha trabajado muy duro para poder darse sus gustos y dártelo a ti.

—Lo sé. Pero no quiero que pienses que solo somos unos materialistas porque no es así, tenemos una fundación y hacemos donaciones todo el tiempo —se apresura a comentar.

Dios, Sami es tan dulce. Aún me cuesta trabajo creer que un chico como él exista. Le regalo una sonrisa antes de ponerme de puntitas y picotear sus labios. En la última semana, este gesto se volvió algo habitual entre nosotros, darnos besos cada vez que tenemos la oportunidad.

—Eres increíble —susurro apartándome.

El chico me regala una mirada dulce.

—Vamos a mi habitación para que podamos empezar con las tareas —asiento.

Sami toma mi mano para guiarme por las escaleras. Una vez arriba, diviso varias puertas en el amplio pasillo. Entramos a la habitación del pelinegro y la verdad es que es mucho más sencilla de lo que creía. Posee una gran cama en el centro, a la izquierda un escritorio y a la derecha dos puertas, tal vez una sea el baño y la otra el closet.

—Ponte cómodo, voy a ir por algo caliente —toca mis mejillas—. Estás helado, debiste dejar que fuera a buscarte —dice enfurruñado.

—Ya te dije que puedo venir por mi cuenta —sonrío con reproche.

—Lo sé. Puedes hacer lo que quieras por tu cuenta, Jerry, eso nunca estuvo en duda

—deposita un beso en mi nariz antes de alejarse y salir de la habitación.

Suspiro embelesado, me quedo mirando el lugar por donde él se ha marchado.

Giro la cabeza para echarle un vistazo al lugar, me acerco al escritorio y dejo la mochila en una de las sillas, luego me encamino al balcón de la habitación, la lluvia se desata. Espero que deje de hacerlo cuando tenga que marcharme.

Permanezco unos minutos hasta que Sami vuelve con una bandeja con dos tazas y un cuenco de lo que parecen ser galletas. Las deja a un lado del escritorio y luego se acerca a mí.

—¿Quieres ver una película? —pregunta, tomando mi cintura con ambas manos.

Suelto una risita, Dios mío, es tan perezoso a la hora de hacer las tareas.

—No, jovencito. Usted y yo tenemos que estudiar, nada de películas —lo reprendo dulcemente.

—Ah, valía la pena intentarlo —murmura desilusionado—, pero antes de comenzar quiero un beso para darme ánimos —pide como si fuese un niño pequeño.

—Jesús, eres todo un caso —me acerco para depositar un ligero beso en sus labios—. ¿Contento?

Sami finge pensarlo, segundos después, se acerca un poco hasta lograr que nuestros cuerpos queden alineados, me pongo de puntas y termina uniendo nuestros labios en un beso hambriento y perezoso. Cruzo los brazos alrededor de su cuello, atrayéndolo un poco más cerca si es que eso es posible. Nos fundimos en el beso como si lleváramos días sin hacerlo.

Nos separamos cuando el aire es escaso.

—Sami... —balbuceo sobre sus labios.

—Dime, principito —responde de manera entrecortada antes de morder mi labio inferior, enviando una oleada de placer por todo mi cuerpo.

—L-la tarea.

—¿Qué tarea? —vuelve a mordisquear mi labio.

—Sami... —adviento, alejándome un poco, si no lo hago en este momento, no podré hacerlo luego.

—Ya, ya —levanta las manos en señal de paz—. Pues hagamos la bendita tarea entonces —dice malhumorado.

Lo miro embobado, sintiendo mis labios elevarse a más no poder.

—¿Qué tal si terminamos rápido y luego pasamos el rato? —propongo para tratar de

incentivarlo.

Levanta la cabeza con interés.

—¡Hagamos la tarea, sí señor, qué divertido! —vocifera entusiasmado, luego se acomoda en una de las sillas.

Me rio divertido.

Samuel

Jerry usa anteojos cuando lee o cuando hace la tarea. Son un poco grandes para su pequeño rostro, la montura es transparente, haciéndolo ver sumamente tierno y más inteligente de lo que ya es. También se concentra demasiado cuando está enfrascado en una lectura, lo opuesto a mí que me distraigo porque vuela una mosca.

Lo observo atentamente, es como si estuviera en otro mundo, con una mano sobre el libro y con la otra dando golpecitos sobre el escritorio.

Un mes atrás, ni me hubiera imaginado encontrar a un chico tan agradable como lo es Jerry, no es que haya estado esperando a alguien tampoco. Pero dicen que las mejores cosas llegan cuando no las buscas.

Nunca antes me he enamorado, tampoco estoy seguro de qué es el amor. He estado con varias chicas y chicos, pero ninguno de ellos logró hacer vibrar mi corazón como el rizado lo logra con solo mirarme.

Me considero un chico seguro y prefiero las cosas claras. Por eso no lo pienso dos veces antes de hablar.

Y sí, llámame impulsivo.

—Principito —lo llamo. El rizado levanta la vista con una expresión curiosa en el rostro.

—¿Pasa algo? —pregunta preocupado.

Es mi momento, aunque mi respiración se vuelve dificultosa y siento como el coraje que poseo se esfuma. Tomo una bocanada de aire. Maldición, el nerviosismo me está jugando una mala pasada, siento el sudor en mi frente y no ayuda el hecho de que Jerry me mira atentamente.

Bien, debo preguntárselo suavemente para no asustarlo.

—¿Quieres ser mi novio? —Puede que la pregunta no haya salido tan suave como pretendía, ya que la expresión de sorpresa en el rostro del rizado, lo delata.

—¿Q-qué? —titubea al mismo tiempo que abre tan grande los ojos que parecen a punto de salirse de su órbita.

—Sé que es repentino porque nos conocemos hace poco tiempo, incluso hace unos cuantos días quedamos en conocernos un poco más, pero de verdad me gustaría que seamos novios. Estoy seguro de que funcionaremos —explico. Joder, estoy sonando desesperado—. Tú me gustas, Jerry, sin embargo, también voy a entenderte si me dices que no estás listo aún. No quiero presionarte.

Que diga que sí. Que diga que sí.

El rizado suaviza la expresión para luego sonrojarse un poco. Esa es una buena señal,

¿verdad? ¿Verdad?

—T-tú también me gustas —murmura, pero logro escucharlo. Mi corazón empieza a latir rápidamente.

—¿De verdad? —pregunto ilusionado, tomando sus manos.

—Sí —asiente tímido. Lo miro expectante, necesitando que me dé una respuesta lo antes posible. Parece que mi intensidad traspasa porque toma una bocanada de aire y dice—: sí, sí quiero ser tu novio.

¡Sí!

Mi pecho se llena de felicidad y no puedo hacer más que tirar de Jerry hasta sentarlo en mi regazo y darle un fuerte abrazo. Me siento tan feliz que parece irreal.

—Joder, pensé que ibas a decir que no —confieso sobre su cuello.

—¿Por qué? —Jerry envuelve sus brazos alrededor de mis hombros.

—No lo sé, quizá porque hace poco tiempo nos conocemos —le doy un suave beso.

—No importa cuanto tiempo conozcas a la persona, Sami. Si de amor se trata, lo único que importa son los sentimientos.

El rizado se acerca para besarme. De esos besos que te hacen volar la mente. Joder, estoy seguro de que a mi alrededor flotan los malditos corazones. Nos separamos cuando un fuerte trueno nos hace brincar del susto.

—Debo irme. Se hizo tarde y parece que se acerca una tormenta —dice afligido, mientras se pone de pie y empieza a guardar sus cosas.

Miro por el balcón, el tiempo ha pasado volando. Unas gruesas gotas de lluvia comienzan a caer fuertemente.

—Está bien, pero déjame llevarte —me giro para buscar un abrigo, no obstante, el rizado toma mi brazo.

—Eso no está pasando —niega frenéticamente—. Llueve demasiado y es peligroso conducir. Iré a tomar el autobús.

—Eso tampoco está pasando, no puedes salir en medio de la tormenta.

—Sami.

—Principito.

—Puedes prestarme un paraguas para ir hasta la parada, es menos peligroso eso, a que me lleves tú —insiste.

Sus ojos lucen suplicantes, Jerry detesta que se preocupen por él, sin ánimos de

hacerlo sentir incómodo, termino por ceder un poco.

—No voy a mandar sobre ti, pero por favor, entiende que no puedes salir si llueve de esta manera —suplico—. Aparte, tu madre va a matarme si algo te pasa.

—¿Y qué se supone que voy a hacer? —pregunta desesperado, mirando hacia la ventana.

—Hagamos esto, esperaremos hasta que pare un poco y luego te llevaré a tu casa, ¿sí?

Jerry parece sopesar la propuesta. Termina por soltar un suspiro resignado.

—De acuerdo —acepta a regañadientes.

—Oye, me haces pensar que no quieres pasar tiempo con tu novio —espeto, con falsa desilusión.

—Tonto —se quita la mochila para dejarla en la silla nuevamente—. No es eso. No quiero molestar.

—Tú nunca vas a molestar, principito. No vuelvas a decir eso —le beso la nariz.

—Bien —sonríe dulcemente.

—Bueno, vamos a la sala a hacer un poco de zapping mientras que deja de llover, ¿qué dices?

—Suenas como un buen plan.

Estuvimos poco más de una hora viendo la televisión, o al menos intentándolo, ya que el rizado se ve muy inquieto hasta el punto de estar pálido, retuerce las manos sobre su regazo mientras que mira sigilosamente hacia la puerta principal.

—Tu padre no tarda en llegar, ¿cierto? —oh, ahora entiendo de qué va esto.

Tomo su rostro entre mis manos para darle un casto beso en la frente.

—No tienes que preocuparte por mi pap...

La puerta es abierta, dejando entrar a un elegante hombre pelinegro con algunas que otras canas y un maletín en mano.

—Dios, tuve que parar varias veces porque la tormenta no me dejaba ver el camino —comenta mi padre, dejando el maletín en la mesa del recibidor.

Jerry se pone de pie inmediatamente, no me gusta verlo así, intranquilo. Lo imito hasta posicionarme a su lado.

—Debiste esperar a que se detenga un poco, papá.

—No, quería llegar pronto a casa —comenta quitándose el abrigo, luego levanta la vista

para encararme, pero sus ojos se posan en Jerry, quién en este momento, se balancea sobre sus pies con nerviosismo.

Mi padre se acerca hasta quedar frente a nosotros, bastante curioso. A continuación, comienza a inspeccionar de pies a cabeza al chico.

—Papá —advierito.

Sé que él no haría ni diría algo malo, pero a veces puede llegar a ser muy intimidante.

—Dime —me mira altivo.

—Te presento a Jerry Wilson —señalo al rizado—. Mi novio.

Mi padre me mira sorprendido, pero se recompone rápidamente cuando Jerry habla.

—Es un gusto conocerlo, señor Clarson —le tiende su delicada mano.

—El gusto es mío —acepta el apretón, sin dejar de estudiarlo—. Dime, Jerry, ¿a qué se dedican tus padres?

Joder... aquí vamos.

—Papá.

—Solo es una pregunta, Samuel —me reprende. Posteriormente, se dirige a la sala para acomodarse en uno de los sillones individuales.

Lo seguimos mientras le doy una mirada de advertencia, mirada que ignora olímpicamente.

—Somos mi mamá y yo. Ella tiene una florería —responde el rizado.

—¿Qué estás estudiando?

Tengo que reconocerlo, a pesar de que está sometiendo a Jerry a un interrogatorio, intenta ser amable, eso me hace bajar la guardia y relajarme un momento.

Poco después, Jerry se disculpa para poder sacar su móvil y mirar la hora.

—Es muy tarde, mi madre no ha parado de enviarme mensajes. Si me disculpan, debo irme —anuncia educadamente.

Miro a través del ventanal, la tormenta ha cesado, aunque el clima no se ve confiable.

—Puedes quedarte, Jerry. Hay habitaciones por doquier en esta casa —ofrece mi padre.

Le agradezco mentalmente.

—Lo aprecio, pero no creo que mi madre esté de acuerdo —comenta, dándole una mirada agradecida.

—Papá puede hablar con Renata, ¿verdad? —este me observa con ojos calculadores, luego asiente—. Incluso sigue lloviendo, principito.

Un rato después, llegamos a la conclusión de llamar a la madre del rizado para saber su opinión.

—¿*Samuel te hizo algo, tesoro? Porque si fue así...*

—Mamá —dice apenado, mi padre enarca una ceja al escuchar a Renata. El móvil está en altavoz—. Estoy bien. Um... el señor Clarson quiere hablar contigo.

Como si el aparato estuviera en llamas, se lo pasa a mi padre, quien lo toma despreocupado.

—Buenas noches, señora Wilson —Jerry y yo nos miramos de manera automática, me golpeo la frente con la palma de la mano.

Mala idea, padre.

—*Re-na-ta. Me llamo Renata. No es tan difícil. ¡Por Dios!* —vocifera la mujer al otro lado de la línea—. *Ahora bien, devuélvame al niño.*

—Su hijo está en perfecto estado —puntualiza mi padre—. Llamo para preguntarle si hay algún problema con que se quede en casa, ya que es imposible salir con esta lluvia.

Los adultos estuvieron un rato al teléfono. No entiendo cuando, pero de un momento a otro, la charla se ha desviado a una amena. Mi padre se ve relajado con el móvil pegado a su oreja.

La cuestión es que el rizado se queda en casa por esta noche. Luego de cenar, nos despedimos de mi padre para subir a nuestras respectivas habitaciones, Jerry se quedará en la que está al frente de la mía.

—Te va a quedar un poco holgado, pero será cómodo —le entrego un pijama—. Si necesitas algo, no dudes en llamarme.

—No te preocupes. Gracias —me regala una mirada de gratitud—. Buenas noches, Sami.

—Buenas noches, principito —me acerco para darle un suave beso.

Me retiro a mi habitación para ir directo a tomar una ducha rápida, cuando salgo me pongo unos pantalones de pijama y una camiseta de tirantes.

Una hora después, sigo sin poder dormir, el sueño se ha esfumado, el día de hoy fue bastante movedido y muchos sentimientos estuvieron en juego.

Me sobresalto cuando la puerta es abierta lentamente, levanto la cabeza para encontrarme con el rizado.

—¿Te desperté? —pregunta.

—No, de hecho, no puedo dormir —le hago una seña para que se acerque. Jerry cierra la puerta sigilosamente, como si mi padre pudiera escucharlo—. ¿Sucedó algo? —Me levanto sobre un brazo.

Niega con la cabeza antes de acercarse un poco.

—Uh... ¿Puedo dormir contigo? —pregunta titubeando—. Esta casa es demasiado grande.

Ni que estuviera loco diría que no. Así que asiento frenéticamente.

—Ven aquí —lo llamo con la mano, levanto la frazada para que pueda meterse.

El principito se sube a la cama para acurrucarse en mi costado. Joder, se siente tan bien tenerlo a mi lado. Paso un brazo debajo de su cuello y con el otro lo abrazo acariciando su mejilla izquierda.

El chico se aferra a mi cintura. No pudiendo resistirlo más, capturo su boca en un beso desesperado, chupando y succionando cada centímetro de sus labios, Jerry deja escapar un gemido demasiado erótico. Introduzco la lengua, tomando todo lo que él pueda darme, de pronto, nos convertimos en uno de lo enredados que estamos.

Bajo la mano hasta posarla en su diminuta cintura para atraerlo más cerca, robándole uno que otro jadeo. Terminó uniéndolas frentes.

—Maldición, tus besos son mi debilidad —murmuro contra sus labios.

—Sami —mi nombre es dicho como si fuera algo magnífico ante él.

Las palabras no son suficientes. Las palabras correctas no existen cuando hay sentimientos reales. Las palabras no son necesarias. Solo basta con mirar sus ojos.

—Lo sé, principito. Lo sé.

Lo que se ha formado entre nosotros es algo que no se puede explicar a ciencia cierta. Un amor sin explicación.

Los sentimientos flotan alrededor mientras permanecemos abrazados, viéndonos el uno al otro. Dándonos promesas silenciosas.

Nich

Es domingo por la tarde. Uno o dos domingos al mes, me hago cargo de la cafetería y las ganancias de este día son propias. Por lo general, mamá no trabaja los domingos, así que si lo deseo y no estoy atareado de tareas, trabajo todo el día.

Ya son pasadas las cinco y no hay mucho movimiento en el lugar, ya que el clima no es el mejor. Sin mucho que pensar, termino poniendo el cartel de "cerrado" y me dedico a esperar, aún queda una mesa ocupada, supongo que no falta mucho para que se marchen.

Para pasar el tiempo, saco el móvil del bolsillo del delantal, me apoyo en el mostrador y abro la aplicación de mensajería, tengo varios mensajes en el grupo que comparto con los chicos, la mayoría se tratan de memes que envía Thomi, otros son de Sam mencionando que el próximo sábado es su cumpleaños.

Envío un rápido texto sugiriendo algún que otro plan para festejar su día. Luego Sam nos suelta una noticia que ya era un poco obvia.

SAM: Bueno, Jerry y yo queríamos contarles que ya somos novios.

La verdad es que desde que esos dos se conocieron, era imposible imaginar que no terminarían juntos. Están hechos el uno para el otro.

THOMI: ¡NO! Me siento traicionado. Acabas de romperme el corazón, cielito.

ISA: Menos mal que no te rompió otra cosa.

PD: felicidades, chicos, hacen una hermosa pareja.

YO: Estoy feliz por ustedes. Se ven increíbles juntos.

Por otro lado, salgo del grupo para entrar en el chat del chico precioso.

YO: Hola, precioso, ¿qué haces?

Según yo, las cosas entre nosotros van bien. Es decir, no ha cambiado en lo absoluto, después de basarnos días atrás, nuestra relación siguió su curso de manera normal. En un principio me sentía raro y un poco desilusionado, pero con el pasar de los días, creo que nos hemos acercado un poco más, puede que sean alucinaciones mías, tal vez es lo que quiero pensar para no romper mi corazón de pollo.

No volvimos a besarnos, sin embargo, el primer beso sigue latente como si hubiera pasado segundos antes.

CHICO PRECIOSO: Estoy saliendo de casa.

YO: Está lloviendo, es peligroso.

Escribo rápidamente, poniéndome en alerta.

CHICO PRECIOSO: Voy caminando.

YO: Vuelve a casa.

CHICO PRECIOSO: No quiero estar en casa.

Succiono mi labio inferior, pensado que responder.

YO: Ve a la mía, en un rato llego, espérame.

CHICO PRECIOSO: ¿Dónde estás?

YO: En la cafetería, estoy terminando.

No recibo respuesta, el castaño se ha desconectado. Jesucristo, espero que me haga caso por lo menos esta vez y vaya a casa.

Un malestar se instala en la boca del estómago, cuando me preocupo, termino imaginando escenarios trágicos, al estilo de mamá.

Observo a la pareja que se encuentra en la única mesa ocupada. ¿Está mal si voy y los obligo a marcharse rápido? Tal vez deba pararme al costado de la mesa para intimidarlos un poco. Comienzo a mover un pie ansiosamente.

Quince minutos después, la pareja se ha marchado. Pongo todo en su lugar y cierro la cafetería.

Cuando pongo un pie fuera, maldigo no haber traído un paraguas, la lluvia cae sin cesar, sin otra cosa por hacer, me echo la mochila al hombro y empiezo a trotar hacia la parada del autobús, mi casa no queda lejos como para ir caminando, pero dado el clima y mi desesperación por saber de Anacleto, prefiero no hacerlo.

Corro tan veloz que cuando doblo en la esquina, choco con una persona. Siento como se queja. Levanto la vista listo para disculparme cuando unos melancólicos ojos gris/verde me contemplan. Las gotas de lluvia ruedan por su rostro, lleva una capucha puesta y no parece molestarle el hecho de que está en medio de una tormenta.

—¡Dios mío! Estás empapado —hablo fuerte para ser escuchado a través de la lluvia.

—Bueno, está lloviendo —dice lo obvio.

Suelto un suspiro de alivio al ver que se encuentra relativamente bien.

—Listillo —le sonrío—. Vamos a tomar el autobús —hago un ademán.

—Quiero caminar —niega.

A continuación, comienza a caminar, dejándome atrás. Esto se transformó en una especie de costumbre. Él caminando y yo persiguiendo.

—Vas a enfermarte —informo, posicionándome a su lado.

—¿Nunca has caminado bajo la lluvia? —niego con la cabeza—. Tiene un lado dolorosamente positivo, puedes llorar e incluso temblar, ¿quién va a suponer lo que escondes? Nadie. Es como si las gotas de agua se llevaran tus preocupaciones, tus miedos, tu dolor, dándote la libertad de simplemente sentir.

Un escalofrío me recorre el cuerpo. Es entonces cuando me percato de sus ojos enrojecidos, como si hubiese estado llorando todo el camino hasta aquí, un nudo se me forma en las tripas y le sonrío para ocultarlo.

Caminamos tranquilos bajo las gruesas gotas de agua. El castaño tiene razón, el frío queda en segundo plano cuando tu mente se apodera de tu cuerpo. Durante el trayecto, me dejo ir, dejo que el agua arrastre todas las dudas que he tenido últimamente, dejo de pensar, me limito a caminar en silencio junto a la persona por la cual tengo sentimientos.

Lo miro de soslayo, luce tan triste como perdido. Me pregunto, ¿cuántas veces salió a caminar solo bajo la lluvia? ¿Cuántas veces quiso escapar de su casa? ¿Por cuántas horas caminó con pensamientos que no hacen más que destruirlo?

Me muerdo el interior de la mejilla y vuelvo la mirada al frente.

No sé por cuánto tiempo estuvimos caminando, el camino a casa se hizo eterno, pero para nada incómodo o pesado. En cuanto ponemos un pie en casa, mamá nos reprende.

—No debieron hacer eso —nos regaña, posteriormente nos tiende unas toallas a cada uno.

—Es su culpa —señalo al castaño, quien me devuelve una mirada ceñuda—. Fue su idea y no pude decirle que no, mamá —trato de excusarme.

—Sí, claro. Porque tú eres una blanca paloma —la mujer rueda los ojos—. Ahora vayan a ducharse mientras les preparo algo de cenar.

Le hacemos caso y comenzamos a subir las escaleras hasta llegar a mi habitación, una vez dentro, busco algo de ropa oscura para tendérsela al castaño.

—Las toallas están en el gabinete dentro del baño. Tomate tu tiempo, precioso. Yo iré al baño de la habitación de mis padres, aunque... —planto una sonrisa coqueta—, si tú prefieres, podemos ahorrar agua. Ya sabes.

Hago una señal como diciendo "tú y yo". El castaño mueve la cabeza al mismo tiempo que revolea los ojos. Luego se da la vuelta y entra al baño.

Bueno, al parecer le gusta desperdiciar agua.

Me tomo mi tiempo para ducharme y al salir me pongo un cómodo pijama de Scooby Doo, una vez listo, bajo hacia la cocina donde mi madre se desliza ágilmente preparando algo de comida.

—¿Quieres que te ayude? —pregunto sentándome en uno de los taburetes de la isla.

—¿Para que termines incendiando la cocina? No, gracias —dice divertida.

—Que poca fe me tienes, mamá —digo dramáticamente.

El chico precioso entra a la cocina luciendo caliente y hermoso como el pecado. Su cabello mojado le sienta de maravillas y ni hablar del pijama que aunque le queda un poco ajustado, he hecho una buena elección. Mi madre carraspea hasta llamar mi atención y cuando la miro, estira el brazo para darme un trapo.

—¿Para qué me lo das? —pregunto dudoso, tomándolo.

—Para que te limpies la baba, cielo —se encoge de hombros.

—Ja-ja muy graciosa —dejo el trapo sobre la isla, no sin antes limpiarme, por supuesto.

Miro al castaño, tiene los ojos brillosos, como si se estuviera divirtiendo. Eso hace que mi corazón se acelere.

—Ven aquí, precioso —señalo la banqueta a mi lado, el chico se deja caer en el lugar.

Permanecemos un rato así, charlando con mamá. Anacleto participa de vez en cuando. Escucho la puerta principal siendo abierta y segundos después, mi padre aparece en la cocina.

—Hola, familia —saluda papá. Se acerca para darle un beso a mi madre y un choque de puños a mí, luego enfoca la vista en dirección al castaño, quien se pone de pie—. Tú debes ser el famoso chico precioso.

Anacleto voltea a verme, queriendo perforar mi cerebro con los rayos láser que lanzan sus ojos. Me encojo de hombros, haciéndome el desentendido.

—Así parece —murmura.

Mi padre me guiña un ojo.

—Mi esposa y mi bebé me han hablado de ti —comenta amable—. Me da gusto conocerte finalmente.

—El gusto es mío, señor —responde.

—Solo dime Alan. —Pide sonriente.

Anacleto asiente con la cabeza. Le cuento prácticamente todo a mis padres y desde luego que "el chico precioso" es mi principal tema de conversación.

—¿Necesitas ayuda, amor? —le pregunta papá a mamá.

—No, cariño, gracias —le da un casto beso—. ¿Por qué no te cambias y vas a ver una película con los muchachos?

Los tres estamos de acuerdo con la idea, así que el chico y yo, caminamos hasta la sala mientras que papá sube a ponerse ropa cómoda. Anacleto se acomoda en el sofá más grande, por lo que tomo una cobija que está en uno de los reposabrazos, la abro y la pongo sobre sus piernas.

Su semblante es pálido.

—Gracias —murmura.

—Lo que sea por ti —sonríó grande—. Iré por unas bebidas y palomitas.

—Bien —acepta. Luego pasa algo asombroso. Algo que ni en un millón de años lo hubiera imaginado. El castaño dibuja una mirada con un atisbo de malicia y musita—: bebé.

Dejo de respirar, olvido como rayos se inhala. Sería la persona más feliz si tan solo pudiera perderme en la profundidad de su mirada. Siento mi rostro arder, inundado de la timidez que desconocía.

No me importa que se entere de que puede derrumbarme con tan solo una palabra, al contrario, reúno un poco de oxígeno junto a mi sentido común y me atrevo a pedir:

—Dilo de nuevo —suplico, apoyando un brazo en el espaldar del sofá para poder inclinarme sobre él.

—No sé de qué hablas —evade mi mirada.

Tramposo.

—Por favor —ruego desesperado, acercándome un poco más.

—Dame algo a cambio y te lo diré —espeta decidido.

Joder, joder, joder. Es mi perdición cuando me sigue el juego.

Decidido a obtener lo que quiero, me acerco del todo hasta que únicamente nos separan escasos centímetros, inclino el rostro y deposito un dulce y duradero beso en la comisura de su boca. Lo siento estremecerse, cuando me alejo, me inmoviliza con la mirada, contemplando mi rostro y por más que lo intente, no logro leerlo.

—Bebé.

Esto es música para mis oídos, de repente, el aire empieza a ser escaso. Dios, espero no tener un paro cardíaco aquí mismo. No sería agradable que en mi acta de defunción diga "murió porque el chico que le gustaba lo llamó bebé". Así que antes de morirme y hacer un papelón, decido dirigirme a la cocina como si me hubieran puesto un cohete en el trasero.

Voy directo al refrigerador por un poco de agua fría. Mamá me mira curiosa. Mi padre entra en busca de bebidas.

—Ese chico me cae bien —comenta sacando las latas de soda. Inclina la cabeza hacia un lado, como si estuviera pensando lo que va a decir a continuación—. Y tienes razón, se ve triste.

—Quisiera darle un abrazo —confiesa mamá—. Pero me da la impresión de que eso no es lo que necesita.

Asiento sin mencionar una palabra.

—Ve con él, papá, voy a preparar las palomitas.

—Está bien, bebé.

Definitivamente, ese bebé no suena igual que el anterior. Tomo otro sorbo de agua fría.

Luego de unos minutos, vuelvo con las palomitas en un cuenco, mi padre y el castaño ya han elegido una película. Cuando me siento al lado del chico, este levanta la cobija para cubrir mis piernas, le regalo una sonrisa de agradecimiento justo cuando el film comienza.

Tiempo después, cuando nos sentamos a cenar, las risas estallan ante las ocurrencias de papá, pero el chico me mira cabizbajo, parpadeando pesadamente, como si quisiera que este momento acabe lo antes posible.

La culpabilidad se instala en mi pecho.

—¿Puedo quedarme? —pregunta el chico, para sorpresa de todos.

Lo miro estupefacto, el silencio haciendo acto de presencia.

—Por supuesto —responde finalmente mi padre.

Anacleto lo mira con gratitud. Se lo ve cansado, sus ojeras son cada día más pronunciadas y está mucho más delgado que una semana atrás.

Cuando terminamos de cenar, dejamos todo en orden antes de subir.

—Ya arreglé la habitación de invitados —anuncia papá bajando las escaleras—. Vayan a descansar.

—Gracias —murmura con aprensión.

—Buenas noches, los quiero —beso sus mejillas para luego tomar la mano del castaño y guiarlo por las escaleras.

Una vez en la habitación de huéspedes, me acerco hasta quedar frente a frente con el chico.

—¿Te encuentras bien? —cuestiono preocupado.

Me contempla un momento, su expresión es lejana, como perdida.

—Estoy bien —articula.

Levanto una mano para acariciar su mejilla y dejo un beso en su frente.

—Si me necesitas, ven a buscarme —no responde—. Descansa.

Cuando entro en mi habitación, me siento en el borde de la cama, al tiempo que apoyo los codos sobre las rodillas, dejando caer la cabeza hacia abajo.

Esta noche me he dado cuenta de lo casi perfecta que es mi vida, nunca tomé dimensión de las realidades que viven otras personas, tampoco es que haya tenido que hacerlo en algún momento, pero mirar más allá de tus narices, es algo que se debe hacer de vez en cuando.

Vivir otras vidas dentro de la propia.

Permanezco pensando por un buen tiempo, no sé exactamente cuánto, hasta que siento mis brazos entumecidos y el cuello adolorido, entonces me pongo de pie para meterme a la cama.

Siempre me han gustado los superhéroes. Cuando era pequeño, papá solía decirme que escoja un poder y siempre terminaba eligiendo ser invisible. Toda mi vida he sido un chismoso y me parecía genial ese poder.

Pero justo ahora, con la cabeza pegada a la almohada y observando el aburrido techo de mi habitación, he decidido cambiar de elección.

Mi nuevo poder deseado es: quitar el dolor de las personas, porque es agonizante verlas sufrir. Lástima que ya no soy un niño y que las esperanzas de obtenerlo son nulas.

Con ese pensamiento negativo, me voy quedando dormido.

.....

Abro los ojos perezoso, escuchando un ruido en el fondo de mi cabeza, pasan unos segundos hasta que ese ruido se escucha más claro. Me siento de golpe cuando el sonido se transforma en gritos provenientes del pasillo. Me doy cuenta de la situación y salgo corriendo.

Me encuentro con mis padres en el pasillo con cara de susto y preocupación.

—Es Anacleto —exclamo con desesperación, recordando que el chico se ha quedado en casa.

Lo que veo a continuación, una vez dentro de la habitación donde está el chico, es tan crudo como devastador.

El chico precioso se retuerce entre las sábanas, susurrando "no" una y otra vez, su voz sale rota, quebrada, sus mejillas están húmedas, sus manos permanecen en su pecho, como si quisiera arrancarse el corazón.

El primero en reaccionar es mi padre, quien se acerca precipitadamente a la cama.

—Despierta, campeón —lo sacude, la voz de mi padre se oye ronca, contenida—. Vamos —intenta una vez más, pero no obtiene respuesta.

Reaccionando ante la situación, me acerco por el otro lado de la cama, subiéndome sobre ella hasta quedar al lado del chico, me arrodillo y tomo su rostro.

Mis manos tiemblan y mis lágrimas caen descontroladas.

—Abre los ojos, precioso —imploro, tratando de tragar el nudo que se ha formado en mi garganta—. Por favor, despierta.

El castaño se remueve y se incorpora abruptamente, se lleva una mano al pecho y con la otra se frota el rostro. Luego levanta la vista y se encuentra con mi madre, la mira con desconcierto por lo que le toco el hombro para llamar su atención y cuando nuestras miradas se encuentran, solo puedo ver vulnerabilidad y devastación.

—Y-yo lo siento —murmura con remordimiento, su respiración es errática.

Mi madre se acerca para depositar un beso en su frente. El castaño evade su mirada y en su lugar, agacha la cabeza.

—Voy a prepararte un té de tilo para que te calmes, cielo.

—Voy contigo —dice mi padre.

Cuando quedamos solos, inhalo profundamente tratando de recuperar el control de mis emociones, apoyo la espalda en el espaldar de la cama.

—Ven aquí, precioso. —Pido separando las piernas, invitándolo a acomodarse entre ellas.

No responde. No menciona una palabra. Se limita a deslizarse sobre la cama hasta acomodarse de costado entre mis piernas, apoyando la cabeza en mi abdomen. Levanto una mano para acariciar su cabello y con la otra, froto desde su hombro hasta su mano apoyada en mi cadera.

—¿Tienes pesadillas seguidas? —rompo el silencio.

Suelta un suspiro agotado.

—Todos los días.

Maldita sea, esas palabras calaron en lo profundo. Decidido a terminar con esto, intento indagar sobre el asunto.

—Cuéntame qué tienes, precioso —suplico angustiado—. Confía en mí.

—Si lo digo en voz alta, me dolerá. —Empieza a sollozar.

Quito sus lágrimas suavemente.

—Te dolerá, por supuesto que sí. Pero es una forma de sacar un poco ese dolor. Guardarlo para ti mismo no te hace bien, te está consumiendo, está tomando todo de ti. No das abasto.

—No quiero cargar a los demás con mi mierda.

—Créeme, es realmente insoportable ver como sufres y no poder hacer nada. No es como tú piensas, tus amigos y yo queremos y necesitamos que no te cierres, te estás haciendo daño, precioso.

No contesta, nos quedamos en silencio por unos cuantos minutos. Su respiración se

tranquiliza y por un momento, pienso que se ha quedado dormido.

—¿Puedes escucharme? —musita.

—Precioso, voy a escucharte siempre que quieras. No necesitas preguntarlo —tomo su mano para entrelazar los dedos.

Y así, comienza a contar su dolorosa historia. Dejándome con el corazón hecho añicos.

Las lágrimas perdidas.

El alma abatida.

Zac

Papá conoció a mi mamá cuando entró a primer año de la universidad. Él acababa de cumplir los 18 y ella 20, era un poco más grande, por lo tanto, ya se encontraba en el tercer año de la carrera de arquitectura.

Mi padre siempre ha sido una especie de niño genio, por lo que no le fue difícil optar por la ingeniería a la vez que estudiaba arquitectura, incluso si su tiempo hubiese sido más amplio, no hubiera dudado en buscar una tercera opción.

Esta historia me la contaron muchas veces, me encantaba escucharla porque es una historia de perseverancia y mucho esfuerzo.

El primer encuentro que tuvieron fue el típico cliché universitario, mi madre iba corriendo por los pasillos porque la puntualidad no era la suya y terminó chocando con él.

Congeniaron al instante, como si fueran el uno para el otro, esos típicos amores a primera vista. Desde aquel momento, se volvieron inseparables.

Unas semanas después ya eran novios, pasaban todo el tiempo juntos. Mi mamá siempre decía que lo de ellos fue como una cosa de amor instantáneo porque luego de que se conocieron, no podían estar lejos. Siempre he pensado que exageraban, pero luego de verlos juntos por tantos años, me fui convenciendo de que un amor así, puede existir y ellos tenían la fortuna de conocerlo.

Cuando cumplieron dos meses de noviazgo, decidieron festejarlo yendo a un bar, bebieron un poco y luego se fueron a casa de papá. Él vivía con su abuelo, ya que su madre lo abandonó cuando era pequeño y ni siquiera sabía quién era su padre.

Esa noche estuvieron juntos y se les olvidó usar protección. En ese momento, no lo vieron como algo alarmante, pero tiempo después, mi mamá se dio cuenta de que estaba embarazada.

No entraron en pánico ni nada de eso, y aunque era muy difícil porque a mamá solo le quedaban dos años para acabar la carrera y papá apenas comenzaba con sus estudios, decidieron tenerme porque les hacía mucha ilusión formar una familia a pesar de ser tan jóvenes.

Afrontaron la situación bastante bien, o al menos lo hicieron hasta que los padres de mi mamá se enteraron. Se enfurecieron tanto que la echaron de su casa, dejándola sin su apoyo. Papá habló con su abuelo para que poder llevarla a vivir con ellos, el hombre aceptó, pero dejando en claro que él no podía mantenerlos. El contexto en el que ellos vivían era muy precario.

Por supuesto que papá no pretendía que eso pasara, así que se las arreglaron para salir adelante. Mamá empezó a dar clases particulares y papá consiguió un trabajo nocturno. Sé que nunca me contaron la historia completa, pero imagino que tuvieron

que pasar por muchos obstáculos.

Tres años después, mamá terminó su carrera. Comenzó a trabajar como arquitecta, mientras que papá continuaba con su empleo nocturno y sus estudios. Luego de eso se hicieron desde abajo por su propia cuenta, trabajando en conjunto para salir adelante.

Años después, ya se habían casado y también tenían una empresa sólida.

Yo tenía ocho años cuando mamá y papá me contaron que iba a convertirme en un hermano mayor. Recuerdo que me puse jodidamente feliz, ya que me hacía mucha ilusión tener un hermano o una hermana para cuidar y malcriar.

Martina era el nombre de mi madre y a mí me encantaba porque sonaba sofisticado, así que cuando nació mi hermana, la llamaron Mar.

Recuerdo que cuando vi a Mar por primera vez, lo primero que pasó por mi cabeza fue que ella era realmente bella, heredó los ojos de mi padre y el cabello castaño claro y ondulado de mi madre. Joder, nunca había visto algo tan impresionante como aquella niña.

Con el pasar de los años, empecé a llamarla muñequita, era tan malditamente hermosa que cada vez que alguien la miraba, quedaba tildado unos segundos. Tenía esa cosa rara de magnetismo automático.

Mamá se burlaba de papá y de mí porque éramos muy sobre protectores y siempre que alguien admiraba la belleza de Mar, gruñíamos como dos leones protegiendo a su cría.

—Julián va a ser mi novio —anunció un día Mar cuando estábamos cenando.

Papá escupió la comida mientras que mamá le daba palmadas en la espalda.

—¿Sí? Bueno, no lo creo posible, muñequita. No en esta vida —le advertí tajante, a lo que ella hizo una mueca en completo desacuerdo.

—¿Y en la próxima? —preguntó esperanzada.

—Ni una oportunidad —respondió papá contundente, tratando de recuperarse del ahogamiento.

—Amor, puedes tener todos los novios y novias que quieras —autorizó divertida mi mamá.

—¡Martina!

—¡Mamá!

Exclamamos ambos al unísono. Ellas se rieron tanto que las lágrimas caían por sus ojos. Y así eran nuestros días, envueltos en una burbuja de felicidad que estaba a un segundo de explotar.

Tenemos una cabaña a las afueras de la ciudad, era como una tradición familiar ir por

lo menos una vez al mes, mi madre decía que nos servía para desconectarnos de todo tipo de inquietud.

Mar tenía diez años cuando estábamos de camino a la cabaña. Iba a ser mi última ida antes de adentrarme a la vida adulta, puesto que poco más de un mes después debía entrar a la universidad. Mi madre, mi hermana y yo, nos adelantamos porque papá había estado en una reunión importante y acordamos que nos alcanzaría cuando terminara.

La carretera siempre estaba muy desierta, mamá conducía mientras que Mar iba en el asiento del copiloto y yo atrás.

—¿Bromeas? Romeo y Julieta de William Shakespeare es una obra deplorable. Por Dios, demasiado trágico. Pudieron escaparse y ya. ¿Era necesario que fueran tan extremistas?

—Tú no acabas de decir eso —se dio la vuelta para mirarme furiosa—. Fue un gran acto de amor verdadero. Yo quisiera tener un amor así.

—Pues que pena que no lo tendrás porque papá y yo no lo permitiremos —sentenció.

Mi madre movió la cabeza divertida mientras que Mar se quejaba diciendo que algún día su príncipe azul vendría a rescatarla de nosotros.

Su personalidad era catastrófica, un día podía ser la niña más dulce del planeta y al siguiente, la más caótica.

De un instante a otro, todo pasó en cámara lenta. Mi hermana seguía hablando enfurruñada al mismo tiempo que mamá me daba una mirada cómplice a través del espejo retrovisor. Su sonrisa era tan plena, que no tenía ni puta idea de lo que ocurriría a continuación. Le devolví el gesto guiñándole un ojo y cuando enfoqué la vista al frente, vi que una camioneta se cruzaba de carril quedando frente a nosotros.

Mi respiración se detuvo por un instante, como si mi vida fuera una película puesta en pausa. Cuando logré reaccionar, me impulsé hacia adelante mientras le gritaba a mi mamá, pero no le dio tiempo a que ella cayera en cuenta de lo que estaba por suceder. Todo pasó muy rápido y lo siguiente que supe es que estábamos dando vueltas dentro del auto, los gritos de Mar y el silencio de mamá.

El mutismo llegó como una ola de frío. La oscuridad me atravesó como una noche en medio del desierto. No sentía dolor. No sentía dolor físico. Sentía que estaba flotando en una nube de soledad, atrapado en una tiniebla sin indicación de salida.

Cuando abrí los ojos, lo primero que vi fue mucho humo. Quizás estuve un buen tiempo tratando de entender qué infiernos pasó, me costaba moverme, ya que estaba metido en el piso del vehículo. Cuando logré armar las piezas del rompecabezas que mi visión me regalaba, pude entender la situación. Salí por algún lugar que no recuerdo, cuando mis pies tocaron el césped estaba temblando y me caí varias veces hasta que pude mantenerme estable.

Recuerdo que cuando levanté la vista y vi a mamá con su rostro pegado al volante, me acerqué a su puerta y traté de abrirla, pero era imposible, ya que estaba abollada. Realmente no sé de dónde obtuve fuerzas para sacarla por la ventanilla, pero lo hice.

Nunca voy a olvidar su rostro de ese momento, ella era tan bella que si la veías en ese preciso instante, no hubieras podido reconocerla.

—Mamá, mamá —susurré sacudiéndola para que despertara, pero ella no se movía, su cuerpo estaba bañado en sangre impregnando también en mi ropa, la sangre no dejaba de salir de su cabeza, entonces lo único que se me ocurrió fue quitarme la camiseta y envolverla a su alrededor, solo quería que la sangre entrara nuevamente, que dejara de salir del cuerpo de mi madre—. Por favor, mamá, por favor.

Apoyé mi frente contra la suya. El aire no llegaba a mis pulmones. Yo lo sabía.

Sabía que mi madre había muerto.

Con mucho dolor me alejé de ella, encontrando la entereza necesaria para buscar a mi hermanita. Me arrastré hasta rodear el auto y encontrar la puerta del copiloto. Saqué a Mar y la tendí en el suelo, su rostro también estaba lastimado, pero no había tanta sangre fuera de su cuerpo. Palmeé el bolsillo de mi pantalón y por suerte mi móvil estaba allí, así que llamé a emergencias pidiendo ayuda.

Después de eso, me acosté al lado de Mar y la tomé en mis brazos. Su respiración era casi nula.

—T-ienes razón, muñequita. Romeo y Julieta es una gran obra —dije meciéndonos. Mi garganta estaba seca y mi vista nublada—. Prometo que Shakespeare se convertirá en mi poeta favorito si te quedas aquí conmigo. Prometo que te dejaré ser novia de Julián y te prometo que voy a convencer a papá. Te prometo que encontrarás a tu príncipe azul e incluso te prometo que te bajaré las estrellas que tanto te gustan. Pero, por favor, te lo suplico, quédate aquí. Conmigo.

Prometí, prometí y prometí muchas cosas que sabía que jamás podría cumplir. Luego la oscuridad me arrastró sin previo aviso.

Tres días después, me desperté en el hospital. Lo primero que vi fue a mi papá vestido de negro, luciendo como si le costara respirar y mantenerse cuerdo. Luego estaba Samuel parado en el ventanal de la habitación con su mirada perdida en algún punto.

Cuando los ojos de mi amigo se toparon con los míos, me sonrió de medio lado, la sonrisa más malditamente devastadora que he visto en mi vida.

Mi pequeña hermana había fallecido de camino al hospital.

....

Para este punto, no logro ver a causa de las lágrimas. Me levanto de la cama hasta llegar al ventanal, Nicholas se posiciona a mi lado. El alivio que debería sentir por haberme desahogado, no existe. En cambio, una presión asfixiante se apodera de mi

pecho, impidiendo llenar de aire mis pulmones.

—A partir de allí, todo fue muy duro —continúo, queriendo acabar con esto—, la salida del hospital, los siguientes días en casa, el no haber podido asistir al funeral, la primera vez que fui al cementerio, las putas pesadillas —me quito las lágrimas duramente—. Papá cambió mucho, ya no es el hombre alegre y carismático que solía ser. Pero lo entiendo, ¿sabes? No puedo juzgarlo. Él ha pasado por toda esta mierda solo al igual que yo, por eso es que hemos estado tan distanciados. Cada uno está luchando con los mismos demonios, pero de diferente manera —trago el nudo en mi garganta—. Nunca voy a poder seguir adelante.

Nicholas me toma el rostro entre sus manos.

—Escúchame, precioso... —sus hermosos ojos están anegados en lágrimas—, vas a sup...

—No, por favor, no quiero escucharlo —niego frenéticamente—. No quiero que me des una charla de consuelo. Te lo he contado porque confío en ti y porque necesitaba decírselo a alguien, pero quiero que el tema termine aquí. ¿Puedes hacer eso por mí?

Él parece a punto de cuestionar mi petición, pero luego suelta un suspiro derrotado antes de asentir con la cabeza. Sus lágrimas comienzan a fluir con mayor rapidez, así que levanto mis manos para quitarlas.

—Y-yo debería ser el que te consuela, no tú a mí —se ríe tristemente.

—Ya lo haces.

Me regala una mirada apreciativa. Después termina uniendo nuestros labios. El beso es tan sentimental que me deja alucinando, sus labios se mueven dulcemente tomando el control de la situación, nuestras lenguas entrelazándose, encajando perfectamente. Nicholas se aleja chupando mi labio inferior en el transcurso.

—Ven, vamos a dormir un poco —me guía hasta la cama.

Termino acurrucado a su lado, apoyando la cabeza en el hueco entre su hombro y cuello, por lo que no duda en rodearme con los brazos.

—Zac —murmuro, inhalando su adictivo aroma.

—¿Mmm?

—Mi nombre es Zac —confieso, depositando un casto beso en su cuello.

—Ah, está bie... ¿Qué? —exclama girando el rostro bruscamente para mirarme.

—Me llamo Zac —repito. Sus ojos están a punto de salirse de su órbita—. Thomas mintió.

Nicholas me mira asombrado, exagerando la situación.

—¡Voy a matarlo! Mira que burlarse de mí todo este tiempo, no es que tu nombre sea una burla porque claramente no lo es, precioso. Ahora bien, Zac es un nombre perfecto para ti. ¿Quién quiere un Darcy? Pues nadie, ahora tengo un Zac... no no no, no quiero decir que seas mío, aunque podrías si quisieras, a lo q...

Lo callo con un beso que responde inmediatamente.

Diablos, estoy jodido.

—Si vas a callarme así, voy a empezar a hablar el doble —dice sonriente. Y yo estaría en serios problemas si eso sucede—. Ahora duérmete un rato, estoy para ti.

El transcurso de la noche no ha sido fácil, pero cuando una pesadilla me alcanzaba, Nicholas me susurraba palabras tranquilizadoras.

Nich

—¿Él duerme? —pregunta mamá preocupada.

—Se durmió hace un par de horas —digo cabizbajo.

—Hijo —llama mi padre—. Tu madre y yo escuchamos sin querer la charla de anoche, estábamos llevando el té y no quisimos interrumpir, pero nos fue inevitable no permanecer cerca de la puerta. Discúlpanos —dice consternado.

Si bien, todo el tema es una cuestión privada que únicamente Zac decide a quien revelar, en este momento, no puedo molestarme con mis padres, no tengo ánimos y confío en ellos para saber que no dirán nada. Así que les regalo una sonrisa tranquilizadora.

—¿Puedes darme un aventón, papá? Le he dicho a Isa que se marche para no llegar tarde.

—Claro, bebé.

Nos despedimos de mamá para emprender viaje rumbo a la universidad, el viaje es corto y silencioso. Cuando intento salir del auto, papá me agarra la muñeca.

—Todo va a estar bien. Lo sabes, ¿verdad? —pregunta con suspicacia.

—Sí, papá.

O al menos eso espero, porque en el fondo de mi corazón, algo me dice que no será sencillo a partir de ahora.

Llego tarde a clases, por lo que no me queda más que sentarme en un lugar libre en la parte delantera del salón. El resto de la mañana transcurre tranquilamente, mamá se ha quedado en casa para vigilar a Zac y me envió un texto diciendo que seguía durmiendo. Eso es un gran alivio.

—Hola, chicos —saludo desganado, luego me siento al lado de Jerry.

—Alguien no está de humor. ¿Qué pasa, dulzura? ¿Anacleto no quiso darte un besito? —pregunta burlonamente Thomi.

Levanto la vista hacia Thomas.

—Zac. Su nombre es Zac —digo entrecerrando los ojos al peliblanco quien me devuelve una mirada inocente.

—Espera un momento. ¿Anacleto se llama Zac? —pregunta confundida Isa—. Bueno, ese nombre le pega más.

—El jodido Hamilton no responde el móvil desde ayer —se queja Sam, Jerry lo toma de la mano.

No lo veo venir, pero no puedo hacer nada cuando las lágrimas comienzan a fluir sin previo aviso. Maldición, maldición. Los chicos me miran con estupor sin entender la situación.

—Oh no, por favor, no llores, Nichi. Lo lamento por haber mentido sobre su nombre, solo quería jugarle una broma —habla apresuradamente Thomi al mismo tiempo que se pone de pie y se deja caer en la banca que está a mi lado para rodear mis hombros con un brazo.

—Es cierto, nos pareció divertido, pero no era nuestra intención que te pusieras mal —Sam tiene cara de arrepentido—. Pero si quieres enojarte con alguien, enójate con Miller, fue su idea —acusa con el dedo.

—Vaya, qué gran amigo, cielito.

—¿Sucede algo malo? —mi amiga me toma de la mano sobre la mesa.

Lleno los pulmones de aire justo cuando el rizado me pasa un pañuelo.

—El chico precioso me contó anoche lo que le está pasando —digo hipando.

Todos en la mesa guardan silencio, algunos sin entender a qué me refiero y otros sopesando la situación. Unos segundos después, cuando estoy un poco más calmado. Sam habla:

—Mira, Nich, te entiendo porque es una situación sumamente dolorosa. Cuando todo pasó, creí que Zac no lo soportaría, fue muy duro sostenerlo. Los primeros meses fueron un completo infierno, yo me quedaba casi todas las noches en su casa y de verdad que ninguno de los dos dormía a causa de sus pesadillas —confiesa angustiado—. Luego de un tiempo, se alejó un poco, consideré que tal vez debía darle espacio. Pero ahora no estoy seguro si Zac realmente está saliendo adelante. Simplemente, se ha cerrado en su mundo de dolor.

Samuel tiene razón, prueba de ello es la noche anterior, cuando se rehusó a escuchar palabras de apoyo. Zac no está dispuesto a recibir ayuda.

—Yo lo conocí tiempo después. Luego de una semana conviviendo con él, me di cuenta de que algo pasaba, entonces Sam me lo contó —explica el peliblanco—. Escúchame bien, Nichi, esto que voy a decirte es un poco complejo, pero es algo que lo hemos hablado con Sam —miro al pelinegro. Me mira suplicante.

—¿Qué es? —pregunto confuso.

—No voy a mentirte diciendo que desde que tú llegaste a su vida ha estado bien, porque no lo veo de ese modo —expone, tratando de sonar tranquilo—. Sabemos que él te gusta y hasta podría apostar que tú le gustas a él —contengo la respiración ante esa opinión—. No pienses que te estamos cargando un peso tan enorme, aunque creo que puedes ayudarlo.

Un silencio se forma en la mesa.

Proceso las palabras de Thomi, no entiendo qué es lo quiere que haga, sé que me está pidiendo algo sin decirlo directamente. Sam me mira atentamente, esperando a que diga algo, alguna respuesta y aunque no estoy seguro de lo que esperan de mí, puedo estar seguro de lo que estoy dispuesto a dar por Zac Hamilton

—De acuerdo.

Los chicos sonrían un poco, el rizado me mira pensativo y dice:

—En algunas ocasiones, cuando una persona se niega a recibir ayuda, no tienes que presionarla. Solo tienes que hacerle notar que estás a su lado, porque llegará un momento en el que no podrá manejarlo solo e inevitablemente va a terminar rompiéndose. Entonces allí, tienes que estar tú, para recoger sus pedazos.

A partir de aquí, nada será fácil. Pero que el mismísimo Lucifer venga por mí si no logro que el chico precioso recupere la sonrisa.

.....

Sonríó ampliamente mientras guardo el móvil. Zac ha aceptado encontrarse conmigo a la tarde en la cafetería, pues tengo que ayudar a mamá y he terminado invitado también a Jerry y Sam, debemos organizar el festejo de este último.

Han pasado unos días y desde que el castaño abrió su duro caparazón, todo marcha relativamente bien entre nosotros.

No volvimos a tocar el tema, pero puedo notar cierto acercamiento y actos de complicidad. Prueba de ello es que cada vez que tengo la mínima oportunidad, termino por robarle algún que otro beso fugaz. Las cosas parecen marchar encaminadas, aunque la historia de Zac Hamilton sigue rondando por mi cabeza y corazón.

—Si ya están embarazadas, pues que lo tengan y punto.

Levanto la cabeza frunciendo el ceño ante ese comentario tan contundente, busco con la mirada a la persona que ha soltado aquello. Se trata del imbécil que había atacado a Jerry, se encuentra de pie en la última fila del salón.

El contexto es el siguiente, estamos en una clase de debate. Es una clase donde se expresa y expone diversas opiniones, una clase interesante que la dicta una profesora de psicología y en este momento, ella ha expuesto el tema de la interrupción de un embarazo por diferentes motivos.

—¿Disculpa? —pregunta Isa con incredulidad, poniéndose de pie—. Tu comentario está dicho a la ligera, ¿acaso es tu cuerpo el involucrado?

—No, pero si decidieron abrir las piernas y no cuidarse, entonces como mínimo, deberían tenerlo y ya —protesta el imbécil, mirando a mi amiga con desagrado.

El resto del alumnado permanece en silencio, expectantes.

—Si ustedes decidieran pensar con la cabeza de arriba, podrían usar un maldito condón y ya —contraataca, cruzándose de brazos.

El imbécil esboza una sonrisa comemierda antes de decir.

—Bueno, como tú dices, es su cuerpo, así que ustedes son las responsables de eso.

Se escuchan jadeos de sorpresa, indignación y un murmullo de chicos y chicas estando de acuerdo con el comentario del imbécil.

Tomo la mano de Isa, tratando de transmitirle tranquilidad, ella es una clara defensora de la mujer y por supuesto, comentarios como los que acaba de soltar el patético chico, la indignan.

—Piensa en esto —enfatisa ella—. ¿Qué pasa con las mujeres que son violadas y quedan embarazadas? ¿Deben tenerlo solo porque la sociedad se cree con el poder de decidir sobre su cuerpo? ¿Y qué sucede si se embarazó por un descuido? ¿También debe tenerlo por irresponsable? Y lo más ridículo es que nos apuntan con el dedo acusador diciendo que es nuestra responsabilidad cuando el hombre también la tiene. No se trata de culpas, se trata de decidir libremente sobre nuestro cuerpo.

Varios chicos y chicas asienten estando de acuerdo. Por otro lado, el imbécil se deja caer en su silla al tiempo que masculla entre dientes.

La profesora se apoya sobre el escritorio mientras que se sostiene con ambas manos a los costados, cuando el silencio se hace presente, ella habla:

—Tienen que aprender a aceptar las diversas opiniones, dejando de lado lo que consideramos que está bien o mal. Es decir, ¿quién posee la verdad absoluta? Podemos exponer nuestro punto de vista con respeto y aprendizaje —todos coincidimos—. Cuando tomamos una decisión, no implica juzgarnos como personas, al contrario, esa decisión es desencadenada por un hecho. Entonces, tenemos que tratar de hacer lo que mejor nos parezca.

El resto de la clase fue tranquila, hablando con respeto y tolerancia. Cuando salimos del campus nos dirigimos a la cafetería.

—No sé cómo haces para sonreír todo el santo día —espeta mi amiga detrás del volante—. Yo a veces tengo ganas de mandar a todos a la mierda.

—Eso es porque tú eres una gruñona —digo divertido.

—¡Oye!

—Es broma —le pellizco la mejilla—. Sonríe porque estoy muy feliz —suspiro soñador.

—Y eso se debe a cierto chico precioso —canturrea con una sonrisa cómplice—. Últimamente, los veo muy juntos.

Miro pensativamente hacia afuera, ella tiene razón. Nuestra relación con el castaño se ha afianzado bastante.

—Creo que desde que confié en mí para contarme lo que le pasa, nos hicimos unidos y la verdad es que eso me hace mucha ilusión —confieso.

—Eso está muy bien, Nich —estaciona frente a la cafetería, luego gira su cuerpo para mirarme atentamente, poniéndose sospechosamente seria—. Pero ve despacio, no lo presiones.

—Lo sé —bufo, me quito el cinturón—. Trato duramente de poder controlarme, aunque sea jodidamente difícil no poder lanzarme sobre él.

—Ten paciencia —reconforta.

—La tengo, pero las ganas de abrazarlo, besarlo y decirle que lo quiero a veces me invaden sin control —digo desesperado.

—Sé que algún día podrás demostrarle tu cariño sin ninguna detención de por medio, pero hasta que eso suceda, no pierdas las esperanzas —me anima pellizcando mi nariz.

Bajamos del auto para entrar al lugar que, a simple vista, se encuentra atestado de clientes. Trid y Thomi van y vienen entre las mesas tomando y sirviendo pedidos.

Arrastro la vista por todo el sitio, buscando a Sam, Jerry y mi futuro chico.

—Están al fondo —informa Isa mientras señala con la mano en dirección a una mesa apartada.

—Bien, iré a cambiarme para darles una mano a los chicos —aviso, refiriéndome a Thomi y Trid—. Luego los alcanzo.

Ella asiente antes de guiarse a la mesa dónde se encuentran los chicos.

Me dirijo a la habitación de descanso para ponerme el uniforme y luego entro a la cocina para saludar a mamá que, justo ahora, prepara un pastel.

—Hola, ma —me acerco para besar su mejilla—. Vine con los chicos y de paso les doy una mano porque el lugar está por reventar.

—Oh sí, eso nos vendría bien, cielo —suelta un suspiro aliviado.

—¿Necesitas ayuda aquí? —pregunto, señalando la preparación.

—No, ni aunque estuviera loca te dejaría volver a tocar una cocina —dice sin reparo, sin consideración—. Mejor ayuda a los chicos.

—Qué cruel eres —dramatizo, dándome la vuelta para salir.

Trid prepara unos lattes detrás del mostrador, me acerco para depositar un beso en su

mejilla.

—¡Nich! —me devuelve el gesto—. Gracias a Dios que viniste a darnos una mano.

—Um... me siento usado —digo fingiendo dolor.

Escucho una carcajada escandalosa que es imposible no reconocer.

—Pues apuesto a que mi amorcito aún no te ha usado, así que eso me lleva a preguntarte... ¿Quién lo ha hecho, Nichi? —pregunta una voz burlona a mi espalda.

Me doy la vuelta para encontrarme con el bonito, pero malicioso rostro de Thomi.

—Tu padre —replico divertido.

El efecto es inmediato.

El peliblanco palidece al tiempo que su sonrisa se desvanece, convirtiéndola en una mueca asustadiza. Su cuerpo se pone rígido y su mirada perdida, como si algo de lo que acabo de decir, lo perturbara.

Me pongo serio de inmediato al ver su inesperada reacción, incluso Trid se percata de esto y permanece en silencio.

—Lo siento —titubeo, no muy seguro de por qué me estoy disculpando.

Thomi voltea a verme, plantando una sonrisa indescifrable

—No es tu culpa, Nichi —le resta importancia, tratando de recuperarse—. ¿Puedes tomar el pedido de los chicos? —dice señalando la mesa de ellos.

—Lo tengo —digo mirándolo de cerca.

Thomi asiente antes de ponerse a preparar una bandeja. Le doy una última mirada para comprobarlo, luego miro a Trid preguntando en silencio si qué ha pasado, a lo que ella me da una mirada de "no tengo idea". Suspiro comenzando a caminar hacia la mesa de los chicos.

No ha sido normal la reacción que tuvo el peliblanco hace un momento, no es propio de su personalidad.

—Hola —los saludo cuando estoy frente a ellos.

—Hola —responde dulcemente Jerry.

—Ey, Nich —saluda un despreocupado Sam, mientras acaricia la mano del rizado de manera distraída.

Son tan lindos.

Desvío la mirada hacia Zac, luce hermoso como de costumbre.

—Hola, precioso —me inclino para depositar un beso en su frente. Escucho risas enternecidas por parte del resto—. ¿Me extrañaste?

—No —es sumamente difícil de explicar, pero el tono en el que dijo "no", parece un rotundo "sí".

Jesucristo.

Sonríó grande, posteriormente apunto sus respectivos pedidos. Cuando llego al mostrador para preparar los cafés, Thomi está apoyado con la mirada perdida. Mierda, la culpabilidad se hace presente, no quise ponerlo de esta manera.

—Thomi —lo llamo, el peliblanco se sobresalta, dándome una mirada cauta. Tal vez pueda jugar un poco con él y así subirle el ánimo—. Si me dices cuál es la tarta favorita de Zac, haré lo que tú me pidas durante un día completo, sin objetar —propongo animado—. Incluso salir corriendo desnudo por la cafetería.

Thomi sonríe, pero no le llega a los ojos.

—No hace falta. Es la de fresa. —¿Así de fácil? Un Thomi complaciente es alarmante.

En el poco tiempo que llevo conociéndolo, nunca lo he visto así y joder, pero es extraño. Prefiero mil veces al burlón y malicioso.

—¿Estás bien? —pregunto suavemente.

—Sí —finge una sonrisa—. Voy a darle una mano a Lili, ya que el salón está controlado —me rodea para dirigirse a la cocina—. En unos minutos los alcanzo en la mesa —grita.

Bufo inquieto. Recuerdo que una vez Thomi ha mencionado que solo vive con su padre, así que puede que tenga problemas en casa y por eso se ha puesto de esa manera.

Sí, seguramente se trata de eso, luego me encargaré de averiguar qué le sucede. Por ahora, lamentablemente, no puedo hacer nada más que reprocharme por ser un bocazas.

Preparo una bandeja con los pedidos de mis amigos, no sin antes asegurarme de cortar una generosa porción de tarta de fresa para el castaño.

—La hice yo —miento, depositando el plato frente a Zac, él arquea una ceja y me mira dudoso—. Lo prometo, con mucho cariño para ti —agito las pestañas al tiempo que me siento a su lado.

—Pero si tú... —empieza Isa, pero la mando a callar con la mirada.

Dios mío, es increíble lo metiche que pueden llegar a ser las personas.

—Esto está buenísimo, Nich —felicit a Jerry, saboreando la porción de tarta de chocolate.

—Gracias, esa la hizo mamá —digo orgulloso.

Jerry intenta responder cuando Sam le pasa el pulgar sobre la comisura de sus labios, quitando resto de chocolate, luego se lleva el dedo a la boca. El rizado se sonroja y lo más gracioso es que cuando Sam se percata del gesto involuntario que acaba de hacer, se pone igual de rojo que su novio.

—Uh, es que tenías manchado —se excusa.

El rizado, aún rojo como un tomate, se inclina para depositar un casto beso en sus labios.

—Eres tan dulce —susurra, pero logro oírlo.

Dios, eso ha sido particularmente tierno. Suspiro soñador, girando la cabeza para encontrarme con unos ojos gris/verde que me miran con ¿añoranza? No estoy seguro, pero estaría desquiciado si no agarro este sentimiento para atesorarlo.

Cada gesto, cada palabra, cada mirada, cada suspiro que este chico quiera regalarme, lo voy a preservar como si fuera mi tesoro máspreciado.

A continuación, sin previo aviso, sin una pizca de consideración a mi pobre corazón, Zac hace algo que me deja boquiabierto y con el corazón latiendo a mil por horas. Sus ojos brillan, maldición, su mirada es tan hipnotizante que me siento como si estuviera drogado y cuando se inclina lentamente hasta presionar un suave beso en mi frente, enloquezco por completo, y ni mencionar las mariposas en mi estómago. Cierro los ojos y siento sus labios sobre mi piel.

Siento un flash proveniente de algún lugar que, en este instante, no es de importancia. El castaño se aleja y solo entonces puedo volver a respirar.

¡Por los clavos de Cristo y las chanclas de Moisés! Algún día me va a dar algo.

—Mierda —balbucea Sam, trayéndome a la realidad, ambos giramos la cabeza para mirar al pelinegro—. La manera en la que se miran... es como si se...

—Gustaran —termina Isa.

Nos quedamos en silencio, por mi parte, curvo los labios orgulloso por el aporte de los chicos. Zac no menciona una palabra, simplemente disfraza sus emociones con el rostro inexpresivo.

Más tarde, Thomi se nos une, dejándose caer en una silla libre. Parece mucho más relajado y eso me tranquiliza.

—¿Te ha gustado la tarta? —le pregunta a Zac, el chico asiente—. Líli cocina increíble, estoy aprendiendo mucho de ella.

Maldición.

El castaño gira el rostro y me mira entrecerrando los ojos.

—Dijiste que la hiciste tú —espetea acusadoramente.

—Pues sí, pero justamente a esta... —señalo el plato vacío del castaño—, no la hice yo. Es decir, soy muy bueno en la cocina y eso...

—Nichi no cocina —me evidencia maliciosamente Thomi.

Tal parece que ya se encuentra lo suficientemente bien para molestar, aunque prefiero mil veces esto antes que verlo como hace un rato.

—Lo hago, y muy bien —enfático las últimas palabras con doble sentido.

—La primera y última vez que cocinó, los bomberos terminaron en su casa —revela burlón.

—¡Thomi! —le hago señas para que cierre la boca—. ¿Y tú cómo sabes eso?

—Entonces lo estás confirmando —puntualiza divertido. Demonios, me palmeo la frente por ser tan idiota, recibiendo las risas de los demás—. Lili me lo contó.

—Jesús, ya no se puede tener secretos —me lamento antes de poner una mirada sensual y encarar a Zac—. No sé cocinar, pero sé hacer otras cosas —digo sugerente—. Ya sabes a lo que me refiero.

El chico precioso se ahoga con su propia saliva y empieza a toser fuertemente. Le doy unos golpecitos en la espalda mientras que Jerry le alcanza un vaso de agua.

—Si te ahogas con tu propia saliva, no me quiero imaginar cuando hagas una mam...

—¡Joder, Miller! —exclama horrorizado Sam, luego mira al rizado y se sonroja automáticamente.

Bien, alguien más está pensando en cosas indecentes. Isa y yo rompemos a carcajadas.

—Eres un perverso —me susurra Zac al oído, haciéndome estremecer.

—Solo para ti, precioso —musito con una sonrisa coqueta.

—Dejen de coquetear —bufa divertida Isa—. Hablemos del cumpleaños de Sam.

—Bueno... —comienza el aludido—, pues he pensado en que podemos pasar la tarde en el Central Park.

—Es una genial idea —aplauzo entusiasmado.

Todos estamos de acuerdo con la idea.

—Mi padre me ha dicho que va a dejarme la casa libre, así que podemos ver unas películas y pasar la noche.

Todos apoyamos el plan, o casi todos porque no paso por alto el hecho de que Thomi no ha mencionado una palabra, al contrario, luce consternado. Los chicos se ponen de acuerdo en los detalles finales.

Tiempo después, logro persuadir al chico precioso para que me espere y así poder llevarme a casa. Así que en este momento, nos encontramos en el porche de casa.

—Gracias por el aventón —agradezco sonriente—. No te hubieses molestado.

—Me obligaste —el castaño mueve la cabeza.

Las comisuras de sus labios se inclinan levemente hacia arriba. Me quedo boquiabierto, admirando esa sonrisa de medio lado. Una sonrisa tan perfectamente hermosa.

—Joder, joder, joder —digo rápidamente al tiempo que abro los ojos como plato.

—¿Qué sucede? —el castaño frunce el ceño sin entender.

—T-tú acabas de sonreír —tartamudeo, acercándome—. Hazlo de nuevo.

—No sé de qué hablas —se mete las manos en los bolsillos.

—Por favor —lloriqueo haciendo un puchero.

—No.

—Por favor, por favor, por favor —junto las manos a modo de súplica—. Te lo suplico —Zac niega sin pensarlo—. Bien, tienes dos opciones: me sonríes de nuevo o me das un beso. Tú eliges, precioso.

Elevo los labios orgulloso por mi astuta jugada. Zac medita la respuesta por un tiempo bastante extenso. No sé si sentirme ofendido.

Termina acortando la distancia que nos separa, toma mi rostro entre sus manos y se inclina para depositar un largo beso en la comisura de mis labios. Cierro los ojos disfrutando el toque y con la esperanza de que se desvíe, pero eso no sucede, ya que el castaño se aleja.

—¡Oye! Era en la boca —me quejo—. No me estoy quejando, pero quiero uno en mis labios.

—No especificaste el lugar —el castaño se encoge de hombros antes de empezar a retroceder para dirigirse al Jeep.

—¡Ven aquí, precioso tramposo! —pisoteo el césped y me cruzo de brazos enfurruñado.

Zac me regala otra sonrisa de medio lado antes de subirse al vehículo. Dejándome, nuevamente, estático.

—Adiós —me saluda desde el vehículo y termina marchándose.

Permanezco unos minutos estoico, procesando lo que acaba de ocurrir.

¿Hay algo en él que no sea lindo? Porque joder, su sonrisa es una maravilla.

Samuel

—Papá, te pido que te comportes y que no saques a relucir tu lado elitista —prácticamente le suplico.

—Hablas como si fuera un egocéntrico —espetea frunciendo el entrecejo.

Egocéntrico no sería la palabra adecuada, resoplo resignado mientras termino de colocar las copas sobre la mesa.

—¿Por qué no dejas que la cocinara se encargue de eso? —pregunta mi progenitor, parado en la entrada del comedor, mirándome extraño.

—Mari acaba de irse —me enderezo para mirarlo—. Además, no me cuesta nada hacerlo —le doy un vistazo a mi reloj de muñeca—. Demonios, falta poco para que lleguen, iré a darme una ducha. Termina esto por mí, por favor.

Mi padre me mira horrorizado, pero no le doy tiempo de protestar, ya que salgo disparado a mi habitación.

Tomo una ducha rápida, escojo unos jeans negros, un suéter azul y unos botines color café oscuro. Peino mi cabello en un perfecto jopo y corro escaleras abajo. Dentro del comedor se encuentra mi padre, con el móvil en la mano, bastante concentrado para percatarse de mi presencia. Me acerco sigilosamente por detrás y logro visualizar la pantalla, en ella se reproduce lo que parece ser algún tipo de tutorial.

Jesucristo.

—¿Es en serio, papá? —él se sobresalta.

Guarda rápidamente el aparato.

—No puedes culparme —se victimiza, señalando la mesa. Sigue estando como la he dejado anteriormente—. Nunca lo he hecho.

—¡Joder, papá! —me toco el puente de la nariz con el dedo pulgar y el índice.

—Vocabulario, Samuel —advierte.

—Lo siento, es que estoy nervioso —digo, luego voy hacia un estante donde está toda la vajilla—. Ven, te enseñaré a hacerlo así lo hagas cuando invites a Renata a cenar.

Mi padre enmudece, sorprendido de que me haya dado cuenta de su sutil interés por la madre de mi novio.

—No sé de qué hablas —se posiciona a mi lado.

—Lo que tú digas, papá —sonrío satisfecho por dar en el blanco.

Terminamos de ultimar detalles justo a tiempo, ya que el timbre resuena por toda la

casa. Paso las palmas de mis manos sobre mi camisa para alisarla y luego abro la puerta, dejando ver a un hermoso chico.

—Felicidades, cariño —Renata es la primera en abrazarme fuertemente.

—Gracias —le sonrío.

Ella se hace a un lado.

—Feliz cumpleaños, Sami —el rizado se acerca hasta ponerse de puntitas y depositar un beso en la comisura de mis labios.

Cuando Jerry intenta alejarse, lo tomo por la cintura y le doy un suave beso en la mejilla. Un carraspeo ronco nos obliga a alejarnos.

—Papá, te presento a Renata —ella lo mira sonriente, dibujando una faceta de mujer civilizada.

—Gracias por recibirnos en su casa, señor —el rizado le tiende la mano.

—No hay nada que agradecer, muchacho —acepta el apretón. Luego observa a la mujer, y por muy poco creíble que parezca, Carlos Clarson le sonrío amablemente—. Es un gusto conocerte.

Ella esboza una sonrisa mientras estira su mano, mi padre la acepta con suma delicadeza hasta depositar un beso en sus nudillos. La caballerosidad nos representa.

El almuerzo transcurre tranquilamente. Nuestros padres se llevan de maravilla. La verdad es que estaba preocupado por sus interacciones, teniendo en cuenta el carácter de mi padre, pero lo cierto es que hacía mucho tiempo que no lo veía tan relajado y despreocupado. Esto se debe a la personalidad desenfundada de Renata.

Hemos quedado en encontrarnos con los chicos al frente del Central Park y ya va siendo hora de irnos, así que nos despedimos de nuestros padres.

—No te preocupes, Jerry, yo me encargaré de llevar a tu madre —se ofrece mi padre, extremadamente predispuesto—. Luego iré a un hotel para dejarles la casa libre —me mira con advertencia—. Se comportan, sobre todo el joven Miller que es bastante alborotador.

—Si le cuento a Thomas lo que acabas de decir, no te dejará en paz, lo sabes, ¿verdad? —pregunto divertido.

Mi padre, quien ha quedado estupefacto cuando conoció a Thomas, ya que nunca había visto a alguien tan confianzudo y malicioso, me mira horrorizado.

—Confío en que no se lo dirás —su voz sale más como una súplica que una advertencia.

Renata se pone sospechosamente seria.

—Cuida a mi tesoro —señala al rizado—. Y no te propases con él.

—¡Mamá! —Jerry enrojece.

A continuación, nos despedimos para emprender viaje al lugar en cuestión. Siendo honesto, la estoy pasando de maravillas y más estando en compañía de este dulce chico que, de manera inconsciente, descansa su pequeña mano en mi rodilla.

Cuando llegamos al sitio, nos tomamos de la mano y comenzamos a caminar hacia la entrada, no puedo evitar mirarlo de costado, totalmente embobado por lo hermoso que luce.

—¿Por qué me miras? —pregunta el rizado al atraparme.

—Porque eres hermoso y no puedo creer que seas mi novio —confieso orgulloso.

—Sami —se ruboriza mientras me mira brillantemente—. Te quiero.

—También te quiero, principito.

Luego del intercambio amoroso. Visualizamos a los chicos en las enormes puertas del lugar. Isa y Thomas charlan animadamente mientras que Nich, tiene sus manos en la cara de Zac, cuando estamos más cerca, me doy cuenta de que el chico estira con sus dedos las comisuras de los labios del castaño, seguramente tratando de hacerlo reír y lo más increíble aquí, es que mi amigo no se resiste, al contrario, le sonrío de medio lado, logrando que Nich aplauda de la emoción.

—Es tan reconfortante verlo sonreír —comento.

—Lo es —está de acuerdo.

Thomas es el primero en vernos y no duda en correr hacia nosotros y subirse sobre mi cuerpo.

—¡Felicidades, cielito! —me besa efusivamente las mejillas. Jerry se ríe divertido.

—Quítate —trato de apartarlo, pero este se aferra como un koala.

Hamilton termina acercándose hasta tomar a Thomas de la cintura para quitarlo, luego se posiciona frente a mí y dice:

—Felicidades, hermano —seguido, me regala una sonrisa de medio lado.

Joder.

Zac acaba de sonreír después de más de un año sin hacerlo. No puedo hacer más que atraerlo en un abrazo de alivio al ver que mi amigo está saliendo adelante.

—¡Oye, no es justo! —se queja el peliblanco—. A mí no me dejas darte amor. Me voy con Jerry entonces.

Abraza al rizado haciéndolo reír. Ruedo los ojos y lo siguiente que siento es que Nich se trepa a mi espalda e Isa me abraza fuertemente. Llevo poco tiempo conociéndolos, pero la verdad es que les he tomado mucho cariño.

La tarde transcurre divertida. Nos subimos a varias atracciones, tomamos un helado y nos estamos divirtiendo ante el descaro de Nich.

El contexto es el siguiente, Nicholas está tratando de convencer a Zac para que juegue y así ganar un peluche en forma de estrella, el chico es realmente malo porque ha perdido cinco veces en el mismo juego. La cuestión es que Hamilton se ha negado ante todas sus súplicas.

—¡Lo tengo! —exclama, después de pensar en otro incentivo, se posiciona frente a Zac, planta una sonrisa seductora y dice—: si juegas y ganas la bendita estrella, puedo darte muchos besitos. O sea, no es que no pueda dártelos si no juegas porque puedo hacerlo gustoso, pero si decides jugar, los besos serán como tu incentivo y mira qué gran incentivo. Es decir, no es que no te in...

—Voy a jugar —lo interrumpe Zac, acercándose para pagar por los aros que debe lanzar.

Buena táctica la de Nich, por supuesto que él sonríe victorioso a más no poder, pensando que la aceptación de mi amigo es por interés de sus besos cuando, en realidad, quería silencio. Unos minutos después, Zac ha ganado la maldita estrella.

Jerry se acerca para jugar. El rizado tiene una puntería envidiable, tres intentos y tres aros perfectamente embocados. Se acerca hasta mí para entregarme el oso que ha ganado.

—Eres tan tierno —murmuro embelesado, atrayéndolo en un abrazo.

Diablos, el principito es todo lo que está bien. Cada día que pasa, caigo un poco más a sus pies.

—Thomi, gana un peluche para mí —le ordena Isa.

Miller chasquea la lengua

—Mi puntería es pésima —se lamenta—. Mejor juega tú y me lo das a mí.

—Un borracho tendría mejor puntería que yo —se queja la chica.

Ambos se abrazan, dramatizando la situación, consolándose por no tener a alguien con buena puntería. No obstante, Miller se tranquiliza diciendo que posee buena puntería para "otras cosas".

Sus palabras.

.....

Es de noche cuando llegamos a casa. Nos acomodamos en la sala para ver una

película de terror, que dicho sea de paso, hemos hecho una votación y ganó la mayoría.

—Dios, adoro tu cocina —suspira soñador Thomas, saliendo de ella—. ¿Puedo preparar algo rápido?

—Adelante —acepto desde el sofá—. Es toda tuya.

Su rostro se ilumina y esboza una sonrisa socarrona, entonces me doy cuenta de mi error.

—¿Acaso esa es una propuesta indecente? —se acerca contorneando sus caderas y acaricia el rostro del rizado—. Nunca he estado en un trío, pero... por el principito... —arrastra las dos últimas palabras—, podría hacer un esfuerzo.

Jodido descerebrado. Siempre malinterpretando las cosas.

Me estiro para agarrarlo, pero es más rápido dando un paso atrás, el resto de los integrantes ríen a carcajadas, bueno... excepto Zac.

—Ya, ya —levanta ambas manos en señal de paz antes de meterse a la cocina riendo.

—Thomi es tan desvergonzado —festeja Isabella.

Nich y Jerry asienten orgullosos, como si ser desvergonzado fuera una virtud.

—Bueno —Nich se pega aún más al costado de Zac—. Estoy listo para asustarme y que me abrasces —le sonríe inocente, el castaño mueve la cabeza con una sonrisa de medio lado.

Bueno... podría acostumbrarme a ver a mi amigo un poco más relajado.

Tomo la mano del rizado para besar el dorso, este curva los labios enternecido. Tiempo después, Miller regresa con los aperitivos.

La verdad es que casi no he podido concentrarme en la bendita película, las de terror no son lo mío, así que durante todo el film, mi rostro permanece escondido en el hueco del cuello del rizado.

En el sofá de la izquierda, el peliblanco y la peli rosa se ríen divertidos, como si estuvieran viendo una comedia. En el sofá de la derecha, Nich se encuentra, prácticamente, arriba de Zac, fingiendo estar asustado.

—Iré a ponerme ropa cómoda —le susurro al rizado quien se estremece por la cercanía.

—Está bien —me besa la mejilla.

Me levanto cuidadosamente para marcharme escaleras arriba.

Jerry

Palmeo el bolsillo de mi chaqueta, el regalo de Sami descansa en su lugar.

Hacía tiempo que no me sentía inseguro. Quiero decir, sé que mi obsequio no tiene nada de malo, pero teniendo en cuenta lo que el resto de los chicos le han dado a mi novio, no es la gran cosa. Si lo miro desde esa perspectiva, no tiene sentido alguno.

Sacudo la cabeza para dejar el pesimismo de lado, los chicos están concentrados en la pantalla, así que me pongo de pie sigilosamente para dirigirme a la habitación de Sami.

Cuando estoy frente a su puerta, la abro y entro sin llamar.

Quizá debí tocar antes, ya que Sam se encuentra al lado de una mesita de noche, quitándose el reloj de su muñeca, pero no es eso lo que me tiene boquiabierto, sino el hecho de que trae puesto unos pantalones deportivos que caen tentadoramente de sus caderas, su torso está al descubierto y en él se pueden apreciar varios tatuajes.

Carraspeo para llamar su atención, el pelinegro levanta la vista hasta encontrarse con mis ojos.

—Oh, no te escuché entrar —se acerca. Dios mío, el nerviosismo comienza a invadirme—. ¿Suced algo? —inclina la cabeza.

—N-no —tartamudeo, luego meto la mano en la chamarra y termino sacando la pequeña cajita—. Es tu regalo de cumpleaños.

Los ojos de Sami se iluminan, recibe la caja y comienza a abrirla. De ella saca una delicada pulsera de cuero ecológico.

—Es hermosa —espeta emocionado antes de ponérsela.

—Me alegro que te guste. Yo... no sabía si era un buen regalo —titubeo.

Sami corta la poca distancia que nos separa, sostiene mi cintura y besa mi mejilla.

—Todo lo que venga de ti, es hermoso. Nunca lo dudes. Gracias.

Sonrío tranquilo. Pongo ambas manos sobre sus hombros desnudos, me elevo de puntitas y beso sus labios.

Al principio es un beso dulce, lleno de amor y ternura, pero tiempo después, las cosas se tornan un poco más intensas.

Samuel aprieta mi cintura, pegándose completamente a su cuerpo. Mi piel se eriza y en lo único que pienso en este momento, es en obtener un poco más de este sensacional chico. El toque es tan lento y sensual que Sami no duda en bajar sus propias manos para posicionarlas en mis caderas.

Nuestras lenguas juegan descaradamente. El pudor ha quedado en el olvido.

Sami me arrastra a un lado de la cama, donde él se sienta y me atrae de la cintura hasta ponerme a horcajadas sobre sus muslos.

Los ojos del pelinegro están vidriosos. Puedo notar y sentir la dureza presionando bajo mi trasero, así que opto por jugar un poco. Deposito un beso en los labios del chico, siguiendo un camino de besos sobre su cuello. Samuel se aferra a mi cintura y suelta un gemido ronco.

—Principito —murmura, inclinando la cabeza para dejarme un mejor acceso.

Continúo, esta vez los besos son húmedos. Levanto los brazos para sostenerme de sus hombros e inicio un vaivén con mis caderas.

—Joder —maldice.

La polla completamente dura de Sami, está clavada en mi trasero y vaya si eso no hace maravillas en mi propia erección.

El pelinegro detiene mis movimientos de caderas con las manos, me aleja un poco y me mira directo a los ojos, destilando deseo puro.

—¿Puedo tocarte? —pregunta extasiado.

—Sí —respondo sin dudarlo.

Samuel me quita la ropa de arriba, dejando mi torso al desnudo. Comienza a tocarme y reparte besos por toda mi piel expuesta. El placer se extiende por cada centímetro de mi cuerpo.

El pelinegro me besa apasionadamente, deslizando las manos por mi espalda hasta ahuecarme el trasero. Lame mi clavícula al mismo tiempo que posiciona las manos sobre la parte delantera de mis pantalones. Dejo escapar un suspiro de anhelo por lo que sé que está por venir.

Sami desprende mis pantalones, baja la bragueta para luego meter su mano lentamente. Cierro los ojos por la bruma de placer mientras muerdo mi labio inferior. El pelinegro libera mi erección y comienza a masajearla sensualmente, mis caderas se impulsan hacia adelante y hacia atrás.

Me armo de valor y dirijo mis manos a los pantalones de Sami, libero su erección bajo la atenta mirada del chico que no deja de bombear mi pene. Observo su miembro y luego deslizo la mano de arriba hacia abajo.

En la habitación, solo se escuchan gemidos de placer. Nos masturbamos mutuamente, besándonos de manera frenética y apasionada. Tiempo después, llegamos juntos al clímax.

—Sami, Sami, Sami —arrastro las palabras como una plegaria mientras me dejo ir sobre su mano.

—¡Mierda! —gruñe cuando los chorros de semen salen de su pene.

Apoyo la frente junto a la de Sami. Esto ha sido demasiado bueno. El chico se estira para agarrar unos pañuelos de papel y nos limpia a ambos.

—¿Te ha gustado? —me pregunta satisfecho.

—Sí, ha sido increíble —sonrío tímido.

Nos metemos a la cama únicamente con ropa interior, acurrucados.

—Te quiero, principito —besa mi nariz.

—Y yo a ti, Sami —apoyo la cabeza sobre el torso del pelinegro.

Samuel me abraza cariñosamente mientras juega con mis rizos. Estuvimos así por mucho tiempo, dándonos mimos y compartiendo una charla tranquila. Dejando en el olvido una película a medio terminar.

Zac

Me encuentro en la habitación que siempre suelo usar cuando me quedo en casa de Samuel. Tengo un libro de arquitectura en las manos, tratando de buscar una distracción para alejar el sueño.

Estoy sentado sobre la cama, leyendo tranquilamente cuando la puerta es abierta y por ella entra cierto chiquillo de hermosos ojos azules. El sujeto en cuestión me sonríe mientras se balancea sobre sus talones de manera infantil.

—No quería dormir con Isa y Thomi —comenta subiéndose a la cama sin permiso alguno—. Y sé que me extrañabas, por eso decidí venir a hacerte el favor de hacer cucharita conmigo.

Me arrebató el libro para dejarlo en la mesa de noche, se acuesta de costado dándome la espalda y luego me hace una señal para que lo imite. No protesto ni me opongo, simplemente hago lo que me pide. Me acomodo de lado abrazándolo por la cintura.

—Tu cucharita es mucho mejor que la de Thomi —aprueba conforme.

Gruño al imaginarme al condenado Thomas en esta posición con el hablador.

—Duérmete —le susurro antes de depositar un beso detrás de su oreja.

—Sí, precioso —entrelaza nuestras manos—. Lo que tú digas.

Por primera vez en mucho tiempo, las pesadillas no aparecen.

.....

BEBÉ: Acabo de caer en cuenta sobre algo.

Echo un vistazo a la profesora para saber si no está viéndome, cuando estoy seguro de no ser descubierto, me concentro en el móvil en mis manos.

YO: Sorpréndeme.

Tecleo rápidamente, tontamente curioso por lo que sea que el chiquillo tenga para decirme. Es tan impredecible como insoportable.

BEBÉ: Pues considero que nos hemos dado muchos besos hasta el momento, tantos que hasta me siento impuro, ¿sabes? Creo que es tiempo de formalizar este vínculo.

¿Qué mierda?

Leo el mensaje unas diez veces para asegurarme que lo que acabo de leer, no es producto de mi imaginación. Nunca entiendo cuando habla en serio o cuando sale con alguna de sus bromas. ¿Qué se supone que debo responder? Es decir, la idea no me disgusta, pero tampoco es algo que lo haya pensado con detenimiento, después de todo... ¿Es un asunto para meditar? Nicholas Brown me deja fuera de base todo el

maldito tiempo.

YO: ¿Es una pregunta?

Muevo la pierna impaciente, esperando una respuesta. Diablos, me siento un ridículo.

BEBÉ: ¿Tengo permitido decir que es un hecho?

Sería una vil mentira si digo que esa respuesta no me llena de calidez y anhelo, invadiendo mi corazón con sentimientos desconocidos.

No respondo nada, en su lugar, guardo el móvil en el bolsillo de la sudadera. Apoyo los antebrazos sobre la mesa y me pierdo en mis pensamientos.

No puedo negarlo, el chiquillo me hace sentir a gusto. Desde que nos conocimos, mi vida ha cambiado en un gran porcentaje a comparación de como estaba anteriormente, no estoy seguro si eso es bueno. Me gusta estar con él, recibir sus insistentes mensajes, me agrada su sonrisa y sus ojos azules y que me saque de quicio con esa personalidad extrovertida que maneja.

—¿Qué te ha dicho Nich para que sonrías de esa manera? —me pregunta Sam en un tono bajo y confidente.

¿Qué tan obvio estoy siendo?

—Nada —respondo hostil.

—Dime —insiste.

—Solo son ocurrencias tuyas —digo, queriendo cerrar la charla sin haberla comenzado.

—¿Buenas o malas?

Lo miro de cerca, mi amigo me observa expectante.

—Buenas —contesto sin previo aviso.

Sam me mira cómplice y justo cuando parece a punto de mencionar algo más, la clase finaliza. Recogemos nuestras cosas y al salir, la profesora le pide a Samuel que le lleve unos papeles al director.

—¿Puedes llevarlos tú? —me encara suplicante al salir del salón—. Es que tengo que ir por Jerry.

Joder, nunca he visto a mi amigo tan enamorado, aunque estoy contento por él. Jerry es un buen chico y se los ve felices juntos.

—Está bien —agarro sin ganas la carpeta.

—Te debo una, hermano —me da un medio abrazo antes de marcharse corriendo.

Suspiro al mirar la carpeta entre mis manos, no me queda otra opción más que emprender viaje rumbo a la oficina del director Johnson.

Arrastro mis pies sin muchas ganas por los extensos pasillos y al doblar en una esquina, unas converse rojas se interponen en mi camino, levanto la vista lentamente. Pantalón negro rasgado, remera estampada con un superhéroe que desconozco, chaqueta de mezclilla, sonrisa brillante de perfectos dientes blancos, hermosos ojos azules y un desordenado cabello que, en este instante, parece castaño claro.

—Hola, novio —me estampa un sonoro beso en la mejilla.

—No he dicho que sí —le recuerdo.

—Tampoco has dicho que no —contraataca.

—Eso podría tomarse como un acoso, ¿sabes? —pregunto soberbio.

Nicholas barre mi rostro con la mirada.

—Apuesto a que te gusta que te acose —dice coqueto.

Me pierdo en el cielo azul de sus ojos, que a simple vista parecen los de un santo. Estoy demasiado jodido, cada día, cada minuto y cada segundo que pasa, caigo más duro por este intolerante ser.

—Lo que sea —espeto finalmente, retomando mi camino. Es mejor no entrar en su juego.

Nicholas me sigue los pasos hasta posicionarse a mi lado.

—¿A dónde vas? —pregunta frunciendo el ceño—. Tenemos que ir a almorzar, precioso.

—Debo llevar esto al director —le muestro la carpeta en mis manos.

—Bien. Te acompaño —subimos unas escaleras que nos llevan a las oficinas, tanto del director como de los profesores.

De un momento a otro, siento que soy jalado del brazo y metido en una de las oficinas que se encuentra vacía. El chiquillo cierra la puerta con seguro.

—¿Qué estás haciendo? —cuestiono desconcertado.

—Voy a besarte y luego nos vamos —se acerca tentadoramente.

—Nos pueden descubrir —mi lado precavido sale a flote.

No voy a dejar que el chico se meta en problemas, más aún cuando "problemas" es su segundo nombre, aunque no puedo negar que muero por besar esos apetitosos labios.

—¿Tienes miedo, precioso? —me reta juguetón.

—No.

—Entonces, ¿no quieres besarme? —el maldito provocador se lame los labios.

Lo único que cruza por mi cabeza es morder ese jodido labio inferior cuanto antes y es lo que hago.

Me abalanzo sobre Nicholas empujándolo contra la pared. Con una mano lo tomo de la cintura y con la otra lo agarro del cuello inmovilizándolo. Capturo sus labios sin compasión, devorándolo y saboreándolo como sé que le gusta. Mi lengua explora cada centímetro de esa gloriosa boca que no hace más que soltar suspiros.

Deslizo ambas manos para agarrar su trasero y el chico cruza las manos alrededor de mi cuello.

—Demonios —maldice cuando masajeo sus nalgas de manera sensual.

—Dime que quieres otro beso —susurro contra sus labios.

Me toma de la nuca.

—Bésame, precioso —suplica.

Mordisqueo sus labios mientras me aferro a sus caderas y lo acerco tanto como es posible, nuestras pelvis están unidas, enviando olas de placer por todo mi cuerpo.

Estoy jodidamente duro, no puedo presentarme así en la oficina del director.

Nos separamos a regañadientes, pero esta vez, tomamos distancia, temiendo no poder controlarnos. Nicholas se encuentra tan ruborizado que su rostro parece a punto de estallar. Deslizo una mano sobre mis pantalones para acomodar mi palpitante erección.

—Perdóname, abuela —musita el chiquillo, mirando el techo—. Voy a pensar en ti para que se me baje la calentura.

Sonrío de medio lado por sus ocurrencias. Él me guiña un ojo cómplice.

Unos minutos después, cuando estamos seguros de que todo está bajo control, continuamos a la oficina del hombre.

—Traigo esto para el director —le anuncio a su asistente.

—Oh, claro —me sonrío amablemente—. Puede pasar, está solo en este momento.

Asiento en modo de agradecimiento.

—Ve, precioso. Aquí te espero.

Le doy una última mirada a Nicholas, que no tarda en entablar una conversación con la secretaria, antes de golpear la puerta.

"Adelante" se escucha del otro lado. Cierro la puerta y me acerco al amplio escritorio

del director.

—Joven Hamilton —saluda el cordial hombre, mirándome con curiosidad—. ¿A qué debo su visita?

—La profesora Martínez me pidió que le trajera estos papeles —deslizo la carpeta sobre el escritorio.

—Muchas gracias, joven —hace un ademán con la mano, indicando la silla al otro lado de la mesa—. Tome asiento, por favor, ya que lo tengo aquí, me gustaría hablar con usted.

Mierda.

Dudo un momento, las charlas con el director pueden llegar a ser demasiado extensas y también está el hecho de que Nicholas me espera al otro lado de la puerta, no me gusta hacerlo esperar.

—Será solo un momento —indica el mayor.

No me queda más remedio que sentarme y escuchar lo que el hombre tiene para decirme.

—¿Cómo van las clases? —el hombre entrelaza sus manos sobre el escritorio y se inclina hacia adelante. Un gesto corporal demostrando interés.

—Bien —digo sinceramente—. No es por alardear, pero el estudio no es un problema para mí.

El director Johnson eleva los labios satisfecho con mi respuesta.

—Puedo notarlo en sus calificaciones.

—Así es —contesto con una sonrisa de medio lado, orgulloso.

El hombre me mira con un extraño asombro. Luego me regala una sonrisa tranquilizadora.

—Es bueno verlo así, joven Hamilton.

¿Así cómo?

Frunzo el ceño sin entender muy bien. Quiero decir, siempre he sido estudioso y aplicado en cuanto a mis estudios. No comprendo su sorpresa.

—¿A qué se refiere? —pregunto curioso, cruzando las manos sobre mi regazo.

El mayor planta una mueca un tanto abatida.

—Lo que le pasó a su familia, ha sido una terrible tragedia —trago en seco ante esa inesperada mención—. Cuando usted entró a esta universidad, era otra persona, no

hablaba con nadie, caminaba por los pasillos con la mirada perdida, pero era entendible teniendo en cuenta lo que estaba pasando.

La lástima no es un sentimiento grato a simple vista, comienzo a removerme en el asiento, sintiéndome incómodo.

—Y ahora es todo lo contrario —continúa el director—. Su semblante ha mejorado notablemente, socializa con las demás personas y hasta incluso sonríe —comenta aliviado—. Me alegro de todo corazón que ya esté superando la pérdida de su madre y su hermana. Es bueno saber que está saliendo adelante sin ellas que, por fin, está encontrando un poco de felicidad y bienestar en su vida.

Cuando Johnson termina de hablar, siento como una presión cae en mi pecho, como si este hombre hubiera quitado el seguro a un dolor que, aparentemente, tenía apartado. Palidezco ante sus palabras, la realidad me golpea duro y sin compasión, sin previo aviso. No tengo nada para escudarme, por lo que no me queda más que afrontar la verdad. No quiero seguir adelante sin mi mamá y mi hermana, no quiero ser feliz sin ellas.

Un hueco se me forma en el pecho.

Comienzo a hiperventilar, siento que el aire es escaso y que las lágrimas caen como cascadas por mis mejillas.

La oficina está en silencio, pero veo al director ponerse de pie y mover los labios, como si intentara decirme algo, pero no logro escucharlo con exactitud. El hombre se acerca y me sacude por los hombros.

—Joven, joven —se escucha lejano—. Dígame algo, por favor.

Quiero hablar.

Quiero decir algo.

No puedo.

Mis labios están sellados y mi corazón agitado. Me pongo de pie, como si fuera un puto robot con lágrimas en los ojos, y salgo corriendo del lugar.

Bajo las escaleras tan rápido como puedo, a lo lejos escucho mi nombre ser llamado por varias personas, pero distingo una voz en particular.

Nicholas.

Desde que este chico ha aparecido en mi vida, la ha transformado por completo. No puedo permitirme estar bien y Nicholas Brown tiene ese poder.

No es justo que sea feliz cuando mamá y Mar ya no están en este mundo. ¿Qué clase de hijo y hermano sería si aparto a mi familia? ¿Qué clase de persona soy al querer olvidar todo por lo que hemos tenido que pasar? Por Dios, ni siquiera puedo creer

haberlo intentado. No puedo, simplemente no lo hago. No lo merezco. Mi lugar está al lado de ellas y, sin embargo, estoy en un lugar que no he pedido.

Corro entre la multitud de estudiantes hasta llegar a mi destino. Levanto la vista al cielo.

—Perdón por ser un egoísta de mierda —sollozo.

Es un poco descabellado darme cuenta de esto y más aún cuando es una persona ajena la que me hizo poner, nuevamente, los pies sobre la tierra. Joder, que egoísta he sido al querer salir adelante cuando, en realidad, debo estar consumiéndome por el dolor.

—¿Zac? —pregunta a mi espalda.

No.

Por favor.

Ahora no.

Nich

—Usted es todo un ocurrente —se ríe divertida la secretaria.

—Hay que ponerle humor a la vida —me encojo de hombros antes de mirar la puerta que lleva cerrada por un buen tiempo—. Se está tardando, ¿pasará algo? —pregunto preocupado.

—No lo creo. Ya sabemos como es el señor Johnson, le gusta charlar mucho —trata de tranquilizarme.

El problema es que a Zac no le gusta charlar demasiado.

Agito la cabeza para apartar las ideas negativas, seguramente no tarda en salir. Estoy a punto de contarle otro chiste a la mujer, cuando la puerta de la oficina es abierta abruptamente. Zac sale corriendo del lugar, no logro ver su rostro, todo sucede tan rápido que ni siquiera pude interponerme en su camino, reacciono cuando escucho que el director grita el nombre de Zac. Miro al hombre sin entender y lo único que sale de mi boca es el nombre del castaño, pero ha desaparecido como un rayo de luz.

Poso mis ojos sobre el director y lo que veo no me gusta para nada. El semblante del hombre es entre preocupado y asustado.

—¿Qué ha pasado? —cuestiono apresuradamente. El hombre me observa con recelo —. Zac es mi amigo, he venido aquí con él, dígame qué fue lo que pasó allí dentro.

El director se pasa las manos por el rostro, como si no supiera qué responder.

—No lo sé, joven. Solo estábamos hablando y de repente se puso mal y salió corriendo —habla apresurado, sin entender la actitud de Zac.

No respondo nada, en su lugar, me doy la vuelta y comienzo a correr rumbo a un lugar en específico. Los estudiantes me miran como si estuviera loco, pero tengo que llegar cuanto antes junto al chico precioso y saber qué es lo que está pasando. Siento un maldito malestar en la boca del estómago, mi respiración se vuelve irregular.

Avanzo tan perdido en poder llegar con el castaño, que al doblar en una esquina soy atrapado por unos fuertes brazos.

—¿Dónde vas tan apresurado? —pregunta divertido Sam.

Tomo unas cuantas bocanadas de aire mientras miro a mis amigos.

—¿Pasa algo? —Isa frunce el ceño.

—Zac... —respiro entrecortado y comienzo a caminar en reversa antes de continuar mi camino.

Escucho que los chicos me llaman, pero no volteo a verlos. Cuando por fin logro llegar

al jardín trasero, mi pecho se comprime ante el intenso malestar. Me adentro en el lugar recorriéndolo con la mirada hasta que logro dar con él.

El chico precioso se encuentra de espalda, con la cabeza inclinada hacia arriba, como si estuviera enfundado en su propio mundo. Algo dentro de mi cabeza me dice que debo dejarlo un momento, debo dejar mi lado intenso y darle un poco de privacidad, pero ya es muy tarde cuando me escucho diciendo:

—¿Zac? —mi voz sale cautelosa y puedo ver como su cuerpo se tensa—. ¿Estás bien?

No recibo respuesta, doy un paso más cerca.

—Vete.

Arrugo la frente, la voz de Zac es completamente distinta a lo que suele ser siempre. La voz en mi interior insiste en que me marche, pero una vez más, la ignoro.

—¿Por qué? —pregunto dubitativo.

—Vete —repite, aunque esta vez se oye más como una advertencia que una petición.

—Dime qué sucede, precioso —intento suavemente.

—¡Quiero estar solo! —grita dándose la vuelta para encararme.

Termino sobresaltado por su arrebató.

El castaño no luce para nada bien, su rostro está pálido y sus ojos anegados en lágrimas. ¿Qué sucede con él? Trato de acercarme, pero él me lo impide poniendo una mano al frente.

—Dime qué sucede. Habla conmigo —suplico, con el corazón agitado.

—No lo entiendes, no lo entiendes. —Zac niega una y otra vez, llevándose ambas manos a la cabeza.

—Explícame para poder ayudarte —digo en tono conciliador.

Una risa fría y carente de humor escapa de su garganta.

—No quiero tu ayuda —Zac me mira tan duramente que me estremezco de pies a cabeza—. Tu ayuda es la que me tiene de esta manera.

¿Cómo?

—¿De qué hablas? —realmente no comprendo a qué se refiere.

Únicamente deseo que deje de mirarme así.

—¡¿No lo entiendes?! —vocifera a todo pulmón—. No quiero estar bien, no necesito tu ayuda. Desde que apareciste en mi vida no hiciste otra cosa más que complicarla. Yo ya estaba jodido, pero ahora no tengo solución y no quiero ni necesito tu maldita ayuda.

El nudo en mi garganta me impide inhalar como corresponde.

—Detente —mis lágrimas comienzan a fluir.

Tengo que irme.

—Todo el maldito tiempo apareces con esa jodida sonrisa en el rostro. ¿No te has dado cuenta de qué no todos somos tan afortunados como tú? No todos tenemos la familia perfecta y la vida perfecta que tú tienes. ¡Deja de sonreír todo el puto día!

No. No. No.

—D-detente, p-por favor —sollozo.

Mis lágrimas me impiden ver su precioso rostro, quiero estar seguro de que es él quien está diciéndome todas estas palabras tan hirientes.

—No te quiero en mi vida, eres irritante —espeta con desagrado—. Ahora vete.

El castaño se voltea mientras se lleva las manos al rostro. Permanezco inmóvil por un momento, tratando de procesar lo que acaba de ocurrir.

Retrocedo un paso, de mi boca nada sale, aunque cada fibra de mi ser quiere hablar, decirle algo, lo que sea. No tengo fuerzas. Comienzo a caminar en reversa, puedo ver como mi cuerpo avanza, pero mi mente está en algún lugar que no puedo encontrar.

Mi campo de visión está obstruido por las lágrimas, pero logro ver como Isa y Jerry me toman de cada brazo. Camino lentamente, como si fuera un niño aprendiendo a dar mis primeros pasos.

La realidad me golpea cuando siento mi rostro siendo mojado. No sé donde estoy, solo sé que quiero llorar. Caigo desplomado al piso, Jerry a mi lado me sostiene, acariciando mi cabello. Isa murmura frases que no comprendo.

Mi corazón ha sido roto y por primera vez en mi vida, me siento destrozado, devastado. Siento que no soy suficiente, que soy irritante y por primera vez en mi vida, me siento inseguro de mí mismo.

Zac

Caigo de rodillas mientras suelto puñetazos al césped, dejo escapar un grito desgarrador.

Duele.

Mi corazón me duele. Mi corazón se ha ido con él.

Y aunque duela tan jodidamente tanto, sé que es lo correcto. Apoyo la frente en el césped y lloro a más no poder. Esto es una puta mierda. Quiero dejar de sentir. La imagen de su rostro asombrado y dolido por mis palabras, es algo que no olvidaré jamás. Sus ojos azules repletos de lágrimas permanecerán en mí como una clara señal de lo malo que he sido con este chico que no ha hecho más que sonreírme con amor.

—¡Basta! —exclama Samuel mientras cae a mi lado y me toma por los brazos hasta enderezarme.

—Tranquilízate, por favor —susurra Thomas con la voz rota.

El peliblanco me sostiene en sus brazos y simplemente me aferro a su delgado cuerpo, hundiendo la cabeza en su pecho y estrujando su camiseta con impotencia, porque deseo ser un hijo de puta y correr detrás de Nicholas, pero el dolor y el miedo se han apoderado de mi ser.

—E-el director dijo que me vio bien y feliz —balbuceo—. Y yo no puedo, no puedo hacerles esto a ellas, no merezco estar bien si ellas no lo están. Nicholas me hace feliz, pero no está bien. No puedo, no puedo.

—Escucha, Zac —intenta Sam.

—No puedo...

Me cubro los oídos, no quiero escucharlos.

Tienes permitido pensar y suponer cualquier mierda sobre las decisiones y acciones de una persona dañada, pero no te atrevas a decirle qué hacer si no estás en sus malditos zapatos. No tienes el puto permiso.

Ellos no mencionan una palabra, se mantienen a mi lado.

Quiero permanecer aquí, bajo un cielo despejado que me llama sin indicarme el camino. Quiero respirar lento mientras las ideas me invaden y las decisiones se vuelven confusas. Quiero reflexionar con claridad para saber qué maldita dirección tomar.

Las bombas son destructivas, no he conocido a ninguna que no lo sea.

¿Y yo?

No soy la excepción.

Nich

—Si no va a prestar atención a mi clase, le voy a tener que pedir que se retire, Brown.
—Advierte el profesor.

—Lo siento, no volverá a pasar —miento.

Isa me contempla preocupada. Dibujo una mueca fingiendo que todo está de maravillas, me apoyo en el espaldar de la silla y enfoco la vista al frente, obligándome a prestar atención.

Han pasado tres días desde mi pelea con Zac, los tres peores días de mi vida, se siente como si el tiempo no avanzara y estuviera estancado en ese pasado lunes tormentoso.

No he vuelto a saber de él, tampoco quiero hacerlo. Sam y Thomi han intentado hablar conmigo, pero me niego rotundamente. No necesito saber nada de Zac Hamilton. Joder, que me dolió su rechazo.

La clase termina, así que recogemos nuestras cosas y nos encaminamos a la salida.

—¿Vamos por un helado? —pregunta mi amiga.

—Uh, tengo que ir a trabajar —vuelvo a mentir, tal parece que es lo que mejor me sale en estos días.

—Thomi dijo que hoy no tienes que ir —ella se cruza de brazos.

—Tengo tareas pendientes —muevo una pierna impacientemente.

Adoro a mi amiga, pero necesito marcharme y estar solo cuanto antes, llorar en soledad suena como un buen plan. Ella me evalúa por unos segundos, y aunque no luce convencida, termina dejándome ir.

—Está bien, supongo que necesitas estar solo —le agradezco mentalmente—. Iré con Jerry a la biblioteca, pero por favor, llámame si me necesitas, ¿de acuerdo?

—Sí, no te preocupes —beso la frente de mi amiga y camino hacia la parada del autobús.

No tengo intenciones de volver temprano a casa, por lo que decido tomar un autobús que me llevará por una ruta más larga.

Una vez arriba del vehículo, escojo el último asiento, me pongo los audífonos y miro por la ventana. Mis párpados se sienten pesados, consecuencia de no dormir lo suficiente. Justo cuando cierro los ojos, una pequeña mano me jala la sudadera. Diviso el asiento que está a mi lado y, efectivamente, en él se encuentra una niña pelirroja, aparenta tener unos 8 años de edad.

—¿Por qué estás llorando? —cuestiona arrugando la nariz repleta de pecas.

—No estoy llorand... —ella se estira para tocarme la mejilla y secar las evidentes lágrimas. Qué patético—. Lo siento.

No sé por qué me estoy disculpando con una niña que no conozco, pero de lo único que soy consciente es de lo triste que es darme cuenta de que desde hace días, las lágrimas forman parte de mi vida y, a veces, como en este preciso instante, no caigo en cuenta hasta que comienzan a fluir.

Esto apesta.

—Descuida, mi papi dice que está bien llorar —comenta pensativamente—. Porque cuando uno llora, alivia las heridas. La semana pasada, cuando me caí jugando al fútbol, lloré para calmar el dolor en mis rodillas y funcionó —me examina de pies a cabeza—. ¿También te duelen las rodillas?

Ella cruza las piernas delicadamente mientras espera mi respuesta.

—No, no me duelen las rodillas —respondo finalmente.

—Entonces, ¿qué te duele? —vuelve a arrugar la nariz.

Señalo mi pecho.

—Aquí —murmuro, bajando la cabeza.

—Oh, una vez me peleé con Susi, mi mejor amiga, y luego me dolía el corazón —centro la vista a la nada, seguramente recordando—. Pero mi mami dice que cuando te duele el corazón, tienes que comer un dulce, y así te sentirás un poco más cálido.

Quiero decirle a la niña que no, que su mami no está en lo cierto, que le mintió, que ni comiendo todos los dulces del mundo me voy a sentir cálido otra vez.

La niña busca algo en el bolsillo de su abrigo.

—Ten —me tiende una paleta y no me queda más que recibirla. Ella toma mi mano entre las suyas—. Come esa paleta y llora para aliviar tu corazón.

Un nudo se me forma en la garganta y una solitaria lágrima rueda por mi mejilla.

Ella me sonríe de manera tierna, luego comienza a tararear una canción. Un poco más adelante, diviso a una mujer que mira orgullosa a la pequeña sentada a mi lado.

Me meto la paleta en la boca y lloro mientras unas pequeñas manos desconocidas me reconfortan.

.....

Es viernes por la tarde y decido salir a caminar un poco. Me visto con lo primero que encuentro y encima de todo me pongo un abrigo con capucha, afuera hace un frío del

demonio.

No sé con exactitud por cuánto tiempo he estado caminando, pero puedo notar que han sido un par de horas. Visualizo un pequeño parque una cuadra abajo, por lo que avanzo hacia allí, mis piernas aclaman un poco de descanso. Me desplomo en uno de los bancos y antes de perderme en mis pensamientos, alguien se deja caer a mi lado.

—Nich, ¿qué haces aquí? —pregunta el rizado—. Tu casa queda al otro lado de la mía.

—Oh. Hola, Jerry. Solo salí a caminar un momento —me encojo de hombros.

El rizado me mira intranquilo.

—Estás temblando —dice asustado al ver como mi cuerpo se balancea de un lado a otro buscando calor—. Al otro lado de la calle está la florería de mi madre, vámonos.

No me da tiempo a negarme porque el chico me toma del brazo y comienza a caminar.

Cruzamos la calle en silencio. La florería de la madre de Jerry es un lugar cálido, al nada más entrar, distintos aromas llegan a mis fosas nasales.

—Mamá —el rizado llama la atención de la mujer detrás del mostrador, es Jerry en versión femenina—. Él es uno de mis amigos, Nich.

—Hola, cariño —la mujer me abraza cálidamente—. Mi tesoro me ha hablado mucho de ti —toca mis mejillas—. Oh Dios mío, estás helado. Iré a prepararte un chocolate caliente.

—No hace falta —digo apenado.

—¡Pero qué dices! Ahora vuelvo.

Asiento agradecido porque realmente estoy muriendo de frío y algo caliente no me vendría mal. Recorro el lugar, apreciando cada planta.

—¿Cuáles son tus flores favoritas? —pregunta Jerry a mi lado.

—Todas lo son —contesto sin dudar.

El rizado suelta una risita.

—Vamos, elige una —insiste.

Examino alrededor, tratando de optar por una, aunque la decisión no es difícil.

—Me gustan los girasoles. Se parecen al sol.

Mi padre suele decir que mi sonrisa es tan brillante como el sol.

Lo que no me ha dicho nunca es que dicha sonrisa, a veces, lastima a las personas. Quise evitar ese pensamiento, pero termino fallando.

La madre de Jerry es una mujer agradable, ellos lograron distraerme un tiempo, pero ya es hora de marcharme.

—Toma —el rizado extiende una maceta con un pequeño girasol—. Tu sol personal.

El chico me sonríe con dulzura. Recibo la flor y le doy un medio abrazo.

—Gracias, principito.

Más tarde, alrededor de las dos de la madrugada, me encuentro sentado en la cama contemplando la brillante flor.

—Tu belleza me ilumina, como el brillante sol, y tus ojos me encandilan, como un reluciente girasol.

Realizo una mueca ante el inoportuno recuerdo.

El sueño ha desaparecido, así que termino por tomar una frazada y salir al porche a mirar la lluvia caer.

Aquí afuera, envuelto y sentado en el sillón, analizo cómo es que mi vida ha cambiado tanto. Por ejemplo, antes detestaba que lloviera porque me impedía salir y ahora, sin embargo, podría pasar horas sentado viendo la lluvia.

Antes, no analizaba las cosas y tampoco me sentía inseguro de mi personalidad espontánea. Ahora, no s  cómo reaccionar y actuar ante una situación o una persona.

 Est  bien que un corazón roto haga esos estragos en ti?

La puerta principal es abierta y por ella salen mis padres, cada uno con una frazada envuelta alrededor. Se sientan a cada lado sin mencionar una palabra. No les he contado lo que pasó, otra cosa que he cambiado, ya que siempre comparto todo con ellos, pero supongo que esta vez tengo que lidiar solo, ellos parecen entenderlo porque hasta el momento, no han preguntado nada.

— Por qué es tan doloroso amar? —rompo el silencio.

Mis progenitores se miran entre sí.

—Porque a veces, el amor duele. A veces no es fácil llevarlo a cabo. Uno tiene que luchar firmemente si es que de verdad se ama con el corazón —responde papá.

— Y si la otra persona no te ama? —murmuro, apoyando la cabeza en el hombro del mayor.

—Tal vez no sea la persona indicada para ti —mi madre quita mis lágrimas—. S  que te duele y que tu corazón est  roto y que crees que no puedes más, pero tienes que ser fuerte, cielo. Te prometo que vas a estar bien. S  que en estos momentos piensas que el amor es algo malo, pero no lo es. Amar es maravilloso, aunque en ocasiones destructivo.

Sopeso las respuestas de mis padres, y tal vez ahora no lo puedo ver con claridad, pero sé que tienen razón.

No me queda más que desahogarme y esperar que mi corazón sane.

Zac

Estuve horas trotando en un parque cerca de casa. Freno en seco cuando un mareo me hace trastabillar, me inclino hasta apoyarme en mis rodillas y tomar un poco de aire. Mi cuerpo me está pasando factura por la falta de alimentación y descanso.

Camino pausadamente hasta un muro y apoyo la espalda para tratar de recuperar el aliento.

Unos minutos después, comienzo a caminar con pasos lentos rumbo a casa.

Es domingo por la tarde. Mi padre seguramente está en la oficina trabajando tanto como le sea posible, no lo he visto desde hace unos días que, casualmente, nos encontramos durante la cena, intercambiamos unas cuantas palabras y luego la comida transcurrió en silencio.

Mi móvil vibra en el bolsillo de mis pantalones. No lo saco, sé que se trata de los chicos. No entiendo su insistencia constante si estoy completamente bien.

O eso quiero creer.

La semana anterior no he ido a clases. Hablé con el director para decirle que no me siento en condiciones, agradezco que el hombre no hiciera preguntas al respecto. Pero a decir verdad, ese no es el motivo por el cual estuve faltando a clases, es más bien porque lo último que necesito es ver al chiquillo.

De solo pensar en él y sus hermosos ojos, mi corazón se estruja dolorosamente.

No me alimento, no descanso y me quedo dormido llorando en mi cama cada maldita noche. No estoy orgulloso de eso, pero es lo que merezco.

Cuando logro llegar a casa, mis amigos están esperándome en la entrada. Joder, sus miradas de desaprobación me indican que están más que enfadados. No menciono una palabra, solo abro la puerta y la dejo abierta para ellos. Ni medio segundo después, los reclamos se hacen presentes.

—¡Hamilton! Llevamos una puta semana tratando de verte —aclama Samuel, acercándose con pasos firmes—. ¿Dónde demonios te has metido?

El pelinegro me recorre con la mirada, luego su rostro cambia de cabreado a impresionado.

—Te ves como la mierda, amorcito —se mofa Thomas con abatimiento.

Por eso no quería verlos. Detesto que vengan a tirarme mierda.

—Iré a ducharme —anuncio, antes de comenzar a subir las escaleras.

Creo que es lo mejor para evitar una pelea.

—Luego baja. No hagas que vaya por ti —advierde Samuel a mi espalda.

Mierda.

Samuel

—Se ve fatal —comenta Thom, entrando a la cocina.

La casa está vacía. Ahora entiendo por qué nunca nos atendieron cada vez que vinimos a buscarlo. Hemos hablado con Bety, la empleada, pero tal parece que Zac es astuto para evadir a todos.

—¿Deberíamos hablar con su padre? —pregunta Thomas mientras abre la heladera para prepararle algo de comida a Zac.

—Lo he pensado —me acomodo en un taburete—. Pero mi padre dice que el señor Hamilton no se encuentra bien.

—Pero se trata de su hijo —dice indignado el peliblanco—. ¿Qué clase de padre es? Ni siquiera lo conozco y ya me parece un hombre petulante e irritante —bufa molesto.

—Lo sé, pero creo que a Zac no le gustaría que hiciéramos eso.

—Tampoco podemos quedarnos de brazos cruzados —apoya las palmas sobre la isla—. ¿Lo has visto? Parece un alma en pena, ni cuando lo conocí estaba tan mal.

Thomas tiene razón. Pero la pregunta aquí es: ¿qué infiernos se puede hacer?

—Creo que lo único que podemos hacer es estar aquí, para él —hago una mueca dolorosa—. El principito me contó que hace unos días estuvo un rato con Nich, él tampoco está pasándolo mejor.

—Lo sé —Thomas comienza a preparar un omelette—. Lili está muy preocupada. ¿Sabes? Es raro y triste ver destrozada a una persona tan alegre como Nich. Y te juro que he tratado de subirle el ánimo haciendo payasadas en el trabajo e incluso poniéndome en ridículo frente a muchas personas, pero nada funciona —dice con pesar.

—Supongo que solo nos queda esperar —comento nostálgico.

—¿Esperar qué? —pregunta el peliblanco.

—Que la bomba explote.

Zac

Sin muchas ganas, bajo las escaleras, los chicos están en la sala, con la televisión encendida y mucha comida sobre la mesa.

Maldita sea.

Me siento en el centro del enorme sofá. Cada uno de ellos a mi lado.

—Ten, come un poco —Thomas me pasa un plato de comida.

Con las manos temblorosas, lo agarro. Escucho como Samuel resopla. Cada bocado que logro tragar, hace que el nudo en mi garganta me impida alimentarme tranquilamente.

Pusimos una película de comedia, la cual, no tengo ni la menor idea de qué se trata, únicamente sé que los actores se ríen todo el tiempo, pero tanto Thomas, Samuel y yo, permanecemos completamente serios.

—Mañana vamos a ir a un médico para que te haga un chequeo —anuncia Samuel en tono firme, sin margen para discutirlo.

Giro el rostro para mirarlo con incredulidad.

—No voy a ir a un jodido doctor.

—No te estaba preguntando —espeta, ignorando mi respuesta.

—No vas a decidir sobre mí —me pongo de pie enfadado.

Esto está a punto de salirse de control.

Thomas se sienta en el borde del sofá.

—¿No? —Samuel se pone de pie, encuadrando los hombros, imponiéndose mucho más grande que yo—. Entonces, según tú, ¿qué infierno tenemos que hacer? ¿Dejar que te hagas daño tú mismo? Mírate, Zac —me señala con lástima—. Pareces un cadáver andante, no comes, no duermes, no hablas, desapareces todo el día. ¿Estás metido en drogas?

Jodido infierno, por esto los estaba evitando. Conozco a Samuel y sé que esta conversación acabará mal.

Y quizás eso necesito, desquitarme con alguien. Sabiendo lo hijo de puta que voy a hacer, no me detengo al momento de soltar mierda para cubrirme.

—No estoy metido en nada —inhalo con sorna y miro directo a sus ojos, queriendo lastimarlo para resguardar mi comportamiento—. Que tú hayas superado la muerte de tu madre no significa que el resto tengamos que hacerlo.

Justo ahí. Una ráfaga de culpa me invade cuando le sostengo la mirada a mi mejor amigo. Samuel no transmite ninguna emoción a cambio.

—Conmigo no funcionará, Zac. No soy Nicholas.

Como si me hubiesen dado un puñetazo, retrocedo.

—Fuera de mi casa —mascullo entre dientes.

—De acuerdo, nos vamos a ir, pero mañana regresaremos por ti —acepta Thomas, poniéndose de pie.

—He dicho que no.

—Vamos a hacer esto más fácil, hablaremos con tu padre.

No.

No puedo permitir que hagan eso.

—No se atrevan —amenazo mordaz.

—Entonces, deja que te ayudemos —suplica Thomas.

—No quiero su lástima, quiero estar solo, quiero que se vayan para poder lidiar con mi mierda. Hagan de cuenta que no existo.

Samuel suelta una risa irónica y cargada de porquerías.

—Egoísta de mierda —estalla el pelinegro, dándome un empujón.

—Sam... —advierde Miller, tomándolo del brazo.

Pero ya es tarde, ambos estamos al límite.

—¿Qué dijiste? —me posiciono delante de él.

—Egoísta-de-mierda —enfatisa las palabras—. Entiendo tu dolor...

—No entiendes nada.

—¡Pero no eres el único que la está pasando como la mierda! Nich... —esquivo sus ojos ante la mención del chiquillo—, también está muy mal ¿Crees que a él no le dolió lo que le hiciste? Eres egoísta porque te cierras en tu nube de compasión y te importa un carajo lo que pasa alrededor de ti. ¿Crees que Thom, Jerry, Isa y yo estamos bien? Pues déjame decirte que no, que sufrimos junto a ti. No eres el único en esto, te guste o no, estamos involucrados y tienes que dejarnos ayudarte, Zac, de lo contrario, terminarás dañando a las personas que te queremos.

—No podemos convertirnos en tus superhéroes si no estás dispuesto a ser salvado —musita Thomas.

—No lo he pedido.

—Pero lo necesitas desesperadamente.

Samuel levanta la mano para limpiarse bruscamente las lágrimas.

Sus palabras han calado tan profundo, que solo quiero desaparecer. Él tiene razón y soy consciente de eso, pero no quiere decir que no duela tan malditamente tanto.

—Escúchame, amorcito —el peliblanco toma mi rostro entre sus manos—. No puedes seguir así, te haces daño y, lamentablemente, lastimaste a un chico que te quiere con el alma.

—Y-yo no puedo hacer nada —veo a Thomas borroso a causa de las lágrimas—. No puedo estar con él porque me hace feliz y como dijo Samuel, soy egoísta al serlo.

—Sabes que no me refería a eso —el pelinegro me rodea los hombros con un brazo—. Estás herido y no lo puedes ver con claridad, pero mereces ser feliz, Zac. Martina y Mar quieren eso para ti, no que te ahogues en la soledad y el dolor. No puedes seguir pensando de esa manera.

—Tal vez para nosotros es fácil decirlo desde afuera —continúa el peliblanco—, pero tú eres un chico muy fuerte y sabemos que puedes salir adelante, solo tienes que escapar de tu burbuja y dejar que nosotros te sostengamos.

No respondo nada. Posteriormente, me alejo de ellos y los contemplo por última vez.

Thomas con su rostro suplicante y sus ojos rojos. Atrás ha quedado el chico malicioso y socarrón.

Samuel me mira esperanzado con las mejillas húmedas. Como si todavía creyera en mí, su antiguo enojo quedando de lado.

Les regalo una sonrisa de medio lado. La sonrisa más amarga que he dado en mi puta vida, una sonrisa llena de culpa, repleta de angustia y melancolía. Una sonrisa que grita cuánto lo siento. Una sonrisa que espero que pueda transmitir cuánto los quiero.

A continuación, me volteo para subir las escaleras y entrar a mi habitación.

Ellos no me siguen.

Apoyo la cabeza en la almohada pensando en un nombre.

—Nicholas.

Lo amo tanto y aun así, lo he lastimado de la manera más egoísta posible.

Cierro los ojos y cargo mi mente con recuerdos de su esplendorosa sonrisa, sus hermosos ojos azules que se asemejan al cielo y al mar, su cabello desordenado y su aroma exquisito.

Pienso en lo feliz que he sido a su lado. Y me permito imaginar cómo hubiera sido una vida a su lado, despertando cada día con esa cantarina y cálida risa, que se ha convertido en mi melodía favorita.

Lloro, lloro y lloro.

Solo, en la oscuridad de mi habitación, pido a la nada, que algún día me perdonen.

No tengo más fuerzas para seguir.

.....

Me ajusto el abrigo, a esta hora de la noche es cuando más fresco se pone la ciudad.

Camino sin rumbo alguno. Las personas pasan por mi lado, los coches van y vienen, las luces me encandilan y el cielo nocturno se pinta de un solo color. Las estrellas desaparecen y la luna brilla en su resplandor.

No sé cómo en qué momento, pero cuando detengo el paso, me encuentro parado frente a la cafetería "Delicias". Y sí, llámalo casualidad, causalidad o el puto destino que se encarga de llevarme junto a Nicholas Brown, como si fuera un maldito imán.

Camino hacia un costado para no ser descubierto, desde este escondite tengo un buen panorama de lo que sucede dentro. Arrastro la mirada por el lugar que se encuentra poco concurrido, teniendo en cuenta que ya es un poco tarde, por lo que no me es difícil reconocer a algunas personas.

Líli se encuentra detrás del mostrador, con la vista fija sobre la extensa mesa, parece muy concentrada escribiendo algo. La siguiente persona que veo es a Thomas quien imita algún tipo de baile ridículo, sus caderas se sacuden de un lado a otro sin pudor alguno.

Un movimiento detrás del mostrador capta mi atención. Mi corazón comienza a latir con ferocidad cuando reconozco esos inconfundibles cabellos alborotados.

Nicholas rodea el mostrador, regalándole una sonrisa de medio lado a su madre y a Thomas. Sus lindos ojos lucen apagados y su brillante sonrisa se ha esfumado. Retuerce un trapo en sus manos y avanza unos pasos entre las mesas.

Puede que el chiquillo haya sentido mi intensa mirada, ya que de un momento a otro, levanta la vista hacia el gran ventanal mientras frunce el ceño.

Demonios. Automáticamente, retrocedo varios pasos de manera precipitada, temiendo ser descubierto, pero inevitablemente acabo tropezando con una persona a mi espalda.

—¡Fíjate por donde caminas, idiota!

Recibo un empujón que me hace chocar contra la pared de un pequeño callejón al lado de la cafetería. Me quejo del dolor por el impacto tan brusco.

Levanto la cabeza para averiguar quién ha sido el que casi saca mis pulmones y... ¡Vaya sorpresa!

—Pero mira a quién tenemos aquí... —se mofa el imbécil—. Y por lo que veo, estás solo —afirma mirando hacia los lados—. Hoy es mi día de suerte.

Esboza su típica sonrisa comemierda y avanza lentamente, como si estuviera acechándome.

—Aún no me olvido que me hiciste quedar en ridículo en medio del campus —esque las palabras con bronca.

Me enderezo para enfrentar al imbécil. Las peleas de este tipo no son lo mío, son una pérdida innecesaria de energía, sin contar el hecho de que tienes que ensuciarte las manos con escorias como la que tengo enfrente. Aunque soy consciente de que estas peleas, a veces, son inevitables y para qué mentir, si alguien lo merece, voy a darle tanta mierda como pueda.

Lo escrutinio detenidamente, no tiene aspecto de poder aguantar más allá de unos cuantos golpes, por lo que soy considerado y decido darle una oportunidad para retroceder.

—Lárgate —espeto con desdén.

El idiota dibuja una mueca cargada de malicia, ahora es cuando me doy cuenta de que además de imbécil, también es un descerebrado.

El idiota enfurece al punto que embiste contra mí dándome otro empujón que me hace ver estrellas. Bien, es toda la paciencia que puedo soportar y sin piedad alguna, me abalanzo contra el chico propinándole un puñetazo que lo deja de espalda al suelo. Me subo a horcadas sobre su abdomen y comienzo a soltar puñetazos desde el torso hacia arriba. Lo único que el imbécil logra hacer, es cubrirse la cara con sus antebrazos.

Y sí, puede ser que esté usado al chico como un saco de golpes para poder liberarme un poco. Segundos después, cuando mi frustración ha cesado y mi sentido común reacciona, me pongo de pie. Mis puños están rojos, pero no duelen. El chico que yace en el suelo me mira totalmente vulnerable, como si yo fuera un loco de remate.

Le doy una última mirada antes de girarme y comenzar a caminar.

No soy partidario de la violencia, pero he llegado a ese punto de tolerancia cero. La bruma de adrenalina, que solo dura unos pocos minutos, es suficiente para dejarme respirar un momento lejos de mi realidad.

Tiempo más tarde, me detengo frente a un complejo de apartamentos en el centro de la ciudad.

En este lugar, mis padres habían comprado un departamento hacía mucho tiempo, fue el primer hogar que adquirieron cuando comenzaron a generar ingresos. Pero luego, cuando nací, decidieron construir la casa en donde vivo. El departamento quedó sin habitar y hace muchísimo tiempo que no vengo aquí.

Subo las escaleras de la entrada principal, el guardia de seguridad me mira con sorpresa antes de acercarse para abrirme la puerta.

—Buenas noches, joven Hamilton. —Saluda cordialmente.

Inclino la cabeza a modo de respuesta y luego me dirijo al ascensor, una vez dentro, presiono el botón que me llevará al último piso, la terraza.

He recorrido casi todos los puntos solitarios de la ciudad y mientras caminaba justificándome por haber actuado violentamente tiempo atrás, recordé este sitio. Por lo general, vengo aquí con los chicos, cuando tenemos que realizar algunas tareas, pero ha pasado un tiempo desde la última vez que vinimos.

Las puertas del ascensor se abren, indicando la llegada al último piso. El aire frío de la noche me hace encoger mientras me aferro a mi abrigo.

El sitio es bastante amplio, pero simple. Unas cuantas macetas a los lados y sillones de maderas en el centro. Las luces de la ciudad me dejan hipnotizado.

Avanzo lentamente en dirección al bajo muro que protege la terraza del precipicio. No le temo a las alturas, por lo que deslizo mis dedos por encima del frío cemento.

Inhalo profundamente antes de impulsarme hacia arriba para poder trepar el muro, subo una pierna primero y luego la otra hasta quedar completamente sentado sobre él, colgando las piernas al vacío.

Desde esta distancia, la ciudad se ve preciosa y las luces pequeñas, se siente como estar mirando el cielo a tus pies. Echo un vistazo abajo, la altura es abismal. Siento la humedad en mis mejillas y me odio por sentirme tan expuesto. A este punto, la debilidad me enferma, no es gratificante sentirse frágil.

¿Alguna vez has sentido que no puedes más? ¿Qué no hay motivos para seguir? ¿Qué quieres ser egoísta? ¿Qué la puta realidad duele? ¿Qué estás cansado de que te digan que todo va a estar bien cuando en realidad es una mierda de mentira? ¿Qué ya nada tiene sentido? ¿Alguna vez has sentido que tu esfuerzo es en vano y que no vale la pena?

Siento tantas cosas a la vez, que esta inoportuna mezcla de emociones me ciega por completo. Miro hacia el frente, a la nada, mientras las lágrimas no dejan de caer. Cierro los ojos al mismo tiempo que dejo escapar un sollozo.

Solo un impulso y todo acabaría. No le temo a la muerte, no pienso en el más allá. Quiero decir, en este instante, me siento listo para marcharme sin importar qué hay del otro lado. Puedo cerrar los ojos y lanzarme al abismo, estoy seguro de que sería la mejor decisión egoístamente hablando.

La muerte en carne propia no es más que cerrar los ojos, pero para los que quedan, es un puto dolor incurable.

Es este pensamiento el que me detiene. No me importa morir, aunque no puedo esquivar pensar en la sonrisa brillante del chiquillo, sus ojos azulados, su risa cantarina, su piel suave, sus labios rosados, su personalidad espontánea y coqueta. Diablos, a mi

mente llega la mirada burlona, pero cariñosa del condenado Thomas, y luego está Samuel, mi amigo incondicional. Pienso en mi padre que sé cuanto me ama y no estoy seguro si pueda soportar otra pérdida.

Una risa amarga escapa de mi boca.

—¿Realmente puedo ser tan egoísta?

Siento impotencia, siento que es injusto absolutamente todo, pero ¿qué me queda por hacer? Mi vida está jodida y no conforme con eso, también he jodido la de Nicholas.

Permanezco en el limbo, me encuentro en ese punto en el que no tienes ni maldita idea de qué carajo hacer.

¿Saltar o retroceder?

.....

La música descontrolada retumba en mis tímpanos. No me explicó cómo es que terminé en este lugar tan escandaloso.

El sitio es bastante normal, ni tan elegante ni tampoco un bar de mala muerte, la música suena hasta el tope y cuenta con varias cabinas en los costados y una pista de baile en el centro, está repleto de personas, todos de mi misma edad.

Visualizo la amplia barra y luego camino hacia ella. Escojo el último lugar al final.

—¿Qué te traigo, guapo? —pregunta una voz firme.

Levanto la cabeza para encontrarme con una chica que, a simple vista, la puedas confundir con una bastante ruda si te dejas guiar por los estereotipos. Cabello corto negro azabache, ropa oscura con un buen escote, piel pálida, delgada y con sus brazos repletos de tatuajes. Ella me sonrío de medio lado mientras golpea la barra con sus largas uñas negras.

—Una cerveza.

—Ahora te la traigo —gira sobre su eje tan rápido que envidio su buen equilibrio.

Tiempo después, he perdido la cuenta de cuantas cervezas llevo bebiendo. Beber no es lo mío, en realidad, lo detesto, incluso cuando solía salir de fiestas solo tomaba alguna soda. Por esa misma razón, las pocas veces que lo hago, pido cervezas y con tan solo unas cuantas, termino ebrio.

Una delicada mano se desliza sobre mi hombro, volteo el rostro para averiguar de quién se trata. Una chica rubia me sonrío con coquetería.

—¿Bailamos? —pregunta, restregando su cuerpo en mi costado.

—No —niego de manera hosca mientras me remuevo en el asiento tratando de quitármela de encima.

—Oye, no seas malo. Prometo que te vas a divertir —se muerde el labio inferior, pretendiendo parecer sexy.

—Déjalo en paz —advierte una voz firme—, es mi chico.

La rubia levanta las manos en señal de paz y luego retrocede tambaleándose.

Enfoco la vista en la chica de tatuajes y enarco una ceja de manera interrogativa.

—No me mires así, acabo de hacerte un favor —se defiende.

—No te lo pedí —espeto con molestia.

La chica rueda los ojos.

—No quiero follarte, ¿okay? Solo estaba tratando de salvarte, te ves como la mierda, guapo —confiesa sin rodeos.

Seguramente me veo ridículo en este estado patético, tal parece que últimamente soy como un libro abierto, todos pueden leer a través de mí y eso es una porquería, pero ¿qué más da? Tampoco es que me importe lo que piensen los demás, aunque lo que sí me jode bastante es la lástima. Y maldición, los ojos de la chica ruda desbordan compasión.

Un mareo me invade y comienzo a ver que todo gira. Me froto la cara con las manos para tratar de volver.

—¿Alguna vez le has roto el corazón a un chico? —la pregunta escapa de mis labios antes de poder detenerla.

Ella arruga la nariz y luego suelta una carcajada, como si le hubiera contado el chiste de su vida, luego se cuelga un trapo al hombro.

—La verdad es que no —responde finalmente—. Pero imagino que tú sí. —Suelto una risa de borracho mientras muevo la cabeza dándole una respuesta afirmativa—. ¿Por eso estás bebiendo?

Ebrio o sobrio, no voy a contarle mi historia de vida a una desconocida, pero por alguna extraña razón, tengo la necesidad de hablarle sobre Nicholas Brown.

—Sí —respiro profundamente antes de hablar—. Él es un chiquillo metiche, chismoso, entrometido, coqueto y muchas cosas más, pero también es maravilloso —pongo una mano en mi pecho, con tan solo mencionar su nombre, mi corazón comienza a descontrolarse—. Y le hice daño.

La chica se inclina sobre la barra, apoyando los antebrazos.

—Dile que lo sientes.

—E-eso no va a funcionar —digo hipando.

—¿Cómo lo sabes si no lo intentas? —cuestiona—. Si has hecho una estupidez, entonces discúlpate. No lo pienses tanto, no dejes pasar más tiempo porque créeme, guapo, el tiempo y el silencio, traen sus consecuencias

La miro indeciso, aunque tal vez tenga algo de razón, pero en este momento no estoy en condiciones para analizar su consejo. A continuación, cruzo los brazos sobre la barra y me acomodo sobre ellos. La pelinegra se endereza para comenzar a atender al resto de los clientes.

¿Pedir perdón? No siempre funciona.

.....

Abro los ojos cuando siento que me sacuden por los hombros. Me enderezo en el taburete mientras me agarro la cabeza a causa de un punzante dolor, la música ensordecedora ya no se escucha y las luces claras están encendidas.

—Guapo, estamos a punto de cerrar —avisa la chica de tatuajes—. ¿Quieres que llame a alguien para que venga por ti?

Niego rápidamente. Me pongo de pie como puedo para luego sacar la billetera y dejar el dinero sobre la barra.

—Gracias —musito mientras me volteo hasta marcharme del lugar.

A lo lejos, escucho que la chica me llama, pero no le presto atención.

Me dedico a caminar por la solitaria noche, no sé qué hora es ni tampoco cuánto tiempo estoy yendo y viniendo. Únicamente quiero tener la mente ocupada, pero por más que lo intento, no puedo. Los pensamientos son traicioneros, no puedes controlarlos.

Y así es como termino dirigiéndome hacia la tortura.

Porque aunque nos duela, siempre terminamos regresando a esos momentos donde fuimos felices, no importa si en el camino perdemos nuestro maltratado corazón. Ve allí, aférrate y espera.

Finalmente, estoy en el sitio donde se encuentran las personas que tanto amo.

El cementerio.

Y aquí es donde mi corazón acaba rompiéndose.

Nich

Me llevo a la boca una barra de cereal mientras intento concentrarme en la lectura. He escogido un libro al azar para posteriormente acomodarme en un sillón pegado a las paredes de vidrio de la biblioteca. Contemplo la lluvia que no deja de caer hace días.

Debería estar en el comedor, almorzando con los chicos, pero la idea de estar rodeado de tantas personas me da pesar. Ironías de la vida, hace más de una semana, prefería el alboroto y hoy en día, solo busco la tranquilidad y el silencio. Estos cambios que estoy transitando me ponen histérico, no es justo que mi vida haya cambiado tanto a causa de una persona.

Tampoco es que pueda hacer algo al respecto.

Mamá dijo que está bien querer estar solo. Pues a veces, uno lo necesita.

Mi móvil se enciende anunciando un nuevo mensaje. Lo tomo para ver de quién se trata.

ISA: ¿Dónde te metiste?

Bueno, mi amiga es la única persona que no entiende la parte de querer estar solo, me persigue a todos lados y si no me encuentra, se encarga de atormentarme con mensajes.

YO: En la biblioteca.

Espero su respuesta, pero por increíble que parezca, ella no responde. Seguramente debe estar en clases.

Dejo el móvil sobre la mesa y me inclino sobre ella para continuar con la lectura. Todo marcha normal hasta que mi móvil vibra tres veces seguidas. Resoplo hastiado, Isa es de esas personas que no se conforma con responder todo en un solo texto.

Tomo nuevamente el aparato, listo para apagarlo, pero me doy cuenta de que no se trata de mi amiga, sino más bien del resto de los chicos y cada uno de los textos contienen la misma pregunta:

¿Dónde estás?

Le respondo a los tres por igual antes de dejar el móvil a un lado. ¿Tal vez hemos quedado y lo olvidé? No recuerdo haber hablado de ello en algún momento. Ah, estoy tan ensimismado en mis cosas que he dejado de lado a mis amigos.

Justo cuando estoy a punto de profundizar en mis reflexiones, un bullicio al principio del pasillo principal llama mi atención. ¿Qué carajos? Esto es una biblioteca y no pueden armar tanto alboroto.

Mis palabras quedan atoradas en la garganta cuando veo correr una inconfundible

cabellera dorada repleta de rizos por el pasillo como si su vida dependiera de ello.

Echo un vistazo atrás para ver si Sam se encuentra cerca, pero no, Jerry parece correr a mi encuentro. Sus rizos están esparcidos por todos lados y su ropa desalineada. Los estudiantes que están alrededor lo miran enojados por su interrupción.

Quiero reírme porque nunca he visto al principito luciendo tan... desastroso.

El rizado por fin llega a mi lado, tocándose el pecho e inclinándose sobre la mesa.

—D-dios... por fin... te encuentro —toma grandes bocanadas de aire.

—¿Por qué corres de esta manera? ¿Qué sucede? —pregunto curioso por su actitud.

Jerry me hace señas para que le dé tiempo a recuperarse. Luego cae desplomado en el sillón a mi lado. Su silencio me está poniendo en guardia, ya que su mirada alarmante tampoco ayuda.

—Lo... que... pasa es... que...

—¡Jerry! —estoy perdiendo la paciencia—. ¿Cuánto has corrido? Joder.

—Por todo el... campus.

Estoy a punto de sacudirlo para que me diga de una vez por todas qué es lo que está pasando, cuando otro bullicio, todavía más grande, aparece por el pasillo. Esta vez se trata de Sam, Thomi e Isa que vienen a pasos apresurados.

Bien, algo sucede.

Cuando llegan, Isa se deja caer en el brazo de mi sillón y los chicos en el del frente.

—Mierda, casi escupo un pulmón —exagera Thomas mientras abre una botella de agua que trae en sus manos.

—Con esto cumplo mi cuota anual de ejercicios —la rosada le arrebató la botella, ganándose quejas por parte de Thomi.

—¿Estás bien, principito? —le pregunta Sam a Jerry.

—Sí, Sami —le sonríe con cariño.

Listo, paciencia agotada.

—¿Me pueden explicar qué es lo que sucede con ustedes? —pregunto con inquietud.

Los chicos guardan silencio en menos de un segundo para posteriormente mirarse entre sí. Finalmente, el peliblanco parece juntar valor y hablar.

—Es sobre Zac.

La sola mención de su nombre, hace que mi corazón se vuelva loco y mis tripas se

encojan. Hace días que nadie lo mencionaba y estaba perfecto, así que no comprendo por qué lo hacen ahora. Trato de levantarme para irme, pero soy detenido por Isa.

—Escucha lo que tienen para decirte —me pide suplicante y vaya si esto no me enoja un poco porque ella es mi amiga y se supone que tiene que estar de mi lado—. Sabes que no te obligaría si creo que no es necesario.

—No —trato de levantarme nuevamente.

—Por favor, Nich —ruega el rizado—. Si no fuese importante, no estaríamos haciéndote esto.

Jerry suena tan angustiado que me deja descolocado. Echo un vistazo al resto y en realidad, todos lo están. Bien, puedo hacerlo. Suelto un largo suspiro antes de acomodarme, dándoles pase libre para hablar.

—No deberíamos estar haciendo esto, porque no nos corresponde revelar los secretos ajenos —comienza el peliblanco—. Pero lo estuvimos hablando mucho con Sam y luego con los chicos —dice refiriéndose a Isa y Jerry—. Y creemos que es lo mejor que podemos hacer, o al menos es la única solución que encontramos en este momento tan tortuoso.

No entiendo un pepino y aun así siento la presión instalándose en mi pecho.

—¿Recuerdas el día que Zac fue a la oficina del director? —asiento, como si pudiera olvidar ese día—. Esa charla que ellos tuvieron, cambió el rumbo de las cosas —el peliblanco toma un sorbo de agua antes de continuar—. El director le mencionó algunos puntos que Zac no los tenía presente desde que entraste en su vida. Por ejemplo, el hecho de lo bien que luce desde entonces. El hombre le mencionó que le alegraba saber que ya estaba superando la muerte de su madre y su hermana.

Por más que intento entender, no logro hacerlo. Arrugo la frente y lo miro para que continúe.

—Todos aquí sabemos que Zac ha estado luchando por mucho tiempo para salir adelante y deduzco que "superando" no es la palabra adecuada para el momento —agrega Sam.

¿Superando?

Sopeso la palabra.

Zac nunca lo ha superado y nunca lo hará.

Oh, maldito infierno. Siento mi rostro palidecer cuando comienzo a entender la situación.

—Él dijo que tú lo haces feliz, Nich —continúa el peliblanco—. Ha estado tan a gusto contigo, que por momentos, el sentimiento de bienestar predominaba sobre el dolor y cuando la realidad lo golpeó, no estaba preparado. Se asustó. Piensa que es un

egoísta al intentar ser feliz si ellas no están presentes. Está negado a aceptar lo que realmente le hace bien.

—Pero... eso no tiene sentido —balbuceo, llevándome una mano a la boca.

El apretón en mi estómago hace más presión a tal punto de sentir náuseas.

—Lo tiene para alguien que está totalmente perdido —dice Sam—. Se aterrorizó al ver lo feliz que estaba siendo contigo y por eso te alejó con palabras hirientes.

Me tomo un momento para procesar lo que acaban de soltar. Por supuesto que aún me duelen aquellas palabras que, probablemente, nunca olvidaré, pero ahora las comprendo un poco mejor.

¿Qué hubiera hecho yo? Probablemente, reaccionaría de la misma manera.

Cuando estás tan herido, ese es tu panorama principal. No puedes ver más allá del dolor y la angustia, supongo que es casi imposible adaptarse a un sentimiento relativamente positivo.

—Él te quiere, Nich —aclara Thomi—. Nada de lo que dijo es cierto.

No voy a negar que escuchar esas palabras me causa una emoción porque, al diablo, un peso se me quita de encima. Aunque tal vez en el fondo albergaba la esperanza de que así fuera.

—¿Dónde está? —Mis palabras escapan con desesperación mientras trato de procesar la reciente información.

Los chicos se miran entre sí. Nuevamente, lucen inquietos. Los observo atento, esperando que alguno me diga dónde está para poder ir a hablar con él. Zac no puede seguir pensando ese tipo de cosas, ya es momento de que entre en razón, pero la mínima esperanza que poseo se esfuma cuando Sam dice:

—No lo sabemos —la desesperación en su voz me hace estremecer.

—¿Cómo? —pregunto confundido.

—Lo vimos el domingo —comienza el pelinegro—. No se veía nada bien. Le dijimos que el lunes iríamos a buscarlo para ir al hospital por un chequeo, se puso a la defensiva y aunque de todos modos fuimos a buscarlo, ya no lo encontramos. Al día siguiente tampoco estaba. La semana pasada por lo menos nos respondía los mensajes, pero desde el domingo que no sabemos absolutamente nada de él —se frota la cara con impaciencia—. Esta mañana hemos ido a su casa y Bety, la cocinera, nos dijo que desde ayer por la noche que no lo ha visto. Por lo general, sale y vuelve en la noche, pero esta vez no volvió —Sam comienza a hiperventilar, Jerry se levanta apresuradamente para sentarse a su lado—. Tenemos miedo de que... le haya pasado... algo.

No supe que estaba conteniendo la respiración hasta que mis pulmones me piden

clemencia.

Muchos escenarios llegan a mi mente y no puedo evitar preguntarme: ¿qué tan roto está mi chico precioso que no me he dado cuenta?

—Lo hemos buscado por todos lados, realmente no sé qué pensar —agrega Thomas.

Es todo.

En esa milésima de segundos solo puedo ver sus fascinantes orbes y su mirada suplicante. Me lo imagino solo en algún punto de esta ciudad. Visualizo su rostro pálido y sus manos temblorosas.

Todo lo que puedo ver es a un chico desorientado.

Con un alma destrozada.

Me pongo de pie tan rápido como puedo y salgo corriendo del lugar, escucho los gritos de mis amigos, pero no me detengo.

No sé hacia dónde me dirijo, únicamente corro y corro. Como Forrest Gump

Los estudiantes me miran como si estuviera loco y cuando logro llegar a la parada del autobús, empiezo a girar sobre mi eje, mirando hacia todos lados y tratando de encontrar una respuesta que me lleve junto a mi chico precioso.

—¿Dónde estás, Zac Hamilton? —pregunto a la nada.

Ni bien termino de pronunciar su nombre, una idea cruza por mi cabeza, seguramente no sea la mejor, pero es esto o nada.

Le hago señas a un taxi y me subo apresuradamente.

—¿Conoce la empresa Hamilton & Asoc? —le pregunto al chofer.

—Sí, joven.

—Lléveme allí, por favor.

El coche se pone en marcha. Junto las manos y rezo para que Zac esté bien. Estoy dispuesto a hacer lo que sea necesario para encontrarlo.

Una solitaria lágrima rueda por mi mejilla izquierda, pero la quito bruscamente. No es momento de ponerme sensible. Tengo que ser fuerte. Me trago el nudo en mi garganta y lucho todo el camino contra las lágrimas.

Minutos después, el coche se detiene frente a un gran edificio. Saco el dinero de la billetera para pagar. Una vez fuera del vehículo, inhalo profundo y avanzo.

Me acerco apresuradamente hacia el mostrador de una de las administradoras.

—Señorita, necesito ver al señor Hamilton —digo impaciente.

—¿Tiene cita? —pregunta extrañada.

—No, pero es urgente.

—Lo siento, el señor Hamilton no recibe visitas a menos que lo ordene —me comunica.

¿Es en serio?

—Se trata de su hijo —enfático, quizá de este modo me deje avanzar. Ella parece flaquear un instante, pero se mantiene firme.

—No puedo hacer nada por usted —dice apenada.

Demonios.

¿Qué clase de hombre es este señor?

Bufo molesto antes de alejarme del mostrador sin saber qué infiernos hacer, miro alrededor buscando una solución.

Y una mierda, voy a hablar con ese hombre a como dé lugar. Evalúo mi entorno, hay dos hombres de seguridad en la entrada principal, el lugar es enorme, por lo tanto, hay al menos unos cuatro ascensores al lado de las escaleras. Según he visto en las películas, la oficina del jefe siempre está en el último piso y si vas a colarte in fraganti, como yo, nunca vayas por el elevador, siempre por las escaleras.

Lleno mis pulmones de aire y me impulso con todas mis fuerzas hacia adelante.

—¡Joven, vuelva aquí!

Escucho gritar a la mujer, pero ya es muy tarde, corro a toda velocidad, chocando a algunos empleados en el camino, haciéndolos tirar carpetas con papeles, una vez en las escaleras, subo los escalones de dos en dos.

No sé cuántos pisos llevo subiendo, pero la falta de aire me está matando. ¿Cuántos pisos tiene este sitio? No tengo ni la menor idea, pero no puedo hacer nada más que arriesgar.

Todo o nada.

Jesús, hubiese escogido el elevador.

Me detengo en el que parece ser el último piso, ya que se encuentra casi despoblado. Mi corazón late desbocado y no puedo hacer más que ponerme una mano en el pecho y rezar para que no estalle.

Miro alrededor buscando un indicio de algo, pero lo único que logro ver es a un hombre mayor que está sentado en su escritorio y sostiene unos papeles en las manos. Me arrastro hacia él.

—¿Cuál... es la oficina del señor Hamilton? —pregunto con el poco aire que poseo.

El hombre me mira confundido.

—¿Cómo llegó hasta aquí? —cuestiona asombrado.

Agito la mano para restarle importancia.

—Por favor, se lo suplico —junto las palmas y dejo caer las lágrimas que tanto tiempo he contenido y exploto—. N-no sé qué hacer, mi cabeza está confundida. Resulta que me ha lastimado e intenté quitarlo de mi vida, pero no puedo y ahora solo quiero encontrarlo porque no lo soportaría si algo le llegara a pasar. Vine hasta aquí porque no tengo idea sobre lo que debo hacer y creo que esta es la mejor solución —me quito las lágrimas con las mangas de mi chaqueta—. Dígame dónde está la oficina del señor Hamilton.

El hombre mayor me mira entre preocupado e indeciso, pero tal parece que este día voy a tener algo de suerte.

—La puerta de allí —dice señalando una amplia puerta al final del piso.

Justo en este momento, los guardias de seguridad salen del ascensor, por lo tanto, salgo disparado hacia la oficina señalada.

La abro sin tocar.

Lo primero que veo es un amplio escritorio, detrás de este, un enorme ventanal. Recorro el lugar con la mirada, es inmenso, como todo en este edificio.

—¿Quién eres tú? —pregunta una voz grave.

Me sobresalto. Luego poso la vista en el hombre tras el escritorio. Parece ser alto, y es la viva imagen de mi chico precioso en versión adulta. El hombre me mira sin ningún tipo de expresión en su rostro. Tengo que admitir que este sujeto intimida hasta la médula.

Cuando quiero responder, los guardias entran al lugar y me toman de cada lado hasta inmovilizarme.

—Disculpe, señor, se ha colado sin permiso —anuncia uno de ellos—. Parece ser un chico de la calle. No volverá a suceder.

Chico de la calle mis pelotas.

No pienso marcharme sin antes hablar con el hombre.

El señor Hamilton no les da una segunda mirada, vuelve su vista hacia los papeles y dice:

—Llévenselo.

—¡No! —me retuerzo para tratar de liberarme, pero es imposible—. Tengo que hablar con usted.

—Dije que lo lleven —esta vez, clava sus ojos en uno de los guardias.

Los dos hombres me ganan en fuerza y tamaño, así que, finalmente, me arrastran fuera. Pataleo tratando de impedir ser expulsado, pero al darme cuenta qué es imposible ganarle a dos gorilas, opto por la segunda opción.

—Es sobre Zac, su hijo está en peligro —suelto antes de que me saquen por completo de la oficina.

El mayor levanta la vista automáticamente, su rostro inexpresivo se torna curioso, me estudia detenidamente como si estuviera intentando saber si creerme o no.

—Suéltelo —ordena finalmente, poniéndose de pie y, efectivamente, es alto. Los guardias se miran entre sí sin entender nada, aunque terminan soltándome al instante—. Salgan.

Los hombres abandonan el lugar dejándonos completamente solos. Me acomodo la ropa mientras protesto.

—¿Qué sucede con mi hijo? —pregunta el hombre sin rodeos.

—Bueno, hasta que se acuerda que su hijo existe, podría creerle la preocupación —ataco con sarcasmo.

El mayor se pone más serio, si es que eso es posible y yo estoy listo para soltar tanta basura como me sea posible.

—Dime qué sucede —repite.

—¿Ahora quiere saberlo? ¿Cuándo hace más de un año que lo ha dejado completamente abandonado?

—No sé de qué hablas —el hombre toma el intercomunicador—. Voy a llamar a seguridad para que te saquen de una vez.

—Oh no, no, no me iré sin antes decirle sus verdades —me acerco al escritorio, planto mis manos sobre él y lo miro directo a los ojos—. Hablo de que su hijo está mal y no es reciente, esto sucede hace más de un año y usted ni siquiera se ha dado cuenta. ¿Qué clase de padre es? ¿O es que acaso hubiera preferido que él también muriera?

—Cállate —espeta entre dientes mientras sus ojos desprenden furia.

Tal vez me vaya con un puñetazo en el rostro, pero no me importa, ya estoy aquí, no pretendo quedarme callado.

—Usted ha sido un egoísta de lo peor. Encerrado en estas paredes —digo señalando el lugar—, mientras que su hijo sufre sin piedad. ¿Alguna vez le ha preguntado cómo se siente? —el mayor desvía la vista—. Desde que perdieron a su familia... usted, no se

acercó a su hijo ni para darle unas palabras de aliento. Todo este tiempo solo pensó en usted y su sufrimiento. ¡Le ha importado una mierda como se siente Zac! Se cerró en su pérdida cuando debió haber estado para su hijo que, por si no lo sabe, está vivo. ¿Y sabe qué es lo más triste? —el señor Hamilton me mira con los ojos sospechosamente cristalizados—. Que Zac está muerto en vida. No come, no duerme, todos los malditos días tiene una pesadilla —rompo a llorar a causa de la impotencia.

Golpeo el escritorio con rabia antes de alejarme. Camino por el lugar tratando de calmarme.

—No sabemos dónde está —continúo caminando mientras divago—. Por lo general, sale temprano y vuelve en la noche, pero Bety dijo que no volvió, no responde el móvil. Sam y Thomi lo vieron el domingo y dijeron que no estaba bien y yo... ya no sé qué hacer... no quiero que le pase nada malo.

El señor Hamilton me da la espalda y mira por el ventanal. Unos segundos después, escucho unos sollozos provenientes del hombre. Suelto una risa amarga mientras me quito mis propias lágrimas.

No mencionamos nada por unos minutos. No soy nadie para juzgarlo como padre, habrá tenido sus razones para desamparar a su hijo, pero en este momento, no me importan en absoluto.

Le he tirado mucha basura, por lo que es entendible que tenga mucho para procesar, pero lo único que quiero es encontrar a Zac. No tengo tiempo para que el señor Hamilton procese lo que está sucediendo. Estoy listo para marcharme cuando el mayor se gira apresuradamente, rodea el escritorio, toma su pulcro tapado del perchero y me encara.

—Sé dónde está —y abandona la oficina.

¿Qué?

Por supuesto que no tardo en seguirlo.

En la planta baja, los empleados trabajan exageradamente cuando el señor Hamilton hace acto de presencia. Las personas le dan un asentimiento de cabeza cuando pasa por su lado, pero él no se toma las molestias en devolver el saludo.

Una vez fuera del edificio, un Audi deportivo de color negro nos espera. El mayor se monta al vehículo y desde luego que no lo pienso dos veces antes de imitarlo.

El viaje es un poco largo, pero ninguno menciona una palabra. Cada uno metido en nuestros propios pensamientos. Pensamientos que tienen como protagonista a cierto chico de mirada triste.

.....

La lluvia no da tregua alguna, desde que nos montamos al coche, una tormenta se desató. El pulcro traje del señor Hamilton está completamente empapado. Su perfecto

cabello se ha convertido en un desastre y a eso, sumándole, su pálido rostro.

Por mi parte, no me encuentro en mejores condiciones, pero eso es lo de menos. Ni siquiera puedo sentir el frío a través de mis ropas mojadas.

Caminamos por los pasillos entre las tumbas. El cementerio central es bastante enorme, pudimos entrar en el coche hasta donde nos lo permitieron. Este lugar se destaca por la hermosa naturaleza alrededor. Árboles, plantas y flores de todo tipo. Tumbas en el césped, pequeños y grandes monumentos y placas de todo tamaño y forma.

—¿Falta mucho? —le pregunto al hombre a mi lado.

—No —responde con la vista fija al frente.

Realmente espero que Zac se encuentre en este lugar y sobre todo que no le haya pasado nada malo.

—La última vez que estuve aquí fue para el funeral de mi niña —comenta a través de la lluvia, pero puedo oírlo con claridad, su voz se escucha completamente rota.

No puedo saber qué se siente perder a un ser amado, tampoco me gustaría experimentarlo, aunque sé que es parte de la vida, para eso estamos en este mundo. Vivir y morir. Únicamente puedo comprender que es tan devastador como incontrolable.

Estoy a punto de responder cuando mi corazón se salta un latido mientras contengo la respiración. Una sensación extraña me recorre el cuerpo, una presión tan desoladora que se me comprime las tripas. A lo lejos, diviso una conocida figura. El señor Hamilton se detiene en seco y yo voy bajando la velocidad de mis pisadas. Me quito el agua del rostro, pensando que la lluvia me está haciendo ver cualquier cosa, pero la imagen es tan real que parece una tortura.

A unos metros más adelante, Zac Hamilton se encuentra de rodillas, su rostro hundido entre sus brazos que están apoyados sobre una tumba de mármol.

En lo único que puedo pensar es que no quiero sentirme así nunca. Me imagino en su lugar, desplomado sobre una maldita lápida que no me dará respuesta alguna, pero servirá para aferrarme. Me imagino llorando sin consuelo alguno, sufriendo por algo que es irremediable y, definitivamente, no podría soportarlo. Entonces, al verlo destruido, me doy cuenta lo jodidamente fuerte que es Zac Hamilton.

—¡Zac! —vocifero a todo pulmón cuando logro reaccionar—. ¡Zac! —corro a toda velocidad en su dirección, como si mi vida dependiera de ello.

Corro como si tuviera miedo de que fuese una alucinación mía y no poder llegar nunca a él. Quiero llegar. Quiero sostenerlo. Quiero atraparlo.

Cuando por fin logro llegar, caigo desplomado de rodillas a su lado y lo abrazo tan malditamente fuerte que, en un momento, pienso que puedo hacerle daño. El castaño

se sobresalta ante mi repentina aparición y termina alejándose.

Pongo mis manos a cada lado de sus mejillas. ¡Por todos los cielos! Su rostro está blanco como un papel y frío como el hielo, no deja de temblar.

—¡Oh, Dios mío! Por fin te encuentro —exclamo sin poder creerlo.

Zac parece estar fuera de sí, perdido. Ladea el rostro como un cachorro sin entender muy bien la situación. Luego levanta una mano temblorosa y toca mi rostro, examinándome, y cuando el entendimiento cruza por su precioso rostro, sus ojos flaquean.

Lo siguiente que sé es que estoy siendo abrazado como si no hubiera un mañana, como si hubiera llegado en el momento correcto. Mi chico precioso se aferra a mi cintura mientras murmura palabras inentendibles, sus hombros suben y bajan en una clara señal de llanto.

—Yo... yo... —balbucea. Su cuerpo tiembla.

Lo alejo por los hombros para poder verlo a la cara, vuelvo a tomar su rostro entre mis manos y deposito un casto beso en sus fríos labios.

—Tranquilo, precioso —mi garganta se ha cerrado y mi voz sale áspera. Demonios, esto es demasiado.

Zac comienza a negar con la cabeza repetidamente, él intenta decirme algo y no puede hacerlo. Sus manos tiemblan por lo que las sostengo para darle firmeza. No sé qué decir, no sé qué infiernos hacer. Miro de soslayo al señor Hamilton y lo único que me encuentro es a un hombre derrotado, mirando a su hijo con asombro y aflicción.

El castaño me aprieta las manos para llamar mi atención y cuando enfoco mis ojos en los suyos, termino por derrumbarme.

—Y-yo te quiero a mi lado... —se apresura a decir. Su respiración es errática, mientras que mi corazón se acelera—, pero no puedo y me duele porque nunca he amado a nadie como te amo a ti —sus lágrimas no se ven a través de la lluvia, pero sé que están allí—. Perdóname, por favor.

Trago en seco y me aclaro la garganta para poder hablar.

—Ssh, está bien. —Zac me abraza, hundiendo el rostro en mi cuello—. Podemos hacer esto juntos, solo tienes que dejarte ayudar, ¿puedes hacer eso? —el castaño echa un vistazo a la tumba a su lado, sopesa su respuesta durante unos segundos antes de mirarme y asentir no muy convencido—. Te tengo, precioso. Caíste tan jodidamente duro en este maldito abismo, pero aquí estoy, te atrapé. No voy a soltarte, confía en mí, voy a recoger todos tus pedazos porque te amo y porque mereces ser feliz.

Me duele. Me lastima.

No soporto verlo tan destruido. Lo abrazo con todas mis fuerzas, tratando de

transmitirle compañerismo, beso su frente una y otra vez, susurrando que todo estará bien.

Tiempo después, Zac se ha desvanecido.

Miro sobre mi hombro al señor Hamilton que se acerca mecánicamente, atrás ha quedado el hombre perturbado, sustituyéndolo por una postura firme y lejana. Sostiene a su hijo en brazos y comienza a caminar hacia la salida del lugar. Estoy a punto de seguirlo, cuando echo un vistazo a la tumba a mis pies.

Martina Hamilton - Mar Hamilton

—Soy Nich —comienzo sin pensarlo—. Me hubiese gustado conocerlas de otra manera, Zac me dijo una vez que su madre era una mujer extraordinaria y que su hermana era tan hermosa como una muñequita. Él ya ha sufrido mucho, ¿saben? —mi voz se rompe—. Sé que no soy nadie para pedirles esto, pero... ¿Pueden darme una mano para hacerlo feliz? Es lo único que deseo. Prometo que no voy a hacerle daño, únicamente deseo que vuelva a sonreír. Estoy seguro de que es lo que ustedes anhelan.

Me marché suplicando en silencio que a partir de este momento, todo marche mejor.

Cuando llegamos a casa de los Hamilton, todo sucede demasiado rápido, Bety llama a un doctor mientras subimos a Zac a su habitación. Cambiamos su ropa justo a tiempo para que la doctora lo revise. El señor Hamilton no se ha despegado un solo segundo del lado de su hijo. Aprovecho que lo están examinando para tomar algo de ropa de su closet y cambiarme.

Tiempo después, la doctora nos informa que mi chico precioso tiene un grado de estrés bastante alto, pero más allá de eso, y de sus lastimadas manos, porque al parecer tuvo una pelea, no es nada alarmante, y para mayor tranquilidad debe hacerse un chequeo general. Dada la situación actual, es mejor que haga reposo durante el día, alimentarse de manera correcta y sobre todo, descansar como se debe.

—Mi recomendación es que Zac haga terapia —comenta la mujer mientras abandonamos la habitación—. Su estrés no solo le pasó factura en lo físico, donde seguramente encontraremos una anemia en los análisis de laboratorio, sino también en lo psicológico. Estamos hablando de ataques de pánico y ansiedad, episodios que deben ser tratados con un especialista —puntualiza, luego toca el hombro del mayor—. Incluso sería bueno si tú también lo haces.

—Lo haremos —dice sin dudar el señor Hamilton.

Y vaya si eso no me sorprende. Le doy las gracias a la doctora y entro a la habitación para cuidar a mi precioso.

Parece un ángel dormido en el centro de la cama, acurrucado entre las mantas. Me acerco tratando de no hacer ruido. Inclino mi torso sobre la cama y deposito un beso en sus labios.

Echo un vistazo alrededor, la habitación es amplia y muy minimalista. Una puerta a la derecha que lleva al baño, otra puerta a la izquierda que es el closet. Al lado, un escritorio con varios libros en un estante superior. Mi curiosidad me tiene acercándome y sobre la mesa hay una fotografía familiar. La tomo para mirarla de cerca.

Es muy triste ver la diferencia de expresiones actuales comparada con la fotografía en mis manos, en ella todos lucen felices.

Dejo el portarretrato en su lugar. Levanto la vista para husmear en los libros leyendo los títulos. Bueno, ¿qué tenemos aquí? Planto una sonrisa cuando reconozco uno en particular.

"Orgullo y prejuicio"

Sostengo el libro que parece haber sido leído muchísimas veces, sus hojas están un poco arrugadas.

—Mentiroso —susurro, sonriéndole al chico durmiente.

La luz encendida en mi móvil, que descansa en la mesita de noche, me hace avanzar para tomarlo. Joder, he olvidado hablar con los chicos. Tengo muchos mensajes y llamadas perdidas, incluso de mis padres.

Escribo un rápido texto para explicarles la situación. También le pido a Isa que ponga al tanto a mis padres, luego me encargaré de llamarlos.

Ya es demasiado tarde por lo que pienso quedarme aquí, no importa si al señor Hamilton no le parece adecuado.

Me meto a la cama junto al castaño, cuidadosamente lo abrazo de tal manera que la cabeza del chico queda apoyada en mi pecho. Lo cubro con la frazada.

Horas más tarde, no logro dormir prácticamente nada, me limito a acariciar el rostro de Zac y sus magulladas manos, no me permito apartar la vista de él, temiendo que desaparezca.

Zac

Me retuerzo entre las mantas, negándome a abrir los ojos porque mi cabeza duele como el infierno.

Cuando finalmente los abro de manera pesada, reconozco el techo. Estoy en mi habitación.

¿Cómo he llegado? Ni puta idea. Y cuando los fragmentos comienzan a llegar a mi cabeza, la habitación empieza a dar vueltas.

Yo caminando mientras escuchaba música. Golpeando a una persona. Sentado en un precipicio. Bebiendo en un bar, luego durmiéndome sobre la barra. Caminando bajo la lluvia. Entrando al cementerio. Ojos azules asustados.

Nich abrazándome.

¿Nicholas?

Me siento automáticamente agarrándome la cabeza a causa del intenso dolor. Aparto las sábanas y pongo los pies sobre la alfombra, listo para salir a buscarlo.

—¿Cómo te sientes? —levanto la cabeza sobresaltado.

Mi padre.

Se encuentra sentado en la silla del escritorio, tiene las piernas abiertas y los codos apoyados en cada rodilla. Está vestido con ropa informal, su rostro luce inexpresivo y con unas notables ojeras bajo sus ojos verdes grisáceos.

No sé qué responder, ha pasado un tiempo desde que mi padre me ha hecho una pregunta de este tipo. Estoy un poco confundido.

¿Por qué está aquí? ¿Y por qué luce como la mierda?

—¿Dónde está Nicholas? —termino preguntando.

—Bajó por el desayuno.

Si bien recuerdo lo que ha sucedido el día de ayer, pero no del todo como para comprender la actitud de mi padre. Nos quedamos en silencio un momento, tal parece que ninguno tiene algo para decir.

La puerta de la habitación es abierta de manera torpe y por ella entra un hermoso chiquillo que, prácticamente, hace malabares para sostener la bandeja en sus manos.

—Oh, ya despertaste —dice cuando me mira. Como puede, apoya la bandeja sobre la mesita y se acerca a mi lado—. Hola, precioso.

A continuación, deja un beso en mis labios. Joder, cuanto he extrañado esto. Un

carraspeo por parte de mi padre hace que Nicholas se aleje resoplando molesto.

—Tengo que hablar contigo —anuncia mi padre.

¿Hablar conmigo? ¿De qué va todo esto? Frunzo el ceño con confusión.

—Los dejo para que puedan charlar tranquilos —dice con entendimiento.

—No, quédate, por favor —lo miro suplicante. Quiero y necesito tenerlo cerca.

Nich intercambia miradas con mi padre como si le estuviera pidiendo permiso, el mayor asiente.

Mi padre se pone de pie, camina lentamente y cuando está frente a mí, se deja caer de rodillas. ¿Qué mierda? Abro los ojos grande con asombro, miro a Nich sin entender, pero este solo me da una sonrisa tranquilizadora.

—He sido el peor padre del mundo...

—Papá —trato de hablar.

—No, déjame decirte esto —me toma de las manos—. Te dejé completamente desamparado, me hundí tan profundamente en mi dolor que no fui capaz de darme cuenta de que tú la estabas pasando incluso peor que yo, porque no solo perdiste a tu madre y a tu hermana, sino también a tu padre. He sido egoísta, hijo —gruesas lágrimas ruedan por el rostro del mayor y yo no sé qué decir—. Me dediqué a trabajar para apaciguar mi dolor y olvidé que te tenía a ti. Olvidé que debía cuidar de ti, creí que estarías bien al lado de tus amigos, no puedo entender lo equivocado que estaba, debí sostenerte. Por Dios, ¿qué clase de padre soy? —se lamenta moviendo la cabeza repetidamente—. ¿Y si a ti te pasaba algo por mi culpa? No lo hubiese soportado, mi vida gira alrededor de ti y lamento no habértelo hecho saber —me toma del rostro, uniendo nuestras frentes—. Perdóname, hijo, sé que no lo merezco, pero aun así te lo pido, dame una oportunidad para cuidarte, apóyate en mí. Lo siento tanto.

Para este entonces, no puedo formular una sola palabra, simplemente me lanzo sobre mi progenitor y lo abrazo tan jodidamente fuerte que puedo escuchar los latidos de su acelerado corazón. Lo abrazo por todo el tiempo que llevo sin hacerlo.

—No tengo nada que perdonarte, ¿entiendes? —Digo al alejarme—. Nunca te he reprochado nada, papá, siempre entendí que cada uno estaba lidiando por su cuenta, tal vez no fue la mejor manera, pero es lo que nos salió en el momento, así que no debes sentirte culpable.

—Pero yo, como padre, no debí dejarte solo. Lo lamento...

—Papá...

—¿Puedes perdonarme? —suplica. Tomo una respiración profunda antes de asentir, sabiendo que mi padre no se quedará tranquilo si no le doy lo que me pide—. Gracias, hijo —me besa la mejilla antes de sentarse en la cama a mi lado y tomarme en un

medio abrazo—. De ahora en adelante, vamos a comenzar terapia —estoy a punto de protestar, pero veo la mirada de advertencia que Nich me lanza, así que me quedo callado—. Saldremos adelante juntos, ¿de acuerdo?

—Está bien.

Maldita sea, se siente tan bien estar en los brazos de mi padre.

—Son dos gotas de agua —interrumpe el chiquillo, sollozando—. Aunque tú eres más guapo, precioso.

Me regala un guiño coqueto. Diablos, lo he extrañado tan malditamente tanto.

—Entonces... ¿Ustedes son? —pregunta mi padre en tono serio.

—Novios —contesta orgulloso Nich mientras se sienta en la silla—. Aunque la última vez duramos una hora, espero que esta vez superemos el día.

Suelto una risita, mi padre y Nich me miran con adoración y alivio.

—Así que ahora puedo llamarlo suegrito —dice entusiasmado.

—No vas a llamarme así —sentencia con horror el mayor—. Mucho menos después de haber armado un revuelo en mi empresa.

—¿Cómo? —pregunto con confusión—. ¿Se conocieron antes?

Mi padre dibuja una dura expresión, mientras que Nich sonríe inocentemente antes de empezar a relatar los hechos del primer encuentro.

.....

—Mis papás te mandan abrazos y los chicos dicen que vendrán mañana —comenta Nicholas.

Estamos sentados en la cama, apoyados en el espaldar, viendo televisión. Le pedí que se quedara conmigo esta noche, ya que no hemos tenido la oportunidad de hablar y necesito hacerlo, así que tomo la mano de Nich y entrelazo nuestros dedos.

—Lo siento —él me mira sin entender—. Lo que dije ese día, toda esa mierda no era cierta. Sé que los chicos ya te lo explicaron, pero quiero dejarlo en claro —lo tomo de la barbilla con mi mano libre—. Eres el chico más increíble que he conocido en mi vida y creo que no te merezco, pero a pesar de todo, soy lo suficientemente egoísta para pedirte que te quedes a mi lado.

Nicholas se impulsa para quedar a horcajadas sobre mi regazo.

Termina uniendo nuestros labios en un beso tan necesitado, que los vellos de mi piel se erizan. Me siento en la gloria, los labios de Nich se mueven frenéticamente tomando el control total, chupando y succionando tanto tiempo como el aire nos lo permite.

—Te amo, Nicholas —murmuro sobre sus húmedos labios.

—Y yo a ti, mi chico precioso.

.....

El lugar es extraño, no termino de entender si es una playa o un bosque con un río. La diferencia es amplia, pero lo único que puedo ver es agua en mis pies descalzos y humo blanco, demasiado humo blanco que no me permite ver alrededor.

No estoy asustado ni afligido. Todo lo contrario, me siento tranquilo en este lugar, se respira mucha paz.

—Hola —dice una vocecita que conozco a la perfección.

Mi corazón comienza a latir frenéticamente mientras que giro sobre mi eje buscándola.

Nada.

—¿Sigues siendo malo para las escondidas? —ella se ríe.

—Mar —mi pecho se hunde y mis lágrimas caen en picada.

—¡Buh! —dice a mi espalda.

Giro automáticamente, encontrándome con unos hermosos ojos verdes y un rostro angelical. Lleva puesto un delicado vestido blanco.

—Oh, Dios mío —la cojo en mis brazos girando con ella. Su risa cantarina llena mi corazón de alegría y calidez—. Muñequita, muñequita...

Mis ojos están anegados en lágrimas.

—Eres un llorón —ella seca mis mejillas con sus pequeñas manitos.

—Mar, sé buena —reprende una dulce voz—. Hola, cariño.

Mi madre me abraza fuertemente mientras acaricia mi cabello.

—Mamá, mamá... —me alejo de ellas para asegurarme de que están aquí, conmigo—. Por favor, no me dejen.

—Mi amor, nunca te dejaremos —ella acaricia mi mejilla—. Siempre vamos a cuidar de ti, pero ahora tienes que volver a sonreír, Zac, es momento de que avances y vivas tu vida. Tú y tu padre tienen que ser felices, nosotras lo somos, si ustedes lo son —mamá toma la mano de Mar, ella asiente estando de acuerdo—. Vuelve a sonreír, cariño.

Quiero decirles que deseo quedarme aquí con ellas, para siempre, pero no puedo hablar, mi garganta está cerrada. Solo puedo sollozar. Mi madre me abraza nuevamente y deposita un beso en mi frente.

—Te amo, hijo.

—T-te amo, mamá.

—Así que... finalmente Shakespeare es el mejor poeta, ¿eh? —comenta burlonamente la muñequita.

—Lo es —sonríó.

—Te amo, hermanito.

Me inclino para abrazarla.

—Y yo a ti.

Ellas retroceden de la mano, regalándome las sonrisas más hermosas que jamás he visto, sonrisas que van a quedar grabadas en mi mente y en mi corazón por siempre.

Les doy la mejor sonrisa que tengo. Mi corazón duele porque, a fin de cuentas, entiendo que es una despedida. Lloro de alivio al saber que ellas están bien.

Lloro de tranquilidad.

Lloro de amor.

.....

Tomo una respiración profunda antes de bajar la perilla de la habitación. Lo primero que noto al entrar es que permanece intacta, como la recuerdo.

La cama se encuentra al lado del ventanal porque ella amaba despertarse con el reflejo de la luz natural en el rostro. Un escritorio en una esquina, al lado un estante con una mini biblioteca, cuadros de diferentes paisajes, fotos familiares, y pósteres de dibujos animados. Las paredes son de un color verde esmeralda.

No puedo evitar sonreír cuando un recuerdo se instala en mi mente.

Mis padres se encontraban en la oficina que tenían en casa, revisando unos planos. Y yo simplemente pasaba horas observando cómo trabajaban con dedicación y así aprender.

—Quiero cambiar la decoración de mi cuarto —anunció Mar al interrumpir el lugar.

Mis padres la miraron sin entender.

—¿Por qué? Creí que te gustaba tu habitación —menciona mi madre.

—Ya no, odio el rosa —bufó molesta mientras se cruzaba de brazos.

—A ver, cariño —comenzó dulcemente mi padre—. ¿De qué color la quieres ahora? La hemos pintado hace poco.

—Lo sé, pero ya no me agrada el rosado, ahora quiero pintarla de verde —aplaudíó

emocionada—. Verde esmeralda.

—¿Verde? Pero es un color un poco masculino. ¿Qué tal un violeta? —intentó el mayor.

—¡Papá! —exclamó horrorizada—. Eso que acabas de decir es un estereotipo. Los colores no tienen género. La sociedad está acostumbrada y mentalizada para decir que el rosa es para las niñas y el azul para los niños. ¡Eso es completamente absurdo!

Mi padre se sintió un poco avergonzado al ser reprendido por su pequeña hija. Solté una risa divertida.

—Tienes razón, lo siento —susurró apenado.

—Descuida —ella avanzó hacia él para envolver sus pequeños brazos alrededor de su cuello—. Pero... ¿Podemos pintarla de verde? —batió sus pestañas.

—Podemos hacer eso —dijo él, besando su mejilla.

Me posiciono frente al ventanal y observo hacia afuera pensativamente. Me hace daño recordar momentos en los que fui inmensamente feliz, deseo regresar el tiempo atrás para poder disfrutarlos un poco más.

Unos minutos después, siento unos brazos envolverse alrededor de mi cintura. Un aroma adictivo entra por mis fosas nasales mientras que siento un calor abrasador en mi espalda. Nich apoya el mentón en mi hombro y entrelazo nuestros dedos para reajustar el abrazo.

Permanecemos en silencio unos minutos antes de comenzar a hablar.

—Anoche soñé con ellas —comento.

—¿Otra vez la pesadilla? —lo siento tensarse—. Me dormí tan profundamente que no te escuché, lo siento.

—No te preocupes, no fue una pesadilla —digo tranquilo—. Al contrario, fue el sueño más bonito que he tenido en un tiempo.

—Oh, me alegra saber eso —besa mi mejilla—. ¿Quieres hablar sobre ello?

Quiero hacerlo, quiero compartir algo tan especial con mi persona especial y si pretendo que esto funcione, entiendo que debo poner de mi parte.

—No estoy seguro si era el mar o un río, pero alrededor había mucho humo blanco. Ellas aparecieron. Nos abrazamos y me pidieron que sea feliz —menciono mecánicamente—. Mi hermana insiste en que Shakespeare es el mejor poeta.

—Ella tiene razón —está de acuerdo Nich.

Me giro bruscamente tomándolo de la cintura. Nicholas se sostiene de mis hombros.

—¿Tú también? —pregunto enfurruñado

—Sí —picotea mis labios. Sus ojos tienen un brillo especial, un brillo que me hace querer mirarlo por siempre—. Estoy orgulloso de ti, lo sabes, ¿verdad?

—Aún no he hecho nada.

—¿Bromeas? —pregunta con incredulidad—. El hecho de querer salir adelante ya es un logro por el cual estar orgulloso. No todas las personas pueden tener ese valor y esa fortaleza que tú estás construyendo.

Deposito un beso en su nariz y él sonríe en respuesta.

—En parte te lo debo a ti, chiquillo metiche —sonríó de medio lado.

Abre la boca fingiendo indignación.

—¿Cómo me llamaste? —pregunta con un falso enojo.

—Chiquillo metiche —repito retadoramente.

Nicholas hace un puchero bastante infantil y no puedo resistir la tentación, mordisqueo su labio sobresaliente antes de atacar su boca en un beso extenso y placentero.

Narrador Omnisciente

—No puedo creer que trajeras tantos globos —bufa Samuel, tocando el timbre de la residencia Hamilton—. Ni que viniéramos a una fiesta de cumpleaños.

—Son lindos —responde orgulloso Thomas, agitando los globos—. Además, es de mala educación llegar sin nada.

Hace un ademán hacia las manos vacías de Samuel.

—Por si lo olvidas, yo compré esos globos —le remarca.

—Pero yo los traje —contraataca el peliblanco.

—Técnicamente, los globos son mi regalo.

—No, yo te pedí que los compraras para traerlos, así que, en teoría, son míos —puntualiza—. Para eso eres mi amigo con dinero.

Samuel intenta arrebatarse los globos, pero el peliblanco es más rápido y se esconde detrás de Jerry, quien tiene en sus manos unas bonitas flores.

—Quédatelos, los globos no me gustan, son demasiado cursi —termina por rendirse el pelinegro.

—Oh, habla el "chico rudo para nada cursi" que llena a su novio con regalos excesivamente románticos —se burla Thomas haciendo sonrojar de la furia a su amigo—. Rosas, chocolates, osos de peluches, si mal no recuerdo, el principito me contó que los globos también estuvieron incluidos en el paquete de "para nada cursi".

El rizado sonrío inocentemente. Samuel enfurece e intenta, nuevamente, alcanzarlo, pero Thomas sabe como escapar.

—Basta, parecen unos niños —los reprende Isabella, quien trae en sus manos una tarta de fresa que le ha mandado la madre de Nicholas para Zac.

—Sami —lo llama Jerry—. Me encanta que seas cursi —le aclara haciéndolo ruborizar.

—Te amo, principito —responde con adoración.

—Lo dicho... cursi hasta la médula —canturrea el peliblanco.

Por suerte, antes de que se desate una nueva ronda de pelea, la puerta principal es abierta, dejando ver a un imponente hombre vestido con un impecable traje negro perfectamente moldeado a su figura. Ladea la cabeza y frunce el ceño. Su falta de simpatía deja a los chicos como soldados frente a su comandante.

—Buenos días, señor Hamilton —saluda cordialmente Samuel, dando un paso al frente.

A pesar de que el pelinegro lo conoce hace mucho tiempo, siempre lo ha tratado de manera formal y cordial. Es parte de la personalidad de Samuel.

El ambiente se torna un tanto pesado, teniendo en cuenta la situación por la que Zac tuvo que pasar a causa de la ausencia de su padre.

Sin embargo, el entorno cambia en un abrir y cerrar de ojos cuando Thomas se hace cargo de la situación, saliendo de su escondite con la típica sonrisa ganadora que utiliza para atrapar a sus conquistas, plasmada en su bonito y delicado rostro. Le entrega los globos a Samuel y se posiciona al lado de este.

—Hola —prácticamente le ronronea al mayor. Planta una mano en la curva de su cintura como si estuviera en un desfile de pasarela—. Así que... ¿Usted es el señor Hamilton? —arrastra seductoramente las últimas dos palabras—. Vaya, tenemos buena mercancía por estos lados.

El mayor frunce aún más el ceño, pero esta vez dibuja una mirada de indignación, realmente sacado de base por la insolencia del joven.

El pelinegro se inclina al oído de Thomas y le susurra:

—¿Te recuerda algo las palabras petulante e irritante? —pregunta con malicia.

—Tonterías —el peliblanco le resta importancia con una mano, sin quitar la vista del mayor—. Entonces, señor Hamilton, ¿podemos ver a mi futuro hijastro?

El rostro del mayor se llena de furia y aprieta las manos a los costados sin creer lo que Thomas acaba de tirar sobre la mesa.

—Eres un niño impertinente —dice entre dientes y el enojo se filtra a través de su ronca voz.

—Puedo enseñarle cuán impert...

Jerry le cubre la boca con su mano libre, evitando que suelte otro comentario fuera de lugar.

—¿Podemos ver a Zac un momento, por favor? —pregunta la rosada, tratando de salvar el momento.

El señor Hamilton los mira evaluativamente. Thomas lo devora con la mirada, Samuel lucha entre los globos, Isabella entierra un dedo en la crema de la tarta y Jerry espera expectante su respuesta, todavía con la mano sobre la boca de Thomas.

—Adelante —acepta no muy convencido, mirando con desaprobación al peliblanco. El mayor se hace a un lado para dejarlos pasar.

Cuando todos están adentro, el hombre toma su maletín y un abrigo.

—Está en su habitación, sean breves, necesita descansar —ordena tajante.

—Veo que le gusta lo rápido... —Thomas está a punto de hacer un chiste pervertido si no fuese porque Isabella lo pellizca—. Ah —se soba el brazo.

—Descuide, solo queremos verlo unos minutos —dice amablemente Samuel.

El hombre asiente antes de salir por la puerta principal sin despedirse.

Todas las miradas de reproche van directo al peliblanco.

—Mierda, y yo que pensé que el padre de nuestro amorcito era un anciano, pero todo lo contrario, está que se cae de bueno —el chico se abanica con las manos.

—Es cierto —concuerta Isabella—. Parece muy joven para tener un hijo de la edad de Zac.

—Creo que aún está al final de sus treinta —menciona Samuel.

Thomas se queda pensativo unos segundos, luego pone un dedo en su barbilla.

—¿Todavía puede ser un sugar daddy? —pregunta entrecerrando los ojos.

—¡Thomi! —lo reprende el rizado.

—Aunque con él, lo haría gratis y hasta le quedaría debiendo.

Sus amigos terminan por reírse a causa de las ocurrencias del chico.

Luego de ese episodio, suben rápidamente al encuentro de su amigo.

—¡Amorcito! —Thomas se le tira encima, enredando sus piernas en su cintura.

—Condenado Thomas —corresponde el abrazo porque a pesar de que es un dolor en el trasero, lo había extrañado.

—Te traje esto —dice cuando se baja, camina hasta Samuel y le arrebató los globos nuevamente.

—Gracias —dice tomándolos.

Los siguientes en abrazarlo son Isa y Jerry, quienes también le han llevado unos obsequios. El siguiente en abrazarlo es Samuel.

—Joder, hermano, me alegra que estés bien —le susurra al oído.

Samuel es de esos hermanos que te da la vida sin ser de tu misma sangre. Parte de su progreso se lo debe a él y Zac no puede sentirse más agradecido por tenerlo en su vida.

Cuando los saludos terminan, el castaño les pide que tomen asiento. Isa en la silla del escritorio, Thomas, Samuel y Jerry en la cama. Nicholas y él permanecen parados.

—Quiero decirles que lo siento por todos los malos momentos que los hice pasar —

comienza diciendo—. No me di cuenta de que no solo me hacía daño a mí mismo, sino también a ustedes —toma a Nicholas por los hombros, este le sonríe amorosamente—. También quiero agradecerles por aguantar mi mierda y por ser tan incondicionales conmigo. Estoy tratando de que esto sea un nuevo comienzo para mí, me da gusto que sean mis amigos y que permanezcan a mi lado.

El peliblanco aplaude y silba como si acabara de dar el mejor discurso del mundo.

—Para eso estamos los amigos —dice Samuel, mirándolo con orgullo.

Todos están de acuerdo.

—Bueno, es la primera vez que te escucho decir tantas palabras juntas —se mofa divertida Isabella.

—Isa —la reprende Jerry—. Estamos aquí para apoyarte, Zac, llevamos poco tiempo de conocernos, pero sé que eres una persona increíble y es momento de que tengas una buena vida.

—Gracias, Jerry, sin ustedes, no podría —admite agradecido.

Extrañaba tanto a sus amigos que no supo lo bien que le hacía estar con ellos hasta que se permitió abrir su corazón y dejar que la calidez lo invada.

Debe admitir que se siente un poco asustado, lo asusta como la mierda el hecho de recordar que unos días atrás, estuvo a punto de cometer una locura y, en este momento, se siente tan bien, tan querido, tan amado y protegido. Pero también comprende que de eso se trata el poder avanzar

Ni hablar de Nicholas Brown, porque ese chico se ha convertido en su todo.

Jac

Una semana después, decidí regresar a la universidad. Samuel me ha ayudado hasta ponerme al día con las clases atrasadas. La verdad es que estudiar siempre ha sido de gran ayuda para la distracción, pero en este momento, lo siento más como un placer.

Al nada más pisar el campus, me he sentido de otra manera a lo usual, como total y literalmente renovado.

En este instante, estamos saliendo de clases junto al chiquillo.

—Tu papá está llamando mucho la atención —comenta divertido cuando cruzamos la entrada principal y logro visualizarlo.

Y es jodidamente cierto. Mi padre está apoyado de brazos cruzados en la puerta del piloto de su deportivo, porta un traje elegante como de costumbre, lentes de sol y esa aura de intocable.

Vino a buscarme porque tenemos una cita con el terapeuta y por más que insistí en que podemos encontrarnos en el lugar, mi padre se negó una y otra vez diciendo que él vendría a recogerme para ir juntos, es más, hasta me trajo a la universidad para que no viniese en mi coche, al parecer tiene miedo de que no asista a la cita.

Y es entendible que piense de ese modo, no puedo culparlo, así como tampoco pueden culparme por asombrarme del cambio drástico que está dando mi padre para conmigo.

—Y ni siquiera lo sabe —digo moviendo la cabeza.

Tanto chicas, chicos y hasta profesores, miran en dirección a Jac Hamilton, tampoco es de extrañar. Estoy acostumbrado a que mi padre llame tanto la atención, aun sin intentarlo.

—Hola, suegrito —saluda burlonamente Nicholas cuando llegamos frente a él.

El mayor frunce el ceño mientras se endereza dejando ver su pronunciada estatura.

—No me llames así —espeta hostil.

—Está bien, suegrito —curva los labios inocente.

Mi padre resopla molesto antes de abrir la puerta del piloto y meterse al vehículo.

—Vamos, hijo —me ordena suavemente.

Me giro para encarar a Nicholas y depositar un beso en sus labios.

—Te marco cuando salgas del trabajo.

—Está bien, precioso —picotea varias veces mi boca—. Te amo.

—Y yo a ti —respondo sintiendo revolotear las jodidas mariposas en mi estómago.

Cada vez que el chiquillo me dice que me ama, mi corazón deja de latir por un segundo a causa de la euforia.

Nicholas me guiña un ojo al separarse.

—Adiós, suegrito —agita su mano en dirección a mi padre.

—Insolente —lo escucho decir.

Por supuesto que en lugar de ofenderse, Nicholas se ríe a carcajadas mientras se aleja.

Cuando pone el coche en marcha, no puedo borrar la sonrisa en mis labios.

—Ese novio tuyo es un poco exasperante —se queja mi padre.

Sé que en el fondo Nicholas le cae bien, solamente no va a aceptarlo en voz alta, si lo hace, su faceta de padre rudo quedará arruinada.

—Él es genial.

.....

La cita con el terapeuta ha sido muy dura, tanto así, que cuando salimos ninguno menciona una palabra, simplemente entramos a una cafetería que se encuentra al lado del consultorio, ordenamos algo de beber y nos quedamos en silencio por un rato, cada uno metido en nuestros propios pensamientos.

Al principio, pensé que la idea de hacer terapia juntos no era una buena decisión porque tal vez eso resultaría contraproducente, pero luego de haber hablado, ambos, con Albert, supe que la decisión ha sido la correcta porque es una buena manera de entender a mi padre y que él también lo haga conmigo.

"Perdí a la mujer que tanto tiempo amé, perdí a una niña que tenía toda una vida por delante, me he cegado y me encerré en mi caparazón. En lo único que pensé fue que él tenía a sus amigos para que lo ayudaran, que él era joven y fuerte y que podría seguir adelante para superar esa tragedia. Me alejé para no asfixiarlo con mi dolor, pero nunca creí que él me necesitaba. ¿Quién iba a necesitar a una persona rota? Otra cosa que no supe, es que él estaba más roto que yo".

Esas habían sido las palabras de papá. Palabras que no dejan de rondar por mi mente, haciéndome comprender mejor las cosas.

"Cuando perdemos a un ser querido, por lo general, nos encerramos en nuestra burbuja de dolor y angustia. Muchas veces no queremos consuelo y apoyo. Muchas veces somos egoístas y únicamente nos enfocamos en nuestro sufrimiento, no reflexionamos sobre lo que pueden sufrir nuestros seres queridos, no porque seamos malas personas, simplemente porque es lo que nos sale espontáneamente. Como

superar una pérdida, no es algo que venga con un manual de instrucciones".

Había dicho Albert.

Levanto la vista hacia mi padre, quien me mira con los ojos sospechosamente aguados y con la culpa filtrándose a través de ellos.

—Papá.

—Hijo.

Decimos al unísono.

—Ya te lo había dicho antes, no te juzgo y nunca lo he hecho —le gano la palabra—. Deja de culparte. Estamos haciendo esto juntos, así lo quieres, ¿verdad?

—Más que nada en este mundo —puntualiza.

—Eso está bien.

Le sonrío de medio lado y cambio la conversación para una más agradable y, ¿qué mejor tema de conversación que contarle cómo nos conocimos con el chiquillo metiche?

La semana transcurre de manera tranquila, continuando en terapia junto a mi padre y debo admitir que a pesar de que fueron pocas las sesiones, ya puedo notar los cambios en mi estado anímico.

Ni hablar del apoyo constante por parte de los chicos y Nicholas, por supuesto que apoyarme no significa agobiarme y eso demuestra el voto de confianza que han depositado en mí.

Es sábado por la noche y Nicholas me envió un texto invitándome a cenar en su casa. La verdad es que no he tenido tiempo de ver a sus padres, con tantas tareas pendientes, mi tiempo libre ha sido limitado, por lo que no dudé en aceptar la invitación y en gran parte es porque extraño al chiquillo, ambos hemos estado ocupados.

Estaciono el Jeep al frente de la casa de los Brown. Antes de bajar, tomo la caja con el postre que compré de camino. Afuera hace bastante frío, por lo que avanzo apresuradamente hacia el porche de la casa para luego tocar el timbre.

Nicholas abre la puerta luciendo tan jodidamente hermoso como de costumbre. Lleva puesto unos jeans grises y una camiseta verde militar con un estampado de notas musicales. Mi corazón comienza a hacer esa cosa loca, como si estuviera desesperado cada vez que el chiquillo planta su maldita sonrisa brillante.

—Hola, precioso —me agarra de la solapa de la chaqueta para meterme dentro de la casa—. ¿Me extrañaste?

Cada maldito segundo.

—Ni un poco —respondo.

—Yo te extrañé aún más —ignora mi respuesta.

No pierdo el tiempo y haciendo equilibrio para no tirar el postre, capturo sus labios para saludarlo como se debe porque joder, lo he extrañado todo el santo día.

Nunca antes había sentido algo como lo que siento por Nicholas. He estado con chicas y chicos, pero sin enamorarme, no porque me haya desagradado la idea, sino más bien porque ninguna de las personas anteriores me hacían sentir de la manera en la que Nicholas me hace sentir.

Y sí, debo admitir que, por momentos, asusta demasiado estar enamorado, pero también es maravilloso. Ni hablar si tienes la dicha de conocer a una persona como Nicholas Brown.

Deposito un casto beso en sus apetecibles labios antes de alejarme.

—Traje esto —le tiendo la caja con el postre.

—Gracias, pero no hacía falta, precioso —dice tomándola—. Ven, mis papás nos están esperando en el comedor.

Atravesamos la sala hasta entrar en el comedor donde una mesa repleta de comida nos espera. Los padres de Nicholas se acercan para saludarme.

—Hola, cariño —Líli me abraza fuertemente—. Me da tanto gusto volver a verte y mirarte nada más... —me toma de las manos—. Te ves mucho mejor.

Y a diferencia de aquella vez que el director dijo esas mismas palabras, esta vez, el efecto fue distinto.

El chiquillo me mira atentamente como si temiera mi reacción, pero sonrío de medio lado para tranquilizarlo.

—Gracias, Líli.

Ella esboza una sonrisa antes de alejarse. El próximo en acercarse es Alan. Me jala de los hombros para abrazarme y luego revuelve mi cabello, dejándolo un poco despeinado.

—Es bueno verte de nuevo, campeón.

—Lo mismo digo, Alan.

No logré tratar mucho con ellos, pero no hizo falta para tomarles cariño. Líli es una madre increíble y me recuerda a mamá, tal vez fue por eso que me agradó al instante y Alan es genial, sobre todo porque su personalidad es muy parecida a la de mi novio.

Siempre voy a estar agradecido con ellos por haberme amparado aquella inolvidable noche.

—¡Oigan! Voy a ponerme celoso si no dejan de manosearlo —se queja infantilmente el chiquillo.

Tiempo después, tomamos asiento para empezar a cenar. La comida está deliciosa, por supuesto que Nicholas miente diciendo que él la ha preparado y por supuesto que no le creo.

—Tienes manchado —le informo mientras levanto la mano para quitar con mi dedo pulgar, la mancha de salsa que queda en la comisura de sus labios.

Luego me llevo el dedo a la boca para lamerlo. Él me sonríe amorosamente.

—Entonces... ¿Son novios? —Líli nos saca del momento.

—Cariño —la reprende Alan.

—¿Qué? —ella se encoge de hombros—. Tú también quieres saber —lo evidencia.

El hombre nos mira inocente, como Nich suele hacerlo cuando se mete en problemas.

—Pues no sé por qué preguntan si ya les dije que sí —el chico los observa sospechosamente.

—Queríamos que Zac nos lo contara —comenta Alan.

Entiendo que ellos quieran tener las cosas claras y no tengo ningún problema en ponerlo sobre la mesa.

—Sí, somos novios —digo contemplando a mi chico.

Este me guiña coqueto.

El resto de la cena transcurre tranquilamente. Comimos el postre y luego de charlar un rato más, empezamos a recoger las cosas para limpiar.

—Yo lavo los platos —anuncia Alan, poniéndose de pie.

—Lo ayudo.

—No hace falta, campeón. Tú eres nuestro invitado.

—Quiero hacerlo y voy a hacerlo —afirmo rotundamente.

Se escucha un jadeo. Mierda.

—¡Ah, precioso! Me encanta cuando te pones todo mandón —dice Nich sensualmente, haciendo reír a Alan.

La vergüenza me invade y lo miro pidiendo disculpas. A veces, no puedo controlar mi personalidad autoritaria, heredada de mi padre.

—Mientras ustedes lavan los platos, yo voy a buscar las fotografías infantiles de este muchacho lujurioso, así se le quita lo perverso —anuncia Lili mientras se pone de pie.

—¿Qué? —pregunta horrorizado el chiquillo, luego se levanta precipitadamente—. ¡Ven aquí, Lili!

Sale corriendo detrás de ella.

—¿Cómo me llamaste? —se la escucha decir.

—¡Mamá, dije mamá! —exclama rápidamente.

Alan y yo nos miramos y rompemos a reír. Llevamos las cosas a la cocina para empezar a limpiar un poco, el señor Brown lava mientras que yo seco.

El silencio es roto cuando el mayor hace un comentario afirmativo.

—Finalmente, están saliendo —comenta curiosamente.

—Es correcto.

—¿Lo quieres?

Sabía que esta charla llegaría en algún momento.

—Lo amo —digo sin dudar.

Alan deja escapar un suspiro para luego relajarse.

—Me alegra saber eso —suena sincero.

—Tiene miedo que lo vuelva a lastimar —afirmo en su lugar.

—No, porque sé que no lo harías intencionalmente. No quiero que malinterpretes lo que voy a decirte, pero preciso que entiendas que Nicholas es mi único hijo y aunque ya es un adulto —hace una mueca graciosa—, bueno... intenta serlo, siempre vamos a protegerlo.

Asiento estando de acuerdo y preparándome para las advertencias que están por llegar.

—Adelante.

—Aquella vez que se pelearon... —me pasa un plato—, estaba realmente triste y tanto para Lili como para mí, fue impactante verlo de ese modo. Imagínate ver a una persona que siempre está alegre y risueña, totalmente devastada —el pecho me aprieta y se instala un nudo en la garganta. La culpa haciendo acto de presencia—. No te hemos culpado por nada, pero necesito estar seguro de que lo vas a cuidar.

Lo miro directamente a los ojos y sin despegarlos del hombre, digo:

—Siento mucho que haya sufrido por mi culpa, es algo que nunca voy a olvidar. Pero

confíe en mí cuando le digo que lo amo, que es una persona maravillosa y que soy muy feliz al tenerlo a mi lado. Depositen un voto de confianza en mí y les prometo que voy a amar a su hijo siempre.

Alan me contempla detenidamente, pero parece que lo he convencido, quizá por la firmeza en mi voz o quizá por las palabras dichas, luego cambia la expresión a una aliviada, como si hubiera dicho justo lo que él quería oír.

—Tienes nuestra confianza, la has tenido desde que Nich entró corriendo diciendo que había conocido al chico más precioso que jamás había visto.

Suelto una risa mientras el nudo en mi garganta desaparece de a poco.

—Te prometo que haré lo que sea, pero no la muestres, por favor, mamá —suplica Nich entrando a la cocina, siguiendo a su madre, quien trae un gran álbum bajo el brazo y una foto dada vuelta en la mano.

—¿Lo que sea? —pregunta Lili con interés.

—Sí, lo que sea —asiente repetidamente.

Lili parece sopesar su respuesta bajo la atenta mirada del resto, finalmente, le entrega la fotografía a Nich y este la toma apresuradamente, guardándola en uno de los cajones de la isla.

—Me debes una —advierte su madre.

—Sí, sí —dice a regañadientes—. Lo que sea con tal de que mi chico precioso no vea esa horrible foto y se desamore de mí.

—Se dice "desenamora" —lo corrige su padre—. Y por si no lo sabes, estamos aquí.

El mayor sonríe divertido. Muevo la cabeza y me acerco hasta el chiquillo.

—Ahora quiero ver esa fotografía —él me mira escandalizado.

—Eso no está pasando, precioso —me roba un beso—. No quiero que te desamores de mí.

—Desenamores —vuelve a corregir Alan.

—Eso no va a pasar, no existe la jodida manera para que pueda dejar de amarte —le digo antes de besar su frente.

Se escucha un "ah" por parte de los mayores. Nich me mira totalmente enamorado.

Tiempo después, me despido de ellos para volver a casa, pues ya es muy tarde. Hemos quedado con Nicholas para vernos hasta el lunes porque ambos tenemos demasiada tarea por hacer, así que cuando nos despedimos, me encargué de darle tantos besos como me fue posible para suplir la cuota de mañana.

Pongo el vehículo en marcha, recorriendo lentamente las calles poco transitadas debido al horario. Mientras conduzco, unos hermosos ojos azules llegan a mi mente como un rayo de luz, llenos de brillo que transmiten alegría y calidez.

Hago una mueca dudosa cuando una idea pasa por mi cabeza, freno en un semáforo en rojo y aprovecho para tomar una decisión.

A la mierda, cuando la luz cambia a verde, en lugar de seguir derecho, giro en una entrada que me permite volver. No soy alguien que suele guiarse por los impulsos, pero ahora mismo, no lo puedo evitar.

Cuando estoy cerca de la casa de Nich, aparco una cuadra antes. Una vez al frente, sopeso mis posibilidades, lo más fácil y sensato sería tocar el timbre como una persona normal, aunque no pretendo ser normal y tampoco quiero despertar a los padres del chiquillo y, ¿para qué negarlo? La adrenalina empieza a fluir por mi torrente sanguíneo.

Echo un vistazo a la casa, la habitación de Nicholas está en el segundo piso y se puede ver un pequeño balcón, a simple vista, la estructura de la casa me permitirá trepar como un delincuente, así que no lo pienso dos veces antes de comenzar a subir, rogando para que la puerta del balcón estuviese abierta.

Nich

Salgo de darme una ducha rápida, una toalla está atada alrededor de mi cintura, mientras que me seco el cabello con otra.

—Te ves risible en esta foto —susurra una voz en la habitación.

—Grac... ¡Ah! —grito dando un salto a causa del susto.

Me llevo una mano al pecho tratando de calmar mi acelerado corazón. Agudizo mejor la vista para poder ver quién es el intruso.

Zac se acerca lentamente para tratar de calmarme.

—Soy yo, lo siento por asustarte —murmura, acercándose, la luz que refleja de la puerta del baño me permite verlo con claridad.

—Joder, precioso. Casi me da un infarto —susurro sin entender—. ¿Qué haces aquí? ¿Cómo entraste?

Zac señala la puerta del balcón con la mano que sostiene una fotografía.

¿Una fotogra...? ¿Qué?

—¡Oh, mi dulce Jesús! —trato de arrebatarse la fotografía, pero Zac me lo impide—. Dime que no la has visto —suplico escandalizado.

—Te ves adorable vestido de oruga —se ríe burlonamente.

—¡Oye! —me cruzo de brazos, encaprichado—. O sea que le debo un favor a mamá en vano porque ya la viste de todos modos. ¡Rayos! No es justo porque cuando tenga que hacerle ese favor me voy a frustrar más —pongo una cara alarmante—. Al menos dime que no te desamoraste.

Zac esboza una risita mientras deja la fotografía en la mesita de noche, se acerca hacia mí y desliza sus manos por mi desnuda cintura, mi piel ardiendo por el contacto directo.

—Claro que no —musita—. Es más, quiero que me la regales.

Hago una mueca de desagrado.

—Está bien, pero ni se te ocurra mostrarle a nadie y mucho menos a Thomi —advierto, el chico precioso asiente—. Ahora dime qué haces aquí. ¿Cómo se te ocurre entrar por ahí? ¿Estás loco?

—Un poco —se encoge de hombros—. Quería verte.

Lo contemplo embobado.

—Pudiste tocar el timbre, ¿sabes?

—De este modo es más excitante.

Los ojos de Zac se dilatan mientras me mira fijamente, la atmósfera en la habitación ha cambiado de un segundo a otro.

El castaño se acerca cuán depredador acecha a su presa, sin quitar la vista de mis labios y acortando la poca distancia que nos separa. ¡San Benito! Inclina su rostro hacia mi hombro desnudo y arrastra su nariz lentamente desde el hombro hasta mi cuello, inhalando mi aroma.

Me quedo inmóvil, no sé qué demonios hacer y de repente me siento tan nervioso como adolescente a punto de dar su primer beso.

Trago en seco, mi corazón y otra parte de mi cuerpo laten frenéticamente.

—Hueles delicioso —murmura sobre mi garganta.

Segundos después, Zac arrastra la lengua hacia mi nuez de Adán de una forma tan sensual que mi pene se pone completamente duro.

—Zac...

La excitación se nota a través de mi voz y susurro su nombre como una plegaria.

—¿Qué quieres, bebé?

¡San la muerte! Suelto un gemido lastimero cuando el castaño se aleja un poco y me mira expectante, esperando mi respuesta.

Zac luce tremendamente encantador en esta faceta y en lo único que puedo pensar es en lo malditamente suertudo que soy.

Nunca he sido tímido en cuanto a las relaciones íntimas, pero tener a Zac mirándome como si quisiera comerme en este preciso instante, acobarda y calienta en partes iguales.

—Dilo —ordena el castaño mientras se quita su abrigo, sin quitarme los ojos de encima.

Se relame los labios de manera sexy. Sus ojos resaltan a causa de la poca luz. Me pregunto si es que algún día podré decirle que no.

—Tócame —pido necesitado.

Zac cierra los ojos, como si estuviera deleitándose con mi necesidad, como si estuviera gozando el tenerme así. Cuando los abre, su mirada se enciende y comienza a acercarse decididamente, agarra la toalla envuelta en mi cintura y la deja caer al suelo. Mi erección erguida salta en el aire.

Zac baja la vista para admirarla, como si fuera un tesoro recién encontrado. Acerca su

mano lentamente hasta tomarla entre sus dedos.

—Joder —balbuceo mientras me sostengo de sus hombros.

El castaño sube y baja su mano de manera lenta y tortuosa, pasando el pulgar por la hendidura goteante. Dios mío, los dedos de mis pies se curvan a causa del placer.

Zac se apodera de mis labios en un beso necesitado, mordiéndolos y chupándolos tanto como le es posible.

—Ponte boca arriba en el centro de la cama —susurra sobre mis labios—. Ahora.

¿Ahora?

Su firme mirada me lo confirma. No lo pienso dos veces antes de obedecer porque maldita sea, ver al castaño en modo mandón es caliente como el mismísimo infierno.

Dejando el pudor, que no creí que poseía, de lado. Me posiciono en el centro de la cama, doblo las piernas y luego las abro, quedando totalmente expuesto para él, luego me llevo una mano para tocar mi necesitada polla, todo bajo la atenta mirada del castaño que comienza a quitarse la ropa de manera precipitada.

A pesar de haber perdido peso, sus músculos siguen siendo definidos. Cuando queda gloriosamente desnudo, puedo apreciar una lisa y apetitosa piel bronceada. Se quita los calzoncillos, dejando ver su, para nada pequeña, polla. ¡Diablos! Se me hace agua la boca.

Zac se sube a la cama, posicionándose entre mis piernas, masturbando su propia erección.

No sé si las cosas van a llegar a fondo, literal, pero necesito algo, necesito que me dé algo y por la mirada hambrienta que me está dando el castaño, apuesto que él también lo quiere.

—Eres malditamente hermoso —balbucea.

Y tú precioso.

Tenerlo de esta manera, es algo que no imaginé. Desde que lo conocí lo sentí tan lejano, creí que nunca llegaría a enamorarse de mí, no porque yo no sea suficiente para amar, sino más bien porque en su corazón no cabía esa posibilidad y tenerlo aquí, mirándome con adoración, me hace sonreír con lágrimas en los ojos.

El castaño se inclina sobre mi cuerpo, alinea deliciosamente nuestros penes y coloca ambos antebrazos a cada lado de mi cabeza. Me quita las lágrimas con los pulgares mientras picotea repetidamente mis húmedos labios. Curva las comisuras de sus labios antes de comenzar un vaivén lento y rítmico. No lo pienso mucho hasta aferrarme a sus caderas para seguir sus movimientos. La pelvis de Zac se ondula de una manera exquisita, logrando que nuestras erecciones se froten al unísono.

—Nicholas —mi nombre se escucha lleno de placer y lujuria.

Mi chico precioso captura mis labios en un beso rudo y mojado, al mismo tiempo que aumenta el ritmo de sus caderas, me impulso hacia arriba acompañando el movimiento pélvico para tener una mejor fricción.

—Mierda, mierda, mierda... —gimo cuando siento que el orgasmo se aproxima.

Y es justo en este instante, en el que puedo comprender lo que significa amar y ser amado. Es un sentimiento inexplicable, de esos que no tienes ni la más mínima idea de cómo sucede. Me siento en el mismísimo cielo.

—Juntos —ordena mi chico mientras une nuestras frentes y acelera sus caderas—. Ahora.

Y así, me dejo ir en maravillosos chorros de placer, gimiendo el nombre de mi novio una y otra vez, mientras contemplo a mi chico precioso hacer lo mismo y, Jesús, es la imagen más placentera que he visto jamás.

Lac

Final

Luego de haberme recuperado de aquel delicioso momento, nos limpiamos y salimos al pequeño balcón para tomar un poco de aire.

Estoy sentado en el sillón mientras que Nicholas se encuentra entre mis piernas, apoyando la cabeza en mi pecho.

—Podría pasarme toda la noche mirando las estrellas. Me transmiten mucha paz. Son tan magníficas. —Comenta Nicholas, mirando al cielo.

Tomo su barbilla entre mis dedos y la levanto para poder verlo a los ojos.

—Tú fuiste la magnífica estrella que llegó a mi oscura vida para darle luz. Tú eres y siempre serás mi estrella favorita.

El chiquillo me sonrío cariñosamente antes de darme un dulce beso.

Es increíble cómo una persona puede cambiar tu existencia. No tengo ni puta idea de lo que hubiese sido mi vida si no conocía a Nicholas Brown, únicamente sé lo poderosa que se ha vuelto desde que él está en ella.

—Te amo, mi chico precioso.

Él me ama, pero no imagina cuánto lo he amado desde que me sonrió por primera vez.

—¿Nicholas?

—Dime.

Quiero decirle tantas cosas, quiero expresarle cuán agradecido estoy por tenerlo a mi lado, pero sé que tengo mucho tiempo para demostrarlo.

—Voy a sonreír para ti, siempre.

El chiquillo me regala una brillante sonrisa, acompañada de una solitaria lágrima, luego se voltea para abrazarme fuertemente. Mi corazón late frenéticamente ante tan fuertes sentimientos. Las mariposas en mi estómago revoloteando y los vellos de mi piel se erizan.

Esa sonrisa.

Esa malditamente hermosa sonrisa es mi perdición y estoy dispuesto a perder ante ella una y otra vez.

Zac

Tiempo después

El chiquillo alborotador corre a toda velocidad por los pasillos del campus, como si su vida se le fuera en ello. Me cruzo de brazos y me recuesto en el pilar a mi espalda, esperando que termine de hacer su acto de presencia y es que es algo normal en él, tanto que he terminado por acostumbrarme y aunque he intentado persuadirlo para que se comporte como una persona relativamente normal, ha sido en vano, incluso lo sabía antes de intentarlo.

La multitud de jóvenes se hacen a un lado antes de que Nicholas los atropelle y otros optan por abuchearlo, tampoco es que le importe recibir alguna queja, en su lugar, les sonrío, dejándolos enfurecidos.

No me preguntes la cantidad de veces que tuve que intervenir para salvarle el culo de una paliza merecedora, tampoco cuestiones las veces que he dado un puñetazo, sabiendo que la otra persona tenía razón al enfadarse.

Pero aquí estoy, malditamente atento por si tengo que saltar y golpear a alguien por su causa. No puedo esperar lo imposible. Nicholas siempre será Nicholas.

Y mientras que su despeinada melena castaña rebota con sincronización, reafirmo, una vez más, mi perdición por aquel infeliz.

—¡Voy por tí! —me grita a todo pulmón, como si yo necesitara una aclaración de su objetivo.

Agito la cabeza, esperando. Esperándolo.

Llegando a escasos metros de dónde me encuentro, en lugar de disminuir la velocidad, la aumenta y no me queda más que prepararme para atraparlo cuando se suba sobre mí como si fuese un maldito koala trepando su árbol favorito.

—Te tengo —le susurro al oído, pasando mis manos por las partes traseras de sus rodillas enroscadas alrededor de mi cintura.

La vibración de su risa me eriza los vellos del cuello.

—Hola, ¿me he tardado? —pregunta, batiendo las pestañas.

Por supuesto que no lo hizo. Después de enviarle un mensaje pidiendo que nos encontremos aquí, han pasado unos pocos minutos y maldición si eso no me hizo sentir suertudo. Nicholas estaba a mi alcance siempre que lo necesitaba.

—En lo absoluto. ¿Acabaron tus clases? —pregunto, dejándolo en el piso.

El chiquillo se acomoda la ropa mientras se sujeta a las correas de su mochila.

—Sí, precioso. Estaba terminando cuando recibí tu mensaje. ¿Sucede algo? — cuestiona, mirándome de reojo mientras empezamos a caminar hacia la salida del campus.

Lo conozco lo suficiente para saber lo mucho que le está costando parecer casual cuando en realidad muere por saber por qué lo he citado repentinamente.

Chismoso.

—Nada, en realidad... —me froto la cara con una mano y suelto un suspiro hastiado. No quería preocuparlo por una estupidez que debo superar de una puta vez, pero a lo largo de los últimos meses, tuve en claro la importancia del diálogo, por lo que con un poco de renuncia, decido hablar.

—Sabes que puedes decirme lo que sea —dice, pareciendo calmado.

Apuesto un pulmón a qué la calma no permanecerá por mucho tiempo.

—Es mi padre...

Nicholas frena en seco y puedo ver el momento exacto en el que sus alarmas se activan con la mención de mi progenitor. Se posiciona delante de mí y me toma por los hombros antes de comenzar a examinar mi rostro, un vil intento por leer mis pensamientos.

—¿Te hizo algo? ¿Te ha dicho algo? ¿Algunos de sus episodios de padre mandón? ¿Te ha pedido que te alejes de mí? No le harás caso, ¿cierto? Porque si piensas por un minuto en intentar alejarte de mí, voy a aferrarme a tus piernas como un niño pequeño cuando su madre lo deja en el kinder, así que más vale que vayas diciéndole a ese malvado hombre que...

Me aferro a sus labios. Lo callo con un beso porque es la única manera para que deje de hablar, me trago sus palabras con un apoderamiento gustoso. Nicholas enrolla sus brazos alrededor de mi cuello y tomo su cintura para acercarlo tanto como sea posible.

Emite un jadeo sexy y aprovecho el momento para introducir mi lengua, él me recibe de inmediato. Jesús, sus labios son adictivos, nunca puedo tener suficiente de él y cada beso se siente como el primero. Con la tortuosa necesidad de tener un poco más, deslizo mis manos por su culo apretado. Nicholas suelta mis labios con una sonrisa en el rostro, olvidando su palabrería anterior.

—Estamos en el campus —dice divertido, pero eso no hará que lo suelte.

—No me importa —intento volver a besarlo, pero tira la cabeza hacia atrás. Una arruga se forma en mi entrecejo.

—Ya, pero no quiero que nos expulsen por montar un espectáculo al desnudo —se ríe, tomando mis manos para subirlas hasta su cintura. Hago una mueca en desacuerdo—. Oye, no puedo creer que estoy siendo el civilizado aquí.

—No puedes culparme, cuando se trata de ti, pierdo la maldita compostura —picoteo su sonriente boca.

—Y no sabes lo feliz que me hace verte enloquecer, pero... —me da unos golpecitos en la nariz—, ni creas que esos espectaculares besos tuyos me harán olvidar de lo que estabas por decirme.

Debí saberlo, no podía simplemente persuadirlo. No conociendo su intensa personalidad.

—No ha pasado nada malo. Solamente estaba en casa y papá estaba con... bueno, ya sabes. Jesús, es hasta ridículo que ni siquiera pueda decirlo.

Suelto al chiquillo y me cruzo de brazos, como un niño enojado rogando por la atención de su padre. Nicholas suaviza sus rasgos y me toma de las manos.

—Escúchame, es completamente normal sentirse así. Si yo estuviera en tu lugar, trataría de comprender la situación... —su nariz se arruga, como si tratara de resolver un problema matemático. Su expresión cambia a una consternada—, bueno, carajo, no podría hacerlo, aunque...

—No estás ayudando, bebé.

—Um, lo siento, creo que es la primera vez que no sé qué diablos decirte.

Se lleva mi mano a sus labios para besar mis nudillos, sus ojos azules brillan y él no tiene ni la menor idea, si tan solo supiera que únicamente tiene que mirarme y sonreír para calmar mi malestar.

—Lo superaré, solo necesito tiempo —lo digo más para convencerme a mí mismo que a él.

—De acuerdo, pero no necesito decirte que puedes hablar con tu padre de ello. Por favor, no te cierres —dice con seriedad.

Asiento tomando su mano y retomando nuestro camino.

—Iré a buscar unos libros que dejé en el departamento de papá, ¿vienes conmigo?

—Claro.

Y así, sin advertencia, una repentina avalancha de nervios se instala en mi estómago, negándose a ceder en el camino hacia el lugar donde, con suerte, comenzaría una nueva etapa en nuestras vidas.

Nich

Mi chico precioso está nervioso y él nunca está nervioso.

Algo malo sucede aquí y lo supe desde el momento en el que pusimos un pie en el departamento. Todo parece normal mientras él intenta saber qué libros debe llevar, pero si lo miro detenidamente, sus manos lucen temblorosas y sin mencionar el hecho de que ha revisado el mismo libro una y otra vez, del derecho y del revés.

Espero que su inquietud no tenga que ver con lo de su padre porque si es así, tendré que hacerle otra visita alborotadora. No me gusta ver a mi novio así.

—Precioso —lo llamo, él está luchando con meter tantos libros en su mochila que le está siendo imposible cerrarla—. Ven aquí, déjame ayudarte.

Finalmente, levanta la vista y se encuentra con mis ojos, le regalo una sonrisa tranquilizadora mientras saco dos libros y cierro la mochila.

—Estos los puedo llevar en la mía —hago el intento de ir por ella cuando él me detiene del brazo.

—Espera...

Sus pupilas están dilatadas y una gota de sudor corre por su frente, eso me pone en alerta porque hace un frío que te cagas.

—¿Sí?

Mi chico precioso se limpia la frente con el dorso de su mano, luego suelta un suspiro torpe.

—Hay algo que quiero decirte.

Bien, sabía que pasaba algo más aquí y verlo así de ansioso solo lo confirma.

—De acuerdo, luces demasiado inquieto, así que dilo de una vez, por favor —suplico, poniéndome histérico yo también.

Dejo los libros sobre la mesa ratona y lo enfrento.

—¿Me veo mal? —pregunta, arreglándose el cabello.

Suelto una risa incrédula.

—¡Por el amor de Dios! Tú jamás podrías verte mal, ¿lo entiendes? —me acerco hasta tomar su hermoso rostro en mis manos—. Mírate, eres demasiado precioso como para pensar que puedas verte mal en algún momento.

El nerviosismo de Zac se disipa, mientras me agarra las caderas.

—Lo dices porque me amas.

—Lo digo porque es la pura verdad.

Eleva la comisura de sus labios y mi corazón se tropieza ante tal gesto.

—Eres un chiquillo que endulza los oídos.

—Únicamente los tuyos, mi chico precioso.

Deposito un beso en su cuello al mismo tiempo que Zac agarra un puñado de mi trasero y me acerca tanto como le es posible. Puedo sentir su dura erección en mi pelvis y un jadeo de placer se me escapa de los labios.

El chico precioso me arranca los labios en un beso abrasador, de esos que esperas dar con pasión acumulada, me pega a él a la vez que enrosco mis brazos sobre su nuca, meneando mis caderas hacia delante, buscando la fricción que tanto necesito para calmar mi deseo.

Él se separa de mí para comenzar a quitarse la sudadera y luego la camiseta, me quedo tan quieto como puedo para admirar su increíble cuerpo, cuando su torso queda al descubierto, se acerca nuevamente hacia mí para quitarme la ropa, dejándome solo en boxer.

—Ven aquí —dice con voz ronca, sentándose en el sofá de dos piezas.

Sin pensarlo dos veces, me dejo caer en su regazo, de tal manera que mi trasero queda arriba de su dura polla.

Zac agarra mi culo y comienza a meter las manos por debajo de mi boxer y lo freno justo a tiempo para recordar nuestra conversación pendiente.

—Alto ahí, siempre sabes cómo distraerme y eso no es justo —él eleva una ceja—, bueno, no me estoy quejando de tus métodos de persuasión.

—No pareces molesto —indica, y para enfatizar su punto, introduce una mano en mi ropa interior y se apodera de mi pene goteante.

—Precioso —baluceo, arqueando mi cintura.

—Bebé...

Su voz sale con un susurro melódico, haciendo que se me ponga la piel de gallina. Levanto una mano para acariciar su bonito rostro al mismo tiempo que comienzo a balancear mis caderas de una manera lenta y placentera. Sus ojos se oscurecen y se lleva el labio inferior entre los dientes.

Es la vista más hermosa.

De un momento a otro, Zac suelta mi erección y se adelanta en el sofá para tomar mi rostro entre sus manos. Esta vez, su expresión es de total confianza, un destello de lo

que parece ser ilusión le cruza los ojos y nada me hubiera preparado para lo que saldría a continuación de su boca.

—Quiero que te mudes aquí, conmigo.

El silencio se instala como una ola furiosa y mientras mi cerebro procesa lo que acabo de escuchar, él me observa ansiosamente.

—¿Cómo?

¡Dios y dulce Jesús!

—He hablado con papá para mudarme aquí y tal vez lo creas un poco repentino, pero cuando tomé la decisión, lo primero que cruzó por mi mente has sido tú, chiquillo metiche. Sé que aún somos jóvenes y puede que la convivencia no sea fácil, pero de lo que estoy cien por ciento seguro es que esto que siento por ti durará toda mi maldita vida y no necesito esperar uno o dos años para acostarme y despertarme a tu lado todos los días del resto de mi vida. Así que si piensas que puedes lidiar con tanto amor, entonces dime que sí.

Yo no puedo respirar con claridad y mi vista está borrosa, parpadeo un par de veces hasta que logro ver su rostro.

¡No puede ser!

Zac me está pidiendo que me mude con él y si eso no fuese algo fuerte para mi corazón, ha usado palabras tan dulces que jamás se borrarán de mi mente. Abro la boca para responder, pero nada sale. Mi pecho late fuertemente y mi estómago está hecho un lío de mariposas enloquecidas.

Comienzo a mover las manos a causa de la euforia y cuando sus ojos se tornan preocupados, finalmente puedo atrapar mi voz.

—¡Oh maldición! —me lanzo sobre sus labios, besándolo una y otra vez—. ¡Claro que quiero vivir contigo!

Siento su sonrisa bajo mi boca y la felicidad se apodera de mi alma, porque hacer sonreír a Zac Hamilton es parte de mi misión en esta vida.

—Entonces, ahora estoy atrapado con un chiquillo metiche —dice, fingiendo resignación.

—¡No puede ser!

Sigo gritando y besando toda su cara.

—Y alborotador —dice entre risas.

Ni siquiera había pensado en lo mucho que quería esto hasta hace unos minutos cuando él lo mencionó. ¿Vivir con la persona que amas? Algo tan alucinante que las palabras para describirlo no existen.

Estoy feliz y ha pasado un tiempo para que él pueda estarlo. Como si supiera a dónde están mis pensamientos, levanta la mirada y me sonríe con agradecimiento, aunque no tiene que hacerlo porque el agradecido soy yo al dejarme amarlo.

Gira el rostro y deja un beso en la palma de mi mano, al mismo tiempo que una solitaria lágrima rueda por su mejilla y aunque esa gota destruye mi corazón, también sé que lo hace más fuerte de lo que ya es.

—Te amo, mi chico precioso.

Toma mi barbilla con sus dedos y deja un suave beso en mis labios.

—Y yo a ti, bebé.

Sonríe. De esas sonrisas que hechizan los corazones.

Fin

Sobre la autora

Lu es una escritora soñadora, romántica y fanática de las historias con un toque de comedia. Hacer reír a las personas es una de sus cosas favoritas. Durante muchos años pensó que no era buena haciendo algo, pero un día, cuando los sentimientos la ahogaban, descubrió la escritura y, finalmente, encontró su lugar en el mundo. Solo quiere dejar huellas en tu corazón.

Próximo libro

"Bajo una sonrisa" es el siguiente libro de la saga #Sonríe, dónde tiene como protagonista a un coqueto, pero exasperante Thomas, quien tiene el agrado de sacar de las casillas a un tal señor Hamilton.